
3 1761 07306470 1

EN LA CARCEL



APUNTACIONES

PARA LA

HISTORIA DE LA REVOLUCION DE 1891

POR

José María Solano,

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA
DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA, MIEMBRO DE LA
REDACCIÓN DE «EL HERALDO» DE VALPARAISO

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA ERCILLA
21-K BANDERA 21-K

1893



EN LA CARCEL

APUNTACIONES

PARA LA

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN DE 1891

POR

JOSÉ MARIA SOLANO

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA

DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA, MIEMBRO DE LA REDACCIÓN DE «EL HERALDO» DE VALPARAISO

SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA ERCILLA

21-K BANDERA 21-K

1892


LIBRARY
SEP 9 1966
UNIVERSITY OF TORONTO

A LOS SEÑORES

Don Manuel José Irarrázaval,

Don Manuel Antonio Matta, (1)

Don Agustín R. Edwards

y Don Ricardo Matte Pérez

La importancia verdadera de los hombres no depende de los puestos que ocupen, sino de la influencia que tengan en el progreso de los pueblos.

Hacia vosotros convergen hoy las miradas de la patria redimida y las del mundo entero, sorprendido del alto ejemplo que ésta acaba de darle.

¡Guiadla sin tropiezo á sus destinos inmortales!

Permitidme poner bajo el auspicio de vuestros ilustres nombres este modesto trabajo ideado en las mazmorras del efímero y exótico tirano.

José María Solano

(1) No obstante haber sufrido el país la irreparable pérdida de este preclaro ciudadano, no hemos querido introducir a esta obra ni en este particular ni en otros de menor trascendencia, modificación alguna.

INTRODUCCIÓN

No se estudia la historia por el solo gusto de saber lo que nuestros antepasados hicieron, sino para descubrir por medio de la causalidad y la comparación aquello que mejor nos conviene ejecutar, lo más expedito para quitar obstáculos al desenvolvimiento del progreso, fin al cual convergen los esfuerzos humanos en su labor incesante de perfeccionamiento.

La existencia, ya de naciones, ora de individuos, está sometida á leyes que no es dable violar sin que venga en pos de la violación el desequilibrio como advertencia ó la catástrofe como castigo.

«Menfis, Atenas, Roma son panteones donde el tiempo, sepulturero inexorable, ha enterrado vivos muchos misterios provechosos; y como no hay tumba que no se vuelva cuna después de alguna resistencia de la soledad, de ellos, de los sepulcros olvidados, ha nacido esta muchacha vencedora que llamamos civilización moderna. Ciencias, artes ¿qué son sino piedras rodadas de esos cementerios, de cuyas inscripciones y geroglíficos han sacado nuestros hombres expertos la historia antigua y con ella el saber y

la importancia del mundo? Las ruinas ilustres son como los libros sibilinos: mucho ofrecen, mucho enseñan; cuando no creemos en ellas, sale de entre los ancianos pedrores una vieja maravillosa, destruye sus avisos inmortales, y he allí que hemos perdido las dos terceras partes de la sabiduría de los dioses.»

Los pueblos son unos para el cumplimiento de las eternas leyes. En la naturaleza humana está el fraccionamiento de los partidos en el poder, fraccionamiento que determina su caída, como determinó el exceso de civilización en esas ciudades, señoras del mundo en otro tiempo, su sujeción á la barbarie.

La historia de las repúblicas sud-americanas nos está enseñando que no ha habido en ellas partido alguno que haya permanecido en el poder período mayor de treinta años. Los cambios se han verificado generalmente por medio de la fuerza armada; en las más desgraciadas, las revoluciones han arraigado como mal endémico. Chile es la única que ha ofrecido á la contemplación del mundo una transformación radical, en medio del orden, cuando uno de sus mandatarios, don Federico Errázuriz, elevado al poder por determinado partido, descubrió desde la altura—donde es tan peligroso cegar—con penetración que lo enaltece y sabiduría que lo honra, cuáles eran las aspiraciones de la mayoría, y se sometió á ellas, íntimamente persuadido de que al anticiparse al cumplimiento de la ley histórica, dejaba como huella de su gobernación las alabanzas del pueblo.

Enrique IV, el gran rey de Francia, era protestante; y tan luego como se persuadió de que la mayor parte de su pueblo no aceptaba sino reyes católicos, renunció á sus

creencias religiosas privadas, en lo ostensible á lo menos, para hacer posible su reinado.

Experto es el gobernante que regenera sin sangre. Y no es esta tarea superior á las facultades humanas: la buena fe y el patriotismo verdadero bastan para darle cima.

En la dirección de las acciones, que es la síntesis del gobierno, hay campo vastísimo para evitar los conflictos; y para conseguir este fin exigen los gobernados ciertas dotes especiales de parte de los hombres que han de exaltar al poder, porque á veces aquellas virtudes van unidas á una ignorancia que hace imposible su ejercicio.

Todos los presidentes de Chile han intervenido en las elecciones del pueblo, ya para llevar á las cámaras defensores de su política, ya para hacer triunfar el candidato de su decisión. La intervención ha sido tradicional, aquí y en todas partes.

Pero no había habido, en este serio é ilustrado país, gobernante alguno que tratara de imponer su voluntad con absoluta prescindencia de la opinión. Esta se pronunciaba en favor de un candidato, y el presidente le prestaba el contingente de su apoyo poderoso. Vez hubo en que ya acordado el candidato, la mayoría de la opinión exhibiera otro. El gobernante cedió, porque así lo exigía el respeto, y se decidió por él, porque así lo pedía el patriotismo.

La intervención ha sido inevitable; pero la cordura y la discreción la habían puesto siempre al servicio del mayor número. Para seguir esa corriente no es menester mucho talento. Es suficiente la buena fe.

Regularmente el favorecido con la elección es el jefe

de un partido y contrae para con los electores la obligación moral de plantear en el poder, como hombre disciplinado, el programa de sus creencias. Fuerza es que dé desarrollo á las aspiraciones de su partido y procure su engrandecimiento, por medio de la cohesión que da fuerza; de la honradez, que es base; y de la virtud, que ennoblece. Para llegar á este resultado no es menester grande habilidad. Es suficiente el patriotismo.

La intervención es odiosa, abominable; pero subsistirá allí donde el desarrollo de la población ó la ilustración de la masas no se presenten como obstáculos que la hagan imposible.

Entiendo por intervención todo medio coercitivo para arrebatar el voto al ciudadano, ya sea la repugnante amenaza oficial, ya el atractivo seductor del dinero.

En Alemania se necesitan más de cien mil votos para elegir un diputado. Rara es la fortuna que puede comprarlos. El dinero ha cedido el campo á la prensa y ésta ha extirpado casi por completo la acción perniciosa del gobierno. En pueblos así la libertad electoral es efectiva. Todos allí piensan con su cabeza y disciernen con su criterio.

Pero entre nosotros, que no hemos llegado ni llegaremos en mucho tiempo á ese estado de cultura, la extirpación de ese veneno de la república queda subordinado al lento desarrollo de los elementos que lo combaten y anonadan.

Ese veneno no había infiltrado tan hondamente su amargura como durante el último tercio de la gobernación de don José Manuel Balmaceda.

Interpretó don José Manuel la tradición á su manera;

la puso al servicio de su orgullo, violó todo acatamiento á la opinión y precipitó al país en la catástrofe.

¿Qué móviles pudieron determinar en este ciudadano esa inconcebible obsecación que ha ennegrecido su historia y manchado la gloriosa de la patria?

¿Por qué ese empeño en humillar á la nación tratando de dejar un sucesor en el mando, sin merecimientos, sin dotes, sin precedentes ni prestigio?

No pudo don José Manuel, cuando ya empezó á debatirse la elección de candidato, mantener un Ministerio honorable: quiso engañarlos á todos; pretendió imponerles el soñado por él; y la figura de don Enrique S. Sanfuentes estuvo allí como valla imposible para el mil veces buscado avenimiento.

Fracasaron los esfuerzos de la honradez, vanas fueron las concesiones de la probidad. Los más connotados estadistas pasaron por los Ministerios, sin que pudieran permanecer en ese mar oscuro, donde vociferaban faltas y vicios con la petulancia hasta el cuello.

Colocóse don José Manuel con su candidato en la situación del precito condenado á llevar una enorme peña á la cúspide de un monte: no bien había subido cuatro pasos cuando caía y volvía al trabajo y al dolor. Para don José Manuel la candidatura Sanfuentes fue, mientras existió, el peñón de Sísifo: no pudo levantarla siete estados sin que cayese al pié de la montaña.

¿Por qué esa obstinación, esa lucha imposible contra la majestad de un Congreso y contra la soberanía de un pueblo?

No es dable responder á la pregunta con acierto. Personas hay que atribuyen á vanidad la aberración; otras

aseguran que en la tumba de don Julio Bernstein ha quedado para siempre oculta la llave del misterio.

Y aun dicen más: que si el contratista de los ferrocarriles no se hubiese decidido á abandonar esta tierra, ni Sanfuentes habría ratificado su renuncia ni don Claudio Vicuña se hubiera desvelado con terciarse la banda que la honradez republicana ha concedido solamente á los hombres de honor.

Historiador surgirá que descorra el velo que hoy encubre la ignominiosa fuente de las desgracias de la patria. Mientras tanto, nosotros nos ocupamos de lo visible á los ojos del vulgo, ya que no podemos ir hasta esa fuente que guarda la verdad como guardó la de Castalia la inspiración de los tiempos mitológicos.

La prensa, único intérprete delos sentimientos del pueblo, pedía, con gritos que se elevaron hasta el cielo, prescindencia de parte del gobierno en las elecciones. Esta común aspiración de todos los partidos llegó á las cámaras legislativas, donde adquirió forma de ley que, aunque defectuosa, señalaba un progreso en la conquista de la libertad política.

El país vió la expedición de esa ley con el entusiasmo que produce el reconocimiento de un derecho tan sagrado, como que sobre él, por base, descansa todo el edificio republicano.

A esta ley debía seguir como corolario el establecimiento de la comuna autónoma, forma aproximada al *self-government* americano, que ha hecho de aquella nación la más grande del globo.

Desgraciadamente se presentó al debate el proyecto cuando la lucha contra la intervención oficial reclamaba,

de parte de los representantes del pueblo, labor de mayor eficacia que su juiciosa discusión.

En época anterior se había visto que la reelección del presidente envolvía una inmoralidad republicana, y se abolió la práctica, sin que el actual Presidente que sancionó la ley prohibitiva se sintiese lastimado en sus prerrogativas de tal.

De mucho tiempo atrás hombres y partidos aspiraban á impedir que el Presidente se diera un sucesor, aunque éste fuera designado por voluntad ajena al mandatario, y sin embargo de ser tan palpable esta aspiración, tan manifiesto este deseo, don José Manuel no solo no esperó la voz de la opinión que se lo hubiera señalado, sino que lo buscó en la intimidad de los negocios ó de la amistad y se empeñó en imponerlo.

Si don José Manuel fuera hombre ignorante, no le atribuiría la responsabilidad de los males sin cuento que afligen al país; pero es hombre ilustrado y hábil estadista, conoce las leyes que gobiernan la existencia, sabe que con menos orgullo y vanidad y con algo de bien entendido patriotismo, habría colocado su nombre entre los bienhechores de la humanidad, y por eso, aunque nadie lo quisiera, sobre él caerán las maldiciones de la historia, y las lágrimas de la viuda, y el llanto de los huérfanos y los desastres de la patria...

Yo no diría lo mismo de don Claudio Vicuña, á quien sus apologistas no han podido hallar, muy buscados y rebuscados, otros méritos, para recomendarlo como candidato, que el haber sido buen agricultor y ser de buen linaje.

«El primer pecado es entramparse, el segundo men-

tir», dijo por ahí un buen filósofo cuyo nombre tengo ya olvidado. Yo creo que don José Manuel, antes de cometer el segundo tan repetidas veces á la faz de la nación, á propósito de sus intenciones, ya había cometido el primero, á propósito de sus negocios; y por esto me inclino á creer eso que algunos aseguran hay oculto para siempre en la tumba de Bernstein.

Y me confirma en mi creencia el haber hecho elegir á don Claudio candidato. Conoce don José Manuel las uvas de su majuelo, y entre el aparato de lavarse las manos por la cuestión candidatura, cambió la figura de Sanfuentes por esa otra, que tiene sobre la primera la ventaja de haber contribuído, como autómata, al entierro de las instituciones.

Lo del cambio de figuras no es metáfora, sino verdad desnuda. En comprobación referiré esta escena: disuelta la convención de dictatoriales que eligió por unanimidad candidato á don Claudio Vicuña, algunos de ellos fueron á don José Manuel con el fin de felicitarlo.

—Vaya, dijo don José Manuel, terminado el encogido discurso de uno de ellos, con que ya hicieron Uds. candidato?

—No Excelencia, respondióle otro, agudo por lo visto. Lo encontramos *hechito*.

Cuentan que don José Manuel no pudo menos que sonreirse, por la oportuna respuesta.

Don José Manuel vió venir la revolución y no quiso detenerla. Como O'Higgins pudo, con un acto de abnegación, evitarla; pero estaba hinchado con sus prerrogativas constitucionales y fue hasta el fin, hasta poner la constitución debajo de la mesa y dar como ley su voluntad.

Esto, que no lo soportó el pueblo chileno cuando el brillo de una espada libertadora ofuscaba las miradas, no era posible que lo aceptara en hombre de menores merecimientos y respetos. Iba de la libertad de un pueblo y de la dignidad de la república; y allí debían hallarse los campeones, «alto el morrión, alzada la visera.» y allí han estado, bien puestos en el punto de la honra; y allí estarán con valor y energía desplegados á la altura de la situación, hasta que las trompetas del triunfo anuncien la restauración de la legalidad. ¡Qué sería de los pueblos desgraciados, si por temor á las revoluciones, quedasen en las garras de sus tiranos sin tiempo ni esperanza!

La revolución es causa santa cuando bajo sus banderas se reunen probidad y patriotismo para sacar del abismo de la servidumbre á todo un pueblo y abrirle los ojos á la razón y al orgullo.

Es un mal grandísimo, como lo es la amputación de un miembro para impedir la gangrena: pero necesario, para conservar la vida.

La revolución es causa santa: de su lado figuran los hombres más esclarecidos del país; en ella resplandecen filósofos, oradores, propietarios opulentos, militares prestigiosos, dispuestos todos al sacrificio, convertidos por la convicción en héroes y por la necesidad en guerreros.

Del lado del dictador hay un ejército de esos voluntarios que se toman en las plazas, las calles y los campos y se llevan encadenados al cuartel. Los oficiales que lo mandan no han podido convencerse aun de que son hombres: la ordenanza les manda obedecer; pero olvidan que la naturaleza, más antigua que la ordenanza, los dotó de la facultad de juzgar; ciegos ante la palabra escrita que

los rige, no se les alcanza que, superior á ella, está, como don divino, la sublimidad del pensamiento.

Y si lo han comprendido, cubiertos quedan de ignominia.

Leed ese decreto del dictador que aumenta sueldos, señala viáticos y ofrece recompensas á los militares en servicio, y decidme si después de ese azote con que os ha cruzado el rostro puede quedar vestigio de dignidad en vuestros pechos.

Yo creo que muchos de vosotros le servíais persuadidos de que tal era vuestro deber ¿Por qué ese decreto que ostenta vuestra abnegación como comprada, vuestra adhesión como vendida? No estaba persuadido de vuestra lealtad y para asegurarla insultó con petulancia vuestra honradez. El mismo al exhibiros como comprados os ha creído hombres capaces de venderos.

La obediencia que prescribe la ordenanza no tiene para muchos militares límite. Esa la consecuencia de haber eliminado el pensamiento en el ejército.

Baquedano, el general en jefe, respondió al decreto del Dictador renunciando sus sueldos. Otros militares abandonaron el campo y fueron á ofrecer su espada á la causa que no compra opiniones; pero que ampara todas las honradas.

La historia atribuirá grande responsabilidad al ejército por los males que la revolución cause al país; el Dictador habría dejado de serlo sin el apoyo de las armas.

El elemento del orden se convirtió en guardia pretoriana.

Yo no veo, repito, en el desarrollo de los acontecimientos sino el cumplimiento de una ley ineludible.

Correspondía á don José Manuel Balmaceda preparar los elementos para que esa ley se cumpliera sin efusión de sangre, sin luto para el hogar, sin hambre para las masas; ya disciplinando su partido para imponerlo por el respeto que da la mayoría, suprema ley de las democracias, ya abriendo el campo á la regeneración de las ideas.

Antes que la catástrofe la conciliación; antes O'Higgins que Iturbide.



7 DE ENERO

Sublevación de la Escuadra.—Clausura de las imprentas de oposición.—Prisión de los Alcaldes de la Municipalidad de Valparaíso.—Tratamiento que les dan.

La alborada del 7 de Enero sorprendió á los habitantes de Valparaíso con un acontecimiento tan inesperado para el vulgo, como increíble para quienes consideraban la dignidad del pueblo chileno humillada hasta el punto de ver violada su ley fundamental y desquiciadas sus preciosas instituciones: la Escuadra se había alzado la noche anterior contra el gobierno de don José Manuel Balmaceda, quien desde el 1.º del propio mes había echado por el atajo de la dictadura. La noticia produjo general alborozo en los espíritus bien intencionados que llegaron á suponer al mandatario capaz de abnegación suficiente para no dar, en presencia de los hechos, un paso más en el desviado camino que llevaba.

No era la sublevación un golpe de cuartel dado por caudillo ambicioso, como esos que países de menos seriedad registran en su historia, sino una delegación de la mayoría de las Cámaras legislativas que señalaba, ya que la razón á tanto no había alcanzado, de una manera eficaz y violenta, el límite del abuso y el linde de la paciencia.

Frustradas quedaron las esperanzas de quienes supusieron tanta elevación de sentimientos en un alma envanecida por el orgullo é incitada por la ambición, así propia como de las personas que lo rodeaban. Prometió ir hasta el fin, aunque la vía fuese tan dolorosa como el castigo y tan luctuosa como la muerte.

En lontananza, el apagamiento del hogar por ausencia del padre, hijos que piden pan y viudas desoladas; mas ¿qué la vida de unos cuantos si erguido está el fantasma del orgullo dentro el pecho?

Après moi le déluge, dijo Luis XV.

Sordo á la voz uniforme de la prensa, el dictador chileno tenía que manifestarse indiferente al ruido de las armas.

¿La prensa? Acaso el enorgullecido lord, primer ministro de la Gran Bretaña, no despreció la palabra del misterioso Junius, cuando éste quiso reivindicar las regalías del pueblo inglés? ¿Prestó Luis Felipe atención alguna á Cormenin, cuando estotro entró con sus folletos á luchar por la libertad de los franceses y la dignidad de la monarquía?

Respeto, ni en sombra; pero temor sí y manifiesto: la primera disposición del Dictador, posterior al levantamiento de la Escuadra, fue la clausura de las imprentas en que se publicaban diarios de oposición.

Tiradas estaban la primera y cuarta página de El Heraldo cuando se presentó á nuestra oficina de trabajo don José Manuel Ortúzar, teniente coronel de ejército y comandante de policía de Valparaíso, con una orden de don Claudio Vicuña, Ministro de lo Interior, para que en el acto de la notificación se cerrara la imprenta y fuesen despedidos los empleados.

Se conocía en el señor Ortúzar manifiesta contrariedad al transmitir la orden; pero las instrucciones que había recibido eran tan perentorias que se hacía necesario obedecer de grado, antes que el comandate de policía se viese en el caso de hacer uso de la fuerza.

Uno de los empleados subalternos del diario suscribió la notificación, y, poco después, cuando ya se había retirado el comandante en la seguridad de que sería obedecido, entró á la oficina el estimable caballero don Máximo Cubillos, uno de los redactores, quien dispuso la salida de los operarios, no sin haber mandado colocar antes, en la pizarra de la calle, donde se fijan las noticias de importancia, esta advertencia al público:

«*Esta imprenta ha sido cerrada por orden de Claudio Vicuña.*»

Pusimos en orden nuestros papeles, nos despedimos de aquel

escritorio con el cual tanto habíamos encariñado y tomamos en las manos el camino de nuestro hogar, meditando en la suerte que la vanidad le señalaba á la República.

Llamónos la atención, ya en la calle, un grupo de caballeros que á las puertas de la imprenta de La Unión leía un papel fijado en la pizarra. Era una advertencia al público, igual exactamente á la que un momento antes se había estampado en la de El Heraldo.

El Mercurio y La Patria también fueron clausurados. No quedó, con facultad de llevar noticias y publicar avisos, sino El Comercio, diario que desde su fundación servía, no diremos al gobierno, sino á don José Manuel, y cuyo tiraje no pasaba á la sazón de 300 ejemplares, apesar de que el Ministro Plenipotenciario de Chile en Inglaterra le había contratado con la Compañía del Cable Submarino el privilegio de publicar las noticias primero que los demás. Este contrato fue ordenado por Juan E. Mackenna, Ministro de Relaciones Exteriores, quien pagó, con dinero de orígen sospechoso, la mensualidad convenida, mientras necesitó á El Comercio para que sirviera á sus particulares intereses.

Consigno este dato por envolver, de parte de Mackenna, un abuso del puesto oficial que tenía.

No había andado una cuadra cuando supe que don Francisco Javier Riesco, segundo alcalde de la Municipalidad, había sido reducido á prisión y que don Alejo Barrios, primer alcalde de la misma y Diputado por Elqui, había sido notificado para constituirse preso, notificación que le fue hecha en la sala de su despacho oficial.

El señor Barrios en obedecimiento á la notificación se presentó á las 5 de la tarde en la policía, de cuyo cuartel fue trasladado al del batallón 3.° de línea, de guarnición en la plaza. Sometiéronle allí á vejaciones indecibles: un centinela de vista espiaba sus menores movimientos; y al cuarto donde lo tenían penetraban, á intervalos, oficiales con el objeto de prevenirle que el primer cañonazo de la Escuadra señalaría el término de sus días.

Ninguna de esas repetidas amenazas hizo mella en la serenidad de aquel carácter levantado. Las almas grandes no se abaten jamás en presencia del peligro. Hombre de suma perspicacia y de gran

criterio, comprendió desde el primer momento la situación y la afrontó sin humillaciones ni cobardía. Si la patria hubiera exigido en aquellos momentos el sacrificio de su vida, él la hubiera ofrecido con la sonrisa en los labios. En los portadores de las prevenciones no vió él sino gente baja que trataba de mortificarlo, y los recibió con cortesía pero con desprecio.

Tratamiento semejante al del señor Barrios recibió el señor Riesco en el lugar á donde fue conducido. Amenazas á cada instante, y sobre todo, empeño en humillarlo.

El 7 de enero de 1891 será en la historia de Chile fecha tan memorable como el 18 de Septiembre: en ésta se firmó la independendencia del país; arranca de aquella la verdadera libertad política; cuna fue la segunda de la patria; el sol de la primera iluminará la independencia.

La servidumbre no reconoce diferencia: tanto monta que el tirano tenga su asiento allende el mar como que imponga su voluntad á nuestros ojos, en nuestra propia casa.

La dignidad no estalla porque sea éste ó aquél quien le infiera el ultraje. El azote con fuerza igual produce la misma contusión. cualquiera que sea quien el látigo empuñe.

Simboliza la patria la facultad de gobernarse á sí misma. ¿Qué queda de ella cuando la ley no se respeta y los legisladores son despedidos como lacayos?

A nuestros ojos 1891 tiene más importancia histórica que 1810.

La magna guerra, como la han llamado, estaría por demás si sólo se hubiese conseguido cambiar de amo.



8 DE ENERO

Remoción del comandante de policía de Valparaíso.—Cómo se verificaron las prisiones.—El honor de un oficial de policía.—Los que estaban en e calabozo y los que llegaron después.—Solicitud al juez del crimen; sus resultados.—Las comidas y las camas.—Trajines y ruidos.—Sustos.—Orden de alistarse para marchar.—Conducción al tren.—El carro. —La partida.—Conjeturas.—Motivos de algunas prisiones.

No es posible dormir bien después de la impresión causada por un acontecimiento de tanta trascendencia. Anhela uno el amanecer para inquirir cuál ha sido el desarrollo de los sucesos extraordinarios que ya tuvieron principio. Queda el pensamiento en uno como estado caótico, semejante á la víspera del examen final que ha de coronar los diez años de esfuerzos en las aulas.

La primera noticia que tuve fue la de haber sido removido de su puesto el comandante de policía señor Ortúzar. No me sorprendió: el día anterior había notado en su semblante la repugnancia con que trasmitía á las imprentas las vejatorias órdenes del Ministro de lo Interior. La remoción quedaba explicada por su falta de vehemencia en su adhesión á la arbitrariedad. Por otra parte, el señor Ortúzar tiene vínculos de parentezco con un miembro de la honorable familia Montt y esto habría sido causa suficiente para caer en desgracia.

Fue reemplazado el señor Ortúzar por Tristán Plaza, hombre á quien dotó la necesidad con todos los atributos de esbirro, y el más á propósito, por las circunstancias, para desempeñar el delicado puesto: se necesitaba un instrumento ciego, ignorante, como Jarpa,

y no persona educada y recta como el honorable señor Lazo, que ilustró la comandancia de policía con su probidad y honradez.

Departía justamente sobre este suceso, con uno de mis conocidos, en la esquina poniente de la Plaza Rafael Sotomayor, cuando se me acercaron dos individuos de sombrero de ala recta, saco corto, pantalón ancho arriba y muy angosto abajo, botín de tacón alto y cara patibularia. Conocí al punto con quiénes me las había, con los más bajos, pero los más fieles representantes del abuso, con agentes de la policía secreta, llamados vulgarmente *comisionados*.

—Sígame Ud., me dijo el que reunía las condiciones de más feo y mas atrevido, hombre que llevaba escrita, con la punta del puñal, su historia en las mejillas.

—¿A dónde?

—No faltaba más sino que nos pusiéramos á darle explicaciones. Síganos, que perdemos tiempo.

—Pues como estoy en pleno ejercicio de mi libertad, no me muevo de aquí.

—Es inútil la resistencia. Tenemos orden de prisión contra Ud. y lo llevaremos atado si no va de buen grado.

—Eso es diferente. Muéstreme la orden.

—Es verbal.

—La ley previene terminantemente que ha de ser escrita.

—Nosotros no entendemos de ley. ¿Sigue Ud. ó nó?

En la esquina opuesta alcancé á ver á un teniente de la policía urbana, Rufino Molina, y suponiéndolo menos ignorante que los *comisionados*, pedí á éstos me permitiesen hablar con él.

—Los *comisionados* se han equivocado, no es orden de prisión la que hay contra Ud., sino simplemente que el juez del crimen quiere hacerle algunas preguntas.

—Pero, teniente, esa no es la manera de hacer una citación.

Y sospechando lo que pudiera suceder, le agregué; si efectivamente hubiera de quedar preso, le suplico tenga á bien disponer que el coche que me conduzca pase por la puerta de casa. Tengo motivos especiales para prevenir á mi señora, antes que una noticia desfigurada comprometa su delicada salud.

—Le aseguro á Ud., por mi honor, que antes de cinco minutos

podrá retirarse Ud. tranquilamente. Yo mismo lo acompañaré a juzgado.

Hizo venir un coche y subimos á él los dos *comisionados*, el teniente y yo.

Noté que el coche no se dirigía al juzgado, sino al cuartel de policía; pero no quise hacer observación alguna, fiado en el honor ó en lo que por tal tenía el teniente.

—Espere Ud. ahí, me dijo el oficial, señalándome una pieza á la izquierda de la entrada, fronteriza á la que en los cuarteles llaman de banderas, que ya le llegará su turno.

Estas fueron las últimas palabras que oí aquel dia de los empleados de la policía.

Una hora, mas larga que hilo de telégrafo, esperé allí. Al cabo de ella, uno de los sayones me tomó por un brazo y me condujo á presencia del oficial de guardia, quien inscribió mi nombre en un libro é hizo después con los ojos una indicación al sayón que aun me tenía asido por el brazo.

Inútil fue cuando éste procedió á registrarme los bolsillos, que yo ofreciera entregar todo cuanto en ellos había: era indispensable la vejación, indispensable hacer gala de brusquedad. El sayón me hacía girar como torno de convento, examinando todos los bolsillos, tanto de adelante como de atrás. En un momento pasaron al cajón de la mesa del oficial, del cual no sé aun si habrán salido, mi reloj, regalo de mi padre; cartera, cortaplumas, cartas de familia, billetes de banco, sellos de correos, hasta borradores de artículos para EL HERALDO.

Concluida la operación del registro, el sayón á otra muda indicación del de guardia, me tomó nuevamente del brazo y emprendió conmigo la vía interior del cuartel. Cuando le pregunté á donde me conducía, me respondió con tan fuerte estrujón que estuvo en un tris no me dislocara un hombro. Con tan urbano modo de contestar se me quitaron los deseos de interrogarlo nuevamente.

En el calabozo número 8 hallé personas conocidas que me aburrieron á preguntas sobre el tiempo, lugar y modo de mi prisión. Estaban en él Alberto Espejo, jovencito de 16 años, el más entusiasta provocador de los clubs gobiernistas y orador decidido de

los de oposición: Ramón Belisario Brizeño, de la redacción de La Patria, locuaz, generoso, de ilustración y talento poco comunes, tipo de caballerosidad y patriotismo, de quien tendré por qué ocuparme mucho en el discurso de esta mal hilvanada relación; un joven Magalhaes, quien empezó á contar por la vigésima vez su captura, al regresar el dia anterior de un paseo en bote en torno de los buques de la Escuadra y quien aun estará contando aquel episodio á cuantos le son presentados y conocidos; un señor Chaparro, que es como si dijéramos un árbol más en una Alameda, con la sola diferencia de tener sus puntos de semejanza con Heliogábalo, en lo que más se distinguió este César; José Miguel Lara, administrador del Matadero, complicado en la revuelta por su puesto, por sus relaciones de amistad con don Alejo Barrios y por otros motivos que se verán mas adelante; Manuel A. Guzmán Achurra, caballero que ha buscado ilustración en los viajes y la estimación agena en la honradez propia; y Marcos Menares.

Cantando el *dúo de los paraguas*, que popularizó Marcchetti, con cara de pascua é indiferencia estoica por el futuro, entró poco despues Horacio Lemus, á animar con su alegría el espíritu decaído de los que veíamos en la secuestración violenta de nuestras personas objetivo más temible que la privación de libertad.

Más tarde ingresó al calabozo Angel Custodio Espejo, presidente del Club de la Juventud independiente de Valparaíso, joven ilustrado que ha servido á la causa de sus convicciones con abnegación y desinterés, ya en la tribuna, ora en la prensa, siempre con ánimo levantado, dando ejemplo ayer de dignidad, hoy de sincero patriotismo. Como Brizeño, Angel Custodio es una esperanza para la patria. Por diversos caminos, pues no hay uniformidad en sus ideas, aspiran al mismo ideal republicano.

Los primeros que llegaron, dirigidos por Brizeno, habían redactado una petición al juez del crimen, en la cual se reclamaba la intervención de la autoridad judicial en las ilegales prisiones. Un verdadero triunfo costó hacer llegar la solicitud á manos del juez. Los oficiales subalternos de la policía, que esquilman á su sabor á los detenidos comunes, apesar de estar convencidos de que recibirían de parte de los políticos buena propina, no se atrevían á

acercarse á la reja, temerosos de caer en sospecha. ¡Cosa rara! Pudo en ellos más el temor de perder su empleo que el aliciente inmediato del dinero. Tal vez sea éste el único caso que se registra en su historia.

Pero la solicitud llegó y el juez concedió audiencia, á la cual pretendimos concurrir todos; mas el oficial ayudante del Juzgado lo dispuso de otra suerte: colocado en la puerta de la secretería leyó uno por uno los nombres de quienes habían suscripto la solicitud para dejarles libre el paso.

Angel Custodio Espejo, Lemus y yó quedamos por esta razón privados de verle la cara al señor Juez.

Es preciso adherirnos inmediatamente á la solicitud de los compañeros, dijo el primero; pidió papel en la oficina en que nos hallábamos, redactó de prisa la adhensión, ya firmada, y, exigió al ayudante la presentara inmediatamente.

Quienes habían asistido á la audiencia salieron de la oficina del juez con la buena nueva de que éste acababa de prometer muy seriamente orden general de libertad. Mis compañeros la esperan todavía en la cárcel de Santiago. Los acontecimientos posteriores han demostrado que tal orden no habría sido respetada: la Corte Suprema de la República dio otra en el mismo sentido, la cual fue desobedecida

Cada uno de nosotros, no sin grandes esfuerzos, había podido enviar á su casa noticias de la prisión; de suerte que á eso de las cinco de la tarde empezaron á llegar al calabozo camas y comidas. Se arreglaron las primeras como se pudo, habilitando el suelo de catre y colocando otras sobre un tablado en declive, destinado para que en él pasen la noche los niños rateros y vagos que la policía toma en el día; de las segundas se hizo cargo el señor aquel á quien más arriba comparé con Heliogábalo.

El campo era tan reducido que no cabíamos materialmente en las camas, ni aun estrechándonos como pescados en conserva.

No se había acabado de pavimentar el suelo con colchones cuando fueron introducidos Ramón Larraín Plaza y Carlos Montt, diputado á la Cámara el primero; hijo el segundo del ilustre don Manuel, uno de los presidentes de Chile.

Contó Larraín la manera como habían sido reducidos á prisión, por agentes de policía, en virtud de una orden de Claudio Vicuña. Don Carlos Montt decía, con gracia que todos le celebramos, que aun nos quedaban tres derechos: fumar, escupir y maldecir; y todos se ejercitaron, el último cuando salían á colación los nombres de Balmaceda ó de Vicuña; los otros para distraer el hastío.

Un continuo subir y bajar las escaleras por pelotones de corchetes, el ruido de las armas arriba y á los lados del calabozo, el eco de descargas de fusilería hechos probablemente en la playa, cierto murmullo de voces que nos llegaba confuso, hicieron fuera imposible conciliar el sueño. Momento hubo en que nos quedamos todos suspensos por el temor de que fuera llegada nuestra última hora. Razón había para ello: si la Escuadra atacaba el puerto, lo que trajines y disparos nos hacían suponer, el hecho de ser Tristán Plaza el jefe de los soldados que nos custodiaban, era, para las personas que lo conocían, una seguridad de ser todos en común asesinados.

En esos momentos en que todo lo temíamos parecíanos que el más ligero ruido nos delataba, que la luz era indiscreta, que el movimiento nos comprometía: mudos, á oscuras y quietos permanecimos largo espacio de tiempo. Aun me pareció oir que de labios de los creyentes se elevaban preces al cielo; pero esto no era, sin duda, sino ilusión de mis sentidos.

De repente crujieron los cerrojos y en el umbral de la puerta se destacó la figura de un oficial, quien nos intimó la orden de apercibirnos para marchar. Agregó que las camas eran innecesarias.

Ya lo creo, pensé para mi sayo, como que en el otro mundo no habremos necesidad de colchones, almohadas, sábanas ni mantas.

No exagero: en mí, por lo menos, cada cinco minutos que trascurrieron de incertidumbre, después de la orden, trocaron de castaño en blanco un cabello de mi cabeza.

Fueron sacándonos de uno en uno; y para colmo de sustos, cada ausencia coincidía con nuevos disparos en la playa. Lo que pasó por mí, pasó, según supe después, por todos, con ligeras modificaciones determinadas por la educación de los oficiales de policía:

De mi pobre persona se hizo cargo el jefe de los *comisionados*, un tal Zamora, muy activo en los crímenes; quiero decir, en la pesquisa de criminales. Antes de salir del cuartel le pregunté al comandante de policía si me sería permitido llevar mi cama. No me respondió sino con una sonrisa que me heló hasta los huesos.

Zamora y yo íbamos seguidos por tres agentes de policía armados de fusil y sable. Recorrimos hacia el poniente la primera cuadra en profundo silencio; no parecía sino que la maldita sonrisa de Plaza me hubiese privado del uso de la palabra. Al empezar la segunda, osé preguntarle, con los términos más galantes que hallé en mi memoria, á dónde me conducía. Le agregué que si la pregunta era indiscreta ó si la respuesta podía comprometerlo, bien podía omitir ésta.

—Á dar un paseo, me respondió.

¡Qué trayecto tan amargo el de los cincuenta metros que de allí adelante caminámos! Sentía en mis carnes el escozor de los azotes; veía en mi pecho los agujeros de las balas; contemplé á uno de los corchetes apoyando la boca de su fusil contra mi frente para darme el golpe de gracia. . . .

En aquellos momentos recorrió mi espíritu todo el pasado mundo de mis afectos y todo el porvenir de mis esperanzas. . . . . .

Zamora debió de comprender mis sufrimientos, pues me dijo en tono menos áspero:

—No tenga cuidado. Los van á llevar á Santiago.

El plural hirió mi oído de la manera más agradable: me reveló que para el patíbulo, el destierro ó la prisión tendría compañeros.

Después, con la reflexión, me he increpado ese menguado egoismo, esa pequeñez de alma que me hizo considerar en aquella hora de angustia el mal ageno como eficaz consuelo de la desgracia propia.

Zamora me había dicho la verdad: en la estación de Bellavista esperaba un tren especial para conducirnos á la capital.

Se me ensanchó el alma cuando vi dentro del carro á don Alejo Barrios, al señor Riesco, á Manuel Barros Barros, á Moisés Escala y á los compañeros de calabozo que habían salido de él antes que yo. Después llegaron los que me siguieron en turno y luego

don Juan B. Billa y el simpático capitán Ismael Larenas, quien dejó á Plaza despechado...... por no haber podido fusilarlo, según se lo dió á entender personalmente el mismo comandante de policía.

Hacía parte también de los prisioneros don Antonio Subercaseaux, caballero perteneciente á una de las más ilustres familias del país, tan rico en dinero como en sentimientos elevados.

Puso el Dictador cuidado especial en hacer elegir el peor carro que hubo á mano la empresa de los ferrocarriles, para nuestra traslación. Apenas si cabíamos en él; de manera que la estrechez del calabozo continuó en el trayecto. Las ventanas estaban aseguradas con clavos. En cada una de las puertas, tres soldados hacían de centinelas y en otro carro venían trece más que completaban la guardia, mandada por un oficial de policía. El número de soldados era igual al de prisioneros.

El capitán Larenas quiso referir la manera infame como había sido tratado en la policía, el porqué de su prisión y acaso otras cosas más; pero alguien le observó que aquello era indiscreto por el momento y hubo de callarse, como lo hicimos todos, á excepción de una ó dos parejas, que de cuando en cuando se comunicaban sus impresiones.

El tren arrancó de Bellavista á la una y diez minutos de la noche, y como el ruido apagaba las voces, vinieron con el movimiento las conjeturas sobre nuestra suerte futura: quién decía que íbamos en ostracismo á la Argentina; quién que por Talcahuano á la isla de Juan Fernández; no faltó uno que pensara que con nuestras cabezas se iba á ejemplarizar, en cuanto á Santiago llegásemos, á los que habían manifestado simpatías por la causa de la revolución.

Pasada la estación de Las Vegas, donde la línea se bifurca para conducir á Los Andes, nos persuadimos de que no estaba aun decretado para nosotros el destierro.

Todos ignorábamos la causa inmediata de nuestra prisión: salvedad hecha de tener, la mayoría de los prisioneros, opinión propia, ninguno había dado motivos ó fundamentos á la arbitrariedad, de la cual, como digo, no barruntábamos el fin.

Respecto de los señores Barrios y Riesco yo me explicaba, á mi

modo, el profundo encono que don José Manuel les tenía: no contento este mandatario con las facultades y prerrogativas que la Constitución del país le otorgaba, había pretendido, por medio de sus agentes administrativos, arrebartarle las suyas á las Municipalidades; y ellos, como primero y segundo alcalde respectivamente, de la de Valparaíso, habían opuesto á tales pretenciones la más enérgica resistencia. Jamás dió el Intendente de la provincia un paso en los dominios de la Alcaldía sin que no estuvieran allí, con la protesta escrita en la mano, señalando la ley y deslindando el deber, ya el señor Barrios, ya el señor Riesco, según quien se hallase en el puesto.

Al señor Barrios especialmente le había cabido en suerte honrar la Alcaldía dando alto y respetable ejemplo de una entereza muy loable y de una independencia que le hará honor eterno.

Fue el señor Barrios quien demostró con la práctica la necesidad de una reforma radical en la organización de las municipalidades, necesidad que después se comprobó hasta la evidencia teóricamente en el cuerpo legislativo.

Por estos motivos y por otros de prolija enumeración, el señor Balmaceda se había acostumbrado á ver en el señor Barrios el jefe, en la provincia, de una política tenazmente opositora á la de absor ción, si así puede llamarse, que había venido desplegando; y era hasta natural que aprovechase la primera coyuntura para señalarlo á sus esbirros como uno de los primeros blancos de sus crueles venganzas.

De ahí las amenazas de fusilamiento en el cuartel del 3.° de línea y las demás torturas á que han sometido á este ilustre ciudadano los opresores de la patria.

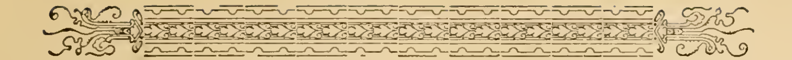
Manuel Barros Barros de quien hablaré más adelante, también se había hecho reo de imperdonable crimen.

Ahí va, les dijo á los dictatoriales á la mañana siguiente de haberse clausurado LA UNIÓN, ahí va EL CONSTITUCIONAL, con editorial capaz de armar difuntos y con noticias suficientes para entusiasmar al pueblo. Y á las barbas de Intendente y policía hizo repartir gratis la edición numerosa de la hoja.

Plaza recibió al punto orden de tomar venganza, que llevó á

efecto de la manera más cumplida y provechosa: el surtido ropero del Gerente de LA UNIÓN, las armas de su uso personal, uno que otro libro, muchos papeles y otras quisicosas fueron á hacer compañía á mi reloj, dinero y bagatelas y á las maletas de viaje de Ismael Larenas, á quien Plaza, para los efectos de la herencia, declaró difunto, mucho antes que don José Manuel lo mandara borrar del escalafón militar.

Los demás, repito, éramos reos de opinar independientemente, gran delito cuando la tosca brocha del despotismo llena de sombras los horizontes de la patria!



9 DE ENERO

La alborada.—Suprema vigilancia.—Llegada á Santiago.—Traslación á la cárcel.—El Alcaide pasa lista.—«Prepare Ud. una celda para cada uno de estos señores».—Impresión de la orden.—Brizeño pide que no nos incomuniquen.—Noticias á las familias.—Desayuno.—Las celdas.—Balmaceda quiere confundirnos con los reos comunes.—Almuerzo.—Conversaciones. —Larraín Plaza y Balmaceda.—Auxilios.—Otros prisioneros.—La noche.—Testimonio de gratitud.

Los poetas le dan á la alborada aureola de alegría; dicen que las aves trinan y que la naturaleza toda sonríe cuando los primeros rayos del sol anuncian el despertar de un nuevo día. Yo he salido al encuentro de este anuncio y confieso que he sentido con ese espectáculo imponente, placentera impresión; mas por mucho que evocara mis recuerdos y por aficionado que en ocasiones haya sido á estos encantos, nada en mí revivió el 9 de Enero. De haberme hallado con mis compañeros en calle pública, seguramente los hubiera tomado por tahures perdidosos recién salidos de la casa de juego: esos rostros desencajados, esas corbatas subversivas, los zapatos sin lustrar, los ojos hundidos en las órbitas, ajado el cuello y el pelo en desorden, todo contribuía á darnos aire marcadísimo de tunos.

Quise reirme de mis observaciones; pero la seriedad de las circunstancias contuvo mi intento.

El tren se detuvo un momento, ya de día, en una estación muy próxima á Santiago. Algunos de los compañeros solicitaron permiso para salir á satisfacer alguna de esas necesidades comunes á racionales y brutos. Fue concedido el permiso, pero con las más estric-

tas precauciones: tres soldados debían custodiar al solicitante agraciado sin perderlo de vista, no fuera alguno á desplegar las habilidades del gran Hermann, de quien cuentan que salió á un mismo tiempo por todas las puertas que dan entrada á San Petersburgo. Algunos hallamos incómodas por demás las precauciones; pero era peor reventar; y, sobre todo ¿no teníamos en la memoria el poco pudoroso ejemplo de aquella famosa reina que se desnudaba, para entrar al baño, á presencia de su esclavo porque no lo consideraba hombre? Con más poderosas razones podíamos nosotros prescindir de la presencia de los soldados.

Paró al fin el tren en la estación del Mercado en la que ya había guardia formada para recibirnos y una inmensa muchedumbre de trabajadores, incitados por la curiosidad, se había reunido para averiguar qué significaba aquel tren y aquellos pasajeros á quienes se recibía en manera tan militar.

Provistos de nuestros sendos abrigos, bajamos los escalones del carro para formar entre dos filas de soldados que se empeñaban en demostrar á la aglomerada multitud que éramos simples prisioneros y no las raras personas que acaso en su imaginación se habían supuesto.

Cabizbajos, como si en realidad pesara sobre nosotros real delito, recorrimos el trayecto que separa la estación de la cárcel.

Me pareció que habíamos atravesado muchas rejas para llegar al patio que se nos había destinado en ella. En realidad no había sino cuatro, si mal no recuerdo.

Allí llegó el Alcaide con una lista en la mano á recibirnos. Cuando lo vi quise precipitarme en sus brazos. Seis años atrás habíamos sido muy buenos amigos en Iquique y no había motivo para que no siguiéramos siéndolo actualmente; pero la prudencia me contuvo, pues una manifestación de alegría podía ser comprometedora. Al parecer él no me había reconocido aun.

Fue llamándonos uno por uno y haciéndonos desfilar en su presencia. Cuando leyó mi nombre, por la mirada que me dirigió, comprendí que había despertado en él recuerdos de otros tiempos; lo que me llenó de satisfacción, pues un amigo, en la posición de él y en mis especiales circunstancias, era algo más que un tesoro para un necesitado.

Leía el alcaide los nombres en voz alta. Al llegar al de don Alejo Barrios, Brizeño salió de la fila y, medio indignado pero muy cortesmente, agregó como protesta de que la humillación se hiciera extensiva á persona á quien todos guardábamos merecido respeto: «Diputado por Elqui y primer Alcalde de la Municipalidad de Valparaíso.» El alcaide lo miró de hito en hito, aparentando sorpresa y tal vez sorprendido realmente, pues según me dijo más tarde, nos había tomado á todos por bochincheros nocturnos, como muchos que suelen visitar, con la facha que llevábamos, el establecimiento confiado á su vigilancia. Esto pudo ser exageración del alcaide, pues no es creíble que le fueran desconocidos los nombres de algunos de nuestros compañeros, y debía suponer que íbamos allí por causa diversa á las vulgares.

Terminada la lista, hizo venir el alcaide al guardián de aquel patio, un hombre al parecer de la familia de los Samsones, los célebres verdugos de París que han transmitido su oficio de generación en generación desde tiempo inmemorial; pero diferente de ellos por su fondo y los buenos modos que empleó para con nosotros por lo menos en los primeros días.

«Prepare Ud. una celda para cada uno de estos señores, quienes quedarán incomunicados hasta nueva orden», fue la prescripción transmitida por el alcaide al guardián.

Volví á mirar á don Alejo y me pareció que se le había alargado la cara por lo menos un jeme al oír semejante determinación. En los demás compañeros hicieron impresión igual las palabras del alcaide: nos habíamos forjado la ilusión de soportar las privaciones de la cárcel en compañía, comunicándonos nuestros dolores, como personas estrechamente ligadas por la desgracia, y aquella separación, en celdas diversas, era para lo futuro el más cruel de los tormentos.

El guardián, para hacerse cargo de nosotros, nos hizo formar en una sola fila y nos contó como si fuésemos ovejas que ingresaban á su rebaño. Bien se conocía que el guardián no miraba, en sus hábitos del oficio, la calidad sino la cantidad de las personas.

Así formados, nos dirigimos á elegir, por concesión del guardián, cada uno la celda que mejor le pareciera.

Me quedé un poco atrás del resto de los prisioneros. Don Vicente Alvarez Ceballos aprovechó esta circunstancia para venir á saludarme, á preguntarme por qué me encontraba allí y á ofrecerme bondadosamente sus servicios.

Brizeño se acercó á nosotros; lo presenté á don Vicente; y trató al punto de conseguir que no nos dejaran incomunicados. Le dijo don Vicente que no había recibido aun órdenes al respecto de nosotros, que iba á pedirlas y que pondría cuanto estuviera de su parte para que fueran ellas lo menos rigurosas posible.

Me preguntó don Vicente si ya habíamos desayunado, y, como le dijese que no, se fue él mismo á hacernos preparar te en su casa, no sin haberle dicho al guardián que mientras iba á pedir órdenes nos dejara fuera de las celdas.

Aprovechamos algunos esta concesión para enviar á nuestras casas noticias del lugar donde nos hallábamos, todavía con vida, aunque perplejos respecto del futuro. Después me he convencido de que estuvo muy prudente nuestra previsión á este respecto.

Durante el te nos pusimos de acuerdo sobre la discresión que debíamos observar en nuestras conversaciones, para no dar pie á que se aumentaran las medidas de rigor de que veníamos siendo objeto. Se hizo también, entre los que habían sido registrados en la policía por manos más escrupulosas que las del capitán que me tocó á mí, ó á quien le toqué yo, una suscripción para disponer lo conveniente á la comida.

En seguida cada cual se dió á filosofar sobre el presente, unos en las celdas, otros siguiendo el ejemplo de los antiguos peripatéticos, por patios y corredores.

Fui yo de los primeros: antes de dar rienda al pensamiento me detuve en el examen del mueblaje de la celda: componíase de un catre de fierro sujeto á la pared por uno de sus lados laterales por medio de goznes, el cual descansaba por el lado opuesto sobre dos barrotes movibles que le servían de patas. Sobre el catre un colchón que en sus primitivos tiempo debió de haber sido blanco; pero al que las generaciones que en su uso me habían precedido le habían dado color de tierra y nauseabundo olor. Frente al catre una tabla de media vara cuadrada apoyada en dos barrotes que entraban en

la muralla, hacía los oficios de mesa. Por velador y asiento un banco, pirámide truncada con un agujero en forma de media luna para facilitar su traslación.

Coloqué sobre el colchón la manta que me había servido de abrigo la noche anterior y quise dormir. Vano intento: la vista del colchón aquel me había producido escozor en todo el cuerpo; la imaginación me hacía creer que era víctima de inmundos insectos, el olor del colchón me producía dolor de cabeza.

Recordé uno de los derechos que don Carlos Montt sostenía que aun nos quedaban, el de maldecir, y evoqué el nombre de Balmaceda para hacerlo objetivo del mudo estallido de mi indignación

En todos los países del globo los detenidos políticos han sido tratados con las consideraciones debidas á su rango. Para el reo de delito común concluyen en los umbrales de la prisión los respetos de la sociedad, los favores del amigo y en ocasiones se extingue el cariño de la familia. El autor de un asesinato ó un robo rompe todo vínculo simpático con el mundo que le dispensó protección ó favorable acogida. El vicio lo degrada y la igualdad ante la ley lo nivela con todos esos seres desgraciados que se revuelcan en el fango de las pasiones bajas y el crimen asqueroso, hartos de la moral hecha pedazos y de la virtud escarnecida.

No sucede lo mismo con el reo político: la sociedad jamás ejerce sanción en el criterio humano que toma por bueno lo que otros consideran malo: la convicción ennoblece y la opinión honrada dignifica. Impone respeto quien por defender sus ideas es condenado á la inacción. Aun creo que ese vocablo crimen viene mal cuando se aplica á asuntos políticos: las creencias no constituyen delitos, por erróneas ó extraviadas que puedan ser.

Pero el dictador Balmaceda puso cuanto estuvo de su parte para que nosotros fuésemos confundidos con los criminales comunes: la elección del local, las órdenes de incomunicación, todo indicaba esa pérfida tendencia.

El pudo, como después he sabido que se lo aconsejaron, habilitar para lugar de nuestra detención, otro cualquiera, donde no se respirara esa atmósfera pesada del vicio. Ya veremos cómo quedaron sin efecto sus designios.

En el almuerzo, enviado por el señor Alvarez Cevallos y servido en el patio, se olvidaron momentáneamente las penas para dar campo á la general conversación, salpicada con el oportuno chiste de Larraín Plaza, la agudeza de Manuel Barros y las filosóficas observaciones de Brizeño.

Contó don Juan Billa cómo el oficial de policía de Valparaíso encargado de conducirlo del cuartel al tren, le había preparado el ánimo para el eterno viaje, diciéndole, en el trayecto, que estaba encargado de hacerle dar un paseo por la bahía y con otras lindezas que lo confirmaron en la creencia de que, en realidad, le había llegado el último momento.

Refirió Ramón Larraín este episodio de mejores tiempos: que Balmaceda había ido personalmente á felicitarlo, en Viña del Mar, donde á la sazón veraneaban, al día siguiente de haber sido elegido diputado propietario en Tarapacá, por este acontecimiento.

—Ya eres diputado, le había dicho, golpeándole el hombro cariñosamente, ya no podrán tomarte preso.

—Pequeña es la prerrogativa al respecto, pues yo jamás he pensado en dar motivo para que la policía intervenga en mis actos, fue la contestación.

Y hacía resaltar, provocando común hilaridad, el contraste de verse en la cárcel justamente por ser diputado; y, más que todo, por haber sido en la cámara partidario de la política de Balmaceda mientras la creyó honrada, pues cuando se convenció de lo contrario, dejó de asistir á las sesiones por no verse en el caso de ser juzgado como hombre inconsecuente.

La hidalguía de Larraín fue premiada con la orden de prisión, precisamente cuando más necesitaba de su libertad, pues su distinguida y noble esposa reclamaba sus atenciones y cuidados, como que se hallaba en días de alumbramiento. A este respecto Larraín y yo nos hallábamos en condición exactamente igual.

La noticia de nuestra llegada á la cárcel se extendió por Santiago con la rapidez de los acontecimientos notables. Los miembros del Club de Septiembre se apresuraron á nombrar un encargado de proveer de los elementos indispensables para la vida á los que de ellos

careciéramos. Los caballeros que tenían en Santiago sus familias empezaron á recibir catres, camas, lavabos, etc.

En un momento todos fuimos provistos de colchones, jabón, tohallas y frazadas, cosa que me produjo grande alegría, pues en el colchón aquel de la celda no habría podido dormir en muchas noches.

En la tarde la comida vino repetida; una enviada por don Vicente Alvarez; la otra por el Club de Septiembre, tomada en el Restaurant Santiago, de donde siguieron remitiéndola.

Terminada la comida, tres caballeros más vinieron á hacernos compañía: don Joaquín Délano, don Manuel Zamora y don Carlos Luis Hübner, presidente del Club de la Juventud independiente de Santiago.

«Cada uno á su celda», dijo el guardián poco después de habernos permitido algún ejercicio; y un cuarto de hora más tarde cada uno procuraba, corridos los cerrojos, arreglarse en la suya lo mejor posible.

Trae la noche, como compañera inseparable, la meditación: en Valparaíso había quedado mi pobre y virtuosa compañera, en vísperas de dar á luz, escasa de recursos, sin amparo y desolada. ¿Qué iría á ser de ella, privada de mis cuidados y ternura?

Después supe que los infames oficiales de policía la hicieron creer que nos habían traído para fusilarnos, cuando fue ella á saber personalmente de mí.

Canallas! no respetaron siquiera su visible estado. Desvanecida dentro el coche, una bondadosa señora que la acompañaba la llevó á nuestra casa, en la que hubo de guardar cama desde aquel mismo instante. Pudieron haberle causado la muerte y tal vez fue ese el propósito de aquellos verdugos disfrazados de guardianes del orden.

La noche fue horrible: como lo describe Manuel Acuña en el *Nocturno*, vanas fueron mis pretensiones de hacer volver mi espíritu hacia otros mundos: después de muchos esfuerzos tornaba á aparecer en mi alma la imagen de mi esposa, víctima de crueles padecimientos, combatida por el dolor y las necesidades.

Sea esta la ocasión de tributar mi homenaje de gratitud á la res-

petable matrona señora Mercedes Alvarez de Jacoby y á sus simpáticas y espirituales hijas Rosa y Sara, por haberse convertido la primera en madre y éstas en hermanas para con mi señora durante la penosa y grave enfermedad que padeció mientras yo estaba en las mazmorras del tirano. Gracias á los cuidados y solicitud de estas señoras, la mía salvó de la muerte y ha podido continuar siendo la felidad de mi hogar y el orgullo de mi nombre.

El sueño, como sucede de ordinario, pudo más que la contemplación de la espantosa realidad, y venció mi cuerpo, pues mi espíritu siguió viajando por las regiones de la desgracia irremediable.

10 DE ENERO

El baño.—La Escuadra en Tomé y Talcahuano.—Comentarios.—Escenas en la cárcel: visita de la familia Subercaseaux.—Conmoción de Brizeno.—Regalos que llegan de fuera.— Alegría de Manuel Barros.—Prisiones en la ciudad.—Declaración de la Corte Suprema de Justicia.

El ruido que hacía el guardián al descorrer los cerrojos de las celdas vino á despertarme. Me vestí con presteza y salí á preguntarle si podría darme un baño. «Pocas son las comodidades de que se puede disfrutar en una cárcel, me dijo el buen hombre; pero con alguna diligencia todo puede remediarse. Baño, como el que Ud. pide, no hay: pero agua no falta y con esto me parece que Ud. podrá conseguir lo que desea.» Tomó la delantera y me enseñó uno como abrevadero de caballos, provisto de dos llaves, en el que los presos lavan, según me dijo, su ropa.

«Esto es incómodo, agregó; pero desde mañana, si Ud. se levanta más temprano, puedo darle mozos para que le echen baldes de agua.»

El baño para mí es elemento indispensable de salud y he de tomarlo todos los días so pena de enfermar ó de ser víctima de malestar inexplicable.

Le agradecí mucho al guardián sus indicaciones y ofrecimientos; me desnudé de medio cuerpo arriba, y, abierta una de las llaves proveedoras, me bañé como mejor pude.

Poco entendido soy en achaques de higiene; pero salta á los ojos la necesidad de dotar á los establecimientos penales de buenas albercas para el aseo personal de los prisioneros, sobre todo en países combatidos por las epidemias.

Recuerdo haber leído en una disertación de un sabio alemán que los microbios, como la cimiente, no se desarrollan y prosperan sino allí donde el campo es fecundo. El desaseo es para las enfermedades abono más poderoso que el huano ó el salitre para las plantas. El baño hace del cuerpo humano campo estéril para la viruela, la escarlatina, el cólera y los demás azotes que han visitado á Chile en estos últimos tiempos.

Hay, en mi sentir humilde, además, una relación estrecha entre el aseo y la moralidad; y por este punto de vista el baño se hace indispensable en las casas de corrección. Su influencia en el sistema nervioso está plenamente comprobada con las curaciones de alcoholizados y locos.

¿Cuántos crímenes no se habrán cometido bajo la influencia de lo que llaman neurosis, los de la profesión, sin responsabilidad moral de parte del desgraciado víctima de esos ataques?

Hombre bajo, de pasiones violentas, depravado, capaz de todos los delitos, poseído de todos los vicios y que tenga la costumbre de bañarse todas las mañanas no conozco sino uno: un paisano mío que se las echó de literato y llegó hasta tener en Iquique un diario; paisano á quien de buena gana enviara yo, capado de barbas, al círculo de la Divina Comedia, donde están pagando las hechas y por hacer los asesinos y los infames.

Como Balmaceda poco se cuidaba de conservar nuestras vidas, un bledo debía de importarle que pudiésemos bañarnos ó no; y cuanto á moralidad, sabido es que pudo ir á la cárcel á recibir de ella lecciones y aun de otros sentimientos nobles que mucho hubieran aprovechado á la nación.

Por mucha que fuera la vigilancia de nuestros guardianes, las noticias de la revolución pasaban á través de bayonetas, rejas y murallas. Con júbilo supimos que la Escuadra había llegado á Tomé y Talcahuano, puertos donde había logrado embarcar, no sin grandes trabajos, á los adeptos á la causa de la restauración que deliraban por hacer efectivos sus servicios.

Apenas llegada la noticia empezaron los comentarios sobre las operaciones bélicas de la armada. Cada cual se permitió emitir su opinión y dar su dictamen. Muchos hubieran querido, en su noble

deseo de evitar desgracias acelerando el triunfo, que la Escuadra hubiese abierto operaciones sobre Valparaíso. Otros, como el entusiasta Lemus, maldecían á la naturaleza por no haber dispuesto que el Mapocho fuese navegable, á fin de que ya estuviera bombardeando á la Moneda.

Poco prácticos en guerras civiles querían que la ya empeñada fuese como la del Brasil, de dos horas, sin parar mientes en las dificultades que había que vencer en un pueblo tan acostumbrado al orden y tan respetuoso á la autoridad como el chileno, para llegar á un triunfo seguro.

Todos discutían y opinaban, salvedad hecha del joven Magalhaès, quien se había apoderado de los tres caballeros llegados la noche anterior para referirles el episodio de su prisión, entrecortado por millares de *entonces*.

Una de las más hondas impresiones de mis primeros años me la produjo la lectura del canto desgarrador de Julio Arboleda, en la cárcel de Popayán, cuando su esposa é hija fueron á visitarlo á través de las rejas del calabozo donde lo mantenían por revolucionario, confundido con salteadores y asesinos. ¡Que sublimidad de pensamientos, qué riqueza de viril energía no desplegó entonces el inspirado vate encadenado!

El sentimiento de ternura que lo hace llamar á sí á su inocente hija para cubrirla de besos y luego el arranque de indignación con que le suplica á la madre la aleje prontamente y no vuelva más, por temor de que el hálito del vicio que se cierne en la mazmorra llegue á profanar su virginal candor; esa escena de la altivez indomable superando al amor infinito, la vi con mis ojos cuando las nobilísimas matronas, madre y esposa de don Antonio Subercaseaux, confundieron sus lágrimas con las del ilustre prisionero entre abrazos y sollozos.

No lejos de esta escena de dolor alcancé á ver á Brizeño que se enjugaba presurosamente las lágrimas, que él suponía traicionaban su valor. Suposición errónea, sin duda, pues solo es dado á las almas generosas participar de los sentimientos elevados: los manantiales más puros están siempre en las cimas de las montañas.

Le vituperé su mal entendida vergüenza y después de ligera ex-

plicación me agregó: ellas están acostumbradas á bajar á los antros de la miseria, como ángeles de caridad enviados á proteger la virtud; pero probablemente jamás habían tenido que hacer este vía crucis donde á uno y otro lado se percibe la hediondez del vicio.

¡Qué espectáculo! Le estaba reservado á Balmaceda esa ignominia de obligar á las más respetables matronas chilenas á penetrar en aquellos lugares levantados para mansión de réprobos. Eso figurará como las nuevas horcas caudinas de la repúblíca moderna.

Verdad que la permanencia en nuestro patio no podía considerarse humillante; pero ¿y la detención á las puertas de la cárcel para que el alcaide revisase el permiso del Intendente ó la orden del Ministro para poder entrar? ¿El tener que oír contestaciones de soldados, confundidas con la gente soez y mal hablada que acude en solicitud de la misma gracia al alcaide? Y sobre todo ¿el paso por aquellos zaguanes donde repercute incesantemente el ruido de las cadenas y las maldiciones de los condenados?.....

En pos de las señoras empezaron á llegar tarjetas de salutación, sestos de frutas y botes de helados que produjeron maravilloso efecto entre los aficionados á estas golosinas, que lo éramos casi todos. Hubo para hacer abundantes once y para depósito de reserva que debía ser consumido después de la comida.

Caían las sombras de la noche cuando Ramón Larraín llegó á la celda de Manuel Barros y le gritó desde la puerta:

—Vamos, Manuel, pronto! que podemos salir.

De un salto estuvo Manuel en pie, calado el sombrero y sobretodo al brazo, alegre como el pájaro que ve después de mucho tiempo abiertas por mano generosa la puertas de su jaula. En el rapto de su entusiasmo abrazó á Larraín, y luego, asiéndosele del brazo, se dirigió resueltamente á la reja de salida.

Ya en el patio, como estuviese prohibido acercarse á aquella reja, ¿á dónde piensa Ud. ir? le preguntó Larraín.

—A la calle. ¿No dice Ud. que podemos salir?

—Sí; pero á este patio, á la calle ni con el pensamiento.

Barros sintió que se le había venido encima todo el peso del desengaño; pero el asombro que en su cara se pintaba y el enojo á punto de estallar, arrancaron á Larraín tal carcajada que todos acu-

dimos á saber la causa que la motivaba, é impuestos del episodio, fuimos parte á calmar el enojo del engañado.

Al mismo tiempo que en la cárcel reíamos, afuera, en la ciudad, se desarrollaban acontecimientos que pudieron tener funestas consecuencias para muchas familias de la capital: el Dictador que veía levantarse sombras en todas partes, poseído del demonio del miedo, había mandado aprehender á cerca de doscientos jóvenes que se hallaban reunidos en el Restaurant Santiago. Muchos de ellos pudieron, armados como estaban, hacer resistencia y burlar la orden; pero los más prudentes no vieron en ese acto temerario sino un compromiso de su libertad, tan inútil como perjudicial, pues sus servicios podían ser más tarde de eficaz cooperación á la causa y su actual resistencia los inhabilitaba para prestarlos. Era cerrar el paso á la esperanza. Acordaron, pues, obedecer y siguieron, camino de la policía, al cuartel á ver para que los requerían.

Como no había contra ellos acusación alguna fundada, pues en Santiago, á diferencia de Valparaíso, no todo el que adulaba á la autoridad tenía facultad de encarcelar al enemigo personal ó al acreedor, fueron puestos en libertad pocas horas después de su prisión, mediante el convencimiento adquirido de no haber cometido acto alguno que pudiera considerarse punible, pues ni siquiera habían dicho que Balmaceda era un tirano ó don Claudio Vicuña un imbécil, como ya andaba desde mucho tiempo escrito en diarios y periódicos.

La prensa del país, mientras gozó de libertad, se había ocupado en discutir si después del 1.º de Enero podía considerarse como legal la existencia del Ejército. La discusión se había adelantado hasta llevar el convencimiento al ánimo de los más obstinados. Era fuera de duda que no habiendo ley que autorizase el pie de fuerza, el Ejército quedaba disuelto de derecho. De esto parecía persuadido el mismo Julio Bañados Espinosa, fastidioso apologista de todos los actos del Dictador, el más sofista adalid del principio de autoridad, que deduce la bondad de los actos de su ejecución dentro y fuera de la casa propia. ¿Rebajaron los Ministros de Estado la dignidad de su puesto con asistir, so pretexto de abrir un Club, á admirar en Valparaíso el triunfo de uua triquiñuela introducida en la

elección de municipales? Pues ahí está Gladstone ensordeciendo los aires con sus discursos pronunciados en aldeas y villorrios. ¿Gobierna Balmaceda sin presupuestos? Pues ahí están, sea ó no igual el caso, todos los Presidentes chilenos haciendo, según su juicio, idéntica cosa. ¿Quiere elegir Balmaceda un sucesor en el mando? Y ¿qué han hecho, hombres ciegos, los mandatarios anteriores? ¿Se proclama Balmaceda dictador? Eso es poca cosa. Manifestar indignación y alzarse en armas es no conocer un ápice de la historia contemporánea. Mirad hacia el oriente y hallaréis allí á Rozas y á Francia; convertid las miradas al noreste y tropezaréis con la figura de Melgarejo dándoos ejemplo de cómo se gobiernan los pueblos rebeldes. Continuad al norte. ¡Qué pléyade de ilustres en esos cacicazgos! Allí están Piérola, García Moreno, Rafael Núñez, Guzmán Blanco, enseñando á las futuras generaciones el gran secreto de hacer la felicidad de la patria. Nada importa que en Chile convenga evitar una cosa si ella ha sido practicada en otras partes; nada importa violar la ley si entre nosotros mismos tenemos vivo el ejemplo de haber sido violada anteriormente.

Donosa manera de defender al amo! En Colombia Rafael Núñez se ha casado dos veces y ha andado toda su vida en vergonzosos contubernios. Cuando al Excelentísimo señor Balmaceda se le ocurra cosa semejante, ahí saldrá Julio Bañados á decirnos que somos unos ignorantes y á rezarnos la historia de Abdul-Asis, Ismael Bajá y todos los pachaes inclusive el Matador de la Sublime Puerta.

Pero volvamos á cuento, que esto de hablar de persona que ha hablado tanto desvía el ánimo: decía que la prensa había demostrado hasta la evidencia que pasado el 1.º de Enero la existencia del Ejército en Chile era ilegal. En la noche supimos los encarcelados que la Excelentísima Corte Suprema de la Nación lo había declarado así por sentencia pronunciada con motivo de una apelación introducida por Alberto Larenas y Roberto de la Cruz en el consejo de guerra que se les seguía, al primero por haber renunciado su puesto en la comisión de límites con la República Argentina y al segundo por levantar tribuna de sedición en los cuarteles.

Esta declaración de la Corte tiene importancia trascendental, pues mientras el asunto estuvo dudoso, cada cual quedaba faculta-

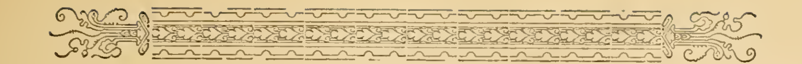
do para arreglar su conducta según su propio criterio ó el del vecino, en los casos, demasiado frecuentes por desgracia, en que no se tiene uno. De ahí adelante, desposeído el Ejército de su existencia de derecho, no quedaban en la Nación sino hombres armados para apoyar y sostener las arbitrariedades de otro hombre llamado José Manuel Balmaceda; ó sea, en lenguaje más propio, montoneras al servicio del tirano.

Las decisiones de la Corte Suprema no tienen apelación, son para los asociados lo qne para el orbe católico los fallos pronunciados excátedra por el Sumo Pontífice.

Antes de la decisión muchos militares pudieron alegar, en abono de su ceguedad, las prescripciones de esa ley que llaman ellos las ordenanzas, la obediencia pasiva como cuerpo á quien le está prohibido deliberar; después de ella ¿qué les queda para paliar su conducta ante la historia?

Ellos, cuando llegue la hora de la suprema justicia, verán modo de responder á esta pregunta.

Entretanto, quede este estigma colocado en su frente por el Tribunal más respetable del país, para ser agregado al padrón de su inconciente ineptitud ó de su responsable servilismo.



11 DE ENERO

Soldados del progreso.—Carlos Luis Hübner.—Discusión política; la revolución y sus resultados.—Noticias y visitas.—Los empleados de la cárcel y la policía de Valparaíso.—Un rábula.—Los Ministros en el fango.

A la cabeza del movimiento progresista de Chile figura, especialmente en Santiago, una juventud pensadora, estudiosa, partidaria de la innovación política en su forma más adelantada, reñida abiertamente con las viejas tradiciones á las cuales combate con entusiasmo y valor; falange poderosa de lucha, propagandista y resuelta que va hacia el porvenir con los pies en el polvo, pero con la mente en ese cielo positivista donde se alcanzan á divisar á través de la aureola de sacrificios y de esfuerzos que lo envuelve, la gloria personal y el engrandecimiento de la patria; generación venturosa para quien están reservados en los incomprensibles misterios del futuro los martirios del héroe y los triunfos del genio.

A esa juventud pertenece Carlos Luis Hübner.

Le conocía de nombre y había simpatizado con cierto rasgo de independencia que me revelaba en él carácter levantado: servía en uno de los ministerios cuando empezaba á dibujarse en el horizonte de la República la silueta de la dictadura. Avergonzado ante sí mismo por la idea de que sus servicios fuesen tomados como abyección, fue Hübner el primero que le gritó al tirano: «Hay conflicto á mis ojos entre mis deberes como empleado y mis obligaciones como ciudadano. No puedo combatiros estando al servicio del gobierno que presidís. Disponed del empleo, pues lo abandono».

La cimiente cayó en campo fecundo: á Hübner siguieron los

Allendes Castro, Anjel Custodio Espejo y muchos más que sintieron en sus venas el punzante aguijón de la dignidad.

Mal presagio eran para Balmaceda estas renuncias: así principian á desprenderse de la base las piedras que aflojan las paredes del edificio que al primer sacudimiento viene á tierra; así empieza á formarse en las repúblicas esa opinión que lame como la llama y destruye como el fuego; pero los tiranos son como las estatuas: no saben lo que pasa en el pedestal; y cuando se encuentran en los escombros, pasado el terremoto, aun se creen firmes porque el furor del desastre los ha dejado intactos.

Mucho discutimos con Hübner sobre la revolución.

—Es, me decía, una de las manifestaciones del progreso. Nuestras instituciones tienen vicios cuya corrección era inútil pedir á la lenta labor del tiempo. El pueblo no podía continuar por esa senda, en la cual le hacían dejar los mandatarios sus derechos más preciosos y casi toda su dignidad.

—Esas instituciones, le respondía, han venido modificándose á medida que la necesidad ha hecho fatal la reforma. Yo habría exigido más paciencia de parte de los iniciadores de este movimiento.

—Todos trabajábamos con tenaz porfía para ver en la silla presidencial un hombre recto que aceptara la reforma de buena fe; pero Balmaceda se empeñó en contrariar la voluntad del país, primero con la intriga, después con el engaño y por último con la fuerza. Su violencia se hizo insoportable. El mandatario que hubiera venido después de él, habría seguido, como hechura suya, sosteniendo la omnipotencia ilimitada de lo que Balmaceda ha hecho llamar sus prerrogativas constitucionales. Balmaceda dijo con increíble insolencia á una comisión de ciudadanos, la más honorable que se ha visto en el país, que no cedería. Recuerdo sus palabras: «no he cedido ante el Congreso, menos ante Uds. que carecen de representación legal.» El desprecio por el Congreso se habría convertido más tarde en hacer de ese cuerpo ludibrio de la audacia del Presidente. La revolución de hoy se habría presentado más tarde, tal vez menos fuerte. El pueblo tenía que reprimir el primer ultraje hecho á la majestad de sus representantes. Balmaceda había llegado al límite, «fue hasta el fin» como dijo en su

manifiesto del 1.° de Enero; porque el fin para él ha sido la revolución.

—Sinembargo, yo hubiera esperado la nueva elección para continuar en la lucha por medio de la prensa, á fin de llegar, como se ha hecho hasta hoy, á la reforma.

—Y todos hubiéramos hecho lo mismo si Balmaceda hubiese permitido la elección. Ahí está precisamente el punto difícil; esa, la manzana de la discordia; el nudo gordiano que había que desatar con el filo de la espada. ¿Qué pidieron todos los ministerios, aun los formados por sus mismos partidarios? Prescindencia absoluta en la elección. ¿Qué respondía Balmaceda? Sí, señores, prescindo; porque estaba persuadido de que eso que todos pedían debía ser concedido. Y á poco andar, después de haber empeñado su fe de mandatario y su palabra de hombre, descubrían los ministros en los labios de Balmaceda esa sarcástica sonrisa con que les decía á la faz de la nación entera: ¡imbéciles!

—Pues bien, apesar de todo, yo no puedo aceptar la revolución como un progreso. Lleva envuelto, además de la ruina que causa, el germen de otras revoluciones, y eso es lo peor. Han entrado en la lucha elementos heterogéneos; y, en pos del triunfo, cada uno de estos elementos procurará excluir del poder á los demás. Va Chile por el camino de Colombia ó Venezuela, y entre los desangres que la anarquía haya de producir terminará con un doctor Rafael Núñez ó un general Guzmán Blanco. Si ese ha de ser el progreso, ¡maldito sea eternamente!

—Reconozco que la revolución es un mal; pero un mal bueno (1)

(1) Bentham, en su doctrina del principio de utilidad, establece la diferencia de bienes y males, unos y otros en malos y buenos, según los resultados que produzcan: un mal bueno es, por ejemplo, un remedio desagradable: el tomarlo es un mal, porque causa sufrimiento; pero es bueno tomarlo porque sirve para evitar sufrimientos posteriores más dolorosos. Igual cosa sucede con la amputación de un miembro gangrenado, porque preserva la vida. Otro tanto sucede con los bienes: una copa de vino es un bien porque produce placer; pero un bien malo, porque despierta el deseo é incita al vicio. El que quiera saber bien la materia búsquela donde más largamente se contiene, que yo tengo horror á las notas.

por los resultados que ha de producir: la reivindicacíón de los derechos del pueblo y de la soberanía del congreso. No tengo temor alguno á la anarquía posterior al triunfo. Formamos un pueblo sensato y juicioso. Nacerá un partido en el cual tendrán cabida todos los hombres honrados á quienes distingan sus virtudes y que descuellen por su ilustración. No tendremos caudillos, que es lo que ha perjudicado á las naciones del norte. Fíjese Ud. que la lucha actual no se ha empeñado por un hombre, sino por una idea. No peleamos contra Balmaceda, ni contra SanfuentEs ni contra Vicuña, sino contra la intervención. No queremos llevar á la presidencia á Juan ó á Pedro, sino á un ciudadano que represente en el poder las comunes aspiraciones de la mayoría y sepa respetar su voluntad; que encarne la reforma con disciplina si no con convencimiento. Nos hemos diferenciado de las demás repúblicas hermanas; tenemos derecho perfecto para aspirar á seguir siendo honrosa y respetada excepción. Aquí nadie ha pretendido enriquecerse con las arcas públicas; y si es verdad que en el fondo de la tenacidad de Balmaceda hay algo que pueda interpretarse en ese sentido, ya verá cómo sabremos castigar hasta la sospecha, con mayor severivad que la empleada por el César romano respecto de su esposa.

Así discutíamos en ocasiones, especialmente cuando hallaba á Hübner en la vena de lo serio, pues en otras no estaba sino para remedar á los gatos, para comerse una libra de dulce de almíbar, para jugar á las bolitas ó para amarrar el botón del saco del vecino á la pata de la silla que le servía de asiento.

Me complacia oir estas opiniones y me gustaba dejarme convencer porque eso deseaba y eso deseo aun y desearé siempre para este noble país con quien tanto encariña el extranjero, segunda querida patria de todo el que pisa su hospitalario suelo.

Participaba de las mismas ideas Brizeño en cuanto á los resultados de la revolución, y esta uniformidad de convicciones me alentaba á creer que no podía ni podrá ser otro el desenlace final de la contienda.

Noticias de Valparaíso! dijo alguno y todos formámos grupo para imponernos de ellas: todas buenas para darnos vida, que en la cár-

cel hubimos de convencernos de que no sólo de pan vive el hombre: un acontecimiento favorable á la causa era manjar del espíritu que devorábamos con avidez. Supimos que el entusiasmo en Valparaíso, rayano en lo increíble, se manifestaba en todas las esferas sociales de una manera imponente: la más lucida juventud concretaba sus aspiraciones á embarcarse en la Escuadra; los trabajadores de don Carlos Montt, indignados con la prisión de su patrón y convencidos por uno de los mayordomos, se habían ido á bordo en número de 150. La Escuadra recogía con grandes esfuerzos los dispersos elementos para continuar la lucha. El regocijo fue general.

Don Manuel Zamora no cesaba de aplaudir á manos llenas y de felicitar á cuantos á su paso le salían. Desde su llegada, don Manuel se había dado á observar qué faltaba en la cárcel para proveer por su cuenta á todo. No podía ver clavo mal colocado ni cosa alguna fuera de su puesto. Distribuyó novelas para que pasáramos el tiemqo menos fastidiosamente. Surtió la despensa de tirabuzones y vacijas para el alcohol y el petróleo; las celdas de candeleros; las mesas de papel. Verdaderamente era una providencia. Nada podía ofrecérsenos que no lo hallásemos en su celda, arsenal de las cosas más útiles que son casi siempre las que más á menudo descuidamos.

Con las noticias vinieron también nuevas visitas: la familia de don Manuel, uno de sus yernos, diputado, su joven y bella esposa y dos preciosos niñitos; doña Victoria Mandiola de Larraín Plaza; y doña Esperanza O'Ryan de Brizeno. Hubo nuevamente llantos y escenas desgarradoras. Las mujeres lloran por todo. A las recién llegadas se les había imaginado que no volverían á ver á sus maridos y entre repetidos abrazos confundían el llanto del placer por haberlos visto con el del dolor por verlos prisioneros.

Las señoras de Larraín y de Brizeno, no bien habían sabido, la primera en Viña del Mar y la segunda en Valparaíso, la traslación de sus maridos á Santiago, tomaron pasaje por el primer tren que á mano hubieron, deseosas de ser en la prisión ángeles que fortalecen la desgracia. Y no descansaron un punto, desde su llegada á Santiago, para obtener del Ministro de lo Interior orden que les abriera las rejas de la cárcel.

Larraín no dejó que á su esposa la dominara el pesar; con la chispa é ingenio con que suele sacar partido de las situaciones más difíciles, convirtió en un instante el repliegue de amargura en sonrisa y el pesar en contento.

Brizeno preparaba el ánimo de su angelical y virtuosísima compañera, toda simpatía y belleza, á la resignación; porque él, como yo, estaba persuadido de que la situación no se resolvería en poco tiempo.

A pesar de la arbitrariedad de las prisiones, preciso es reconocer que en Santiago los empleados encargados de nuestra vigilancia, no se empeñaron como los de Valparaíso en exhibir instintos de chacales. Las señoras que iban de visita eran tratadas por ellos con respetuosa consideración. Eran gente educada en quienes las buenas maneras no andan en abierta riña con el oficio. Si nos hubiesen hecho permanecer en Valparaíso, ai! si tanta hubiese sido la desgracia, íntimamente persuadido estoy de que esas respetables matronas habrían sido recibidas á culatazos.

¿Qué podía esperarse de una policía en la que más que el jefe mandaba un rábula que ha pasado toda su vida explotando el hambre y las debilidades de las mujeres perdidas? Y ese hombre que jamás ha tenido nociones de virtud; cuya frente jamás ha sido coloreada por el rubor; para quien la moral y el pudor no han existido nunca; ese hombre, digo, era el árbitro de los destinos del pueblo de Valparaíso; el brazo derecho de Balmaceda en aquella desgraciada provincia!

A ese hombre le dieron la mano los Ministros de Estado y tuvo asiento en la mesa del Intendente, no obstante oler desde leguas á tugurio y á burdel.

No quiero nombrarlo. Me repugna hablar de estas infamias tan bajas. Si se me ha deslizado la pluma hasta mojarla en ese fango, pido perdón á mis lectores en gracia á la necesidad de dejar constancia de los recursos á que apelaba el Dictador como elementos para robustecer su poder.

Cuando Julio Bañados lea estas líneas él me dirá si Gladstone, Freycinet, Kalnoky, De Giers, Crispi, Blaine, Sagasta, Caprivi, ó

alguno de sus ilustres colegas han comido, bebido ó departido con personaje así tan honorable como mi rábula, y si es ignorancia de la historia contemporánea el vituperar que los Ministros de Estado anden codeándose con pécoras de esa estofa.



12 DE ENERO

Don Manuel Zamora arregla comedor.—Conversación con Larraín Plaza.—Esperanzas de transacción.—Dos de los prisioneros van al hospital.—Llegada del doctor Genaro Lisboa.—Más visitas.—Otros prisioneros del sur. Ocupan las celdas de los altos.

Los días anteriores habíamos comido con grande incomodidad; la mesa era demasiado pequeña para el número de prisioneros. Don Manuel Zamora, que venía acariciando la idea de hacer comedor de la pieza más espaciosa de la cárcel, situada en el vértice del ángulo formado por las celdas de aquel patio, puso en práctica su pensamiento: envió á llamar, previo permiso del alcaide, á un carpintero que purgaba sus inclinaciones á lo ajeno en otro de los patios contiguos y le ordenó fabricara una mesa capaz de contener, agregada á la que había, desahogadamente á todos los encarcelados. El carpintero se demoró una hora en la ejecución del trabajo, tiempo que empleó don Manuel en decorar las paredes con cuadros en que se anunciaban las máquinas propias de su comercio. Algunos de nosotros le ayudamos á fabricar estantes de cajones vacíos que para el objeto había mandado pedir á su casa.

Me complacía mucho ver á don Manuel, ya de alguna edad, manejando ora el serrucho, ya las tenazas ó el martillo con una habilidad y presteza propias de los veinte años. Trabajo nos costaba obligarlo á que aceptara nuestros servicios como ayudantes: quería hacerlo todo personalmente. En las cosas más triviales de la vida se revela el espíritu del hombre. Don Manuel nos estaba demostrando á todos que no podía estar un momento desocupado y nos

daba ejemplo de la manera de llegar á las grandes comodidades por medio del trabajo continuo y de la atención que debe prestarse siempre á las pequeñas.

En su infatigable actividad, hizo en pocos momentos de esa pieza destinada á dormitrio de beodos y rateros un comedor decente, en el cual había un lugar para cada cosa y cada cosa se hallaba, á la hora de almuerzo, en su lugar. La mesa había quedado de una altura superior al modelo, detalle en que no pudo convenir don Manuel: nos llamó para decirle al maestro en nuestra presencia que era un chambón y para darle una lección en el arte de tomar medidas. Quedó al fin la mesa nivelada al modelo.

Terminado el almuerzo en el improvisado comedor, me separé del grupo general para conversar con Larraín Plaza sobre la situación actual.

—El torrente ha desbordado, me decía, y sabe Dios cuándo habrá de volver á su cauce primitivo.

—¿Cree Ud. que la situación se prolongue por mucho tiempo?

—Si Balmaceda no oye la voz del patriotismo; si no procura una honrosa transacción, ahora, cuando aun es tiempo de verificarla, la paz no hallará para sentar sus reales sino escombros y ruinas. Tengo fe profunda en que calme pronto esta tempestad. Pueda ser que antes de que empiece el derramamiento de sangre hermana, Balmaceda ceda ante la espectativa de las desgracias futuras. Yo creo que Balmaceda no pensó nunca en que pudiera estallar la revolución, y en presencia de la realidad y del convencimiento de que entre nosotros es imposible la dictadura, tengo fe, repito, en que oiga la voz del patriotismo.

—No creo que haya espíritu bien intencionado que no deseé ese desenlace; pero, por desgracia, los tiranos son sordos, y de la peor sordera, de aquella que no quiere oír, maldecida por Jesús.

Y luego pasamos á tratar de nuestra prisión.

—Todos los tiranos, me decía, han buscado pretexto para sus arbitrarias disposiciones. Yo me he cansado de pensar cuál habrá sido el fundamento de nuestra prisión. Respecto de la mía ¿por no haber continuado en las sesiones de la cámara? Exhibido en aquellas á que asistí como partidario de su gobierno, mientras creí en su

honradez, no quise aparecer como opositor cuando me convencí de que le faltaba aquel elemento, base única de mi adhesión. Esto, en vez de herirlo, ha debido motivar agradecimiento de su parte, como que en el fondo mi proceder era hidalgo: renunciaba á tomar participación en la política por no verme en el caso de hacerle la guerra; hice á un lado mi deber de ciudadano por respetar, con mal entendida lealtad, los vínculos de amigo. Eso importa un sacrificio, y la manera de reconocer mi generosidad es, Ud. lo vé, metiéndome en un calabozo.

—Balmaceda ha creído probablemente que Ud. pudiera llegar á ser una dificultad más, agregada á las muchas en que se halla.

—Por lo menos yo no había dado por qué se me atribuyera esa intención. Las dificultades en que se ha hallado y se hallará él mismo se las ha creado con su modo de proceder. Los obstáculos para gobernar no los coloca en la vía la casualidad sino los gobernantes mismos. La mala fe no ha tenido nunca partidarios, ni siquiera entre los ladrones, pues el jefe de la cuadrilla respeta, ante todo, la palabra empeñada con los suyos.

—Pero hay que confesar que á Balmaceda le ha tocado la época mas difícil.

—Creada, lo repito, por su propia voluntad. Para el gobernante honrado no hay épocas fáciles ni difíciles. Bastábale haber cumplido su palabra para llenarse de gloria. Yo he visto á muchos jóvenes á quienes sueltan sus padres con veinte mil pesos en el bolsillo, á la libertad de la vida, para que aumenten ese capital por medio del trabajo, volver á los pocos años á lamentarse de su mala estrella al hogar paterno, sin blanca y desesperados. Así está Balmaceda con el gobierno que en mala hora se le confió. Esos jóvenes llaman mala estrella las seducciones de la cortesana, el tapete verde ó la espuma del champaña. Balmaceda llamará dificultades su necio orgullo y sus caprichos, cuando, si no busca una transacción, entregue la República diezmada en su población, atrasada en sus industrias, arruinada por completo, á quien haya de sucederle; esto, si antes de que termine su período no lo han desollado vivo ó no le han buscado un fin como á San Lorenzo, que será lo que habrá de merecer si persiste en sus locuras de Dictador.

—No creo en la transacción. Un arreglo amigable se ha hecho ya imposible. Nadie creería en la palabra de Balmaceda, porque la ha empeñado muchas veces y ninguna la ha cumplido. La oposición exigiría que abandonase el mando, y eso no lo hará. Él sostendrá su poder contra las armas, porque cree en el triunfo y cree también en que el éxito lo justifica todo.

—Entonces no nos quedará más que entonar el canto de Rodrigo Caro sobre las ruinas del país.

—Y aprovechar la lección para que de esas ruinas nazcan, vigorosas é inconmovibles, las nuevas instituciones, que han de quitar al Presidente de la República los girones de monarquía que le dejaron en 1833.

Don Antonio Subercaseaux y don Juan Billa no gozaban de buena salud á tiempo de reducirlos á prisión. Su estado se agravaba cada día notablemente. Balmaceda se negaba á que salieran de la cárcel, temiendo que de cualquiera otra parte se escaparan. Bien habría podido permitirles que se retirasen á sus casas bajo la simple promesa de no moverse de ellas mientras permanecieran enfermos. Pero Balmaceda que ha revelado tener poco respeto á la palabra empeñada, no podía fiarse de una promesa, aunque ella fuera hecha por caballeros que, como los nombrados, jamás hayan dado el más leve motivo para poner en duda su honor.

Con mucho trabajo se consiguió al fin, después de informes de médicos é infinidad de requisitos, que fuesen trasladados al hospital de San Vicente de Paul. Pocos días después el señor Subercaseaux, mejorado de salud, marchó desterrado á Buenos Aires. El señor Billa permanece aun en el hospital.

Poco rato después de la salida de estos caballeros ingresó á la cárcel el doctor Genaro Lisboa, quien fué rodeado por todos los prisioneros, exactamente como sucede en los internados de los colegios.

En pocos momentos nos explicó Lisboa, con la locuacidad que le es peculiar, cómo andaban las cosas en el departamento de Caupolicán, en cuya capital, Rengo, lo habían aprehendido, y en el de San Fernando, que componen la provincia de Colchagua, en la cual sólo faltaban armas y una voz para formar batallones al servicio de la revolución.

Las autoridades locales, temerosas de que Lisboa, quien goza de gran prestigio en la provincia, se pusiera á la cabeza de ese pueblo entusiasta y patriota, previnieron el movimiento ordenando su prisión.

Lisboa se halló en la cárcel sorprendido de ver amigos de colegio: para él que creyó venir á habitar solo y desesperado, tal vez en medio de ladrones, las prisiones del tirano, no fue pequeño su contento al encontrarse entre hermanos por la causa y por la convicción; sin embargo, deploraba no haberse anticipado á la autoridad, no haberse levantado y huído á las montañas á esperar el momento preciso con sus copartidarios, antes de correr la suerte de verse reducido á la impotencia.

Lisboa es joven de arraigadas convicciones, acaso exageradas en ciertos puntos, y uno de los que creen con entera sinceridad en la regeneración del país; en la consolidación del nuevo partido que se levantará pasada la lucha, purificado por la dolorosa experiencia, para encaminar á la nación á sus grandes destinos.

En pos de Lisboa vinieron á honrar la cárcel por ligeros momentos doña Corina Herrera viuda de Videla, sobrina de don Alejo Barrios y doña Mercedes Ortúzar de Montt, esposa de don Carlos.

Por la tarde, después de levantarnos de la mesa, aparecieron en uno de los corredores fronteros á las celdas, cabizbajos y pensativos, como monjes en claustro, varios prisioneros enviados del Sur por el sátrapa de Concepción, quien no se tomó, en sus deseos de servir al Dictador, la pena de hacer conveniente selección, para evitar reclamos internacionales.

Procedían de Talcahuano, por obediente disposición de don José Echeverría, gobernador de aquel departamento, los señores David Fuentes, regidor municipal; Daniel Morán y Gabriel Toro miembros de la misma corporación y el primero de ellos jefe en el lugar del partido democrático; Juan Cohello, comerciante portugués; Guillermo Mackay, americano y agente consular de Suecia; Belisario Symón, farmacéutico, dueño de la botica mejor acreditada en la población; Eduardo Trumbull, médico semi-americano y semi-chileno; Daniel Súnico; Antonio González, comerciante; Ricardo Neira; Juan Sosa; Carlos 2.° Williams; Guillermo Gamboa;

Ramón Fuentes; Daniel R. Navarrete; Candelario Reyes, miembro de la Municipalidad: y Nolberto Banker;

De Coronel, Artnro del Campo, primer alcalde de la Municipalidad; y

De la misma ciudad de Concepción, aprehendidos directamente por el titulado Intendente, Emilio Villarroel y Pedro María Suárez.

Todos estos caballeros habían sido tomados el día anterior y conducidos en un tren especial. Con ellos se habían observado las mismas precauciones que con nosotros y los habían sometido á idénticas humillaciones. La noche anterior había sido para ellos igual á la media que pasamos nosotros en el calabozo de la policía de Valparaíso, noche de insomnio y de temores. Sólo que los recién llegados le habían visto la cara al Intendente de la provincia, Salvador Sanfuentes, cuando, con más alcohol en la cabeza del que conviene á una autoridad, se presentó en la policía de Concepción á llenarlos de improperios y amenazas.

El viaje lo habían hecho de día, como he dicho, en tren especial, el cual paró en la estación de Rancagua; lo que permitió al dueño del Restaurant Peralta, sacar su vientre de mal año, cobrando, al saber que eran prisioneros políticos los servidos, el triple del valor verdadero de cada plato, detalle que apuntamos para escarmiento de esta clase de huéspedes, siempre dispuestos al abuso y á explotar sin miramiento al prójimo en desgracia.

Aquella tarde no nos fue posible hablar con los recién llegados. Las celdas de los bajos de la cárcel estaban llenas, por lo que hubo de disponer el alcaide que fuesen colocados en las de los altos. Se prohibió además que subiéramos ó que bajaran ellos. Creo que el único que violó esta prohibición fue el joven Magalhaés, quien burló la vigilancia de los guardianes para poder contar entre auditorio numeroso el episodio aquel de su prisión.

—Ese joven, me decía al día siguiente uno de los del sur, parece portugués.

—Por lo menos es descendiente, le respondí, según lo dan á entender su apellido y su tendencia irresistible á estar hnblando constantemente de su gran proeza.



13 DE ENERO

Extranjeros en el país; sus prerrogativas.—Ignorancia supina del Cónsul de Colombia.—Los otros cónsules saben cumplir con su deber.—Mackay, ciudadano americano, sale en libertad.—Continúan las prisiones en Valparaíso: el señor Vilalobos.—Carlos A. Rodriguez.—Llega Alejandro Carrasco Albano; su prisión; lo que opinan Intendente y comandante de policía de Valparaíso.—Auto de la Corte Suprema de la Nación.

«El objeto principal de la misión del cónsul es dar á todos los individuos de su nación los consejos y avisos necesarios, y mantenerlos en el goce de sus inmunidades y privilegios.

«El cónsul debe proteger contra todo insulto á sus conciudadanos, ocurriendo si es necesario al gobierno supremo. Si sucediere que las autoridades locales toman conocimiento de delitos cometidos por los ciudadanos del cónsul fuera del territorio á que se extiende la jurisdicción local, reclamará contra tales procedimientos, requiriendo que se reserve cada caso de estos al conocimiento de su juez competente y que se le entreguen los delincuentes aprehendidos por las autoridades locales.

«Desde el punto que un ciudadano pisa suelo extranjero queda sometido á la ley local; pero el Estado le ofrece la protección de la autoridad pública depositada en los tribunales. Si éstos le hicieren una injusticia manifiesta, puede entonces interponer la autoridad de su propio soberano para que solicite se le oiga en juicio ó se le indemnicen los perjuicios causados.

«Los actos jurisdiccionales de una nación, sobre los extranjeros que en ella residen, deben ser respetados de las otras naciones, porque, al poner el pie en el territorio de un estado extranjero,

contraemos la obligación de someternos á sus leyes y por consiguiente á las reglas que tiene establecidas para la administración de justicia. Pero el Estado contrae también por su parte la obligación de observarlas respecto del extranjero; y en el caso de una palpable infracción, el daño que se infiere á éste es una injuria contra las naciones á que pertenecen los agraviados. Si el Estado instiga, aprueba ó tolera los actos de injusticia ó violación de sus súbditos contra los extranjeros, los hace verdaderamente suyos y se constituye responsable de ellos, para con las otras naciones.»

Los apartes anteriores, tomados de la obra de Derecho Internacional de Bello, establecen de una manera muy clara el derecho perfecto que tienen los extranjeros para ser juzgados conforme á las leyes del país en que residen y la obligación de los cónsules de reclamar contra toda violación de que se haga víctima á sus connacionales. Desgraciadamente esta obra, ni otra alguna de las muchas que contienen la materia, debían de ser conocidas por el Cónsul de Colombia, pues apesar de haber sido noticiado oportunamente de mi prisión verificada de una manera tan ilegal como arbitraria, no hizo diligencia alguna para cumplir con su deber, ya reclamando contra la violación de la ley, ya protestando contra el abuso. Supo el Cónsul de Colombia que mi prisión no había sido decretada por autoridad competente; supo que yo no había cometido delito alguno; supo que después de la prisión no se me oía en juicio; esto es, que «se me había negado la protección de la autoridad pública depositada en los tribunales;» y apesar de saber todas estas cosas, conformóse con decir cuando las supo que sus diligencias al respecto eran inútiles, pues el Intendente de la provincia era amigo de su intimidad y no había querido recibirlo...

El desgraciado Cónsul lo supo todo, hasta confesar la humillación, menos cumplir con su deber.

Ya tenía yo conocimiento de la habilidad del señor Cónsul, pues el año anterior, el 20 de Julio, aniversario de la independencia de nuestra nación, se vieron izados los pabellones de todos los países que tienen consulados en Valparaíso, menos... el del consulado de Colombia!

«El Heraldo dió cuenta del contraste singular en su crónica;

pero después se explicó la omisión por ignorancia del señor Cónsul ó por olvido, pues su edad no le permite recordar estos acontecimientos.

Pero si el Cónsul de Colombia estaba tan á oscuras de las obligaciones de su cargo, los de las otras naciones á que pertenecían los demás extranjeros tomados arbitrariamente, se apresuraron á dar á las suyas cumplimiento: el señor Mackay. llegado el día anterior entre los prisioneros del sur, fue puesto en libertad á instancias de los agentes de su nación.

Con motivo de haber tenido que preparar otro comedor en los altos, en la pieza correspondiente á la que en los bajos se había habilitado para el efecto y de haber tenido que lavar el piso, el agua filtrada por las junturas de las tablas, caía como lluvia sobre las mesas que ya nos esperaban para el desayuno. Tuvimos que sacarlas precipitadamente al patio, donde desayunamos, mientras se concluía la operación arriba.

La inundación nos causó gran disgusto por el temor de que se repitiera; lo que afortunadamente no sucedió.

Las noticias que recibimos de Valparaíso no eran muy halagadoras. Las personas constituidas en autoridad, como representantes del Dictador, continuaban haciendo víctimas de sus venganzas á las personas más querid s y respetadas. Supimos que el virtuoso cura del Espíritu Santo, don Cristóbal Villalobos, modelo de sacerdotes, había sido hecho prisionero y remitido á Santiago.

¿Su delito? Grandísimo á los ojos de los esbirros: había dado alojamiento en su casa á varios jóvenes que, perseguidos por la policía, se presentaron á sus puertas en demanda de amparo.

Las prisiones de Valparaíso no eran suficientes para contener el número de prisioneros. Los nombres de éstos no llegaron á nuestro conocimiento. Del único que supimos detalles fue de nuestro amigo Cárlos A. Rodriguez, joven demasiado conocido en el país por sus trabajos literarios y los servicios prestados á la causa de sus convicciones. No se levantó tribuna donde no dejara oír su poderosa y elocuente voz; no hubo tumulto que él no tratara de calmar para evitar desgracias, exponiendo con desinterés su vida. En las infames huelgas, que són baldón de un pueblo trabajador y respe-

tuoso, preparadas por el Gobierno, le vimos arengando al populacho para poner atajo á sus desmanes. No se prepara trabajo sin oír su consejo, siempre discreto y acertado: está en todas las juntas, en todas las reuniones, ilustrando con su palabra y ejemplarizando con su conducta. Va á la cabeza de la generosa juventud, ya en la labor del pensamiento, ya en la actividad de la acción. Es discreto y abnegado; de mucho talento; ilustrado y juicioso. Une á la grande energía de su carácter, cultos modales que atraen é inspiran confianza y simpatía.

Carlos Rodríguez, con estas dotes, tenía que ser de los primeros en venir á habitar las prisiones del tirano.

Sus enemigos politicos, que lo eran también personales, le trataron de la manera más infame. Con mil esfuerzos consiguieron los amigos de fuera que permitiesen se le llevara de comer y no poco trabajo y empeños costó el permiso para que se mantuviera abierta una ventanilla de su calabozo á fin de que se renovara el aire. No parece sino que los carceleros pensaran en poner fin á su existencia por inanición ó por asfixia.

Algunas de estas noticias nos habían llegado por conducto de Alejandro Carrasco Albano, quien acababa de llegar de Valparaíso. La manera como aprehendieron al señor Carrasco Albano pone de relieve las precauciones tomadas por los esbirros del tirano para descubrir á quienes suponían cómplices en la revolución ó lo eran efectivamente. Habiéndolo imaginado portador de comunicaciones importantes, fue detenido en la estación del Salto lo mismo que su respetable señora en cuya compañía viajaba.

El señor Carrasco fue registrado escrupulosamente, hasta en las partes donde menos podían suponer ocultas las supuestas comunicaciones. Al vestirse nuevamente, pues lo habían desnudado por completo para verificar el registro, notó descocidos los forros de su saco y chaleco; de sus zapatos habían desaparecido las plantillas; el sombrero lo habían dejado como para ponerlo en la horma; á los puños de la camisa les faltaba el alma. Con la señora observaron procedimiento semejante.

Del Salto fueron conducidos á Valparaíso: las comunicaciones podían ser verbales y era preciso que el Intendente se impusiese de

ellas de alguna manera. Cuando la autoridad de la provincia se hubo convencido de que el señor Carrasco no era correo ni cosa que se le pareciese, se permitió manifestarle los grandes temores en que se hallaba el gobierno de que el movimiento revolucionario asumiese carácter serio, y trató de disculpar con tales temores las vejaciones de que habían hecho objeto al sospechoso matrimonio.

También habló el señor Carrasco con Plaza, el comandante de policía. Este energúmeno, especie de moderno Marat. pedía sangre, cabezas cortadas y exterminio. Decía que las medidas enérgicas salvarían la causa del Dictador. Nada de tribunales ni sentencias: el hambre en los calabozos, el puñal en las calles y el veneno en el hogar. Hé ahí, para aquel personaje, lo que robustecería el gobierno dictatorial. Ya había empezado á poner en práctica sus teorías con algunos caballeros: un joven llamado Luis Izquierdo fue inhumanente azotado y Carlos A. Rodriguez estaba poco menos que privado de alimentos y de aire respirable.

Pero esas medidas no hacen sino desprestigiar la causa, le observaban, fueron el sudario de la inquisición y mancharon la historia gloriosa de la revolución de ahora un siglo.

Estas observaciones no hacían sino exasperarlo, hasta el punto de tratar de inepto ó débil á Balmaceda. Ha llegado á la dictadura, decía, pues que sepa hacer uso del poder de que se ha investido.

La Excelentísima Corte Suprema de la nación, á solicitud de varios abogados que recurrieron á ella en nombre de los prisioneros, decretó, según supimos en la noche, nuestra libertad, como ya lo había hecho respecto de don Jovino Novoa, senador de la República, y de los diputados, á quienes no se les había guardado el fuero que la ley prescribe. El auto de libertad no había sido todavía notificado para que se le diera cumplimiento.

Se hicieron en la noche muchos comentarios con este motivo: algunos opinaban que la autoridad administrativa lo obedecería; otros que tal auto se quedaría escrito y sólo serviría para hacer más palpable la arbitrariedad del Dictador.

Jamás en Chile se había desobedecido una sentencia de aquel Tribunal tan respetable, y nadie podía esperar que la osadía de

Balmaceda fuera hasta disputar la efectividad de sus actos jurisdiccionales.

Ya veremos el desenlace que tuvo este incidente.

Antes que don Alejandro Carrasco Albano, vino también á hacernos compañía don Jesús Agüero Videla, empleado particular de don Agustín Edwards.

Fue tomado este caballero en Los Nogales, hacienda perteneciente al mismo señor Edwards; y para tomarlo lo habían vejado como á la generalidad.

Agüero, además de su carácter franco, de un entusiasmo decidido y de una independencia fundada en su posición, tenía el aprecio del señor Edwards, circunstancia que por sí sola hubiera bastado para llevarlo á la horca.

Los esbirros del Dictador procuraban captarse sus simpatías vilipendiando á quienes reputaban ó eran efectivamente enemigos del amo.

Así proceden de ordinario las almas villanas.



14 DE ENERO

El doctor Arturo Prado prisionero.—Sospechas que alguno propala.—Lo vindica el tiempo.—El médico Cortínez. Papel infame que desempeña.—Ingresan Teófilo Durán y Eusebio 2.º Lillo.—Mejía es azotado.—Stephan y su división.—José Miguel Lara deplora la obsecación de Balmaceda.—Eduardo Trumbull sale en libertad por influencia del Ministro americano.—La Corte Suprema hace notificar auto de libertad.—El Alcaide desobedece, declinando su responsabilidad en el Intendente.

Leíamos unos, conversaban otros; estos en grupos, diseminados aquellos en los corredores que dividen las celdas del patio, cuando fuimos sorprendidos en la mañana por la llegada de un caballero hecho prisionero la noche anterior en la ciudad.

Es el doctor Arturo Prado, mi colega, dijo Lisboa, y fue en el acto á estrecharle la mano. Como sucedía ordinariamente, nos acercamos al recién llegado á tomar lenguas de lo que sucedía afuera y á prestar atención á todo lo que dijera el nuevo compañero.

Acusado de propaganda revolucionaria entre los soldados que ingresaban á la sala que dirigía en el hospital de San Vicente de Paul; de haber negado sus auxilios como facultativo á los que se decían gobiernistas; de haber propuesto compra de armas á los mismos soldados; y, por último, de haber brindado en una comida en el Restaurant Santiago por el fin de la dictadura y porque en no remoto tiempo pudiera sustituir la copa que levantaba por el cráneo de Balmaceda;—brindis propio de un estudiante de medicina, que no sentaba mal en labios de un médico recién recibido—por todo esto, decimos, había sido preso el doctor Prado.

Un mal intencionado, de esos perversos que tumban la más bien sentada reputación con una sola palabra, sopló al oído de uno de los prisioneros que el doctor Prado era un espía pagado por el Gobierno para darle cuenta de nuestras conversaciones y nuestros actos.

La noticia se esparció en un momento. Aunque nada teníamos que ocultar, convinimos todos en tratar á Prado como si en realidad desempeñase al lado nuestro el infame y bajo papel que se le imputaba: en su presencia mucha circunspección, palabras bien pensadas, nada que pudiera hacer para nosotros mas amarga la situación, sobre todo, esquivar la intimidad y huir de su compañía.

La preocupación se encargó de completar la obra del infame calumniador que había propalado la noticia: en el almuerzo ocupó un asiento al lado de las personas más serias, cerca de don Alejo Barrios, del señor Riesco y de don Carlos Montt. En la comida le tocó, no diremos que eligió, el lado opuesto, donde los más jóvenes hacían suponer menor discreción.

—En todo se conoce al espía, decia alguno, después de la comida.

—Pero no sirve para el efecto, pues se delata él mismo á leguas. Miren que sentarse en la mañana entre los serios, y por no haber sacado nada de la conversación irse en la tarde al otro lado, es no sólo ineptitud sino atrevimiento.

—Y ¿se fijaron Uds. en las preguntas que nos hacía?

—Y aquel empeño en sostener, sin que nadie le contradiga, que es decidido opositor!

—Y el hablar tan mal de Balmaceda y tan bien de la oposición!

Ese el tema de la conversación, esas las observaciones que cada cual se permitía para acabar inconcientemente la obra de la calumnia.

—Yo no creo, me permití decir, que el Gobierno se valga de persona tan joven y sobre todo de joven de quien se dice que ha iniciado con brillo su carrera, para espiar nuestras acciones.

—¡Que sabe Ud! me respondió al punto uno que había viajado. En Europa los espías son de la clase de príncipes ó duques. ¿Cree Ud. que misión tan delicada se la a á confiar á un imbécil?

La mala fe fue, como digo. ayudada por la preocupación y ésta á su vez por la casualidad: un niñito de don Vicente Alvarez enfermó á la mañana siguiente y el doctor Prado fue solicitado para atenderlo. Nadie vio á la persona que vino á llamarlo; pero todos vimos al doctor que salió del patio, mudado de camisa y con sombrero puesto.

Ahí va, á contar lo que ha oído, á delatar cuanto ha sabido y sabe Dios si á suponernos crímenes. Tal fué el pensamiento de muchos, que no vacilaron en comunicarlo al resto.

Prado había dicho el día anterior que nada le importaba la prisión siempre que le dejaran salir momentáneamente á atender á su clientela. En sus palabras se vio un plan y en su salida el principio de su verificación.

Ya no podía cabernos duda alguna: aquel hombre era un infame espía.

Desde ese momento quedó en completa soledad, como leproso de quien todos huyen.

Nos hablaba y le respondíamos por no reñir con la cortesía; nos saludaba y le contestábamos con muestras de disgusto; se acercaba á un corrillo y todos pretextaban ocupación para escaparse.

El único que se atrevió á defenderlo fue Lisboa, porque era el único que lo conocía; pero sus palabras quedaron desautorizadas con los ocho años de ausencia, durante los cuales los dos médicos habían vivido sin comunicación ni relaciones.

Qué amarga fue para el doctor Prado su prisión en los primeros días! Esa nota de infamia con que lo exhibió su enemigo, el calumniador, hizo más mella en su espíritu que los azotes de Salvador Sanfuentes y las vejaciones de Tristán Plaza.

El sufrimiento causado por la calumnia tenía que estar en proporción directa de la dignidad y educación del calumniado.

Yo le vi, á aquel amigo sin tacha, á aquel corazón de niño, derramar lágrimas abundantes cuando supo, por una indiscreción que bendigo, la causa de nuestro retraimiento. Yo le vi preferir la celda solitaria, el destierro y aun la muerte antes que aquel ultraje á su dignidad, que aquel baldón á su orgullo.

Nada le importaba la pérdida de su clientela ni de su reputación

como médico, ante aquella sospecha cruel de su altivez como caballero.

Ninguna prisión tan amarga como la de Prado, lo repito. Sobre truncarle la brillante carrera que seguía, en la cual se había formado por su contracción al estudio, sus vastos conocimientos y su reconocido talento, en menos de dos años, una clientela numerosa y respetable, que difícilmente se recupera, sus enemigos políticos ó acaso personales, lo entregaron á la cárcel estigmatizado con el más infame de los baldones.

Para verdades el tiempo. Poco después de esparcida la miserable calumnia Prado se había conquistado la estimación de todos sus compañeros y el fraternal cariño de quienes allí nos veíamos reunidos por la caprichosa voluntad del tirano.

Otro médico, que no Prado, se hizo acreedor á nuestra general antipatía. Desde que lo vi le tuve aversión y me causó repugnancia. Es cojo; y la naturaleza, más sabia infinitamente que los hombres, no señala con sus defectos físicos sino á aquellos que han de distinguirse por sus defectos morales.

El alma, dice el doctor Gall, toma la forma del cuerpo en que vive: de algún lado había de cojear la de Eulogio Cortínez, que así se llama el médico de quien ahora me ocupo, en retribución de lo mucho que se ocupó él de nosotros mientras estábamos en la cárcel al alcance de su influencia.

La primera vez que estuvo á visitarnos me sorprendió ver que Ramón Larraín lo estrechara entre sus brazos, á tiempo que le decía en tono de broma, como suele hacerlo, esta verdad: «Dile á Balmaceda que aquí no necesitamos *mata-sanos* y que en todo caso preferimos los fusiles de los soldados que le quedan á tus recetas.»

«Este es, continuó Larraín dirigiéndose á nosotros, como el médico aquel con quien riñó el tuerto Bretón de los Herreros, con la sola diferencia de que lo que de aquel dijo el tuerto en venganza se puede decir de este en realidad (1); y por eso sin duda nos lo

(1). En una hospedería de Madrid vivieron por algún tiempo, en cuartos contiguos Bretón de los Herreros y un médico Mata. Bretón era entonces muy solicitado y quienes á buscarlo íban, confundían con demasiada frecuencia las habitaciones. Aburrido Mata de tanto decir que no era la suya la

manda Balmaceda. Tengan cuidado con él. Recíbanle las recetas; pero cuídense bien de tomarlas».

Paseó Cortínez por las celdas como si fueran estas quienes necesitaban sus conocimientos, pues gente no había en ellas. Todos estábamos afuera.

Están llenos de comodidades, le decía el follón en la tarde á Balmaceda. La cárcel es un verdadero regalo. Frutas más ricas que en nuestros mercados, cerveza á rodo, libros á manta de Dios, conversación amena y un continuo entrar y salir de relacionados, sin distinción de partidos, que les llevan noticias, todo para entusiasmarlos y alegrarles la vida.

La noticia produjo sus efectos: á la noche llegó la orden de que nos corrieran los cerrojos y el facultativo subió un punto en la estimación del amo. Y ¿por qué no? Quien se interesa tan vivamente en el mal de nuestros enemigos tiene derecho perfecto á reclamar nuestra confianza. ¿Ha sido ruin el medio para conquistarla? Los que están en la altura rara vez descienden á la pequeñez de hacer el examen. Para ellos adulación es desinterés y la ruindad meritoria.

Cortínez, médico por su torpeza desgraciado, no había podido formarse clientela ni entre enfermos ni entre sanos; y tenía por esto que buscar en la protección del gobierno su manera de vivir ya como médico de un hospital, ya como cirujano de un batallón, ya como profesor, ó ya, en fin, por uno de tantos medios que tiene un gobierno para proteger á sus adeptos.

---

pieza del insigne literato, puso sobre su puerta, para evitarse molestias un cartón que contenía esta advertencia:

En esta mi habitación
No vive ningún bretón.

Sobre la puerta de la pieza del gran humanista apareció al día siguiente esta otra, muy propia de aquel esclarecido ingenio:

En esta mi vecindad
Vive un médico poeta
Que al pie de cada receta
Pone *Mata*; y es verdad.

Vinieron también á hacernos compañía, muy agradable por cierto, Teófilo Durán y Eusebio 2.º Lillo, uno y otro de La Libertad Electoral. Habíanlos tomado en sus camas y de ellas trasladados á la policía donde sufrieron, después de una noche de vigilia, un interrogatorio hecho por uno de los oficiales con el látigo en la mano. Para ellos el látigo fue simple amenaza; para el regente de la imprenta, Manuel J. Mejía, tormento. A presencia de ellos el señor Mejía fue flagelado para que dijera en qué punto se hallaban los otros redactores del diario. No pudieron obtener noticia alguna, pues Mejía, aunque hubiera podido darlas, jamás habría cometido la bajeza de ceder ante el dolor.

Durán y Lillo, por ideas y convicciones pertenecen á la misma escuela de Hübner y Espejo. El primero, de inteligencia depejada, contraído al estudio, hará honrosa carrera en las letras. Es abogado; pero ha dejado la profesión por el periodismo. El segundo es hijo de Lillo, el vate mejor inspirado, en mi sentir, de Chile; el más tierno de sentimiento y más galano de dicción. El hijo ha heredado mucho de su padre: criterio acertado, gusto literario delicadísimo, caballerosidad á toda prueba y una simpatía y un modo de hacerse apreciar que, lo confieso, siempre he envidiado de las escasas personas que tienen estos dones.

Las noticias que nos llegaban eran cada día más consoladoras. Stephan, un oficial que se había distinguido por su crueldad, siempre que de ella había podido hacer alarde, salió al mando de una división á reducir á la Serena. La elección del jefe venía como de molde á la causa de la revolución. Aborrecido por sus subalternos, odiado por los soldados, ninguno era más á propósito para conquistarle opinión. No sin fundamento corrió al día siguiente la noticia de que había sido muerto por sus mismos soldados. Para quienes lo conocían aquel acontecimiento era lógico, si no necesario.

Nadie pone en duda que hubo entre las fuerzas de su mando conato de insurrección, que no se llevó á cabo tal vez por juzgarlo extemporáneo. A tiempo que escribimos estas líneas Stephan está aun en la Serena, muy ponderado por la abyecta prensa que sirve á la dictadura; cuando hayamos terminado nuestra relación volvere-

mos sobre él en la esperanza de que sus subordinados hayan ya llevado á efecto su tardía decisión por la causa de la legalidad.

Levantados de la mesa, antes de que se pusiera por obra aquella noche el resultado de las noticias llevadas á la Moneda por el médico cojo, salí á buscar en los corredores ó en el patio con quien charlar un rato por vía de digestión.

Las manos atrás, inclinada hacia adelante la cabeza, con aire meditabundo, hallé á José Miguel Lara, quien se me había anticipado en el ejercicio digestivo.

—¿Qué problema lo tiene tan meditabundo?

—Ninguno. Pienso en las glorias de que se hubiera cubierto Balmaceda con menos orgullo y harto patriotismo. ¡Qué campo tan bello le abrió la opinión para merecer bien de la patria! Satisfechas sus ambiciones personales con el más alto puesto á que se puede aspirar en una República, ese hombre nefasto solo ha debido propender por el bien del país, evitando á todo trance la guerra civil. Orgullo, bienes de fortuna, la vida misma, todo ha debido sacrificarlo en el altar de la paz.

—Acaso pensó Balmaceda que no era él solo el que se sacrificaba, sino el partido de que es jefe.

—I por no sacrificar un partido, en el supuesto de que sea cierta su idea ¿va á sacrificar la patria? Primero la paz, que es el grande interés de la nación; después los partidos; y, por último los individuos. Si los partidos exigen muchas veces el sacrificio de las opiniones y de los intereses particulares para que no se desquicie su fuerza, la nación exige, con mayor necesidad, el sacrificio de los partidos para que no haya desequilibrio en el orden. Además ¿qué partido sacrificaba Balmaceda? ¿El liberal? Nó; pues liberales somos la mitad de los que hoy lo combatimos. ¿El radical? Tampoco; pues éste, que es subdivisión del liberal, está en masa, compacto como un solo cuerpo, pequeño, pero disciplinado y terrible, del lado de la Escuadra. ¿El nacional? Menos, pues Balmaceda, que vio en este partido un fantasma, por hacerlo desaparecer ha hundido á la república; y, cuenta, que el nacional es el mismo liberal, con diferencia de nombre y reducción de número. ¿El conservador? Mucho menos. Para exterminar al nacional buscó la alianza

conservadora; pero tropezó con unas pequeñas dificultades que en ocasiones se hacen demasiado grandes: honradez y virtud. Balmaceda no sacrificaba partidos sino personas: él, Sanfuentes, Mackenna, Bernstein, Bañados Espinosa y cinco ó diez más, vinculados á su capricho por la ambición ó el mezquino interés; personajes que han formado esa infame camarilla, causa directa del desastre. La conformidad de ideas que encuentro á este respecto entre los que esta cárcel habitamos y los que están fuera de ella me demuestra á las claras cuánta torpeza y ceguedad ha habido de parte de ese hombre nefasto á quien nosotros mismos ayudamos á elevar.

Por estas pocas palabras puede calcularse la manera de pensar de este patriota, discreto como el señor Barrios, firme en sus ideas como leal en sus relaciones.

Como había aumentado el número de prisioneros, las celdas no fueron suficientes á contenernos. El alcaide dispuso por esta circunstancia que nos acomodáramos algunos de á dos en cada una. Así se verificó no obstante la incomodidad que la medida aparejaba.

Uno de los médicos que nos acompañaban, Eduardo Trumbull, cuya nacionalidad no pude averiguar al fin, pues unos decían que era chileno y otros lo tenían por americano, salió con la ciudad por cárcel, gracias á la influencia del ministro de Estados Unidos. Si Trumbull no era extranjero, lo era por lo menos su apellido y esto le valió la recomendación del Ministro. La circunstancia de habérsele señalado la ciudad por cárcel me hace suponer que sea chileno, pues de ser americano el Ministro no hubiera aceptado la condición.

La influencia de Cortínez no fue tanta como yo me la supuse: en la noche se nos permitió conversar en el comedor. Y en él estábamos cuando don Vicente Alvarez vino á referirnos el gran conflicto en que se hallaba: la Corte Suprema le había notificado en la tarde el auto que le ordenaba ponernos á todos en libertad. Si obedecía, la autoridad administrativa no se conformaría probablemente con despedirlo del empleo; si desobedecía, pasada la tormenta la autoridad judicial lo llamaria á cuentas por su desacato.

Los presidentes se cambian cada cinco años; los magistrados de la Corte son vitalicios. Las revoluciones tumban presidentes; pero

dejan en sus puestos á los encargados de administrar justicia. Las sentencias de las Corte Suprema no tienen apelación; los decretos del Poder Ejecutivo se expiden hoy y se derogan mañana, según lo exige lo efímero de las necesidades. La Corte Suprema representa como las rocas, algo semejante á la eternidad; el Poder Ejecutivo, como los vientos, algo semejante á la versatilidad de las cosas humanas.

¿A quién obedecer?

Todos tomamos parte en la resolución del problema.

Yo me aventuré á decirle á don Vicente:

—Si le fastidia llevar la cabeza sobre los hombros, cumpla Ud. con su deber: obedezca el auto de la Corte Suprema.

Pero Ramón Larraín levantó en el acto la voz para contestarme:

—No estamos en Colombia, sino en Chile. Aquí no se le quita la cabeza á nadie. ¿Se imagina Ud. que los chilenos la tenemos pegada con engrudo ó con saliva?

La risa fue general; pero, á pesar de ella, de ponernos don Vicente en libertad, Dios solo sabe cuál hubiera sido su suerte.

El auto de la Corte no hablaba con persona determinada, sino con cualquiera que se opusiera á nuestra libertad, ya fuese alcaide de cárcel ó soldado de guardia; pero así como éste no obedece sino á su jefe inmediato, don Vicente declinó su responsabilidad en el Intendente de la provincia y éste probablemente en el Ministro del ramo.

La Corte Suprema dispuso que se le instruyese sumario al alcaide desobedeciente. Mucho me temo que esta disposición le ocasione en no remoto tiempo, más de un dolor de cabeza.

Es verdad que él nos decía: si diese la orden, la guardia no los dejaría salir y yo sería despedido de mi empleo. Hay casos en que no basta el íntimo convencimiento de que uno será desobedecido para dejar de dar una orden; hay casos en que es preciso hacerse arrojar del empleo cuando el deber está por medio. El presente, de que me ocupo, es uno de ellos. En el puesto de don Vicente era preciso dar la orden, soportar la desobediencia de la guardia y hacerse digno de la despedida.

15 DE ENERO

Moisés Escala: sus opiniones sobre la revolución; manera de llevarla á cabo sin efusión de sangre.—El teniente coronel don Gabriel Álamos; su honradez y su conducta.—Entra el clérigo Manuel de la Cruz Flórez: completa el personal de prisioneros.—La celda 141.—Sale don Manuel Zamora.—Su gran delito.—Repartición de herencia.—Los prisioneros imitan á don Manuel en el arreglo de sus celdas.—Brizeño difrazado de obispo.

Muy temprano me hallé en uno de los corredores con Moisés Escala, joven abogado que en Valparaíso dividía su tiempo entre las atenciones de su profesión y las tareas del periodismo, campos donde ha lucido erudicción y despejo.

La conversación recayó de contado sobre la revolución. Como Hübner, cree Escala que progresa el país con la revuelta, como progresó no ya un solo país sino el mundo entero con la de los franceses de ahora un siglo. Cuando le observaba yo que los revolucionarios han podido esperar á que pasara el gobierno dictatorial de Balmaceda para introducir dentro del orden la reforma, me respondía:

La revolución era inminente, casi fatal ó necesaria. Sólo un hombre pudo evitar que se efectuara sin efusión de sangre; esto es, sin apelar á las armas. Ese hombre es Balmaceda. ¿Cómo? Poniéndose á la cabeza del movimiento. ¿Qué quería el pueblo? Libertad electoral. ¿Había más que concedérsela para salvar el conflicto? Mientras la ofreció, los partidos se plegaron á la esperanza; pero cuando se persuadieron de que el ofrecimiento no era hecho de buena fe, cuando vino el convencimiento de que á través de las palabras existía más poderosa que nunca la intervención, esos mismos

partidos, respetuosos del orden, tenían que estallar; y estallaron. Ahora un siglo se trataba en Francia de cosa parecida: un pueblo que pedía libertad y un rey que se negó á otorgarla. Si Luis XVI se hubiera puesto de propia voluntad el gorro frigio y lo hubiera sabido llevar sobre las sienes en vez de la corona, su cabeza no habría rodado ni la revolución hubiera engendrado la república entre lagos de sangre. Tal vez el descendiente de San Luis se hubiera inclinado del lado de la reforma; pero ahí estaba la hija de María Teresa invocando el derecho divino en favor de su hijo y de su raza, firme en sus prerrogativas emanadas del cielo y en su odio nacido del corazón. Yo creo también que Balmaceda hubiese cedido de no tener en frente á Sanfuentes, á quien lo liga un misterio, y á sus lados á Bañados Espinosa y á Juan Mackenna, reforzando sus prerrogativas constitucionales como jefe supremo de la nación; el primero de estos últimos como su único adalid en la prensa; el segundo embriagándolo con su corrompido hálito de audacia. Las leyes que gobiernan el mundo son inmutables. La tarea de los mandatarios en los pueblos civilizados se reduce á preparar el campo para que su cumplimiento sea provechoso á las naciones. Oponerse á ellas es luchar contra imposibles y provocar catástrofes. ¿Es verdad que la Constitución de 1833 confiere al jefe supremo de la nación estas prerrogativas tan defendidas por Bañados Espinosa? Pues ahí va, señores del Congreso, ese proyecto de ley que reforma la Constitución en el sentido de abolir esas prerrogativas, girón de majestad, que el pueblo rechaza. ¿Es verdad que esa malhadada constitución tiene su base en el sistema de república llamado presidencial? Pues ahí va ese otro proyecto que reforma esa base y le da la del sistema parlamentario, porque así el pueblo lo pide. Pero señor! el sistema parlamentario es propio de las monarquías. Pues hagamos un sistema parlamentario propio de las Repúblicas. Somos mayores de edad y podemos hacer nuestras leyes como mejor nos convenga. Conocemos las necesidades de nuestro pueblo, sus aspiraciones y tendencias: satisfagamos las primeras y aceptemos las segundas, por medio de nuestras leyes; y si de esto resulta que á nuestro sistema no puede dársele nombre alguno conforme á las clasificaciones del derecho moderno, pasémonos sin sujetarnos á esas

clasificaciones y llamemos nuestro sistema de gobernarnos el sistema chileno; de manera que si acertamos á encontrar la reforma dentro del orden y la renovación de los poderes dentro de la paz, las demas naciones de América escriban en la primera página de su constitución política este articulo: «El gobierno de la nación será chileno». Ahí tiene Ud. en pocas palabras, agregaba Escala, trazado el camino que hubiera debido seguir Balmaceda para llegar á donde muy pocos han llegado.

Nos interrumpió la conversación don Alejandro Carrasco Albano, quien, más feliz que nosotros, había obtenido orden de salir en libertad y se acercaba para decirnos adiós.

Pasado el almuerzo leía en mi celda cuando oí á la puerta unas palmadas de entusiasmo y la simpática voz de don Manuel Zamora que decía: el comandante del Zapadores! todos, á recibirlo!

Entró el teniente coronel de Ejército don Gabriel Álamos con ojos que despedían indignación; ocupó un banco á la cabecera de una de las mesas del comedor, en la cual se tomó champaña á fuer de bienvenida; y nos hizo en seguida minucioso relato de su conducta y su prisión.

Omito el juicio que cada uno se formó respecto del comandante Álamos, por exigirlo así la brevedad de mi relación. No obstante ser demasiado conocida en Chile la manera como dio cumplimiento á su deber este esclarecido y valeroso jefe del Ejército, me permito hacer algunas consideraciones, como tributo debido á su gran carácter y por haber oído, así en la cárcel como fuera de ella, apreciaciones muy lejanas, en mi humilde sentir, de la justicia.

El comandante Álamos mandaba en jefe el batallón Zapadores, uno de los mejor disciplinados del Ejército, gracias á la actividad severa de su jefe. Muy conocedor de la ordenanza, sabía que esta le imponía obediencia al Presidente de la República, su jefe superior; pero conocía también la constitución del país, y antes de que la Corte Suprema declarara por sentencia que el 1.° de Enero de 1891 había cesado la existencia legal del ejército, lo comprendió él así.

Ante sus ojos se irguió poderoso este conflicto: si apoyo el gobierno de Balmaceda tengo que poner á un lado la constitución y

mi conciencia; si me rebelo puede venir una revolución—pues debe haber muchos jefes que piensen como yo y me sigan—y sumo á mi país, violando la disciplina militar, en piélago de miserias y desgracias. En el primer caso doy ejemplo de abyección, que pugna con mis ideas de hombre y ciudadano; en el segundo de indisciplina y subversión, que mi carácter militar rechaza.

¿De que manera compadecer el puesto de jefe en el ejército y el de ciudadano en la nación? ¿Cómo hermanar al militar con el patriota?

La situación era dificilísima: no le quedaba más camino que renunciar; y eso fue lo que hizo. Descendía, mediante este acto de insólita energía, de la cúspide de una carrera brillante como su propia espada á confundirse con el vulgo, para buscar en la limpidez de la conciencia la tranquilidad de su espíritu. Honores, grados que recompensan el valor, posición, fortuna, el porvenir de la familia, todo esto importaba para el comandante la renuncia.

Y no vaciló un punto. La presentó el mismo día que señalaba límite á la legalidad. El, que había despreciado la vida en cien combates para hacer flamear la bandera de la patria sobre las trincheras del enemigo extranjero, encontró en su honradez valla infranqueable para avanzar un paso en senda que juzgó indigna é infame. Ahí está tu batallón, ahí tu puesto, tirano. Nombra otro para que te acompañe á destrozar la ley fundamental de la república que tú el primero juraste respetar.

¡Qué ejemplo para los compañeros! ¡Qué honra para el país que cuenta entre los jefes de su ejército militares de ese temple!

¿Erró el comandante en su manera de interpretar su deber? Nada importa. Eso no le quita un punto á la grandeza del acto. Si hay dificultad en conocer el deber, siempre hay heroicidad en cumplirlo, cuando tal cumplimiento exige sacrificio.

Consideremos por un momento que esta espontaneidad del comandante Álamos hubiera sido general en todos los jefes de batallón; que todos hubieran sentido la dignidad á altura mayor que la ambición; supongámosle á todos un grado de ilustración capaz de criterio propio para juzgar que antes que militares fueron hombres; y supongamos que en vez de una hubieran sido veinte las renuncias

¿Habría avanzado una línea Balmaceda en el camino de la dictadura? No ha surgido en el mundo un solo tirano que no haya hecho de las bayonetas apoyo único y de las recompensas al ejército arma poderosa de éxito. Quitadle ese apoyo y lo veréis caer al más leve soplo de la opinión.

Me resta decir á este respecto en qué fundó Balmaceda la orden de prisión dada en contra del comandante, fundamento que sirvió también para someterlo á consejo de guerra: en haberse permitido en la renuncia juzgar actos políticos de sus superiores; esto es, en haberse permitido hacer uso de una de las facultades del alma. Hasta eso les está prohibido á los señores militares.

Contrastes de la revolución! En pos del simpático comandante Álamos mandaron de la policía al presbítero Manuel de la Cruz Flórez, profesor del seminario de Valparaíso, sindicado del delito de haber llevado á San Felipe varios ejemplares de una pastoral del Arzobispo, juzgada entonces incendiaria. Venía el clérigo sin desayunar, aunque eran las dos de la tarde. En los cuarteles de policía hay la creencia de que los que llegan á su poder son gentes que no necesitan esas regalías de alimento para sostener la vida ni de lecho para dar descanso al cuerpo. Se cuidan poco de esas futezas de mínima significación. A juicio de los oficiales basta un madero por lecho y un plato de frejoles por comida.

Pero el clérigo Flórez tenía entre los prisioneros varíos discípulos y amigos y debía encontrar en cada uno de nosotros un hermano. Le preparámos de almorzar en un momento y en otro le dispusimos escritorio para que enviara por cama y otras cosas que habría de necesitar en la prisión.

Manuel Barros se regocijó mucho con la presencia del sacerdote: con él se completaba personal para todas las necesidades de la vida: había ya médicos, abogados, ingenieros, literatos, militares y pedagogos; sólo nos faltaba capellán. Por esto y por su carácter bondadoso el clérigo Flórez fue recibido con los brazos abiertos.

No menos contento que Manuel Barros estuvo el joven Magalhaés: había sido éste discípulo del clérigo y en cuanto lo vio se apoderó de él para referirle con todos sus detalles el episodio de su prisión á la vuelta de un paseo por la bahía y para repetirle,

cuando terminaba cada narración, algunas de las lecciones de latín que tanta dificultad le había costado retener en la memoria.

El comandante Álamos ocupó la celda n° 141, celda afortunada, pues á ella entraban los que más tarde habían de salir, ya desterrados al extranjero con estación en el hospital, como don Antonio Subercaseaux, ya en libertad, como Alejandro Carrasco Albano. Esto era de buen agüero para el comandante.

Desde el día anterior don Manuel Zamora nos había hablado de la esperanza de obtener su libertad, merced á la influencia de un yerno suyo que era diputado afecto al gobierno de Balmaceda.

El delito de don Manuel no era en verdad de aquellos que merecieran severa prisión, pues consistía solamente en haberle vendido una pistola á una respetable señora de la propia familia del Dictador. El mismo nos decía, entre risas, que había cedido á las instancias de la señora por deferencia á la persona y por no sospechar que acto tan inocente fuese á ser tomado como apoyo prestado á los revolucionarios ó á las revolucionarias, dado el caso de que por tal se hubiese tomado á la señora.

La influencia del yerno de don Manuel no fue tan poderosa que consiguiese hacerlo volver á la dirección de sus negocios. El Dictador tuvo miedo á la venta de pistolas, que bien podían ser disparadas á su cabeza, y confinó á Rengo al respetable comerciante.

Todos le vimos ir con esa mezcla de pena y satisfacción que nos causaba la separación de nuestros compañeros, sobre todo cuando éstos se llevaban como don Manuel nuestra estimación y nuestro cariño.

Don Manuel había hecho arreglar su celda, como dispuesto á habitarla largo tiempo. Antes de salir distribuyó sus bienes carcelarios: á Lara lo instituyó heredero de estantes y anaqueles; dotó al comedor de nuevos útiles; distribuyó el papel y los cierros; todo como quien á otra vida se apercibe.

El ejemplo de orden y comodidad dado por don Manuel cayó en campo fecundo: el mismo día de su salida el carpintero que le había construido mesas y demás muebles recibió orden de diversos prisioneros para seguir construyendo otros nuevos adaptables al estrecho espacio de que se podía disponer en las reducidas celdas.

Este mandó fabricar lavabos. mesa el otro, silla aquel, estante el de más allá, según las necesidades, gusto é inclinaciones del consumidor.

Brizeño aprovechó la llegada del clérigo Flórez á la cárcel, no para fastidiarlo con cansadas y repetidas relaciones de un mismo asunto como Magalhaés, sino para hacer una broma á Larraín.

Vistióse con un saco de viaje de dril blanco que le llegaba hasta los pies, púsose el sombrero del clérigo; adoptó el aire hipócrita y santurrón del obispo Fontecilla y las mismas miradas solapadas de este personaje á través de los anteojos, con lo cual quedó hecha la parodia sin disputa exacta. Mandó en seguida á Alberto Espejo á que anunciara como nuevo prisionero al aludido obispo.

Quienes no estaban en el secreto del disfraz salieron á recibir al ilustre prelado. Fue Larraín uno de los primeros, y como para él precisamente se había preparado la broma, el seudo opispo lo confundió á saludos de un extremo á otro del patio. Larraín se dió prisa en corresponder con el respeto que infunden estos eclesiásticos constituidos en dignidad, tales manifestaciones de cortesía.

Cuando después de haber recibido la bendiciún de Su Señoría Ilustrísima desdubrió la broma, en poco estuvo que le hiciese corona con las manos y le arrancara los bigotes para darle mejor facha de clérigo al disfrazado.

Manuel Barros se rio como el que más, pues vio en el chasco el desquite providencial del que le había hecho pasar Larraín, cuando le dio la noticia feliz de poder salir..... al patio.



16 DE ENERO

Más prisioneros. Los Adriasolas.—Alberto Larenas: causa de su prisión: declaración rendida ante el tribunal que debía juzgarlo. Carta de don Octavio Pico. Contestación.—Bravo y de la Cruz, propagandistas revolucionarios.—La cárcel es honrada por distinguidas matronas.—Las niñitas de Larraín Plaza. La señora.—La cárcel parece un colegio.

El número de prisioneros continúa en aumento con los que llegan ya de otras prisiones, ya de otras ciudades ó pueblos. La locomoción de un punto á otro es considerada como delito, pues aunque es tiempo de vacaciones, no es dado suponer en quienes salen de la capital ó á ella se dirigen sino espíritu subversivo. Nadie va á Valparaíso á tomar baños de mar, sino á llevar comunicaciones á la Escuadra; ninguno á visitar á su familia, sino á embarcarse para ir á la conquista de las provincias del norte.

Ricardo, Aralio y Guillermo Adriasola, jóvenes estudiantes que se encaminaron, concluidas las tareas escolares del año, á una población del norte, residencia de su familia, no pudieron pasar de Valparaíso. Denunciados por un compañero de tren que vio ó creyó ver en ellos oficiales para el ejército revolucionario, fueron apresados á las tres de la mañana en el hotel en que alojaron, conducidos de allí á la presencia de Plaza y enviados por éste á la cárcel de Santiago.

Esto no quiere decir que no fueran los tres entusiastas partidarios de la causa que defendía la legalidad; pero entre la simpatía y la acción hay enorme diferencia. Si las simpatías fueran motivo suficiente para justificar la prisión, el Dictador habría tenido que hacer de cada hogar una cárcel, empezando por el propio; como que entre

los miembros de su familia los hay que de buena volundad lo vieran colgado en un farol para escarmiento de tiranos.

Nada de extraño tenía, pues, que á los Adriasolas se les hubiese escapado, en el tren que los conducía, expresión de deseos semejantes á los que conceptuamos en miembros de la familia del Dictador; pero esas expresiones merecían un castigo y era necesario imponerlo; y como en poder de Plaza solo se dejaban aquellos que debían ser ignominiosamente azotados ó los condenados á muerte por inanición ó por asfixia y como el delito de los Adriasolas no era de los más graves, hubo de convenirse en mandarlos á la cárcel.

Junto con los Adriasolas entraron tres militares que ya estaban como prisioneros en los cuarteles: Alberto Larenas, capitán de ingenieros, miembro de la Comisión de límites con la República Argentina; Eleodoro Bravo, teniente; y Roberto de la Cruz, subteniente del 6.° de línea.

La prisión de Larenas la había motivado una renuncia, en la cual tanto él como sus compañeros de trabajo en la Comisión de que hacía parte, dieron prueba de altivez y dignidad, demostrando la sobrada injusticia con que obraba el Dictador.

Jefe de aquella Comisión era don Diego Barros Arana, el ilustrado y docto historiador de Chile; su nombramiento habia sido encomiado uniformemente por toda la prensa del país y aun por la de la Argentina, como el más acertado de cuantos hiciera el gobierno de Balmaceda. Era el señor Barros Arana el más á propósito para las difíciles cuanto delicadas labores que habían de poner fin á las disensiones en que de tanto tiempo atrás se hallaban los dos países, por la determinación de ia línea precisa que separa sus territorios; tal vez el único en la nación llamado á resolver la ardua cuestión con lucimiento para Chile.

Pero un día se le ocurrió á Balmaceda que el señor Barros Arana era opositor y al punto expidió un decreto en que lo removía del puesto y le nombraba sucesor. Los miembros de la Comisión, entre quienes figuraba el señor Bianchi Túpper, nombrado para reemplazar á don Diego, presentaron en el acto separadamente sus renuncias. Entre ellas fue la de Alberto Larenas.

Ese militar ha faltado á la ordenanza, ha delinquido, dijo el tira-

no, que se le aprese y se le someta á consejo de guerra; y el 29 de diciembre fue conducido el digno é ilustrado capitán á un cuartel.

La declaración que prestó el día 7 de enero ante el tribunal que se organizó para juzgarlo es su mejor defensa. Reproduzco en estracto este importante documento, como demostración perentoria de la arbitrariedad con que se procedió:

«Siendo capitán de ingenieros renuncié mi puesto por una suplantación de que fui víctima en el ferrocarril de Calera á la Ligua, en el cual servía. Mi conducta en esa época no mereció observaciones del comandante general de armas, que lo era el actual ministro de la guerra, general don José Francisco Gana. El ministro de la guerra entonces, don Evaristo Sánchez Fontecilla aplaudió mi conducta y la premió con una colocación en la Escuela Militar, donde profesé Cosmografía y Geografía Física.

«En enero de 1890 fui nombrado ingeniero ayudante de la Comisión Internacional de límites entre Chile y la República Argentina, colocación puramente civil como consta del nombramiento que dice: «nómbrase al ingeniero don Alberto Larenas etc.» y de la firma del Ministro que lo expidió. Conocidos estos antecedentes ¿quién duda que tengo perfecto derecho á renunciar? Y siempre que lo haga, ya por dignidad personal, ya por respeto debido á la posición que ocupo, debo merecer, como anteriormente el aplauso de mis superiores.

«Don Diego Barros Arana nombró, ó hizo nombrar, como jefe de la Comisión, sus propios ayudantes, dando, á cada uno de los que fuimos favorecidos con esta distinción, inequívoca muestra de confianza. Removido de su puesto pregunto: ¿cuál era el deber de esos ayudantes? ¿Podía un militar, y un militar de honor permanecer tranquilo en su puesto? Quien aspira á lucrar, sí; pero quien es digno, nó. ¿Debían los ayudantes esperar á que el nuevo perito les hiciese comprender de alguna manera que habían sido escogidos por el anterior? Como militar, no arrastraré nunca mis galones; como ingeniero, no aceptaré jamás colocación alguna en condiciones á mi juicio humillantes.

«Mi renuncia fue hecha en términos convenientes. Es falso que

como militar haya emitido juicio en ella sobre la conducta de mis superiores. Por eso quedó redactada en la forma en que tuve el honor de firmarla.

«Conocida la verdad de estos antecedentes, ¿de que se me acusa? ¿por qué se me tiene preso, incomunicado y con centinela de vista?»

Esa declaración pinta gráficamente el carácter del capitán Larenas; es el mejor encomio que puedo hacer de él.

El Gobierno insistió en que había faltado á sus deberes militares por el hecho de la renuncia. Larenas, en su ratificación posterior, hace hincapié en la injusticia del procedimiento. Agrega que siendo incompatibles sus puestos, el militar como profesor de la Escuela y el civil como miembro de la Comisión, renunció el civil y no el militar; y termina la ratificación señalando el contraste de estársele siguiendo consejo como á militar y mantenérsele en una cárcel y no en un cuartel.

Deplorable fue para el país la aberración que puso término á la Comisión de Límites, con la separación de don Diego Barros Arana y el efecto inmediato que produjo esta inconsulta medida, la renuncia de sus inteligentes y dignos colaboradores.

La Comisión había sido organizada por don Juan Castellón, Ministro en aquella época de Relaciones Exteriores, y su disolución causó mal efecto no sólo en Chile sino en la Argentina, como puede verse por la siguiente carta que reproducimos con placer, escrita por el señor don Octavio Pico, árbitro nombrado por parte de la Argenrina, y dirigida al capitán Larenas:

«*Buenos Aires, Enero 1.° de 1891.*

«Señor don Alberto Larenas.

Estimado señor y amigo:

«He tenido el disgusto de saber la disolución de la Comisión de Límites, de que Ud. era miembro muy digno; y quiero atestiguar á Ud. por la presente cuánto lamento este hecho, que priva á la demarcación de límites argentino-chilenos de la cooperación de persona tan competente y estimable.

«Al mismo tiempo hago votos para que (en beneficio de entrambas naciones) el Gobierno chileno muestre en la reorganización de esa Comisión el mismo tino que al constituirla por primera vez.

«Deseando á Ud. felicidad en el año que hoi empieza, tengo el gusto de repetirme

«Su affmo. amigo y servidor.

OCTAVIO PICO.»

El capitán Larenas contestó esta carta en los términos siguientes:

«Cárcel de Santiago, Febrero 26 de 1891.

«Señor don Octavio Pico.

«Estimado señor y amigo:

«El lugar en donde fecho esta carta le revelará á Ud. que mi país ha sido víctima de conmociones políticas, deplorables pero necesarias.

«En mucho estimo los benévolos é inmerecidos conceptos con que Ud. tan señaladamente me favorece, y deploro muy de veras que la obra de patriotismo que nos había sido confiada quede temporalmente trunca, más por el honor que me hubiera cabido en servir á mi patria acompañando á personas tan honorables como Ud., que por mi insignificante cooperación en la ardua labor que habíamos emprendido.

«No pongo en duda que el Gobierno que surja de las circunstancias á que la necesidad nos ha condenado sepa inspirarse en los elevados sentimientos qne han hecho de su noble país y del mío, naciones hermanas por comunidad de aspiraciones y principios; y confío en que la nueva Comisión habrá de corresponder á sus patrióticos deseos.

«Pido á Ud. mil perdones por la involuntaria tardanza en responder á su estimabilísima carta de 1.° de Enero: mi prisión, en la que me hallé incomunicado por algún tiempo, hizo en mí necesario esperar oportunidad favorable para verificarlo, como la que me ofrece mi compañero de cárcel don Alvaro Lamas, distinguido joven que marcha en ostracismo á esa nación.

«Correspondiendo muy placenteramente á su salutación de año nuevo, me es grato suscribirme

Su más afectísimo amigo y S. S.

ALBERTO LARENAS.»

Con estos documentos queda concluido el retrato del simpático, ilustrado y juicioso capitán de ingenieros.

Bravo y de la Cruz fueron traídos por haber hecho propaganda revolucionaria en sus respectivos cuerpos. Uno y otro habían reñido abiertamente con la Ordenanza. Confesaban su delito y estaban dispuestos á sufrir tras de la eliminación del escalafón militar la pena que el Consejo les aplicara.

De la Cruz llevaba, con algunos intervalos, once años de subteniente, y no hay esperanza de que agregue un galón más á su kepí. Carácter turbulento y dotado de clara inteligencia, no nació para la subordinación militar. Amigo de discutir toda orden, no se aviene sino con aquello que le parece justo. La causa de la legalidad lo entusiasmó hasta exaltarlo; trató de convencer á sus compañeros de cuartel de la abyección en que se hundían de seguirle sirviendo al Dictador; procuró abrir á los ojos de los soldados horizontes más dignos que la obediencia del autómata; tomó tanto empeño en su tarea de apóstol, que el día menos pensado lo bajaron de la tribuna que en el cuartel había levantado. para ponerlo con centinela de vista y enviarlo luego á la cárcel.

El comedor y las celdas estuvieron tan honrados como no lo había estado prisión alguna en Chile. A hacer once concurrieron al primero la respetable matrona madre de Manuel Barros Barros; la esposa de don Carlos Montt, doña Mercedes Ortúzar; y la joven é interesante señora de Larraín Plaza. En las segundas se veía á doña Corina Herrera viuda de Videla y á Manuelita Barrios, sobrina aquélla é hija ésta de don Alejo; y á la virtuosa y bella esposa de Brizeño. doña Esperanza O'Ryan, digna compañera de mi estimado amigo, por la dulzura de su carácter, la distinción de sus modales y la esquisita amabilidad de su trato.

Yo no fui al comedor: me quedé entretenido con Horacio Le-

mus escuchando las gracias y conversación de las dos criaturas más preciosas que he visto en mi vida, las dos niñitas de Ramón Larraín, de tres y cuatro años. Todo querían saberlo. Todo lo preguntaban con la inocente curiosidad de una inteligencia precoz.

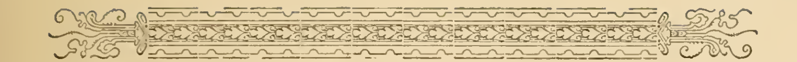
¡Pobres ángeles destinados á verse más tarde privados de las caricias maternales! La señora de Larraín, no pudo á pesar de su juventud y lozanía ser superior á los sufrimientos que le causó el Dictador. En el delicado estado en que se hallaba, las noticias de la prisión de su marido, las que hacía esparcir Plaza de prontos fusilamientos; los viajes precipitados á saber de su esposo; el incesante afán de verlo fuera de peligro, todo fue minando aquella existencia vigorosa hasta dar con ella en la tumba.....

Terribles consecuencias de la dictadura! Una orden de prisión al marido es á veces sentencia de muerte para la esposa, y en seres de esferas inferiores y educación diversa, cuántas veces la prisión del padre no es decreto de infamia para la hija!

Ese hogar á eterna tristeza condenado, esas niñitas que no volverán á sentir en sus mejillas el irreemplazable calor de los labios de la madre, ese forzoso apagamiento del hogar, obras son del tirano de la patria......

Cuando con Larraín hablábamos de la recompensa que Balmaceda había otorgado á su adhesión, jamás sospechó que aquella recompensa le costara la alegría de toda su vida!

En la tarde volvimos á nuestras antiguas costumbres de colegio. Parejas que se paseaban *bras-des sus bras-dessous*; corrillos de discusión formados en los ángulos; otros que recorrían los corredores, abierto el libro de lectura y en él fijos los ojos; Guzmán Achurra llamando á Brizeño por cuenta ajena para quitarle, con profundo disgusto de éste, el asiento que en medio á otros compañeros ocupaba; Lemus ostentando su hercúlea fuerza; Alberto Espejo prendiendo cauchos retorcidos del botín en el pescuezo del amigo distraído que con otro conversaba; todo le daba á la cárcel aquel aspecto siempre con placer recordado del claustro donde se deslizó la edad de las doradas ilusiones, fugitivas mariposas que cruzan un instante para no volver nunca.



17 DE ENERO

Día triste.—Enfermedad del despensero.—Severidad del alcaide. Niega la entrada á varias señoras.—La señora Subercaseaux de Vicuña Mackenna. Salutación de doña Emilia Herrera de Toro.—Noticias de mi familia.—Otros prisioneros.

El día amaneció triste. Como si todos se hubieran convenido la víspera, ninguno quiso salir de su celda. El alcaide pudo haber corrido los cerrojos sin que nadie cayera en la cuenta de hallarse encerrado.

El encargado del rancho, como decían los militares, ó de la despensa, el abnegado Marcos Menares, se enfermó hasta el extremo de no poder levantarse. Los médicos acudieron á su celda y diagnosticaron abundancia de cena, enfermedad moderna como la cárcel para todos nosotros: recetaron lo que más á menudo suelen: purgantes; y con esto abandonaron el lecho del enfermo.

La enfermedad de Menares tuvo no obstante consecuencias: el almuerzo se desorganizó por falta de su presencia; hubo quien rabiara y diese motivo para que se aplicaran los versos de don Juan Billa que empezaban: «El *leso* que se halla preso—y la prisión le incomoda» y cuyo final, que no recuerdo, aconsejaba la resignación, panacea admirable para los dolores que no tienen otros emolientes.

Hizo falta, en verdad el despensero; uno se quejaba de no haber comido cazuela; otro de no haberle alcanzado el pan; quien de no haber probado el vino; y quien reclamaba la chuleta ó la tortilla.

Los prisioneros gozábamos sin duda alguna de grandes simpatías afuera: no habían faltado desde nuestra llegada frutas ni helados,

regalos con que las familias santiaguinas nos atestiguaban diariamente el recuerdo que hacían de sus relacionados.

A Prado le mandaban todas las mañanas un canasto de duraznos, recién tomados del árbol, frescos y muy dulces. El me decía que era la cocinera de su casa; pero en la manera de arreglarlos y en la calidad y selección de la fruta, siempre vi yo manos muy diversas de las que no saben sino pelar papas y cortar cebolla. Siempre me di por convencido de que era cocinera su proveedora, pues jamás fue parte tal convencimiento á que yo dejase de comerme los sabrosos duraznos.

También estaba provista la celda de Prado de dulce delicado: pero respecto á éste nunca tuvo la pretensión de hacerme creer que fuese la cocinera quien con tanto gusto lo preparaba. Siempre lo comí sin cometer la indiscreción de averiguar su origen, que para mí era, en verdad, detalle de no mucha importancia.

Sí pude notar que cuanto más ponderaba duraznos y dulce más gusto manifestaba en que los comiera, como si otra persona debiese recibir por su mediación mis interesados cumplimientos.

Como si el alcaide hubiese tenido por exhorbitantes las facilidades concedidas á las visitas el día anterior, empeñóse el presente en dar señales de una severidad estricta.

Supimos que varias señoras habían venido á esperar en la puerta permiso para entrar á ver á sus relacionados; pero ninguna consiguió la gracia. Entre ellas vino la señora Victoria Subercaseaux, viuda del ilustre don Benjamín Vicuña Mackenna, á saludar á Angel Custodio y Alberto Espejo.

Esta respetable matrona, pocos días antes había dado poderoso motivo de disgusto al Dictador; y tal vez por esto le fue negado lo que á otras no había dificultad en serles concedido.

Se trataba de darle nombre á uno de los batallones de reciente formación en las guardias movilizadas y el Dictador quiso ordenar que llevase el del grande hombre esposo de la señora Subercaseaux.

Cuando llegó á oídos de la señora el conato de semejante determinación, se indignó hasta el punto de protestar con toda la energía de su alma de romana, como legítima heredera de la pureza y gloria del nombre de su esposo, contra una usurpación que era un bal-

dón lanzado á la memoria del más preclaro de los patriotas chilenos.

¡Cómo! el nombre de Vicuña Mackenna escrito en los estandartes de las tropas pretorianas? ¡Imposible! Eso no lo podría permitir nunca la esposa de aquel genio, la madre política de Salvador Vergara.

Decía que los prisioneros gozábamos de muchas simpatías afuera y lo decía bien: don Alejo Barrios recibió junto con un cesto de exquisitas brevas, una tarjeta de salutación dirigida á él y compañeros de prisión enviada por la estimabílisima y distinguida señora doña Emilia Herrera de Toro, madre política de Balmaceda.

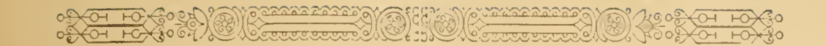
Y no se crea que esa tarjeta era simplemente un testimonio de buena educación; nó, era también símbolo de entusiasmo por la causa de la legalidad. Por eso he dicho más arriba que sí la simpatías fueran motivo suficiente para decretar prisiones, el Dictador habría tenido que hacer de cada hogar una cárcel, empezando por el propio.

El día había empezado triste; para mí debía terminar con lágrimas. Y cuán amargas las vertí á torrentes, solo, en mi celda, testigo mudo de los horribles tormentos que padecía! Yo venía preparando el ánimo para recibir crueles noticias de mi familia; pero por mucho que uno sea fuerte y se aperciba con resignación á las grandes desgracias, hay ocasiones que vienen estas superiores á toda fortaleza y á toda prevención. Mi señora no pudo sobrellevar la situación: las noticias que los chacales de la policía de Valparaíso se complacían en hacerle llegar, precipitaron en ella la esperada enfermedad, no obstante mis continuas cartas en que procuraba tranquilizarla, y el prematuro alumbramiento la tenía al borde del sepulcro. Los médicos no daban esperanza alguna....., La niñita vino al mundo atacada al corazón y condenada á desaparecer en breves horas, sin recibir siquiera una mirada de su padre. ¡Qué días aquellos! Quien los haya pasado semejantes habrá podido medir el pensamiento del poeta que después de profundo dolor comprendió por qué se llora y también por qué se mata. Qué horroroso es verse uno en pleno vigor de juventud y actividad reducido á la impotencia por el capricho de un hombre y ver á los suyos, por la misma causa, expuestos

á necesidades irremediables, en lucha contra el dolor físico y las pesadumbres del alma!

El tren del sur trajo otra remesa de prisioneros recogidos por la actividad del Intendente de Concepción, autoridad que se esmeró en proveer la cárcel de cuanto ciudadano era á sus ojos feo, antipático ú honrado. Siempre que se ofrecía hablar en la prisión de Salvador Sanfuentes recordaba involuntariamente á un matasiete del norte que le armaba camorra á cuanto cristiano tenía por favorecido con alguna virtud, según los grados de alcohol que en la cabeza tuviese. Incluyo á continuación la lista de los recién llegados: Alfredo Puelma Túpper y Alberto Mohr, ingenieros civiles: Lorenzo Monsalve y Emilio Espinosa, empleados en la prensa; Carlos Bergen; Parmenión Sánchez, comandante; Juan Pablo Merino y Desiderio Franco.

Los dos primeros caballeros, habílisimos en su profesión, fueron tomados por orden de Sanfuentes, quien les supuso el delito de estar levantando planos para facilitar las operaciones de la Escuadra. El señor Puelma lleva además un apellido demasiado ilustrado por sus hermanos para que Sanfuentes pudiese mirarlo con buenos ojos en ejercicio de su libertad.



18 DE ENERO

Misa en la rotunda: ni la oímos ni la vemos.—El mandamiento según Lisboa. —Visita de don Domingo Toro Herrera.—Carlos Ríos González: su vía crucis; ultrajes á que le someten: modo de conducirlo á Santiago.—La buena educación.—Don Claudio Vicuña fuera de su esfera de agricultor. Como orador.—Hübner, Alamos y Bañados Espinosa.—El mayor Gatica. —Soldados chilenos.

Es domingo; y aunque el clérigo Flórez tiene privilegio de altar portátil y reza la misa en la parte del edificio llamado la rotunda, exágono central a donde convergen en ángulos los patios, ninguno de los creyentes lo ve ni lo oye, porque la reja permanece cerrada y el altar se levanta en punto al cual no llegan las miradas de los detenidos políticos ni de donde puede escucharse la voz del sacerdote; mas como en materia de fe la intención es lo que vale, los que se agruparon á la reja se dieron por satisfechos.

A un lado de la reja de nuestro patio, en otra de los altos, frontera al lugar del altar, se arrodillaron las mujeres condenadas á poco tiempo de reclusión ó en proceso: había entre ellas, á juzgar por los trajes, diversas esferas y condiciones: madres con niños á quienes amamantaban. solteras, viudas y casadas, todas feas, como atestiguando que la belleza no hermana con el delito.

Lisboa me hizo una larga disertación sobre el alcance del mandamiento de la iglesia que prescribe oír misa entera todos los domingos y fiestas de guardar, en virtud de la cual me convencí de que no sólo él sino yo también había oído misa; y me convencí de buen grado, por no creer en una herejía mayor: que de los muchos millones que cuenta el mundo católico raro es aquél y

especialmente aquélla que cumplen, según mi entender, con el precepto de la iglesia.

Después de la misa vino á visitarnos don Domingo de Toro Herrera. intendente que fue de Valparaíso, y quien por este motivo debía tener relacionados entre los presos; pero tampoco pudo entrar, por lo que hubo de enviar una esquela de salutación, que fue contestada galantemente por Brizeño, en su nombre y en el de todos los compañeros.

Mucha indignación nos causó oír de labios de un nuevo prisionero, á cuyo alrededor formámos corro, la manera como había sido tratado en Valparaíso y conducido á Santiago. Era Carlos Ríos González. abogado de la casa de don Agustín Edwards, joven distinguido por todos conceptos. Nos pintó con esa viveza de imaginación que le es peculiar, el via crucis recorrido desde que lo tomaron hasta dejarlo en la cárcel. Plaza lo hizo desnudarse para examinar los vestidos con toda minuciosidad, y como nada en ellos hallase vaciló largo tiempo, durante el cual Ríos González permaneció en pelota, en si le abriría ó no el estómago, no fuese á llevar entre sus pliegues comunicaciones para la Escuadra. Fue menester toda la sabiduría del médico Pérez Canto para demostrar á Plaza que aquella operación era más difícil de lo que había pensado, dado el caso de que se quisiera conservarle la vida al examinado.

Respiró Ríos González cuando supo lo que el médico había opinado, pues ya no había de ver la parte interior de su cuerpo fuera del lugar que la naturaleza le había señalado; pero aun le quedaba mucho que soportar: el tenaz interrogatorio de persona que se empeña en descubrir lo que no existe; la exhibición del tormento para arrancar confesiones que la debilidad suele hacer, muchas veces en abierta pugna con la verdad, según se refiere en la historia de la inquisición; las miradas estúpidas y los sarcasmos de esa gente bahuna y soez que compone la policía de aquella población; y otras más de descripción difícil.

Verificado el examen pasó Ríos González por corto tiempo á un calabozo, de aquellos que blanquean en breve espacio la piel y el pelo. Como al fin nada se pudiese obtener ni enseñándole la muerte, porque su carácter digno sellaba sus labios, ajustáronle un par

de esposas en las manos y lo enviaron allí, donde tuvimos el placer de saludarlo y recibirlo. El oficial encargado de custodiarlo, digno subordinado de Plaza, completó en el tren la obra por su jefe principiada: mandó que el centinela de vista cargara su fusil y le previno que al menor movimiento del reo, hiciera fuego, pues tenía que entregarlo en Santiago vivo ó muerto. Dada la orden al centinela, el valeroso oficial empleó su tiempo en regalar al prisionero con aquellos vocablos que revelaban en él un soldado ascendido, de qué estofa había sido fabricado y qué cuna lo había mecido. Hay seres tan desgraciados que no pueden dejar de patentizar, cualquiera sea el puesto que ocupen, su baja estirpe y su menguada condición: se miran en el hablar y el defectuoso vocablo los delata: durmiendo, tosca respiración ó estrepitosos ronquidos los denuncian; el bostezo, el erupto, la saliva les hacen traición en donde quiera; y cuando comen, oh! cuando comen quedan retratados de cuerpo entero. Decididamente, la buena educación no se hizo para fiingida. Será lo único, gracias á Dios, que permanecerá libre de falsificaciones.

Aun en personas de elevada esfera se hace palpable en acciones y palabras toda pretensión á salirse fuera de ella: ahí está don Claudio Vicuña, acreditando por su manera de conjugar el verbo pluguir y por el modo de dar forma hablada al pensamiento, en su discurso de aceptación de la candidatura, ahí está acreditando que si es magnífico agricultor no es buen humanista y que para ser candidato no se necesita conocer el idioma con que habrá de comunicarse con el pueblo, cuando terciada la banda, si á terciarla alcanza, le dirija alocuciones ó manifiestos.

También ha demostrado don Claudio, en su carrera política—y, vaya esto por vía de digresión—que para ser senador de la República, no es cosa indispensable saber hablar. Carlos Luis Hübner se aprendió de memoria los tres solos discursos que don Claudio ha pronunciado en su vida; me prometió darlos á la estampa para conocimiento del público, y espero que cumplirá su promesa, ya que agregados los tres no han de ocupar mayor espacio que el empleado por mí para recordársela.

Hübner, desde su llegada, había puesto esmero y cuidado en

atenuar la culpabilidad de Julio Bañados Espinosa. Tenía, según pude informarme más tarde, deuda de gratitud contraída con él y procuraba pagársela en esta forma; lo que revelaba sin duda fondo de nobleza; mas, en ocasiones, por esforzado que fuese en las luchas de la palabra, quedaba derrotado en el campo.

El comandante Álamos que conocía á Bañados desde niño le sabía su historia con minuciosos detalles. Nos contaba que cuando aun no tenía doce años declamaba de pie, en el mostrador de la taberna de Emilio Arancibia, durante horas enteras, mediante la retribución de un peso que, á prorrata, entre los oyentes, le pagaba el dueño. Desde entonces, agregaba el Comandante, se quedó con la costumbre de declamar por el pago, costumbre que ahora exhibe con lujo de cinismo.

Sostenía Hübner que Bañados Espinosa, á pesar de sus muchos defectos era hombre honrado.

Honrado! gritaba el Comandante y de contado refería la historia de las alfombras y muebles de su casa, que él mismo conoció no sé en que otra parte. Honrado, continuaba, y en seguida refería caso por caso, con los nombres y apellidos de los favorecidos, las ventas de destinos que había hecho como Ministro, de una manera que le merecía más oprobio que el galardón de Balmaceda alcanzado.

Como para Hübner eran desconocidas estas bajezas, no podía defenderlas; y su empeño en justificar el proceder del amigo más le perjudicaba que favorecía, pues incitaba á los demás á sacar á la luz cosas que siempre es peor meneallas.

Uno de los más valerosos jefes del Ejército, poco conocido por su demasiado prudente discreción; pero hombre pensador y hábil en su profesión, el mayor Carlos Gatica, vino á la cárcel á hacernos compañía. Se le acusaba de haber pretendido sublevar el batallón 5.º de línea; lo que nunca he creído, pues de pretenderlo le hubiera sido fácil realizar su pensamiento: en casi todos los cuarteles sólo ha faltado una voz autorizada para que los soldados se rebelen.

Por regla general el soldado chileno tiene opinión propia, la idea del patriotismo íntimamente vinculada á su existencia, y así como van cantando á rendir su vida cuando el honor ultrajado

de la nación demanda el sacrificio, manifiestan visible repugnancia en empuñar el fusil contra sus propios hermanos; ven la esterilidad de la sangre derramada y retroceden ante el espectáculo de esa carnicería inmotivada, ó como ya ha sucedido repetidas veces, se pasan al campamento donde creen hallar la legalidad.

Ejemplo ha habido de soldado que prefiera quitarse la vida antes que servir de instrumento para privar de ella á sus hermanos.

Quienes de entre ellos han dejado escapar palabra que denote independencia de pensamiento, han sido al punto azotados. Merced á esta bárbara medida los jefes han conseguido que permanezcan mudos; pero cuántos de esos azotes no han sido castigados por los mismos que los han recibido, allá en el campamento, donde el humo de la pólvora impíde ver el punto de donde sale la bala vengadora!



19 DE ENERO

Estafa intentada en nombre de don Alejo Barrios.—Robos ingeniosos.—Disputas de naciones sobre el origen de uno de ellos.—«El Orden» y su fin.—Lentitud revolucionaria —Más prisioneros.

Un señor enteramente extraño á nosotros se presentó preguntando por don Alejo Barrios, con quien deseaba conferenciar privadamente. Le indicamos el número de la celda y le abrimos paso. José Miguel Lara me refirió después el objeto de aquella inesperada visita.

—Aquí tiene, dijo el desconocido a don Alejo, luego que solos estuvieron, los cincuenta pesos que envió Ud. á pedir prestados á don Lauro Barros, de parte de quien vengo. Me encarga el señor don Lauro manifestarle que es para él un verdadero placer el poder servirlo ahora y siempre que Ud. se digne tenerlo presente para cualquier cosa que se le ofrezca.

De hito en hito estuvo mirando al desconocido don Alejo largo espacio, sin poder comprender qué significaban dinero ni recado.

—No salgo aun de mi estupor, le dijo al fin. No he pensado nunca dirigirme al señor don Lauro para solicitar de él dinero, lo que no me impide agradecer en cuanto vale el bondadoso ofrecimiento que de sus servicios me hace. Y pues no he pensado en semejante cosa, salta á los ojos que una tercera persona ha tomado mi nombre y tal vez mi firma, para buscar, merced al uno ó á la otra, recursos de una manera indigna.

El encargado de don Lauro comprendió al punto que todo era

obra de algún caballero de industria á quien le había salido, como no llegó á pensarlo, el plan puesto en ejecución.

Ingnoro si fuera el apuntado caso de estafa aislado ó si se repetiría con cambio de personajes, de manera que produjese utilidad al estafador. El segundo de los supuestos es bien posible que se haya realizado, dados los estragos que ya empezaban á producir el hambre y el ingenio del buen número de ociosos que habitan la ciudad puesto en juego para combatirla. Nada de extraño tiene que otros de menor discreción que don Lauro cayesen con más facilidad en la trampa.

En poblaciones en donde la lucha por la vida es desesparada diaria batalla, cuyas probabilidades de buen éxito están en razón inversa del número de habitantes, torpemente aumentados con una forzada y perjudicial inmigración, estas acechanzas contra el ajeno bolsillo pasan por cosas triviales que no causan admiración. Donde se asesina para robar en pleno claro día, ¿qué mucho que se adopten planes de consecuencias insignificantes, como que sólo importan la pérdida de escasa cantidad de dinero si dan buenos resultados, ó la pena de esperanza engañada, si malos?

Ojalá todos los ladrones que pueblan campos y ciudades se valieran de medios parecidos para vivir de lo que no les pertenece y no diesen á la estadística de la criminalidad cifras que hacen dudar de la civilización y cultura de naciones sin disputa adelantadas.

Los robos ingeniosos más son aplaudidos que vituperados aun por las personas que de ellos han sido víctimas; que el talento encuentra siempre aplausos hasta en la obra del mal y quien alabe las combinaciones que forma para salir de apuros.

El robo del pavo y el reloj que he oído desde mi más tierna edad se lo disputan hoy como original varias naciones. Lo he encontrado en periódicos franceses, ingleses, españoles é italianos y supongo que estará también referido en alemán, turco y ruso. Se ha hecho tradicional; ha muerto y tornado á la vida. Asistió al renacimiento y los escritores de la edad de oro no desdeñaron darle forma clásica. Francia y España se han disputado á porfía el Gil Blas y el soneto aquel del aborto, cuya paternidad no sabe el mismo Larouse á qué nación atribuir en su portentoso diccionario. A la disputa del robo

del pavo y el reloj han concurrido casi todas las naciones, inclusive las sud-americanas, en varias de las cuales me han señalado los héroes.

El mal éxito de la pretendida estafa en que se empleó el nombre de don Alejo fue parte á que todos nos indignáramos y maldijésemos al incógnito autor de ella. La desconfianza de que nuestros nombres hubiesen servido para otros casos semejantes en que la falta de recursos de los que éramos pobres podría dar á la farsa apariencia de verosímil, nos inquietó bastante.

Algunos pensamos protestar por la prensa; pero ¿dónde estaba el editor asaz valiente que desafiara con una inserción enviada de la cárcel los rayos del olimpo y la justa cólera del amo?

No era posible que exigiésemos de persona alguna expusiera su empresa y acaso su solo medio de vivir á un posible y aun probable fracaso, como más tarde le sucedió á un tal Vial con El Orden, á quien por menos le clausuraron la imprenta sin esperanza de que le permitiesen lucir ante el público de nuevo sus talentos, lo que imploró tenazmente con lágrimas de arrepentimiento, séquito de padrinos y protestas de no volver á caer en el garlito de decir cosas inconvenientes.

Ocurriósele á este pobre señor Vial—¡pésima ocurrencia!—decir un día en su hoja que los robos, incendios y demás achaques de la dictadura eran muy buenos para practicados con las imprentas de oposición; mas no para con la que él dirigía, pues nunca le había dicho dictador á Balmaceda ni ladrón á su gobierno. Pidió la confiscación de las imprentas clausuradas el 7 de Enero; y como la dictadura no habría de saber qué destino darles, indicó como medida de alto progreso para las letras y la causa, que le diesen á él una. Quejóse, ignoramos si con justicia, de que él, redactor de El Orden y *leader* del partido, fuese mirado en tan poca cosa que no se le hubiese consultado opinión en el acuerdo de candidatos para senadores, diputados y municipales; y concluyó por decir que de continuar así las cosas iban mal.

Llegó el convincente artículo á los ojos del Dictador y notó—cosa que había yo olvidado apuntar—que pedía amplia libertad de imprenta para los amigos del gobierno (!) y las demás cosas que al

pobre señor Vial se le ocurrió exigir con terribles argumentos aducidos de su manera clarísima de interpretar el derecho en su favor; y sin cuidarse de terminar la lectura de la hoja entera, mandó que al punto se cerrase la imprenta del ORDEN, para ordenar de alguna eficaz manera á su belicoso redactor.

Así fue como se vió Santiago privado de noticias, el partido sin Mecenas y el buen señor Vial sin hoja que le sirviera para agregarla á la de sus servicios.

Varios de los prisioneros para quienes empezaba á hacerse cansada la prisión, trataban de formular quejas contra la Escuadra por la que les parecía lentitud en sus operaciones. Para algunos, tomarse á Valparaíso era cosa de poca monta, pues según la creencia general bastaba principiar el ataque por mar para que éste tuviese eco entusiasta y rápido en tierra.

Nacían estas ideas de lo raras que han sido las revoluciones en el país, lo que daba aun á los más expertos de los encarcelados manera de mirar las cosas muy diversa de lo que son en realidad. No apreciaban, ni podían hacerlo de una manera acertada la situación. Sin parar mientes en que no había aun los elementos necesarios para un ataque, que en las presentes circunstancias hubiera sido decisivo, querían á toda costa que se librara, olvidando que la festinación de los acontecimientos podía traer fatales consecuencias para la causa de la legalidad.

El Dictador aumentaba con la rapidez exequible sus ejércitos; y esto hacía pensar que á mayor tiempo correspondía mayor fuerza y que mientras más pronto se atacara más probabilidades había de éxito feliz. Todos veían las cosas por el prisma favorable de sus deseos.

Lemus opinaba que de ser él el almirante de la Escuadra ninguno de nosotros habríamos permanecido tanto tiempo encarcelados.

En la tarde entraron el teniente-coronel Gumecindo Soto; comandante del batallón movilizado recientemente organizado en la Ligua, acusado de un delito que no negaba: haber vivado á la oposición una noche de verdadero entusiasmo; y César Novoa, sobrino del señor don Jovino, quien se hallaba también detenido en uno de los cuarteles, combatido por seria enfermedad.

20 DE ENERO

¿Por qué la Escuadra no ha venido á ponernos en libertad?—Lo que dice la prensa del Dictador.—Beligerancia; condiciones de ésta.—Magnífico calculo de los delegados del Congreso.—Comandante Cruz Daniel Ramírez.—Otros prisioneros.

Tornaron las críticas sobre la lentitud con que procedía la Escuadra. ¿Hasta cuando pensarán dejarnos en poder del enemigo? Tal era lo que pensaba la gente menos experta de la prisión; mas la gloriosa marina obedecía á un plan hábilmente combinado: recoger en la costa los elementos dispersos; esperar la llegada de la corbeta *Abtao*, que debía traer de Europa provisión de armas en cantidad suficiente para formar por lo menos la base de un ejército; abrir luego operaciones sobre el norte, provincias á las cuales el Dictador no podía enviar soldados sin exponerlos seriamente. y si los enviaba, con seguridad debían entrar en el número de los defensores de la legalidad, ya por adhesión, ya por vencimiento: todo batallón enviado al norte era uno menos para el tirano y mayor número de armas, si no de hombres para la revolución. La gloriosa marina lo comprendió así desde el primer instante y por eso más tarde la vimos permitir al vapor *Imperial* hacer varios viajes que los amigos del Dictador alababan con entusiasmo que estaba á la altura de su insensatez.

El intrépido *Imperial* hizo su tercer viaje, decía la abyecta prensa del Dictador, con toda felicidad; llevó la divísión A al mando del esclarecido coronel B y la desembarcó con feliz éxito en tal parte. Con estos nuevos elementos la revolución ha quedado por completo debelada. El día de la justicia ha llegado; rueden las cabezas de los

vendidos: la patria ultrajada pide sangre para escarmiento de las generaciones futuras. Loor eterno al excelentísimo Presidente de la República que, como hábil piloto, ha sabido conducir la frágil nave del Estado á través de la deshecha tempestad. Gloria á los prestigiosos comandantes del *Imperial* que, como héroes de cuentos de hadas, se han hecho invisibles para pasar por entre los cañones de las naves de la aristocracia y burlar la vigilancia de los cancerberos de la traición.

Con lindezas de este jaez nos desayunaban diariamente LA NACIÓN y otros papeles furiosos sostenedores del Dictador. Este, por su parte, se declaraba convencido de la magnitud y dificultad de los viajes del *Imperial* y concedía ascensos á sus jefes y recompensas á los subordinados.

Entretanto los expertos comandantes de la marina se reían á carcajadas del candor del Excelentísimo y del entusiasmo de su prensa.

En las guerras civiles el derecho de gentes hace necesariamente parte de la jurisprudencia nacional. Perdido el equilibrio de las leyes internas; dictador Balmaceda á juicio de los delegados del Congreso (y al del mundo entero); piratas los restauradores á juicio del Dictador, forzoso es que haya alguna ley superior á ese desequilibrio que deba observarse para ajustar á ella las operaciones bélicas del estado de guerra.

Las naciones extranjeras, obligadas moralmente al reconocimiento de los gobiernos de hecho, exigen ciertas condiciones como inseparables del carácter especial de beligerancia, entre las que se distinguen como más principales, según las exposiciones de los modernos tratadistas, la posesión de territorio en que se ejerzan actos jurisdiccionales y la capacidad ó suficiencia de elementos para sostener la guerra.

Omito entrar en apreciaciones sobre los fundamentos de esta doctrina por ser fuera de mi ánimo otra cosa que la demostración de la imprescindible necesidad en que se hallaban los delegados del Congreso de tener territorio sometido á su jurisdicción, en el cual poder aumentar y disciplinar su ejército.

El sur y centro de la República ofrecían dificultades para la realización del plan, cuyo vencimiento exponía á los delegados del

Congreso á un desastre de consecuencias tal vez irreparables, sobre todo si se considera lo incipiente de la revolución.

Comunicadas estas regiones de la costa por red de rieles, el Dictador podía concentrar sus fuerzas en pocas horas en cualquier punto atacado; esto sin contar con las fortificaciones de los principales puertos donde se hubiera podido intentar un desembarco.

Empresa descabellada hubiera sido pensar en la dominación del centro ó del sur.

El norte estaba en condiciones enteramente diferentes: ese debía ser el territorio primeramente sometido: allí debía ser el cuartel general de los restauradores; allí debían establecer éstos su gobierno.

Y no convenía tampoco tomarlo inmediatamente; á mayores elementos, en proporción relativa, que allí pudiera enviar el gobierno, correspondían mayores ventajas en el triunfo, para la revolución.

Dejar que sazone el fruto; dejar libre el paso al *Imperial*, conductor de savia. Ese fue el pensamiento de los delegados del Congreso y jefes de la Escuadra.

Pero cuánta sabiduría encierra, cuánta discreción y pericia!

Todo obedecía al cálculo infalible, inclusive el torpe atolondramiento del Dictador quien contribuía poderosamente al buen éxito del plan.

Repito que quienes no veían esto consideraban ya demasiado larga la prisión y poco activa á la Escuadra.

Y se quejaban, no obstante que la permanencia en la cárcel permitía estrechar relaciones y hacer conocimientos, honrosos los primeros y dignos los segundos de pasar más de un mes, sin maldecir, privados de la luz del sol.

Aquel día conocí al teniente-coronel Cruz Daniel Ramírez, á quien le viene como de molde la expresión del poeta: «brazo de acero, corazón de niño». El comandante Ramírez; león en las batallas, ángel después del triunfo, dejó el brazo derecho en una de las más gloriosas peleadas contra el Perú; pero le queda aun el izquierdo para manejar la espada y, en su opinión, una mano para una espada es suficiente. Oyó en la tranquilidad del hogar, en el que gozaba de su pensión de invalidez absoluta, que su patria empezaba á gemir bajo la voluntad del Dictador; rugió en su pecho

la indignación del veterano de la legalidad; y un día, antes de que rompiera el corazón su cárcel, abrazó á su esposa, besó en la frente á sus hijos, y se fué á la orilla del mar, á ver modo de pedir á los representantes de la voluntad del pueblo un puesto entre sus filas.

Los esbirros de Valparaíso le vieron otro día en la playa y antes de que Dios lo supiese se lo llevaron á Plaza.

—Y ¿qué hace Ud. Comandante, por estos mundos?

—Asuntos particulares, de que ya he dado cuenta á la Comandancia General de Armas.

Miróle de soslayo el de la policía: otra captura que me recomendará al gobierno, se dijo para sí, y he allí al comandante Ramírez en uno de los calabozos apercibiéndose para venir á la cárcel donde poco después le estrechábamos la mano.

—Comandante, el *Imperial*, desembarcó una división en Arica.

—¡Mejor! respondía al punto, más armas para nosotros.

—Comandante, ha salido una división para Coquimbo.

—¡Mejor! mientras más se diseminen más fácilmente los vencemos.

Entre los entusiastas ocupaba el Comadante la primera línea, costumbre adquirida en los combates, pues á él lo siguieron siempre sus soldados, ya se tratase de tomar una trinchera, ya de flanquear un ala enemiga.

Del sur vinieron también otros prisioneros y otros entraron de la misma ciudad de Santiago. Entre ellos Ramón Luis Cifuentes, alférez de artillería; Eliseo Urrutia, secretario del juzgado de letras y notario público de Collipulli; José Cortés Jofré, primer alcalde de la municipalidad del propio lugar; y un señor Araya Escón, farmacéutico, fundador de la Sociedad de Productos Químicos, quien, según me dijieron, así despachaba recetas como improvisaba discursos: especie de Mirabeau del pueblo, agitador tumultuoso en épocas de elecciones, jefe de esos clubs á que han dado en Chile el nombre de *choclón*.

Todos estaban sindicados de opinión desfavorable á la dictadura y no podían permanecer en libertad, como acechanzas contra don José Manuel.

---

21 DE ENERO

No cabemos en la cárcel.—Se habilita otro patio.—Pocas noticias.—Don Vicente nos anuncia un alcaide supernumerario.—Se arregla un cuarto de tresillo.

A medida que entraban prisioneros se hacía más difícil nuestra habitación en el reducido patio de la cárcel que se nos había destinado. Así lo comprendió el alcaide, quien solicitó del Intendente autorización para habilitar otro en el establecimiento á fin de que los prisioneros pudiésemos estar holgadamente y en la incomunicación á que á intervalos se nos sometía, según fuera alzando ó bajando el termómetro de la situación: á una mala noticia recibida en la Moneda, correspondía una orden de que nos mantuviéramos en nuestras celdas, sin asomar las narices al aire más libre del patio y sin poder cambiar ideas con el vecino ó el amigo.

El Intendente ó el Director General de prisiones, punto de poca importancia que descuidé averiguar, accedió á lo solicitado por el alcaide y quedó abierto el patio núm. 8, separado del núm. 10, que ya habitábamos, por otro en que varios zapateros purgaban sendos delitos.

Llamados por la curiosidad varios de nosotros nos encaminamos á visitar el nuevo patio: celdas iguales, rejas idénticas, el mismo más espacioso cuarto en el ángulo formado por las hileras de celdas; nada hallámos que nos llamara la atención, como no fuesen varios enfermos, de quienes no nos explicámos por el momento su presencia en aquel lugar en vez de hallarse, como era natural, en un hospital.

Entre estos enfermos había uno con pujos de poetastro; y aunque quiso darnos muestra de su ingenio, las esquivas musas se manifestaron rebeldes á sus deseos.

También había entre ellos un gracioso á cuyo magín tampoco acudió chiste alguno, por más que se empeñó en buscar juego de palabras ó de manos que nos pudiera ser agradable.

En otro de los que allí estaban notámos que la naturaleza se anticiparía a la ley, pues no era posible que resistiese mucho tiempo á la tísis que ya había consumido el cuerpo y se disponía á desalojar de él el alma.

No obstante la igualdad de las habitaciones, los que habíamos sentado reales en la antigua nos resistimos á un cambio de localidad; de manera que el núm. 8 fue dedicado á los recién llegados y dispuesto para recibir á los que en pos viniesen.

Pasó el día sin circunstancia alguna que grabara su fecha en la memoria; día sin noticias, sin visitas, triste y monótono.

Por la noche nos anunció don Vicente Alvarez la determinación del Gobierno de mandar un nnevo alcaide supernumerario, encargado especialmente de los prisioneros políticos.

La noticia nos agradó poco, pues ya estábamos acostumbrados al trato de don Vicente, á quien le aplicábamos, tal vez con rigor de parte nuestra, el antiguo adagio aquel que prefiere el malo conocido á cualquiera por conocer.

Como eran contadas las horas en que don Vicente debía tenernos bajo su inmediata vigilancia, no se le hizo cargo de conciencia permitirnos organizar un cuarto de tresillo, con la expresa condición, eso sí, de que no metiéramos bulla y no saliésemos de la celda donde nos hubiésemos de reunir sino para irnos a la cama.

Lo segundo lo cumplíamos muy de buen grado al pie de la letra, cuando ya venía la aurora; lo que quiere decir que pasamos la noche de claro en claro; mas no así lo segundo, porque es sabido que las malas jugadas de tresillo originan discusiones interminables, sobre todo cuando forman parte del cuarto personas como Carlos Luis Hübner ó Carlos Ríos González, los más discutidores de cuantos tresillistas he conocido en mi vida. No diré lo mismo de Lillo, el otro cuarto, porque él no hablaba sino lo indis-

pensable y era de los cuatro quien tenía más calma, condición necesaria para jugar bien.

Hübner, cuando daba un codillo, que fueron raros aquella primera noche de tresillo, se reía de tan buena gana que hacía temblar el edificio entero.

El tresillo debía producir mas tarde dolores de cabeza. Hubo tendencia á criticarlo no precisamente porque fuese ocasionado á bulla sino por ser juego. Otros, antes que nosotros, se amanecieron en comentarios y discusiones sostenidas con calor; y de éstos jamás se dijo nada. Tal vez quienes no lo entendían deploraban no poder pasar una noche en tan agradable distracción, pues preguntaban cómo en juego de tal naturaleza se deslizaban las horas, al parecer sin que los que jugábamos nos diésemos cuenta del tiempo.

Y efectivamente no creo que haya juego alguno que más distraiga: absorve tan por completo los sentidos que no cae uno en la cuenta de que el asiento que ocupa es incómodo sino cuando de él se levanta. Yo fumo mucho; pero jugando tresillo, sólo me acuerdo del cigarrillo cuando me toca dar.



22 DE ENERO

Quejas motivadas por el tresillo.—Clamoreo de los trasnochadores.—Víctor Manuel Fernández.— Noticias que trae.—El Intendente de Concepción sigue vapulando.—El general Urrutia de fraile mendicante.—Tentativa de fuga.

Ramón Larraín fue uno de los primeros en quejarse de la pésima noche que le dimos. Disertó largamente sobre la relación íntima del insomnio con las pulgas y las chinches; sostuvo que el hombre dormido es repetado por esos enemigos del sosiego. Desgraciado de aquel que tiene baile en los altos, mujer buena moza en la vecindad ó preocupación en el espíritu; para ese las horas sin término, el calor sofocante, el zumbar del zancudo y los paseos de las pulgas sobre la piel. Vengan en buena hora esas desgracias cuando está en la mano el remediarlas con cambiar de domicilio; pero allí, donde la libertad tiene por límite las murallas ¿en qué agujero se mete uno para ponerse á cubierto de la eterna bulla de los jugadores?

Y otro con plantas de abogado se amparaba á la terminante prescripción del reglamento interno de la cárcel y citaba el ordinal que rezaba á qué hora debían estar todos los prisioneros en sus celdas. Entre la justicia por casa: estamos presos porque quisimos defender la legalidad ¿en qué podemos diferenciarnos de Balmaceda si echamos por encima de lo tan claramente y de tan antiguo establecido? Pedimos que se restablezca el imperio de las instituciones y somos los primeros en atropellarlas.

Que el Dictador nos hostilice, decía un tercero, santo y bueno, sus enemigos somos; pero que de entre nosotros mismos surjan bajo la apariencia de correligionarios, quienes se encarguen de acabar con la vida, más eficazmente que lo hacen las recetas de Cortínez y la desesperación en que nos hallamos, es cosa que verdaderamente debe sorprendernos y contristarnos.

Es de advertir que esos, que tan amarga y seriamente se quejaban, jamás se recogían en las noches de relativa libertad antes de las tres ó cuatro de la mañana, para poder acortar, según decían, el día siguiente. Las personas serias, de vida reglamentada, no clamaron al cielo por el tresillo; lo que prueba la escasez de razón de parte de los otros.

No se apagaban todavía las voces que formulaban quejas cuando vino á ponerles fin y término el doctor Víctor Manuel Fernández que acababa de llegar, enviado del sur, muy recomendado á la autoridad de Santiago por Sanfuentes, el intendente de Concepción.

Había servido el simpático doctor como cirujano de uno de los batallones del sur; y habiendo la autoridad advertido en él tendencias á opositor y más que á eso á propagandista, acordaron que viniera á predicar sus teorías políticas entre personas que pudiesen estar de ellas al canto.

Era de ver como aumentaban las prisiones, especialmente entre las personas ilustradas que podían formarse opinión propia. Es natural que en los batallones el más ilustrado sea el médico y natural también que estos diesen pie para que de ellos se sospechara ó se adquiriera convicción de la poca ó ninguna voluntad que al Dictador tenían.

Fernández era portador de diversas noticias. Aparte del entusiasmo que crecía como alud poderoso, había visto y presenciado crueldades y sucesos divertidos. El intendente Sanfuentes seguía repartiendo azotes á roso y velloso. En el cuartel de policía de Concepción había dejado, en vísperas de decir adiós eterno, á un infeliz argentino á quien Sanfuentes, por no sabemos qué participación tomada en el movimiento, le había mandado aplicar, á manera de prevención, doscientos azotes, que lo pusieron en trance y ex-

tremo de muerte. Grave debió de hacerla el argentino cuando con tan pocas consideraciones fue tratado.

Según pude averiguar de los oriundos de aquella provincia ó residentes en ella, no era un sentimiento de grande adhesión al Dictador lo que en Sanfuentes determinaba esas crueldades, sino el desborde de pasiones tan bajas como mezquinas. Se valió del puesto para tomar venganza de ofensas personales que cualquiera otro, de sentimientos menos ruines, habría dado con facilidad al olvido.

Se comprende que para privar á la oposición de elementos ó contingente, bastaba la prisión de las personas que pudieran proporcionarlos: la vapulación de los individuos debía tener otro móvil bien diferente, ya que los azotes y palos mal podían ir á aquel fin encaminados.

Por poco no dejó Fernández el pellejo en manos del Intendente: un signo más de altivez, que Sanfuentes reputara insolente, y de allí hubiera salido desollado.

El general Urrutia, contaba Fernández, había tenido que desplegar no poca astucia para llegar á la Escuadra—que pocos días antes había estado en Talcahuano—sin despertar sospechas entre las autoridades de los pueblos de su vía: disfrazado de fraile y vendiendo santos á los mismos que para descubrirlo hubieran dado un ojo de la cara, pasó á través de campos, aldeas y ciudades, sin que á nadie se le ocurriese que bajo aquel humilde traje de fraile mendicante se ocultase una de las espadas que más habían de dar que hacer al Dictador.

Ya volveré á ajustarte la cuenta de mis santos, decía para sí el bravo general, luego de la venta de algún San Pedro ó San Isidro y seguía, murmurando las oraciones de su orden, camino adelante en busca del puerto en que había de trocar por el uniforme sus humildes hábitos.

De esta suerte pudo el General llegar á Concepción y echarse al bolsillo al experto Intendente de la provincia, quien sospechó todo menos que su paternidad fuese á blandir su espada al lado de los delegados del Congreso.

El doctor Fernández se desesperó muy pronto en la prisión. No era hombre para encerrado. Sus servicios podían ser de grande

utilidad en el ejército; y la inacción á que lo condenaban no se avenía con su carácter.

Un día, recordando tal vez la historia del tránsito del general Urrutia, se cortó la barba, cambió de vestido y quiso pasar por entre los guardianes como persona que acababa de entrar de visita. Aprovechó la salida de unas señoras y se fue en pos de ellas. Si cae en la cuenta de ofrecer el brazo á la más próxima bien le hubieran podido echar después un galgo; pero no lo hizo y esto lo perdió.

El guardián que abrió la primera reja no tuvo que hacer observación alguna; el de la segunda, lo mismo; y así los demás hasta el último. Miróle éste de arriba á abajo como sorprendido de no haber anotado en su memoria aquella fisonomía ni aquel traje, entre las personas que poco antes habían pasado por allí con derecho á salir sin inconveniente; y atajándole el paso:

—Perdone Ud., para ir más adelante es preciso que esté aquí presente el señor alcaide.

—Pero hombre de Dios, si yo acabo de entrar.

—Eso es precisamente lo que dudo.

Y Fernández no pudo acercarse lo suficiente al guardián para deslizar, sin que fuera notado de los espectadores de la escena, el rollito de billetes de antemano preparado para pagar la distracción del cancerbero.

El infeliz guardián, cuando supo que por aquella circunstancia se había acreditado de severo cumplidor de sus deberes, maldijo una y mil veces que las cosas le hubieran salido tan en contrario de sus particulares intereses.

Quiso Fernández regresar y confundirse con sus compañeros para que su intento quedase oculto y se olvidase; pero el pícaro del guardián no lo consintió y ordenó que de allí no se moviese hasta que el alcaide llegase.

—¿Con que Ud. ha venido á visitar prisioneros miembros de su familia, no es verdad?; pero hay todavía otros á quienes Ud. no ha visto. Vamos allá. Y juntos se dirigieron al patio de procedencia del reo.

Larga conversación tuvieron durante la cual trató el alcaide de persuadir al doctor de lo muy acreedor que se había hecho á una

barra de grillos y á la incomunicación más estricta; mas la dialéctica del doctor fue tan convincente que todo quedó en que por entrambas partes se guardaría el secreto á fin de quedar libre de responsabilidad el uno, y el otro de grillos y mayores amarguras.

Yo que á la sazón había salido á recibir en una de las oficinas de la alcaidía á la muy estimable señora doña Gliceria Carvallo viuda de Bravo, quien, acompañada de la señorita Maria Gliceria, hija suya, se había impuesto, con suma amabilidad, la molestia de ir á preguntarme si algo se me ofrecía para Valparaíso, á donde se dirigía á tomar baños, presencié la escena entre el guardián y el doctor y luego la conversación entre éste y el alcaide y presumí la historia, que después me fue confirmada por Fernández.

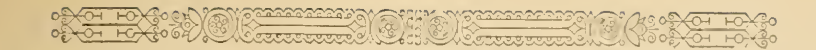
Y para tranquilidad del alcaide debo agregar que también guardé el secreto.

Mucho agradecí á la señora Gliceria su amabilidad, y para que pudiera llevar á mi esposa idea exacta de nuestra vida de cárcel, la supliqué me acompañase al patio que ocupábamos, el cual estaba muy concurrido por otras visitas.

—Puedo informar á su señora, me dijo la señorita María Gliceria, ya al despedirse y después de haber recorrido los bajos y los altos de nuestro departamento, que no llevan Uds. vida muy triste.

—Al contrario, señorita, dígale Ud. que aquí todo es placer y contento y que esta mansión es un palacio encantado, en el cual hay hadas y sazonados frutos.

Así por lo menos, me quedé pensando, cuando las señoras me dijeron adiós, mi pobre esposa aliviará sus sufrimientos y no creerá en las noticias que Plaza y sus subordinados le hagan llegar.



23 DE ENERO

Prisión de don José María Cabezón. Causa de ella.—Un capitán que cumple á su modo las instrucciones que recibe.—Causa Frederick.—Balmaceda lo condena á muerte.—Uno de los ministros lo salva.—Cómo tomaron á Frederik.—Poder de unos ojos.—Revolución en las celdas.—Brizeño acompañado.—Cuarenta en libertad.

¿Por qué trajeron preso de Valparaíso al abogado don José María Gabezón? Todos le habíamos conocido, ya personalmente, ya de nombre, como persona prescindente en política y más afecto á Balmaceda que partidario de la oposición. Oigámosle, que él mismo satisfará nuestra pregunta: Frederick, el gerente de la compañía de remolcadores de Valparaíso, que había prestado servicios importantes á la Escuadra, juzgado por el tribunal militar de aquel puerto lo llamó para encargarle su defensa. Como defensor del reo fue al lugar donde el tribunal se reunía, á presentar un escrito en no sé qué incidente. Este va con ellos, pues que los defiende, se dijo Plaza, y debe estar en autos de planes y combinaciones. Al calabozo! Y sin darle tiempo apenas á presentar el escrito, el señor Cabezón de defensor pasó á que fuera defendido.

Mucho conoce el señor Cabezón las leyes del país, como que ha pasado gran parte de su vida concretado á su estudio; pero erró al pensar que en estos tiempos de revuelta fuesen cumplidas por los representantes del Dictador tan fielmente como lo acreditaba la fama en épocas normales.

Si con los defensores se procedía de esta suerte ¿qué esperanza quedaba a los defendidos? Gracias á la respetabilidad del abogado, á su amistad con el Intendente de la provincia y á que en verdad

su carácter de opositor no estaba bien definido, se le permitió ir á su casa, apercibirse al viaje para Santiago, y permanecer en ella hasta la hora de la partida.

Poco antes de salir el tren un capitán de policía lo halló ya listo para acompañarlo. Y vaya si le salió bueno el compañero! Podemos detenernos en Llai-Llai, conversar en el tren, dormir en el hotel que mejor le acomode. Esas son las instrucciones que traigo. Mañana haré entrega de su persona á la policía que es donde debo con todo pesar dejarlo.

Pero al mui bellaco del capitán ocurriósele, en cuanto llegaron á Santiago, hacer otras diligencias de mayor trascendencia. ¿Dónde podía quedar el señor Cabezón mejor atendido que en la misma policía mientras las despachaba? En media hora estaría de vuelta é irian en busca del hotel.

Trascurrió la media hora y se ajustó la entera y empezó á pasar la segunda y aun la tercera y el bendito capitán maldito si se acordaba, al lado de la Maritornes que lo rindió aquella noche, de instrucciones recibidas ni de prisionero que lo esperaba.

El colega de guardia en San Pablo sólo sabía que aquel caballero confiado á su custodia no debía salir un punto del umbral del cuartel, así fue que le permitió mandar á buscar cama al hotel inglés y pasar la noche menos mal que de pie ó sobre las tablas.

Con la cara amoratada, los ojos irritados y cierto olor que revelaba á la distancia no ser de misa de donde venía, el capitán de la policía de Valparaíso llegó á la mañana siguiente al cuartel á dar cumplimiento á la parte final de las instrucciones recibidas.

Tuvo el cinismo de saludar al prisionero y de desearle felicidades; hizo de él la entrega en debida forma y volvió en seguida, no sé si á Valparaíso ó á la casa de mancebía á donde lo habían llevado las diligencias de mayor trascendencia de que hablaba al prisionero el día anterior.

Pero volvamos á Frederick. Don José Manuel había impartido órdenes á los miembros del tribunal de que lo condenaran á la última pena. Sabido esto por uno de los Ministros de Estado (en esa época don José Manuel seguía la costumbre de prescindir de sus ministros en ciertos negocios) le formó capítulo, como dicen los

políticos, á Su Excelencia; lo que equivale en romance á oponerse abiertamente á la enérgica medida. ¿Tenía el Ministro especial interés en la vida de Frederick? ¿miró con repugnancia su complicidad en el asesinato? Averígüelo Vargas.

—Pero si no es Ud. ni soi yo quien lo condena á muerte, sino el tribunal que pronuncia la sentencia, decía don José Manuel á su Ministro. Nosotros no podemos intervenir en manera alguna en las decisiones de los jueces. Si ellos lo hallan tan culpab'e como se dice, allá se avengan con su conciencia. Estamos demasiado ocupados con esta guerrica que nos hacen los piratas para descender á cuestiones de tan poca monta. Deje Ud. que ellos obren según su leal saber y entender, que para eso justamente han sido nombrados. Yo no puedo dar el mal ejemplo de ejercer coacción en los tribunales. Por otra parte, si la sentencia lo ha de privar de la vida sea en hora buena, para que así se convenzan los señores de la oposición á cuánto se exponen con su participación en las pretensiones de arrebatarme mis prerrogativas constitucionales.

Muy puesto en razón estaba Su Excelencia; sino que el Ministro resuelto iba á no darse por vencido ni convencido y lo amenazó con dejar el puesto y provocar otra crísis ministeri l; lo cual era tan grave para don José Manuel, por la carencia de hombres que le ayudaran verdaderamente en sus tareas de gobierno, pues para hacerlos ministros no habían de faltar quienes poca cuenta tuviesen de delicadeza y responsabilidad, que desistió de su poco humanitario proyecto de eliminar al valiente Frederick de la lista de los vivos.

Y vean Uds. por qué cosa tan baladí expuso el pellejo don Alejandro y se dejó coger sin que le armaran trampa.

Fue comisionado para buscar agua en la costa; mas antes que con la fuente, dió con no sé qué hija de Eva de esas que llevan luceros en los ojos y un salero capaz de hacer aventurar la misma salvación del alma por oír cuatro gracejos de su boca. Rindiólo la manceba y después de coloquio amoroso, que en la fantástica imaginación de Frederick tan bien se hermanaba con las rudezas de la guerra, prometióle hacerla señora de sus pensamientos y volver otro día más desahogadamente á proseguir la cuita tan favorablemente principiada.

No tardó mucho en ver cumplidos sus deseos, que á poco andar

faltó de nuevo el agua y tornó a ser comisionado para buscarla. Bien sabía ya el amartelado Frederick en qué punto había de ir á tomarla y á dar rienda á su amorosa inclinación.

La luz de aquellos ojos que con tanta ternura le miraban hízole olvidar el principal objeto que á la costa lo había conducido; y cuando menos lo pensó ya los soldados de la policía lo tenían sitiado.

Creyó tener aun tiempo para dejar á sus perseguidores con un palmo de narices; pero erró la cuenta y cayó en la red junto con la reducida gente de su mando.

La obstinación del Ministro en salvar la vida á Frederick salió triunfante: el Tribunal lo condenó por sedición á diez años de presidio, los que ya empezó á cumplir en la penitenciaría de la Capital. Plaza maldijo una y mil veces asi la sentencia como al Ministro. El había formado el plan de recorrer las calles de Valparaíso con la cabeza de Frederick en la punta de una lanza, íntimamente persuadido de que así se entusiasma al pueblo y se asegura el triunfo. Gracias al Ministro no se le cumplieron sus deseos.

Nada digo de los miembros del tribunal porque nada debe decirse de personas que carecen de voluntad ó no la tienen sino para complacer al amo.

La llegada á la cárcel del señor Cabezón á quien los de Valparaíso reclamaron para que quedara en el patio por ellos ocupado y de otros señores, entre quienes recuerdo á don Máximo Avendaño y su hijo mayor, hizo que hubiese revolución en las celdas. Si el señor Cabezón se quedaba en aquel patio, preciso era que alguno de nosotros pasase al otro. Antes que el alcaide diese la orden que ya sentíamos venir, Lemus se acomodó en una misma celda con Ismael Larenas, dejando de este modo una vacía para que el señor Cabezón la ocupara, como en efecto se hizo.

Brizeño, que fue uno de los señalados para vivir en común con otro prisionero, alegó que estaba ya acompañado.

—Pero ¿por quién si en tu celda no hay mas que un catre y una cama?

—Por quien se asfixiaría de dormir una tercera persona en nuestra compañía.

Y efectivamente estaba acompañado por persona mucho más estimada por él que cualquiera de los otros prisioneros: un precioso canario que le ayudaba, según decía, á saludar la aurora y despedir el día. Hace días que no canta, agregaba, se ha contagiado de la tristeza de su dueño ó tal vez extraña las caricias de la mano encargada en casa de cuidarlo.

Todos hubimos de convencernos de lo expuesto que sería para el compañero de Brizeño aumentar con una persona más los habitantes de la celda.

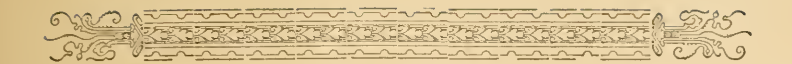
Enpezó á darse por cierta la noticia de que cuarenta de los prisioneros seríamos puestos en libertad: los menos comprometidos ó los más insignificantes. Ninguno que no quisiese estar comprendido en este número, salvedad hecha de un caballero venido del sur quien se empeñaba, no obstante ser su profesión de ingeniero de las que menos tienen que hacer con los asuntos políticos, en ser uno de los jefes de la revolución. Bien hace el gobierno, decía, en echar fuera de la cárcel á esos jovencitos y en dejar solamente á los que tenemos algún prestigio ó somos de valer en la nación.

Aunque en lo primero decía una verdad más grande de lo que él mismo sospechaba; en lo segundo daba muestras inequívocas de poca discreción ó modestia.

Tan importuno decir del ingeniero fue parte á que una respetable mayoría lo mirara con malos ojos y lo condenara á una soledad por demás penosa.

Surgió de aquí una competencia sobre la importancia moral de cadacual en la que todos queríamos ser por lo menos leones en la contienda.

Lemus no se conformaba con que ese tal viniese á disputarle su influencia política en Valparaíso, donde es verdad que la tiene, formada por su entusiasmo y buenos servicios prestados; y de haberlo apurado un poco capaz hubiera sido de llevar la disputa á las manos, con malos resultados sin duda para el que presumía de muy importante, pues Lemus no es persona que así no más se deje poner la mano en la horcajadura.



24 DE ENERO

El nuevo alcaide entra en ejercicio de sus funciones.—Sus primeras disposiciones.—Tipos de alcaides.—Connacionales en tierra extraña.—Una excepción á la regla general.—Otra honrosa excepción.—Levantamiento en Santiago. Nos preparamos á él.—Ricardo Matte Pérez. Opulencia y bondad. Nobleza verdadera y sencillez.—Nueva providencia.

El anuncio que noches anteriores nos había hecho don Vicente Alverez empezó á tener cumplimiento: Domingo Jara Quemada, en posesión de su puesto de alcaide supernumerario, se declaró en ejercicio de sus funciones. Paseó las celdas, saludó á los prisioneros, nos ofreció sus servicios como alcaide y como amigo, dio órdenes á los guardianes é hizo todo aquello que podía contribuir á acreditar su autoridad á nuestros ojos.

Su primera disposición fue que no saliésemos de nuestras celdas pues tenía encargo del gobierno de hacernos lo más llevadera posible la prisión, y tal vez jusgó que encerrados nos sería más soportable que en libertad de recorrer el patio y los corredores.

Para ser fiel á la verdad de mi relato habré de decir que en mi vida he visto dos apellidos más nobles, Jara Quemada y Goicolea, en persona más desgraciada, si persona puede llamarse ese proyecto de hombre que no ha recibido sanción alguna física, moral ó intelectual para ser elevado á tal categoría: todo le falta, principiando por la estatura y terminando por la razón.

No se á donde iba don José Manuel á buscar esos tipos tan á propósito para dar al traste con nuestra paciencia y cómo los hallaba con tanta facilidad.

A éste pudo valerle una recomendación de don José Miguel Al-

cérreca, á la sazón Intendente de la provincia de Santiago; pero al otro, al que vino en pos de él, á aquel Juan Solar ¿de qué chiribitil lo desencamaría para traerlo de pasante á nuestra cárcel?

E íbamos de mal en peor, pues Jara Quemada al fin y al cabo tenía modales cultos y si no era persona sí podía uno entenderse con él en un caso apurado; mas al otro patán no había como tratarlo.

Mientras Solar estuvo allí, no hubo carta de esposa ó madre que no llegara leída y releída á nuestro poder, como si esas buenas señoras que no pensaban sino en sus hijos ó maridos tuviesen que ocuparse de otra cosa que no fuera ternura ó expresión de pena mezclada con cariño.

Esas líneas queridas, trazadas entre lágrimas y dolores, chacota eran primero de mal nacidos corchetes que leídas por nosotros, á quienes dirigidas venían.

Es orden de su Excelencia y acabadas son cuentas; de manera que su Excelencia podía también mandar que nos abrieran el vientre y con aquella contestación creerían haber dejado satisfecha su conciencia los bausanes, que no lo eran para cumplir las órdenes de su Excelencia, voz que á cada triquitraque tenían en los labios para paliar sus fechorias.

En todos los países que he visitado los extranjeros conterráneos forman una como fraternidad vinculada por los recuerdos de la patria común: el cantarcillo popular, los mismos cuentos referidos al amor de la lumbre, aquellos campos en que jugábamos de niños, la cariñosa reprensión materna hecha en el idioma especial con que se distinguen unos países de otros ya hablen una lengna, todo hace ver en el nacido bajo el mismo cielo algo más que un amigo, en tierra extraña.

Procuran ayudarse los unos á los otros ora con el discreto consejo, si más las facultades no permiten, ora con el apoyo físico ó moral. Un paisano es un punto de apoyo; con él se puede contar siquiera sea para consultar el negocio difícil y evitar el engaño. Yo he visto á los chilenos en Panamá, compartir las penas ó los placeres como verdaderos hermanos; levantarse todos á un mismo tiempo, cual si el mismo resorte los moviese, en defensa del ultraje inferido á cualquiera de ellos. No llega inglés, ni italiano ni francés

á Sud-América que no encuentre al punto relaciones y protección, si la necesita, entre sus connacionales.

Colonia no significa paisanaje sino fraternidad, mutuo apoyo y estimación común.

Hay en esto, como en toda regla, una excepción: los colombianos. Fuera de la tierra son enemigos; pero enemigos acérrimos. Entre los colombianos las relaciones de íntima amistad no van jamás allende la frontera.

Escribo estas líneas por vía de prevención á mis paisanos, por si alguna vez llegan á sus ojos y el látigo de Rafael Núñez los decide á abandonar la patria.

¿Queréis buscar porvenir en otra parte, porque el viento de la revolución ó la voluntad del tirano os echó fuera? Cuidad mucho de informaros sí allí adonde dirigís vuestros pasos hay alguno que se os haya anticipado y huíd de él como de flagelo que amenaza vuestra vida, en la convicción de que el paisano, si no puede como el flagelo arrebatárosla, dará cuenta de vuestra honra, cuando no de vuestro dinero si de él trajisteis alguna provisión para estableceros.

No quiero citar ejemplos porque siempre son dolorosos; pero yo los he visto, padres reducidos á la miseria por obra ¡quién lo creyera! no ya de sus paisanos sino de sus parientes; amigos sin hogar, porque ese recién llegado que hermano reputó lo echó fuera y se quedó con él.

De mis paisanos sólo tres fueron á verme á la cárcel: uno de ellos para buscar modo de relacionarse con las personas de distinción que ella albergaba; los otros dos para averiguar de qué carecía, en qué podían servirme. Estos, que eran hermanos, formaban la honrosa excepción de mis conterráneos. Demasiado jóvenes y al lado de su nobilísima familia, el viento de las pasiones mezquinas no había soplado aun sobre su corazón.

El mayor, Roberto Isaza, duerme ya hace un mes al lado de su padre. Una cruel pulmonía lo arrebató á nuestro cariño en breve espacio. Yo estuve allí, recién salido de la cárcel, á cerrarle para siempre los ojos. Nos llamábamos hermanos y lo fuimos en vida realmente, con grande honor para mí, pues raras veces se encuentra un alma dotada de tantas sublimes cualidades, abierta siempre

á los nobles sentimientos. Hijo ejemplar, hermano cariñoso, modelo de amistad, nunca mis lágrimas serán suficientes para llorarlo como él tan bien lo merece. Su muerte fue para mí, desde que estoy en suelo extraño, el mayor de mis dolores.

Perdóneseme esta ligera digresión. Yo no podía, al escribir estas páginas en el escritorio por él abandonado para siempre, dejar de tributar mi admiración á sus virtudes, ni de atestiguar con mis palabras cuán hondo vacío dejó en mi vida quien me alentó á la lucha con esa filosofía que da la adversidad vencida, durante más de ocho años que vivimos, aunque separados por la distancia, estrechamente unidos por los lazos de una amistad cuyo recuerdo sobrevivirá mucho tiempo á su prematura muerte.

Uno de los que entraron de visita tuvo la feliz ocurrencia de comunicarnos que en la noche habría un levantamiento en Santiago, favorecido por la salida del batallón 5.° de línea que debía dirigirse en la tarde á reforzar la división que defendía á la Serena y Coquimbo. A las 12 en punto sonará un cañonazo y esa será la señal. Es preciso estar prevenidos, pues mientras unos se toman los cuarteles de la ciudad, otros vendrán á forzar las rejas de la prisión.

Nada tenía de sorprendente la noticia; antes bien, la hallábamos en perfecta armonía con el convencimiento que todos teníamos de que cualquier movimiento en la ciudad sería apoyado por los soldados, aunque á ello no se prestasen los jefes.

En caso de ser efectivo el levantamiento era posible que se diese la orden de no dejar salir á ningún prisionero con vida de la cárcel. La guardia entraría antes que los libertadores y cuando estos llegasen solo hallarían cadáveres.

Así discurrían unos; otros, como el comandante Ramírez, opinaban que era preciso guardar bien la primera reja, de manera de dar tiempo á los sublevados de tomarse la guardia, lo que no ofrecía, en verdad, mayor dificultad.

Lemus se empeñaba en hacer arma defensiva de uno de los barrotes del catre: calculada tenía la manera de arrancarlo en un caso de apuro, y le parecía que ya lo dejaba caer sobre la nuca del primero que pasara el umbral con dañado propósito.

Uno de los menos valientes buscaba rincón blindado para resguardarse durante los primeros momentos de la refriega.

Todos esperábamos el cañonazo de alarma con ansiedad increíble, no obstante lo que en la tarde nos había dicho Ricardo Matte Pérez, entrado ese día á la prisión; pero el cañonazo no sonó y la sublevación no se llevó á cabo por causas que nos ha sido imposible averiguar.

He dicho que aquel día había entrado Ricardo Matte Pérez; y sin duda el lector tendrá deseos de hacer conocimiento con el opulento personaje que acaba de honrar la cárcel con su presencia y de darnos motivo para engalanar nuestro relato con algunas líneas respecto de su carácter.

La naturaleza, en la repartición de sus dones, suele generalmente ser justiciera; por rara excepción aúna en un mismo individuo cualidades físicas, virtudes morales y favores de condición social y de fortuna; niega á este lo que concede al otro, como si sobre esta repartición tuviese fundamento el admirable equilibrio que la gobierna. A esa que reina coronó por la hermosura, la condenó también á las cadenas del vicio; aquel que de los millones dispone para humillar á sus semejantes, escarnio es del vulgo, que inspira compasión por la debilidad que lo domina. Riqueza y talento se excluyen. Hermosura y virtud andan reñidas.

Nadie perfecto; pero algunos escogidos que se aproximan. Uno de ellos, Ricardo.

Emilio Castelar, con este mismo nombre pintó un gran carácter. Yo pudiera hacer otro tanto con Matte, si tal fuese mi propósito y no me hallase á tan inconmensurable distancia de aquel genio.

Yo he visto á muchas personas de las reputadas ricas en Chile y que lo son realmente, tener rasgos de generosidad y desprendimiento; pero he visto también cómo se retribuye al cronista del diario, ya con comidas ú otros agasajos para que refiera con palabras pomposas el beneficio, y ponga por las nubes á quien lo hizo.

Largueza que ha de ser publicada es vanidad. «Que ignore la derecha lo que ejecuta la izquierda.» Ese el precepto para que el acto se pueda reputar como virtud.

Haced efectiva la condición de que el beneficio quede oculto y

veréis cómo termina la voluntad allí donde principia á tener cumplimiento la condición.

Eso para quien hace ostentación de una virtud que por esa misma circunstancia deja de serlo.

Los diarios de Chile nada han dicho de Ricardo Matte, no porque dejen de existir motivos sino porque han quedado ocultos. Hé aquí un rasgo que apesar de pecar de indiscreción refiero:

Balmaceda no hizo distinción de personas para llevar á la cárcel: caímos pobres y ricos: padres de familia que sólo disponían del caudal de su trabajo y otros á quienes la prisión poco afectaba por este respecto: entre los primeros los había para cuyas familias era el hambre.

Una suscripción para la familia de fulano, dijo alguno y encabezó la lista con los nombres de quienes podían contribuir sin sacrificio. Ricardo contribuyó como cualquiera otro; pero se informó del caso, y cuando ya era de noche buscó al favorecido y en medio de la oscuridad y de una galantería esquisita para alejar toda apariencia de humillación, le hizo aceptar como cosa de partido lo que era bondad del individuo.

Otro de los prisioneros, solterón acomodado, que en hacer vacilar á la virtud gasta una fortuna, negó su contingente. Recordó que en la prisión no había diarios.

¿Por qué Ricardo no puso en la lista lo que dio en el silencio? La respuesta está escrita en todo corazón, aun en los más vanos.

Une Ricardo á la nobleza verdadera de su alma la bondad de su corazón.

Su genio al par festivo y serio, según las circunstancias, se acomoda sin embarazo á todas las situaciones, infundiendo confianza y conquistándose simpatías.

Yo lo supuse orgulloso por su fortuna y envanecido por su cuna. Me engañé, pues encontré que en él la sencillez corría parejas con la modestia.

Ilustrado, no hace vana ostentación de su saber; hombre de talento, discute sin creerse superior á nadie.

Como político tiene ideas fijas de alto patriotismo que no le permiten transigir con la bajeza.

Un día fue á visitarlo Ricardo Cruzat, hoy ministro de Relaciones y entonces candidato. Consideró como cínica y desvergonzada la visita de un hombre que á sus ojos se había vendido, según se lo oí decir en sus propias barbas. Lo recibió como lo merecía quien con la esperanza de subir se había arrastrado. No quiso tenderle la mano, en señal del desprecio que le infundía; y terminó por despedirlo con estas palabras que quedaron vibrando en mis oídos:

«Vete y no vuelvas á esta cárcel. Mañana serás Ministro; pero caballero nunca y amigo mío, jamás!»

Y volviéndole la espalda, dejó como un bausán al que en breve tiempo debía ocupar una cartera de las más importantes en el gabinete del Dictador.

Después supe que ese señor Cruzat es hermano de don Carlos, uno de los sacerdotes más dignos, que ha ilustrado con su patriotísmo la historia y con su piedad el clero chileno; lo que demuestra que una misma planta puede producir espinas y flores, como se ve diariamente.

Con Ricardo Matte nos llegó un verdadero foco de noticias. Era el centro de las novedades: desgraciadas ó felices él las recibía primero que el Dictador.

¿Cómo? Ese es uno de los secretos de las revoluciones. En cuanto llegaba la noticia, ocupaba Ricardo el centro de un círculo que el resto formábamos y le daba lectura en medio de profunda atención, interrumpida, si la noticia era buena, por los ¡bravo! y ¡mejor! del comandante Ramírez, encargado de iniciar los comentarios.

Aunque Ricardo no había cometido otro delito que manifestar con entera independencia, fuera de la cárcel, sus opiniones desfavorables al Dictador, éste tuvo como cosa muy prudente coartarle su libertad, temeroso de que á la opinión siguiera el apoyo decidido de recursos enviados á la Escuadra, y, sobre todo, de los perjuicios que la influencia moral que Ricardo ejercía entre sus relacionados y amigos pudiese traer á la dictadura.

Se paseaba Ricardo con entera tranquilidad por la alameda de Santiago cuando fue detenido por agentes de policía, quienes en

obedecimiento á órdenes superiores lo condujeron á su cuartel, de donde fue remitido á la cárcel.

Los amigos que tenía adentro y los que después debíamos serlo, agradecimos al Dictador la medida en cuya virtud íbamos á disfrutar de la agradable compañía de uno de los más simpáticos enemigos de la arbitrariedad.

La llegada de Ricardo á la cárcel debía sernos además á todos verdaderamente fructífera, como que todos sus fundos debían ser puestos á contribución para mantener el regalo de los presos.

Y debíamos también tener fotografía á nuestras órdenes y baño á nuestra disposición, según se verá más adelante.

Si don Manuel Zamora fue una providencia, Ricardo Matte debía reemplazarlo con ventaja así por el mayor tiempo de su permanencia en la cárcel, como por la actividad en que puso á sus relaciones de fuera para mandarle noticias que al punto nos comunicaba.



25 DE ENERO

Salida del clérigo Manuel de la Cruz Flórez.—El diputado Balbontín.—Recuerdos de un santurrón.—Orden en el almuerzo.—Presencia de la señora de Larraín Plaza.—Se va don José María Cabezón.

Desde la llegada del clérigo Manuel de la Cruz Flórez, varias personas, amigos ó relacionados suyos, se ocupaban afuera en hacer diligencias para sacarlo en libertad. Uno de los más interesados era un señor Balbontín, de nombre Manuel, si mal no recuerdo, diputado á la Cámara por no sé qué departamento, muy amigo de los sacerdotes y de las cosas del culto y de otras no tan santas, según referían en la cárcel y me repitieron en la calle, cuando sobre él tomé informes.

No quiso Balbontín entrar á la cárcel: como era domingo y había llegado temprano en busca del clérigo, mientras éste se revestía para decir misa, ocupóse el diputado en arreglar el altar para ayudarla; y la ayudó en efecto con la más edificante compunción.

Cuando supe que era diputado y le ví en oficios tan humildes, le tuve por santo; pero una circunstancia vino á advertirme que muchas veces el león no es como suelen exhibirlo los pintores ni el hombre como da apariencias exteriores: terminada la misa, todos los prisioneros manifestaron de una manera inequívoca el disgusto profundo que les había causado la presencia del diputado, é hicieron sus manifestaciones de una manera que el mismo Balbontín no pudiera equivocarse, como les ha sucedido á muchos oradores que han tomado por muestras de aprobación lo que en el auditorio es expresión de vituperio.

Atribuí á causa política lo que motivó el general desagrado; pero me equivoqué nuevamente. Los prisioneros no afeaban al enemigo político sino al hombre, de quien me refirieron cosas que no hay para qué mencionar en esta relación, sobre todo cuando esas mismas cosas permanecen aun en misterio; de manera que nadie puede contarlas sin reserva ni asegurarlas sin exponerse á error.

Pero de cualquier modo, la presencia de Balbontín como ayudante, monaguillo ó acólito me trajo á la memoria, sin qne mi recuerdo indique semejanza entre los dos, á un tal Soto á quien conocí ahora quince años en una de las repúblicas del norte, el hombre más devoto y el bribón más solapado al mismo tiempo.

Un día amaneció, con una soga al cuello, en el camino real, el cuerpo de la aldeana más hermosa que había en los contornos de Ubaté, población de Colombia. El cuerpo magullado y los vestidos hechos girones indicaban que había sido arrastrada largo trecho antes de entregar su alma á Dios.

Los vecinos contaban cómo el día anterior sólo habían visto pasar á Soto por las cercanías del lugar en que quedaron impresas las huellas del crimen, caballero en un corcel, superior por su apostura y condiciones al Babieca de Alejandro.

La policía tomó á pecho rastrear el crimen; mas nada pudo saberse de la soledad del lugar ni del silencio impenetrable del cadáver.

Tres días después el cura de la parroquia de Ubaté recibía de manos de Soto cuatrocientos pesos para que dijera ignoro qué número de misas por el alma de no se qué difunto. Soto, antes de dar los cuatrocientos pesos había comulgado por la mañana; y el cura, que lo había oído en penitencia, afirmaba con la inocencia más grande, que aquel hombre no podía ser un bandido como el vulgo creía.

La esposa de Soto había pasado en olor á santidad á mejor vida de la manera más misteriosa. Todos tuvieron que hablar mucho tiempo del testamento hecho en favor de su marido y de unas manchas en el pescuezo que revelaban un estrangulamiento, según decires de quienes habían vestido el cadáver de la difunta.

Después de la muerte honras fastuosas; la casa llena de crespo-

nes; el marido por mucho tiempo entre la iglesia y la tumba, buscando en las oraciones y el recogimiento lenitivo á su inmenso dolor; dinero para repartir á los pobres; el altar del santo patrón de la difunta estucado de nuevo; y el cuadro del pesar completado por lágrimas que parecían inagotables y sollozos que daban compasión.

Decididamente Soto era un santo: y por tal pasó á los ojos del cura, coadjutor, alcalde y varios vecinos del lugar, hasta que una buena hija de Eva, á quien el santurrón requería de amores, empezó á levantar el velo de sucesos pasados y á descubrir cosas buenas para no ser nunca descubiertas. Al principio nadie creyó á la muchacha; antes bien por calumniadora y envidiosa la tuvieron; pero el tiempo que suele ayudar á la justicia abrió al juez los ojos, y lo que no pudo hacer la policía de la comarca lo hizo la atención del encargado de instruir los sumarios. Poco tiempo después se pusieron las cosas de relieve, y despojado Soto de sus atributos de santidad, pasó á practicar su piedad á la penitenciaría de la capital de la República.

¡Y ese era el santo, que se pasaba la mayor parte del día en la iglesia y que empleaba su fortuna en sufragar por las almas del purgatorio! decían las devotas del pueblo cuando le vieron pasar con las pesadas barras de grillos, camino del presidio, entre filas de soldados.

Desde entonces poco creo yo en la virtud de quienes pasan la mayor parte de su tiempo besando los ladrillos del templo al pie de los altares.

Despojado el clérigo Flores de su capa, estola, etc. volvió al patio á poner en orden los trebejos de su celda y despedirse de los compañeros. El diputado Balbontín, acostumbrado á sacar almas del purgatorio por medio de responsos, no pudo ver al clérigo en la cárcel y venía á ponerlo en libertad bajo su fianza.

A la hora del almuerzo reinó un orden nunca visto, quedaron suspendidas las discusiones en cierta mesa, la más discutidora, y se almorzó en relativo silencio.

Cuando quise explicarme la causa de éste la hallé en el acto: la simpática señora de Larraín presidía la mesa llamada por Brizeño capitana, á causa de tener asiento en ella los prisioneros de ma-

yor respetabilidad como los señores Barrios, Larraín Plaza, Montt y Barros Barros.

Después del almuerzo vino la orden de poner en libertad al señor Cabezón, quien solo duró dos días en la cárcel. El Ministro del interior debió de convencerse de que no era causa suficiente para detenerlo por más tiempo el haber querido defender á Frederick.

---

26 DE ENERO

Incomunicación de los patios.—Una mesa discutidora.—Descrción de Ríos González.—Manuel Barros Barros sale confinado á Talagante. Recuerdos de las huelgas. Impresión de la despedida.—Se va en libertad don Candelario Reyes.—Cuatro prisioneros más.—Viaje á la Escuadra.—Obstáculos para embarcarse.—Cetáceos al amanecer.—Mareo de Urrutia.—Predicciones de Paredes.—Maniobras de Palacios.—Persecución.—Prisión en Quintay, lugar maldito.—Desconocimiento de un tribunal.—Traslación á Santiago.—Imprevisión.—El rábula en San Felipe.—El *beefstake* más caro del mundo.—El cura del Espíritu Santo don Crisótbal Villalobos, verdadero ministro del Señor.

Las noticias de fuera iban ya directamente al patio núm. 10, habitado por los primeros que á la cárçel habíamos llegado, ya al núm. 8, donde se alojaban los últimos. y de éste comunicadas en el momento, en la propia forma que lo hacíamos nosotros. El comandante Ramírez era de los primeros en ir diariamente al núm. 8 á ver que se había sabido allí que nosotros ignorásemos y á comunicar lo que, sabido por nosotros, se ignoraba allá.

Esta comunicación que uno de los alcaides tomó como de plan subsersivo quedó prohibída en absoluto. Los prisioneros de uno y otro patio formamos repúblicas separadas. que se comunicaban cuando algún prisionero de este ó aquel conseguia comprar la vigilancia del guardián, en ausencia del alcaide con uno á dos pesos ó más, segun la importancia de la comunicación que había de trasmitir.

Anterior á la incomunicación de patios habíase procedido en el nuestro á la separación de mesas, separación motivada tanto por ser diferentes las comidas. pues algunos no se avinieron con la del Restaurant, como por la necesidad que tenían otrost de disinguirse

de los demás ocupando un puesto en la mesa al lado de los respetables por su fortuna ó seriedad, ya que fuera de ella y de la cárcel no podían gozar de este privilegio ni aun en banquetes democráticos.

Distinguíase entre las diversas mesas la ocupada por Lisboa, médico; Ríos González y Hübner, abogados; Larenas, capitán ingeniero; y Brizeño, escritor; el primero, asceta ultramontano; los abogados, liberales racionalistas; el ingeniero, ecléctico radical; el último, ortodoxo conservador. A la diversidad de ideas y de escuelas hay que agregar los no menos diversos sistemas de discusión. Ríos González lo dogmatiza todo; sus palabras son la última expresión de la verdad; gente minúscula es la que se le pone al frente. Hübner tiene el poderoso argumento de «yo lo vi», ante el cual es preciso inclinarse so pena de andar á silletazos, pues lo contrario sobre falta de urbanidad es insulto. Lisboa discute sin cesar: decae el tema él lo aviva, buscando entre las cenizas de los argumentos alguna ascua para soplar sobre ella. Larenas es matemático y concluye con el final de los problemas geométricos, después de haberlos planteado y resuelto: «que era lo que nos proponíamos demostrar.» Brizeño busca en la elegancia de la frase la fuerza de la dialéctica; sus palabras, hilvanadas con graciosa fantasía, arregladas según molde preconcebido para producir determinado efecto, son verdaderas oraciones.

Fácil es comprender que con semejantes elementos no era posible que hubiese paz en aquella mesa: de la filosofía más elevada venían á las cosas más triviales de la vida y de éstas se remontaban á la conducta política ó social de los más encumbrados personajes. De acuerdo no estuvieron nunca, ni aun en la necesidad de comer, pues en ocasiones levantaban los sirvientes los platos tal como los habían servido.

En esa mesa se formaron gobiernos, se modificaron constituciones, se corrigió la historia, se levantaron cadalsos, se proclamaron derechos y se hicieron muchas otras cosas buenas y malas. Hubo días en que el número de decapitados me hizo temer por la raza y por la especie; pero desde mi mesa me conformaba viendo cómo á tiempo que los unos mataban sin compasión, los otros llamaban de

su eterno sueño á los más esclarecidos partidarios para darles labor en la reorganización del mundo. No importa, me decía que vayan al sepulcro unos cuantos de los malos presentes si ha de volver de él ese gran número de los buenos pasados. Las generaciones van perdiendo mucho en nobleza de sentimientos. Bueno es que tornen á la escena, siquiera sea por reencarnación, los espíritus que en otro tiempo animaron á los O'Higgins y Carrera, á los Manuel Rodriguez, Aníbal Pinto, Diego Portales, Vicuña Mackenna y José Francisco Vergara, para evitar que esos ministrillos y dictatorzuelos quieran esclavizar el espíritu y la razón y bastardeen hasta frisar con el despotismo.

Los personajes políticos de actualidad eran el motivo más principal de las discusiones. Hübner contaba, y ofrecía publicar algún día los siete capítulos de José Manuel Balmaceda con documentos históricos y fidedignos. Me llamaba la atención que Hübner hubiese dividido en siete los rasgos principales del carácter del hombre. ¿Era rara coincidencia con las siete virtudes, ninguna de las cuales posee don José Manuel, ó bien había buscado para su división alguna de las muchas razones que don Alfonso el Sabio adujo para la suya de la obra más importante que nos legó, división seguida por don Juan Montalvo en sus clásicos Tratados?

Coincidía el segundo de los capítulos con la falta de largueza demostrada por el héroe en una ocasión en que su difunto hijo contrajo deudas que el padre ofreció pagar, sin que cumpliera tal ofrecimiento, por lo que quedó la memoria del difunto tan mal puesta como la presencia del padre. Pero este asunto no me cumple recordarlo. Quede el trabajo para Hübner, que es quien lo conoce con todos sus detalles.

No era don José Manuel el solo favorecido con los recuerdos de la mesa: el talento de otros, como Valdez Munisaga; la facundia de Vicuña, el candidato; la probidad de Juan E. Mackenna, la ilustración de Valdez Carrera; la temperancia de Godoy; la rectitud de Sanfuentes; el valor y virtudes de Bañados Espinosa; todo daba motivo para epigramas y cuentos, hasta el prestigio mismo del general Baquedano.

Esa mesa tan discutidora y bulliciosa, que de todo dudaba, fue

la que no chistó palabra cuando la señora de Larraín le hizo á la capitana el honor de presidir el almuerzo del día anterior; que si en discutir pocos igualaban á los que en ella asiento tenían, en cortesía á nadie cedian el campo y hubieran ido á disputarle el prez de la galantería al propio don Quijote, ese que por no dañar las redes con que estaban jugando las jóvenes pastoras, quería buscar otros mundos, y rendía la espada á los pies de la hermosura.

Ríos González, desde su llegada á la cárcel se había sentado en esa mesa; pero como en la capitana había, como ya he dicho, gente de mayor respetabilidad, sus aspiraciones por el momento se reducían á ocupar un puesto en esta última, porque, además de los méritos personales que ya le he reconocido, Ríos busca en los ajenos reflejo que acreciente y aquilate los propios. Fiel observador de la máxima «dime con quién andas y te diré quién eres» no hay para él fruición moral más apetecida que llamar á los hombres que á sus ojos le son superiores por sus propios nombres; «Me lo dijo Juanito», por don Juan Castellón; «lo sé de los propios labios de Jovino» por don Jovino Novoa; «son cosas de Patrick» por Mr. Egan, el ministro americano; «muy mal hecho de Alejandro» por el señor Vial, gerente del Banco Nacional; «yo se lo aconsejé á Claudio», por el candidato á la presidencia. Con esto y un completo fingido olvido de los nombres que le son familiares, Ríos cree haber subido nueve palmos en la admiración de sus compañeros. Para hacerme palpable su importancia me preguntaba diariamente cuatro ó cinco veces cómo se llamaba el médico que con él se sentaba á la mesa y cómo el capitán y ese que plantas echaba de literato, refiriéndose al doctor Lisboa, Larenas y Brizeño. Yo le respondía de muy buena voluntad, no porque creyese que tan falto de memoria fuese, sino para persuadirlo del convencimiento que tales preguntas me infundian de su grandesa; y además, porque de complacerlo no me resultuba otro mal que aparecer como tonto, cosa que no dista mucho de la verdad.

Los deseos de pasarse á la mesa capitana que había intentado en vano realizar introduciéndose como cuña entre Larraín Plaza, á quien había hecho cambiar de puesto dos veces, y Manuel Barros

Barros, cumpliéronsele al fin por la salida en libertad de este último, á quien confinaron á Talagante.

Dos días después el señor Barrios era para Ríos, Alejo; el señor Riesco, Pancho; y Carlos Montt, don Carlos. A este último le nombraba siempre por el patronímico acompañado del apelativo, no fueran á confundirlo los oyentes con el señor Walker Martínez, para quien reservaba mondo y lirondo el del santo.

Mucho gozaba Ríos González con estas cosas, y yo le envidiaba esa felicidad á tan poca costa conseguida.

La salida de Manuel Barros que fue para Ríos acontecimiento feliz, para mí y para muchos fue positivamente desgraciado.

Todos deseábamos tener por compañero de prisión á Barros Barros, ese modelo de buena educación, ese espíritu tan esmerada y tan noblemente cultivado, carácter jovial y simpático que, tratado una vez, se asegura estimación imperecedera, dechado de elevados sentimientos; uno de los más distinguidos por todos conceptos de los encarcelados.

Vi por primera vez á Manuel en Valparaíso, en una de las situaciones más difíciles, de la que hago aquí memoria, por haber sido producida por agentes del gobierno de Balmaceda.

La turbamulta de Valparaíso, favorecida por la huelga de algunos trabajadores, se había entregado al saqueo con el beneplácito de la autoridad local. Uno de los oradores de la plebe, agente eleccionario de Balmaceda, señaló á la demolición del furor popular la imprenta de La Unión, diario de que era director-gerente Manuel Barros. La calle fue inundada en un momento por esa terrible ola humana que había invadido casas de préstamo, almacenes y tiendas. El orador había aprovechado la embriaguez producida por el entusiasmo del robo, más furiosa que la originada por el alcohol, pues tiene más fuerza, para vengar al Gobierno de la ofensa causada por la propaganda de libertad política que el diario había emprendido. Era preciso á los ojos de aquel orador *leader* del crimen, empastelar las cajas, hacer pedazos las prensas y acabar con los escritores.

Barros mandó cerrar las puertas y se dispuso á resistir, determinación temeraria si no venía en su auxilio la fuerza pública; lo

que era improbable, pues Carlos A. Rodríguez que había ido á pedirla á la intendencia, había sido reducido á prisión.

Sinembargo, Manuel resistió, y resistió solo con buen éxito: negóse á dejar salir á los trabajadores de los talleres. La negativa despertó el furor y los adoquines de la calle empezaron á caer sobre las ventanas del local como lluvia congelada. Allí fue donde vi por primera vez á Barros de pie en el balcón, armado de su revólver que disparaba al aire para intimidar á los asaltantes, haciendo frente con serenidad y energía á toda una cuadrilla de salteadores, que rugía de rabia y atacaba con osadía.

¿Como sospechar entonces que aquel joven que así se disitnguía por acto de tanto valor tuviese un alma tan sencilla, un corazón tan sensible, que se doliera del mal ajeno como si fuese propio, dispuesto siempre á cooperar eficazmente al bien?

Un mes de vida común en la cárcel estrecha más las relaciones que un año en la ciudad, conoce uno mejor á las personas y puede estimarlas en cuanto verdaderamente valen. A Barros le apreciamos y quisimos todos; y aunque iba á gozar de libertad, deplorámos su partida como la de un hermano á quien no sabemos cuándo volveremos á ver, como la de un amigo fiel que deja hondo vacío en torno nuestro.

Y él salió también con pesar: no se encariña con una prisión; pero tampoco se sale de ella placenteramente cuando allí quedan personas de cuya sincera estimación estamos íntimamente persuadidos. Cárcel es para los internos el colegio: mientras en él estamos vivimos anhelando el primer día de vacaciones y, cuando éste llega, nace el amor por el claustro que temporalmente abandonamos y nuestras despedidas se verifican entre abrazos y lágrimas.

Con Manuel Barros salió también don Candelario Reyes, caballero que había sido traído de Talcahuano á Concepción y enviado de esta última ciudad á disposición del Intendente de Santiago, á quien todos suponían con mayores inclinaciones á verdugo, por más que Sanfuentes, el de Concepción, se equivocase al respecto.

El número de prisioneros no debía disminuír porque dos ó más fuesen confinados, desterrados ó puestos simplemente en libertad;

no bien habían salido Barros y don Candelario, entraron otros entre quienes recordamos á cuatro de ellos que habían pasado peripecias dignas de mencionarse.

Eran éstos: Bernardo Paredes A., diputado por Bulnes, joven que se había distinguido en la Cámara por haber votado en ella la censura del Ministerio de Octubre; Miguel Luis Urrutia Barbosa, sargento mayor de ejército, abogado distinguido, hijo del ilustre general don Gregorio, uno de los jefes de la revolución; Carlos A. Palacios Zapata, joven recién recibido de abogado, que había hecho en las aulas carrera notable y se apercibía á no hacerla menos en la política; y Julio B. Sanhueza P., caballero perteneciente á una respetable familia, que había renunciado pocos días antes su puesto de comisario de la 6.ª de Santiago.

Estos cuatro entusiastas jóvenes se habían reunido diez días antes en casa de Palacios para concertar la manera de trasladarse á la Escuadra á hacer efectivos los servicios que estaban deseosos de prestar á la revolución, en el campo que los jefes de ella tuviesen á bien señalarles. Allí discutieron con el discernimiento que da la convicción y con la fe que da la esperanza del triunfo, el plan en virtud del cual en breves días debían estar empuñando la espada ó manejando la pluma en defensa de la legalidad.

Urrutia y Paredes salieron al siguiente día, 17 de enero, de Santiago, con dirección á San Antonio, población en la cual debían esperar á los compañeros y preparar embarcación que los condujera á Valparaíso, donde creían posible estuviese algún buque de la Escuadra; pero Paredes fue conocido en Melipilla por algunos esbirros del tirano y esto hizo que abandonaran el coche que los conducía y buscaran caballos para continuar la marcha.

El 19 salieron Palacios y Sanhueza, quienes al llegar á Melipilla supieron que había salido gente en persecución de sus amigos, circunstancia que les hizo apresurar la marcha, no fuesen aquellos á ser descubiertos y fracasara el plan.

Un mozo que Paredes había enviado á San Antonio les advirtió en el hotel donde se apearon, que los compañeros los esperaban en una casa deshabitada, vecina á la playa. Antes de abandonar la población salió Sanhueza á inspeccionarla, y pudo notar que su lle-

gada había motivado sospechas en las autoridades lugareñas, quienes se disponían á averiguar la causa de su presencia allí. Para evitar preguntas importunas como también para burlar la vigilancia de las autoridades, resolvieron salir, favorecidos por la oscuridad, en busca de sus amigos, á quienes, después de algunas horas, hallaron todos confusos por las dificultades con que tropezaban para embarcarse: el dueño de una chalupa que previamente habían contratado y á quien habían dado dinero suficiente para hacer algunas provisiones indispensables á la travesía, faltó á su compromiso; buscar otra y hacer nuevas provisiones eran puntos por demás difíciles, así por la escasez de persona que les mereciera confianza para lo primero, como por lo aventurado de la empresa, á aquellas horas y en aquella población, que ya había entrado en sospechas, para lo segundo; esperar, era exponerse á ser descubiertos; regresar á San Antonio, entregarse á la autoridad.

Allí empezaban los obstáculos, que, mientras más insuperables, mayor energía despertaban para su vencimiento.

Después de mucho deliberar, se pusieron en actividad para conseguir embarcación. En pos de variadas diligencias dieron con persona que les suministró una, en la cual otros que no hubieran sido nuestros resueltos revolucionarios habrían, con sólo verla, desistido de la empresa: era formada de tablas de alerci, débil y chica. Cupieron en ella los cuatro expedicionarios y dos remeros, que se encontraron decididos á correr la misma suerte que ellos.

A las dos de la mañana se hicieron á la mar, en medio de densa oscuridad, sin agua ni comestibles. Los remeros no por temor sino por convencimiento, manifestaron pocos momentos después que aquella frágil embarcación no resistiría el embate de las olas. Todo era contrario, excepto la voluntad, á la expedición: el viento, que en ráfagas terribles, amenazaba precipitarlos sobre las rocas; el mar muy agitado, que á cada momento parecía abrir su ancho seno para engullirlos; la suma oscuridad que los mantenía sin poderse mirar los unos á los otros y sin poderse orientar más que por el cálculo de los remeros, única brújula de que disponían.

Urrutia, que es eximio militar y hábil abogado, resultó pésimo marino: á poco andar apoderóse de él terrible mareo que lo inuti-

lizó hasta para aconsejar, cosa tan fácil en personas que ignoran la materia de que se trata. Tendido, con horribles náuseas, en elfondo de la chalupa, invocaba legiones de espíritus para que vinieran á sacarlo de trance tan amargo.

Más adelante Paredes toma las apariencias de augur; mira una estrella que en los cielos hace inútiles esfuerzos por atravesar con sus palidos rayos las nubes que se empeñan en ocultarla y vaticina que la chalupa se hundirá en el abismo y la revolución se quedará sin el contingente que le llevan: se envuelve en una manta y se tira á proa, á esperar impasible, con los ojos cerrados, como quien esquiva ver inminente catástrofe, la suerte que Neptuno, dios de las aguas, les depare.

Los remeros proponen el regreso, porque ven empresa superior á las humanas fuerzas, combatir victoriosamente contra tan opuestos y adversos elementos; pero Palacios está resuelto á no ceder un punto, y Sanhueza lo secunda: toma uno el timón y otro el remo de estribor y continúan con la pretensión de enseñorear al océano. Palacios, convertido en almirante, manda izar velas y ejecutar otras maniobras dignas del más hábil capitán que ha doblado el Cabo de Hornos. Urrutia vuelve á la vida para oponerse á la ejecución de maniobras ordenadas por persona que así sabe de náutica como de hablar caldeo; pero Palacios hace respetar sus órdenes y la embarcación sigue su rumbo bajo la influencia del acaso, que Palacios llama pericia y habilidad.

Qué linda perspectiva se ofrece á la vista de Palacios y Sanhueza cuando las primeras luces del dia tiñen de rosiambar el confín del horizonte! Una hermosa ballena envía á cien metros de distancia el agua de su interior por esos dos tubos que parecen inmensos surtidores por poderosa máquina impelidos. Llaman á sus compañeros para que se extasíen en la contemplación del fenómeno; y éstos, no bien se ponen en pie, ven al otro lado del bote otros cinco enormes cetáceos que forman el más espléndido juego de aguas. Paredes, el encargado de los vaticinios modifica sus pronósticos y augura feliz éxito. Urrutia, repuesto del mareo, los acompaña á todos á entonar en coro el dulce canto de la canción marina que cipia «Si á la mar tienes tal simpatía etc.»

Pero van á llegar á Punta de Gallo, donde las olas rompen contra las rocas y son indispensables poderosos esfuerzos para alejar la embarcación de la costa y del peligro. El mar se embravece de una manera aterradora; mas los expedicionarios consiguen su propósito: se alejan de la costa y escapan con felicidad del punto peligroso. Todos trabajaban alternando el manejo del remo: pero el cansancio los vence y ven la necesidad de acercarse á la tierra para buscar agua y tomar nuevos alientos. Urrutia necesita descanso más que cualquiera otro, pues le ha vuelto el mareo. Llevan trece horas de esfuerzos incesantes y 31 de ayuno. Les faltan, segun los prácticos remeros, solamente dos para llegar á Valparaíso. Bien pueden reposar y volver de nuevo con más vigor á la tarea.

Sanhueza que ha trepado sobre una roca vecina á la playa descubre en lontananza fuerzas de caballería que avanzan en dirección al punto en que se encuentran. Sin duda han sido vistos al doblar la Punta de Gallo y son perseguidos. Da aviso inmediatamente á sus compañeros y todos como movidos por un mismo resorte se aperciben á reembarcarse; pero los caballos son mas ligeros en su carrera que ellos en sus movimientos. A tiempo de saltar á la chalupa oyen la voz de quien comanda la fuerza que les ordena detenerse. Por este mísmo motivo aceleran los movimientos creyendo conseguir ponerse fuera del alcance de las balas. Como no hacen caso de la voz que les ordena detención, suenan cuatro detonaciones y sienten caer las balas sobre la arena de la playa y una en la chalupa. La resistencia es inútil: si avanzan un punto no escaparán á la segunda descarga. Preciso es detenerse y ver por completo frustrado su plan. Los cuatro primeros soldados que se acercan se encargan de sugetarlos, mientras llega el comandante de la fuerza.

Ordena éste, en cuanto llega, que suban á la grupa de los caballos de sendos soldados y los conduce á casa del subdelegado del lugar, dos leguas al interior.

Supieron allí que se hallaban en Quintay, punto de fatal recordación para la causa, pues en él habían caído, poco antes, Alejandro Frederick y Julio Fredes, en manos de los esbirros del tirano.

Oh! si Paredes hubiese sabido en dónde se encontraban, de

seguro que no habrían ido á buscar reposo en aquel paraje maldito. Las primeras predicciones hechas por él, deducidas de la estrella que pugnaba por enviarles su luz inútilmente, tuvieron cumplimiento en cuanto se referían al mal éxito de la empresa, sólo que éste no se verificaba por superioridad de las fuerzas naturales con que lucharon sino por la de las artificiales que defendían al Dictador.

De Quintay los condujeron á Casablanca, población en que fueron alojados en el cuartel de policía; y de allí conducidos al día siguiente á Valparaíso, bien custodiados por veinticinco soldados de caballería.

El tribunal militar que desde hacía días funcionaba en aquel puerto hízolos comparecer á su presencia. Ninguno de ellos le reconoció jurisdicción para entender del gran delito que habían cometido en dar un paseo por el mar.

—Pero, en fin, decía el presidente del tribunal ¿qué objeto llevaba usted en su paseo?

—Somos miembros, respondía Palacios, de un club de regatas y nos ejercitábamos en los ejercicios propios de su instituto.

—Pero este no es tiempo á propósito para tales ejercicios. El país está en revolución y esos paseos se hacen sospechosos.

—Excúseme usted, el mes de enero es uno de los que fijámos para nuestras evoluciones marítimas; y no pensámos en exceptuar el tiempo de revoluciones porque esto no era posible preveerlo. Si nos hemos hecho sospechosos lo deploramos; pero no podemos hacer más que deplorarlo.

Plaza sostenía que los cuatro estaban complicados en el movimiento subversivo y propuso lo único que á este varón se le ocurría en casos análogos: una ración de azotes y la aplicación del tormento para hacer que confesasen la verdad.

Afortunadamente, para los cuatro compañeros, el rábula aquel instigador de estas crueldades, grande y buen amigo de Ministros é Intendentes, supremo dispensador de estas regalías, no se hallaba por aquella época en la ciudad, sino en una importante comisión de merodeo y la voz del celebérrimo Plaza no tuvo eco en el

tribunal, por lo que pudieron escapar de la policía de Valparaíso, libres de esas infamias y enteros de carne.

Lo único que consiguió Plaza fue enviarlos apareados con esposas á Santiago: Urrutia fue maniatado con Palacios y Sanhueza con Paredes; y así, custodiados por cuatro soldados de policía y un oficial, salieron el 23 de Valparaíso por tren de ocho de la mañana, camino de la capital, ciudad donde pasaron por la policía y Comandancia General de Armas, antes de entrar al lugar donde los conocimos.

Si la Escuadra hubiese señalado un punto en la costa adonde enviar periódicamente en días fijados de antemano uno de sus buques, allí hubiera recogido multitud de dispersos elementos que era imposible reunir bajo la severa vigilancia de los esbirros, elementos que, aunque reunidos, no había materialmente cómo hacer llegar hasta las naves.

Multitud de jóvenes de Santiago y de otros puntos se han visto condenados á la más fastidiosa inacción por falta de medios para trasladarse. El Dictador no ha podido mover sino con grandes dificultades sus tropas para enviarlas á la defensa de las provincias del norte. A los particulares se les hacía casi imposible moverse en esa dirección.

El ejemplo de Palacios, Sanhueza, Paredes y Urrutia demuestra la esterilidad de los esfuerzos y lo inútil de los sacrificios con tal propósito intentados.

Dada la seguridad de que al llegar á un punto cualquiera de la costa se hallaría una plaza de soldado á bordo de un buque, no habría faltado medio de burlar la vigilancia de las autoridades terrestres para llegar á él.

Voy á más y digo que con esta seguridad, las naves hubieran visto llegar á pedir su inscripción entre los defensores de la legalidad, no ya á individuos solos sino á compañías íntegras de batallones, cuya rebelión no se ha llevado á efecto por lo infructuoso de un movimiento aislado en los cuerpos del ejército.

Entre los oficiales hay muchos aun que esperan circunstancia favorable para seguir los impulsos de su patriotismo y la senda que les tiene trazada su convicción, pero que no se atreven á romper

con la disciplina, porque se entregarían á una muerte estéril, sin beneficio alguno para la causa.

Supieran ellos que á la orilla del mar hay brazos abiertos para recibirlos y no habria batallón alguno que no contara en sus filas número mucho menor del que el temor y la ordenanza de consuno han logrado reunir bajo sus estandartes.

Esto lo han pensado sin duda los expertos marinos, y muy grandes han debido de ser las dificultades presentadas para que no hayan obrado de acuerdo con esta medida de previsión que así les hubiera aumentado elementos como disminuído los del Dictador.

Dije más arriba que el rábula aquel amigo de Ministros é Intendentes no se hallaba en Valparaíso cuando los cuatro expedicionarios llegaron prisioneros á esa ciudad y que merced á esta circunstancia lograron escapar al tormento y los azotes.

Efectivamente, aprovechando la primera ocasión que se había presentado, se hizo nombrar jefe de una comisión que salió para San Felipe, lugar de su nacimiento, al cual no había podido volver desde sus mocedades, temeroso de que tres ó cuatro cadáveres que había enviado al cementerio ó el honor de muchas familias de que se había hartado cuando su señor padre era cacique por el temor respetado en la ciudad, pidiesen, aquéllos desde la tumba, éste desde su lecho de miseria, el justo castigo que aun no ha llegado. Ni ¿cómo volver allí donde había tantos deudos de víctimas que en otro tiempo despertaron su sed de oro y su lujuria?

Pero si el haber sido rufián de votos para el Gobierno le había asegurado completa impunidad en sus crímenes ¿qué mucho que la revolución le permitiese pasear libremente por los campos señalados en otro tiempo, en fuerza del nacimiento, para teatro de sus hazañas?

Y miren Uds. si sabía cumplir sus comisiones el maldito rábula á gusto del Dictador!

El barón de Rostchild quiso un día regalar al príncipe de Gales en su palacio de las goteras de París y le invitó á almorzar. El príncipe no gusta de los *beefstakes* si no son preparados por mano de su cocinero especial. Llegada la hora de servirlos quiso el príncipe rehusar el suyo; pero Rostchild le instó para que lo probase.

antes de repudiarlo. Mucho alabó el príncipe el buen gusto del barón y le ponderó la habilidad de su cocinero diciéndole que solo conocía uno que le igualase: el que le servía á él en Londres.

El *beefstake* aquel había importado seis mil francos, gastados en el viaje del cocinero del príncipe de Gales de Londres á París, y en otros preparativos, pues tal cocinero y no otro era quien lo había preparado.

El rábula de mi cuento estaba predestinado á innovar la historia de los *beefstakes*, comiéndose en San Felipe uno que valiese más que el regalado al príncipe por el barón.

Uno de los más ricos hacendados de San Felipe había hecho venir de Europa, para perfeccionar la raza de ganado, un toro que puesto en la hacienda costaba tres mil pesos oro. Súpolo el rábula cuando vió el precioso animal en el establo, recordó la historieta del *beefstake* del príncipe, y decidido á no ser menos que el heredero de la corona de la Gran Bretaña, mandó degollar el toro y que le preparan uno de sus lomos.

El *beefstake* del rábula resultó más caro de esta suerte que el del príncipe. Mejor lo hubiera hallado sin disputa en la carne de tantos terneros como en la hacienda había; pero ninguno digno de pasar á la historia como rival victorioso del del príncipe.

Siempre he mirado, ¿por qué no confesarlo? con cierta repugnancia á los hombres que visten la ropa talar del sacerdocio. Me imagino que al hacer sus votos adquieren compromisos que no cumplen ó que llevan el propósito de violar; y esto me repugna. Malthus sostiene, y la humanidad entera lo comprueba, que el hombre nace con irresistible tendencia á la reproducción de la especie. Quien jura vivir en pugna con esa ley de la existencia se empeña en una lucha casi imposible para la humana naturaleza, de suyo flaca y débil. Se necesita mucha virtud para salir victorioso de la prueba constante y de la tentación permanente á que somete el sacerdocio á sus escogidos.

Napoleón, uno de los pocos sabios en el concepto respetabilísimo de Cormenin, respondiendo á una pregunta de madama de Staël díjole que esa era la mujer más grande la que le diese más hijos á la patria, palabras que si no están de acuerdo con la pru-

dente previsión de Malthus, demuestran cuál es el destino de la mujer sobre la tierra y envuelven una condenación de las que toman por esposo á Jesus, quien podrá ser muy buen marido pero pésimo padre de familia.

Si en las mujeres es vituperable la voluntaria esterilidad á que se condenan ¿cuánto más no lo será en los hombres cuya naturaleza es en todo más vehemente que la de la mujer y completamente diversa, según nos lo demuestra Michelet?

Y más vituperables se hacen en los hombres tales votos cuanto menos estan en posibilidad de cumplirlos.

De estas ligeras consideraciones ha nacido en mí la idea de repugnancia á la ropa talar de los sacerdotes y mi inclinación á mantenerme siempre de ellos á distancia por creer que esas faldas sólo sirven para encubrir hipócritas deseos.

Como no hay mal que no lleve en sus pliegues el germen de algún bien, yo bendigo hoy mi prisión en cuanto contribuyó á que modificara mis ideas á este respecto: sin ella no habría probablemente conocido al cura del Espíritu Santo de Valparaíso, presbítero don Cristóbal Villalobos y sin este conocimiento habría llegado el último de mis días y me hubiese encontrado en el peor de mis errores.

Hube de convencerme de que puede haber, como la hay en realidad, virtud en el sacerdocio y de que las consideraciones y respetos que la sociedad tributa á las personas de él revestidas tienen su fundamento en esa misma virtud.

El señor Villalobos es un verdadero ministro del Señor; su ilustrada conversación me cautivó desde que lo oí por primera vez; me atrajo con atracción irresistible, como uno de esos hombres superiores que se imponen sin hacer esfuerzos. Me di la razón del cariño que por él tienen sus feligreses y del respeto con que todos lo distinguen. Lleva la bondad impresa en su fisonomía, espejo verdadero de su alma candorosa.

Llegó á la cárcel risueño, festivo: más parecía que fuese al templo que á la prisión adonde acababa de entrar.

Entró á las once de la noche. Los esbirros del tirano no le habían permitido pensar siquiera en que la cárcel no estaba provista de camas y que era preciso se buscase una. Pero eso no importaba.

Pasaría la noche ó lo que faltaba de ella en oración, pidiendo al Dios de lo creado inspiración para los opresores de la patria. El alcaide Jara Quemada, que, como he dicho, era hombre de modales, no consintió en semejante cosa y le ofreció la única de que disponía para que en ella durmiera. Al día siguiente ya se arreglaría todo, pues seguramente no había familia en Santiago que no hubiese tenido á honor servir en cuanto se ocurriese al simpático ministro del altar.

El señor Villalobos acaso no había pensado sino en elevar sus preces al cielo porque tornara para la república la época de la paz; pero, encarcelado sin motivo y humillado sin necesidad, se vio forzado á implorar al señor de los Ejércitos, concedise el triunfo á los representantes de la jnsticia. Tomó participación en el curso de la política aplaudiendo los sucesos favorables á la oposición y deplorando los adversos, que, afortunadamente eran rarísimos.

Traté muy poco al señor Villalobos porque llegó á distinto patio en época en que la comunicación entre uno y otro era prohibida estrictamente; mas no desperdicié oportunidad de violar la consigna por darme el placer de oirlo.

Si su permanencia en la cárcel hubiera sido más larga y las ocasiones de familiarizar con él más frecuentes, apesar de mis diversas creencias yo habría concluido por oír misa y sabe Dios hasta dónde hubiera ido en el camino de la fe; pero la sociedad entera de Santiago, al saber la noticia de su prisión, se interesó en su libertad y éste ofreció su fianza y aquel su casa para que le sirviera de cárcel y lo sacaron al fin de la mazmorra.

Fue á habitar la casa de don Arcenio Salas, temporalmente, pues poco tiempo después de su salida marchó desterrado para Europa.



27 DE ENERO

El comandante Alamos y Jara Quemada.—El tresillo causa enojos á los dormilones.—Ordenes del Ministro de lo Interior quedan burladas.—Falsedades que llegan á la Moneda.—Los Clubs en la cárcel.—Lisboa amartelado.—¡A la carga!. ¡A la carga!

El comandante Álamos había obtenido permiso para que su familia viniese á visitarlo diariamente, por lo que con frecuencia se veía en su celda á algún miembro de aquélla.

Las celdas constituían nuestro domicilio y no era por tanto prudente penetrar á ellas sin observar las prescripciones de la urbanidad; pero el alcaide Jara Quemada no lo entendía así. Sin anuncio de ninguna especie entraba á la que se le antojaba sin más preámbulo que abrir la puerta y escurrir el cuerpo; creía probablemente que su calidad de guardián superior lo excusaba de sufragar por la etiqueta.

Ignoro qué se le ocurriera en la celda del comandante Álamos; lo cierto fue que entró á ella de una manera intempestiva, á tiempo que la señora del Comandante le refería sucesos domésticos, cuyo conocimiento solo al Comandante interesaba. La presencia del extraño irritó al Comandante, quien no pudo dejar de hacer comprender al alcaide su imprudencia.

Fue esto suficiente para que hubiese entre los dos violento choque que puso en alarma á todos los prisioneros.

Muy vituperada fue con este motivo la imprudencia del alcaide, como también la del Comandante, pues en verdad, éste tampoco supo contener su indignación en el límite que la discreción aconse-

jaba. Hubo amenazas de una y otra parte é increpaciones de falta de caballerosidad, que por poco paran en malos resultados inmediatos para el alcaide y mediatos para todos nosotros, como que al fin éramos prisioneros y la autoridad superior se vería en el caso de hacer respetar, con razón ó sin ella, la local del alcaide, en las medidas de severidad que se le ocurriese adoptar con nosotros, además de aquellas con que había iniciado el estreno de sus funciones.

Por fortuna, el alcaide no llevó su animadversión hasta hacerla extensiva á todos los encarcelados y se conformó con guardar rencor á solo el Comandante, que tan mal interpretó la visita que había pretendido hacerle, pues no con otra intención había violado el domicilio, más por distracción que por malicia. El Comandante, por su parte, se convenció de la benévola intrusión del alcaide y dió por terminada la enojosa diferencia.

La noche anterior los jugadores de tresillo no habían apenas dejado dormir á los que no jugaban: Hübner se había reído con tal fuerza que el mismo Jara Quemada vino á decirnos que el Excelentísimo Bamaceda había sentido en su palacio las carcajadas y se hallaba enojado porque las había tomado por burla á sus disposiciones.

Es de advertir que la Moneda dista de la cárcel como cosa de doce cuadras, lo que pone en evidencia que las carcajadas que escuchó Balmaceda no fueron las de Hübner.

Ríos González se había comprometido en una discusión, sobre un codillo que le habían dado, tan acaloradamente, que el día lo sorprendió con el uso de la palabra y no manifestaba aun cansancio ni deseos de dar la discusión por terminada.

En la mañana Brizeño, en representación de los dormilones, partidarios del silencio, sostuvo la necesidad de pedir el estricto cumplimiento del artículo que prevenía á los prisioneros se recogiesen temprano y los decretos verbales de los alcaides dictados para que se observase puntualmente la prescripción reglamentaria.

Otro sostuvo que el reglamento vigente para los prisioneros comunes, fijado en una de las paredes de la cárcel, había quedado sin vigor desde que nosotros pisámos el establecimiento; que las con-

sideraciones que los alcaides nos guardaban eran obra de instrucciones superiores; que el objeto de nuestra prisión no era la mortificación de nuestras personas, sino medida de prevención para evitar la propaganda revolucionaria; que el inocente tresillo no solamente era permitido sino higiénico y saludable; que quienes de él se quejaban eran personas que rabiaban por no poder jugarlo.

En fin, cada cual defendía su conveniencia ó su inclinación, de la manera que mejor hallaba.

Digamos la verdad en el asunto: el Ministro de lo Interior había dado las más severas órdenes para que todos permaneciéramos en estricta incomunicación, dentro de nuestras celdas. A la Moneda llegaban todos los días noticias de que los prisioneros conspiraban desde la prisión; se hablaba de confabulaciones que atentaban contra la vida del Dictador. Probablemente, uno de los encargados de suministrar estas noticias era el médico Cortínez. Los alcaides, persuadidos de que nuestra libertad dentro de la cárcel no era en manera alguna criminal ni subversiva, recibían las órdenes del Ministerio y se quedaban con ellas, conformándose con recomendarnos que no hiciésemos mucha bulla durante la noche, porque los centinelas advertían mucha libertad y por conducto de oficiales y jefes llegaban las noticias al Dictador y los comprometíamos en su delicada situación de tolerancia indebida para con nosotros.

Un día, mucho después de haber salido de la prisión, supe que Ricardo Cruzat, ministro de Relaciones, le había hecho creer al Dictador que los prisioneros políticos conchavados con los opositores de la ciudad, tenían el plan mejor urdido para un levantamiento en Santiago. Comentando este plan, decía José María Balmaceda, hermano del Dictador, poco después en la alcaidía de la cárcel, que de no haber enviado á la penitenciaría á los señores Castellón, Barrios, Riesco y Vial (don Alejandro) la víspera de las elecciones de senadores, diputados y municipales, el pueblo de Santiago, aprovechando el día de estas elecciones, se habría levantado en contra del gobierno; que todo estaba de antemano preparado para ello; pero que la conspiración había sido conocida y descubierta en tiempo y habían conseguido sofocarla antes de

que apareciese, mediante la discreta medida de reducir á la penitenciaría á los que por jefes de ella eran considerados.

Toda esta inverosímil mentira fue fraguada por Cruzat no sé con qué fin; lo cierto es que ella y otras que anteriormente habían llegado á la Moneda ya por intermedio de Cortínez ú otro follón del jaez, análogas á la apuntada, producían los resultados del empleo de mayor severidad para con los prisioneros, las órdenes de escrupuloso registro en las celdas para buscar armas que jamás hallaron; de incomunicación estricta, de vigilancia constante y de insolente violación de toda correspondencia.

«El alcaide de la cárcel mantendrá á los reos políticos en estricta incomunicación, no pudiendo salir de sus respectivas celdas—decía el Intendente en su lenguaje oficial—sin previo permiso y acompañados en toda circunstancia por uno de los guardianes que los sacará y volverá á conducir siempre que ocurra la necesidad. Así lo ha dispuesto el señor Ministro del ramo según lo ha comunicado á este despacho.»

Permiso para ir adonde el rey va á pie, como dicen en Francia, y guardián que inspeccione el acto y se persuada de que las cañerías de desagüe no son conductos por donde pueda haber comunicación personal con la ciudad. Eso es el máximum del miedo.

Y á pesar de que las quejas contra los tresillistas daban pie para cumplir las órdenes superiores, los alcaides se cuidaban poco de ellas porque veían cuán ridículas eran.

Sólo un Dictador, sólo ministros de un Dictador podían tomar ovejas por ejércitos; las cárceles, ya no las ventas por castillos; odres por gigantes y nuestra charla por confabulaciones peligrosas. Pero los alcaides que estaban lejos de ser ministros y no creían en las artes de encantamientos, nos daban la mayor libertad compatible con la estabilidad de la dictadura.

En uso de esta libertad se formaron diversos clubs ó puntos de reunión: la celda de Escala recibió el pomposo nombre de Club del Progreso; en ella se cenaba, como bien provista de conservas, jamones, fiambres y vinos; el Club de la Unión quedó establecido en el comedor; allí se discutían principios y personajes, se leían los periódicos ó diarios que podíamos proporcionarnos, se formaban

gobiernos y se colgaba de los faroles á don José Manuel y sus Ministros, inclusive don Claudio, el candidato; en mí celda quedó establecido el Club Central: una buena provisión de naipes españoles é ingleses facilitaban agradable entretención y pasatiempo á los amigos del tresillo, la *pocker* ó la brisca; ni aun cerveza faltaba para refrescar el ánimo de los perdidosos.

Uno de los más asíduos visitantes de los Clubs, el mejor componedor de gobiernos y cuarto regular de tresillo, Lisboa, que en el día estudiaba clínica con tanto ardor como el que desplegaba por la noche pera dar codillos, cayó con gran pesar para mí y para los demás compañeros, en un estado de amartelamienso que lo mantuvo por muchos días alejado de las cosas de la tierra: riñó no solamente con los naipes sino con el mismísimo Trousseau, quien dejó de ser para él, á pesar de su antigüedad, el padre de la clínica.

Qué iba á pensar Lisboa en estudios ni distracciones si una hada maravillosa que había tomado las vestiduras de visitante de la cárcel lo había herido en la mitad del corazón!

Un día lo hallé contemplando el hueso y la corteza de un durazno, el cortaplumas que había servido para pelar la fruta y una tohalla usada recientemente para enjugar las manos. Lo primero que se me ocurrió fue que el médico hacía alguna disertación sobre la familia de las rosáceas ó sobre las plantas dicotiledóneas. No había tal, pues en cuanto advirtió mi presencia dijo: mira, en esa tohalla se enjugó los labios y las manos; ella misma, pues rehusó mir servicíos, peló con ese cortaplumas el durazno; ahí, en esa carne aun adherida al cuesco se nota todavía la huella de sus preciosos dientes; y en la celda ¿no notas perfumado el ambiente? Fue que estuvo aquí y me miró con cierto modo, mientras se comía el durazno, y me dijo ciertas palabras, que no me dejarán conciliar el sueño en muchas noches. No se fijó en mis canas, porque ellas no son, tú lo sabes, efectos de la vejez; y sin embargo ahora las maldigo porque me dan un aspecto de antigüedad poco agradable á los ojos de las mujeres. Y ¡qué linda es! ¿la viste? manos de duquesa, talle de reina, ojos de diosa.

En efecto había venido á visitar á un pariente suyo y había en-

trado á la celda de Lisboa una señorita muy principal por su belleza.

Y lo que más intrincado traía al médico era que el comandante Ramírez al verla en la celda del médico había empezado á gritar desde la puerta ¡á la carga! doctor, ¡á la carga!

El Comandante creía que aquella fortaleza de la hermosura era tan expugnable como cualquiera otra de las que estaba acostumbrado á tomar calando bayoneta; y por eso daba la voz de mando con todos sus pulmones; pero el médico no era veterano y las palabras no alcanzaron á salir de la garganta. Cuando se hubo ido la singular belleza, vino á notar lo mucho que había podido decirle y lo poco que le dijo.

Las visitas se repitieron mientras el pariente permaneció en la cárcel, tiempo durante el cual el médico gozó de la presencia de la hada. Poco después el Dictador decretó el destierro del preso y el sol de Lisboa se eclipsó.

De aquellas visitas, de aquel pedazo de cielo que Lisboa alcanzó á entrever en su celda, no le quedan sino la tohalla en que enjugó sus labios y el cuesco de durazno con las huellas ya borradas de sus preciosos dientes. . . . .



28 DE ENERO

Enfermedad de Arturo Prado.—El Ministro de Colombia.—Desacatos al poder judicial.—Martín Prats Bello.—Conflictos entre poderes.—Don Domingo Matte, los Edwards y don Carlos Lyon.

El tresillo se prolongó la noche anterior hasta hora muy avanzada. Además de las discusiones que de nuevo se formaron con este motivo, tuvimos que deplorar que Arturo Prado se enfermara á consecuencia de la trasnochada; ó mejor dicho, de la cena de que ésta fue incentivo. Estos médicos, acostumbrados á una vida reglamentada, no pueden gustar en la noche un pedazo de jamón ó de otro fiambre sin que á la mañana siguiente estén á la muerte.

Fui á su celda temprano, más por visitar los duraznos que por informarme de su salud, y lo hallé casi cadáver. Me alarmé y llamé á los demás facultativos para que diagnosticaran y recetaran. No era de cuidado la afección, como que con uno de esos aceites que siempre tienen á mano para mortificar á la humanidad, lograron hacerle expeler lo que no convenía estuviera por más tiempo en el estómago.

El hecho de haberse convertido mi celca en Club central empezó á ocasionarme perjuicios, pues no había en ella espacio para escribir unas notas que me era indispensable llegasen á la Legación de Colombia, á ver si al fin salía de su completa indiferencia y de sus temores el Ministro y reclamaba mi libertad.

Tuve que pedir hospitalidad á José Miguel Lara para establecer en su celda mis trabajos de escritorio.

En ninguna época he tenido que deplorar tanto como en la cárcel

la pobreza, causa principal de que mi prisión se prolongase sin esperanza: pobre, sumamente pobre es el país á que pertenezco; pobre el Ministro que lo representaba; y pobre en demasía quien debía interponer la autoridad del soberano propio para salir en libertad.

La situación del Ministro de mi país era excepcional: ligado por vínculos de familia á la de don Manuel Montt, cuyos hijos eran reputados jefes del movimiento revolucionario, si me reclamaba con la energía que hubiera usado el de otra nación menos desgraciada que la nuestra, se exponía á que el Gobierno lo mandase salir del país en plazo perentorio. Ya había empleado, según decía, los recursos de petición verbal y amistosa ante el Ministro de Relaciones Exteriores para que éste reclamara de su Gobierno mi libertad. No podía hacer más en mi favor, sin comprometer la tranquilidad de su hogar y el porvenir de sus hijos.

Si yo hubiese sido portugués ó americano las cosas se habrían resuelto como respecto de Mackay ó Coello; pero ¿dónde está la escuadra de Colombia para proteger la arrogancia de sus ministros diplomáticos? ¿Qué hubiera hecho el acreditado en Chile si le dan orden de salir dentro de las 24 horas siguientes á la notificación? Ministros como el de Colombia, preferible es no tenerlos, pues exponen á la nación á humillaciones á cada paso.

Un amigo común del Ministro y mío me había dicho que aquel no obraría por escrito sino en virtud de petición expresa: era pues indispensable que me dirigiera á él para determinarlo á reclamar mi libertad de una manera seria, ya que su intervención verbal no había dado resultado alguno. Para esto recurrí á la celda de Lara, pues en la mía todo era bulla y discusión.

Los otros extranjeros que habían sido reducidos á prisión salieron de ella inmediatamente: bastó que el Ministro de su respectivo país los reclamase verbalmente.

La arbitrariedad de tomar extranjeros y castigarlos sin averiguar si habían cometido delito ó nó, aunque ponía de manifiesto el sistema despótico del señor Balmaceda, era poca cosa comparada con los sucesos que se estaban desarrollando: el poder judicial, la rama de gobierno que por su honorablidad tradicional había colocado á la república al nivel de las naciones más cultas, ya desacatada por

el poder administrativo, empezaba á ser vulnerada en las personas de sus representantes más dignos: el juez de letras de San Bernardo, don Martín Prats Bello, fue arrestado en su propio despacho y conducido á la cárcel.

El desacato al poder judicial había sido producido por cuestiones de jurisdicción acerca de la constitucionalidad de las leyes: la Corte declaró que el ejército no existía en derecho desde que no había ley que lo autorizara; el Dictador sostuvo la constitucionalidad del ejército apesar de la ausencia de la ley.

¿A qué autoridad corresponde, según los principios de la ciencia, en caso de duda, el interpretar si una ley es ó nó constitucional?

Se comprende con facilidad á qué peligros sería ocasionada esta facultad si residiese en la misma persona encargada de ejecutar las leyes. Le bastaría, respecto de una que no quisiese cumplir, declararla anticonstitucional; ó mejor dicho, solo existirían para el poder ejecutivo las leyes que á su juicio le conviniesen.

Esta doctrina que Julio Bañados Espinosa, profesor de derecho constitucional, no vacilaría en sostener para rodear de mayor prestigio y respeto el principio de autoridad, conduce al completo absolutismo.

Balmaceda resolvió la cuestión de competencia con un decreto; pero no se trata de hechos sino de derecho. Si aceptáramos la decisión del Dictador como fundamento de doctrina, en vez de examinar el conflicto, iríamos como Bañados Espinosa, á buscar ejemplos en la historia para demostrar con el poderoso argumento de los hechos cumplidos su conveniencia para Chile.

Si la facultad residiese en el poder legislativo, estando las cámaras en receso no habría á quien recurrir y ofrecería, cuando del conflicto de las leyes pudiera conocer, el raro contraste de tener que declarar imposibles algunas de sus propias obras; lo que además de darle supremacía de que pudiera abusar, sería reconocer una doctrina por completo contradictoria.

El poder judicial, excento de las luchas políticas que extravían el criterio, alejado de las discusiones á que da margen la expedición de las leyes, sin participación alguna en su confección, parece por su respetabilidad y las circunstancias enumeradas el llamado á

dirimir estos conflictos, demasiado frecuentes, por desgracia, entre las leyes.

La perfección de los sistemas de gobierno tiende á la amplia libertad de acción en cada una de las ramas que lo forman, dentro de una dependencia común, de manera que ninguna de ellas pueda abusar de sus facultades con menoscabo de las otras y siendo al mismo tiempo cada una de esas ramas obstáculo para el abuso de las demás.

En los Estados Unidos, la Corte Suprema tiene un poder que se extiende, según lo establece la Constitución nacional «á todos los casos de ley y equidad del dominio de la Constitución nacional, ó del de las leyes de los Estados Unidos, ó que versen sobre tratados públicos» No hay, pues, allí un punto de derecho, ó garantía, de que no pueda ser juez la Corte, á solicitud de cualquier ciudadano interesado en una decisión final; y hasta las interpretaciones hechas por el Poder Ejecutivo, el Procurador General ó cualquiera otro funcionario, pueden ser sometidas al juicio de la Corte. «Este Tribunal, dice un eminente publicista contemporáneo, es el áncora de salvación de los Estados Unicos y no puede haber otra áncora.» Los magistrados de la Corte son vitalicios y los nombra el Presidente *con aprobación del Senado*, escogiéndolos en el gremio de abogados y procurando que la designación no recaiga en hombres que toman parte activa en la política.

La organización de ese poder moderador tiene por contrapeso la responsabilidad ante el Senado. La existencia y el funcionamiento del poder moderador generan, allí además, el benéfico resultado de hacer efectiva la libertad política y la libertad individual en todas sus formas y de realizar consiguientemente, el objeto principal con que los hombres se asocian para constituir un cuerpo de nación.

Esta organización ha sido parte principalísima á asegurar el reinado de la paz sobre sus genuinas bases, porque la reparación de cualquier agravio inferido al derecho político ó personal de cada uno, puede lograrse por el simple juego de las instituciones.

La Corte Suprema declaró inscontitucional la existencia del Ejército; esto es, declaró inconstitucional la ley á cuyo amparo el Dictador sostenía la constitucionalidad de su existencia.

Esta declaración y otras posteriores sobre libertad de prisioneros, produjeron como inmediato resultado la supresión de los tribunales por decreto del Dictador.

El poder judicial quedó adsorbido de hecho por el administrativo: el juez de letras que no dictase sentencia de acuerdo con la voluntad del Gobernador ó del Intendente, expuesto quedaba á ingresar á las prisiones.

¡Hasta dónde conduce la aberración!

Martín Prats Bello fue el primer juez letrado víctima de esta absorción de poder: sin que diese motivo alguno y solo por ser hijo de uno de los hombres más serios del país, reputado opositor, dentro de su propia jurisdicción fue arrestado y enviado después á la cárcel.

Era la primera vez que en Chile se atropellaba de esta manera el poder judicial, hasta entonces respetado por su integridad. Fue este el último golpe dado al edificio republicano; y sin embargo la prensa ó lo que de ella aun quedaba, sostenía la constitucionalidad de los procedimientos de Balmaceda.

Poco rato después de la llegada de Martín Prats, vinieran á la cárcel caballeros por muchos conceptos respetables: don Domingo Matte Pérez, banquero, hermano de Ricardo; don Bejamín, don Eduardo y don Jorge Edwards y don Carlos Lyon.

El primero, tomado en su fundo llamado Buin, fue sorprendido por agentes de policía, quienes registraron la casa en busca de armas y elementos bélicos que supusieron ocultos en ella; los segundos en un molino de su propiedad vecina al fundo del señor Matte; y el último en Valparaíso, lugar de su residencia.

El señor Matte nos refirió detalladamente los vejámenes de que había sido víctima, semejantes á los que la generalidad habíamos sufrido, circunstancia por la cual omito hacer de ellos mención.



29 DE ENERO

Gage y el Intendente.—El Dictador se opone á que nos introduzcan alimentos.—Hostilidades á los mozos del Restaurant Santiago.—El gerente del Banco Nacional.—Despojo de mi celda.—Consecuencias.

Tenemos á Gage en calzas prietas. El Intendente de la provincia lo había hecho comparecer á su presencia para que diese cuenta de varios incidentes relativos á nuestra prisión.

Gage es el dueño del Restaurant Santiago, un extranjero como cualquiera otro dueño de Restaurant que deplora la revolución porque le disminuye su clientela, persona que se cuida de los acontecimientos políticos como de la salud del emperador de Marruecos; pero el Intendente cree que aquel fondista tiene la llave de muchos secretos por que nos da de comer, y quiere averiguar las cosas personalmente:

—¿Quién le paga á Ud. la comida que manda á la cárcel?

—Los prisioneros que la comen.

—Yo sé que no son ellos, sino una comisión revolucionaria.

—Su Señoria sabe más que yo, lo que no me sorprende.

—Vamos ¿de quién recibe Ud. el dinero?

—De cada uno de los caballeros que su Señoría puede ver en esta lista.

Y el fondista, que probablamente ha previsto el caso, pues los extranjeros en sus negocios son más avisados que las nacionales en su política, le entrega al Intendente los nombres de los presos, demasiado conocidos por éste.

—Esto no es posible, los presos no tienen dinero en la cárcel.

—Pero deben tenerlo afuera y hacérselo llevar, pues en ella es donde concelan sus cuentas de comida á mi representante.

Amenazó el Intendente á Gage con azotarlo primero, con suspenderle el negocio después y con desterrarlo por último, si no le daba el hilo por donde hubiera podido llegar á descubrir la junta revolucionaria y con ella todos los secretos de la revuelta.

Gage se mantuvo firme en la verdad de lo dicho. Nos refirió el episodio para que nos apercibiéramos, en caso necesario, á buscar de comer en otra parte, si el Intendente insistía en la última determinación á que lo había visto inclinado: hacernos comer los frejoles que á los presos vulgares se les distribuyen, por cuenta del gobierno, como se distribuía en los antiguos castillos feudales el suero á las jaurías.

La prohibición de enviarnos de comer fue muy debatida en los consejos de gobierno. Como en la cárcel había personas cuya salud demandaba cierto tratamiento higiénico en materia de alimentos, se temía que la distribución de frejoles pudiese comprometer la salud de ellos, y los Ministros no se atrevieron á decretar la muerte en esta forma repugnante: pero la policía desplegaba un verdadero lujo de hostilidades contra los sirvientes que traían las comidas: con el pretexto de que introducían noticias, muchos de ellos fueron detenidos en el cuartel por tiempo suficiente para perjudicarles ó en él eran cruelmente azotados. Por esta circunstancia Gage se veía muy á menudo en afanes para poder encontrar personas que se comprometieran á servirnos. Todos temían el verse expuestos á estos inhumanos tratamientos. Uno de los mozos nos refirió que había sido conducido á la policía y amenazado con el tormento si no confesaba quién era la persona que pagaba á Gage las cuentas de los prisioneros políticos. El mozo no supo qué contestar á esta pregunta, pues ignoraba por completo que persona distinta á nosotros hubiera intervenido en el pago. Puso los ojos desmesuradamente grandes y se hizo repetir la pregunta dos ó tres veces para ver si así acertaba con una contestación que halagara al oficial de policía que lo interrogaba, el que persuadido de que en su presencia tenía algo menos que un hombre le dejó ir en libertad, no sin que antes le propinara una buena ración de puñadas. El mozo salió contento

por haberse librado de los azotes con que al principio fue amenazado, amenazas que pudieron ir hasta la efectividad del hecho según lo podían atestiguar las espaldas de muchos de sus compañeros, inclusive uno de los mayordomos del Restaurant á quien poco había faltado para que se le pusiera la extremaunción á consecuencia de las heridas causadas por el látigo.

El día anterior habían empezado á llegar los banqueros de Valparaíso y Santiago, tomados presos para impedir que los fondos de los bancos pasaran, como lo temía el Dictador, á manos de los revolucionarios: la lista de banqueros debía continuar en aumento: don Alejandro Vial, el respetable gerente del Banco Nacional en Santiago vino á ocupar una de las celdas de la cárcel.

Aunque los prisioneros habíamos formado una como comunidad de los bienes que dentro de la cárcel poseíamos, fue respetado por todos el derecho de primer ocupante respecto de las celdas. El mismo alcaide no había querido legislar sobre el particular, no fueran á tomarse sus disposiciones como cediendo á indebidas preferencias; y, cuando el excesivo número de prisioneros y el deseo de éstos de ocupar determinadas celdas había hecho necesaria la traslación de alguno á otra celda, había dejado la disposición de lo conveniente á la voluntad de los presos. En lo demás, ninguno de nosotros podíamos recordar con envidia el tiempo aquel descrito por el ingenioso hidalgo á los cabreros en que «todo era paz, todo amistad, todo concordia.» Pero la llegada de don Alejandro vino á poner término ál común respeto que nos habíamos guardado cuanto á la tranquila posesión de nuestras celdas.

En la tarde fui á la mía, en la que pensé encontrar algunos de los socios del Club en ella establecido; pero hallé, en vez de mis muebles, otros muy lujosos que desdecían por completo de mi tradicional pobreza. Uno de los compañeros me advirtió que aquella no era ya mi mansión, pues un caballero de los que se habían abrogado la dirección de los negocios internos del establecimiento, parodiando infamemente á Balmaceda, había dispuesto que mi celda fuese en lo sucesivo dormitorio del señor Vial. Acostumbrado desde tiempo atrás á los abusos de jurisdicción en cosas de mayor monta, no me sorprendió el despojo de que se me hizo víc-

tima y me guardé bien de manifestar disgusto, no fueran á tomarse mis palabras por nota discordante en la pacífica armonía de que gozábamos. Hallé por otra parte natural que don Alejandro Vial me sucediera en la tranquila posesión de mi celda, por la semejanza antitética de nuestras fortunas y otras analogías que no quiero precisar.

La casualidad se encarga muchas veces de vengarnos más satisfactoriamente de lo que pudiéramos hacerlo nosotros mismos. El señor Vial tomó como perjudicial en sumo grado para su salud la disposición de mi despojo: desde que llegó á la cárcel y mientras duró habitando aquella celda fue inútil que pretendiera dormir: el ruido del Club de la Unión se lo impedía. La maldita cárcel tiene una construcción acústica que le envidiaría cualquier teatro: no se puede conversar secretamente en una celda sin que se sienta en las demás. El Club de la Unión estaba contiguo á la ocupada por mí antes y ahora por el señor Vial: las discusiones de los turbulentos políticos repercutían en ella tan fuertemente que la celda era buena para habitada por el último que se retirara de la general conversación. Todo esto influyó para que el señor Vial tomara como flaco el servicio y por enemigo al intruso caballero que me había despojado dictatorialmente de mis dominios, y para que yo me declarase suficientemente vengado del despojo.

El resultado final de estas cosas fue que el señor Vial no pudiera continuar habitando aquella celda y aprovechara la primera oportunidad que se le ofreció para trasladarse á otra más distante de aquel centro de discusión y ruido.

Quedó por esta circunstancia vacante mi antigua celda, la que quise volver á ocupar; pero no pude conseguirlo porque á Ricardo Matte se le ocurrió que estaba mejor situada que la que él en los altos ocupaba, é hizo trasladar á ella su cama y demás muebles.

30 DE ENERO

Francisco Valdés Vergara.—Solicitud de excarceración.—Juicios que motiva. —Efectividad de algunas solicitudes.—Fuga de un carpintero.—La llegada de un prisionero empeora notablemente la situación.

A muchos sorprendió la llegada de Francisco Valdés Vergara, gerente del banco de Valparaíso en la ciudad del mismo nombre. A mí nó; al contrario, la hallé mui natural. Una hoja que salió á la luz pública haciendo gala de imparcialidad política decía que para encontrar un hombre honrado era preciso ir á buscarlo á la cárcel; y Valdés Vergara se había distinguido en este particular de una manera que todos envidiaban. Carlos Luis Hübner, á quien pudiera tachar de exigente, de demasiado exigente en estos asuntos, menos cuando se trataba de Bañados Espinosa, porque entonces perdía la conciencia y los estribos, como ya he tenido ocasión de decirlo, Hübner, repito, lo llamaba el hombre puro. Mucho tiene de justo este calificativo: Valdés Vergara ha trabajado incesantemente contra el vicio; su historia es una continua campaña en favor del ahorro, escollo adonde van á estrellarse los esfuerzos de nuestras clases bajas, y contra la prostitución, el otro abismo de rápido descenso al cual caen con los halagos del placer y la pasión, con frecuencia que conmueve, las virtudes de las mujeres que no están cimentadas en una educación conveniente. Es propio del carácter chileno en ciertas clases sociales la tendencia irresistible al despilfarro: el hombre trabaja toda la semana para consumir lo producido, el domingo; no consideran los esfuerzos de los seis días sino como preparativos del festín del séptimo. La desamparada mujer

que no tiene cómo gastar el fruto de su trabajo honrado, porque éste no le produce apenas para conservar su virtud, vende salud y vida para regalarse un día. Mientras Valdés Vergara fue jefe político de Tarapacá dejó huella luminosa de sus esfuerzos por extirpar el derroche de dinero y de virtud. Consiguió mucho en la población de Iquique; pero pudieron más que él los hábitos del pueblo y los intereses del comercio: los hombres siguen gastando su dinero y las mujeres su vida.

Valdés Vergara es por otra parte hermano de Enrique, el alma de la revolución, secretario general de la Escuadra, el patriota más exaltado é intransigente de cuantos he conocido; y acaso más por sus relaciones de sangre con Enrique, el Dictador lo creyó comprometido en la contienda, que por ser gerente de uno de los bancos más respetables del país.

Las personas acaudaladas disponían afuera de poderosas influencias que se apresuraron á poner en actividad para conseguir su pronta libertad. Estas solicitudes se habían considerado humillantes en sumo grado por lo que tenían de súplica al Dictador ó á sus Minisnistros. No nombraré al primero á quien se le ocurrió la idea de pedir excarceración; pero diré algo al respecto. Examinada la solicitud nada tenía que pudiera deprimir el carácter de la persona que la hacía. En síntesis decía: «he sido reducido á prisión por motivos que ignoro: pido se me juzgue y si no hai causa que justifique el procedimiento observado conmigo, se me ponga en libertad.» Los amigos levantaron una tempestad por la solicitud, la calificaron de abyecta, impropia de levantado carácter. ¿Pedirle justicia al Dictador? Imposible. Venga antes el fusilamiento; que se consume el el abuso por actos que nos hagan aparecer como mártires. Y aquí venían las citas de los revolucionarios franceses y los ejemplos de los romanos que miraron con desprecio supremo la muerte. La alegre postrimera cena de los jacobinos; la exclamación de la mujer de Peto al arrojarle el puñal que había sepultado en su propio pecho; Lucrecio, Scévola, Harmodio y muchos más, cuya lista sería interminable, salieron, evocados por los modernos republicanos, de los panteones donde duermen hace ya tantos años, á protestar contra esas solicitudes que cubrirían de ignominia á quien las firmara.

El solicitante se asustó de su obra: rompió la solicitud y se resignó á vivir en la cárcel, mientras no fueran otras las opiniones de los compañeros ó distinta la voluntad del tirano.

Pero no todos opinaron como el primero, ni estaban dispuestos á proceder de manera que los demás se manifestaran complacidos de la independencia y altivez de los actos ejecutados en la prisión.

Don José María Cabezón, sin temor de disgustar á nadie por la solicitud que al respecto hiciera ó sin que le importase un bledo que alguien se disgustase porque hiciera tal solicitud, había obtenido dos días después de entrado á la cárcel, su excarceración, y se había comprometido para obtenerla, bajo su palabra de honor, á no tomar participación alguna en el movimiento político. Rindió además para seguridad de lo pactado una fianza por unos cuantos miles de pesos, que se haría efectiva en caso de violación del compromiso.

Otro tanto había hecho, antes que don José María Cabezón, don Antonio Subercaseaux, para poder salir del hospital adonde fue conducido á causa de molesta enfermedad, en destierro á la República Argentina. Por cierto que á don Antonio le hicieron efectiva la fianza pues fue á la Argentina exclusivamente á servir á su causa, sin que le importara un ardite perder los treinta mil pesos depositados en la tesorería. Consideró don Antonio los treinta mil pesos como el precio del derecho que mediante ellos adquiría para servir á su patria.

Lo mismo que Cabezón y Subercaseaux hizo don Domingo Matte, quien no alcanzó á completar cuarenta y ocho horas en la prisión: salió con su domicilio por cárcel, obligado, como el primero, á no intervenenir para nada en el movimiento revolucionario.

De ellos nada se dijo, porque nadie supo cómo habían salido sino mucho tiempo después y porque á ellos no se les ocurrió consultar cosas en que los demás no podíamos, en verdad, tener interés alguno.

Un carpintero, preso común, condenado á presidio por robo, venía acariciando la idea de evadir la sentencia del juez, que aun no se había pronunciado, fugándose de la cárcel. Nuestra pre-

sencia en aquel establecimiento fue parte á favorecer sus designios: llamado por varios de los detenidos políticos para ejecutar algunas obras de su oficio indispensables á la mayor comodidad de éstos, obtuvo entrada á nuestro patio, la cual aprovechó para rifar algunas obras que tenía concluidas y hacer otras con la seguridad de obtener por ellas buenos precios y aumentar de esta suerte sus preparativos de evasión.

Una de las primeras celdas arregladas mediante la habilidad del carpintero fue la de Brizeño, quien le encargó una silla y una cómoda, que pasarán como recuerdo de su prisión á sus descendientes, según la consistencia y solidez de aquellos muebles para cuya fabricación no se tuvieron en cuenta elegancia ni adelantos del arte.

Gracias á estas obras y á otras encargadas por los compañeros, el carpintero reunió fondos suficientes para trasladarse á punto fuera de la jurisdicción del país. El mismo día en que le notificaron la sentencia final de su causa, se equivocó el carpintero de puerta á la salida del despacho del juez y tomó la de la calle en vez de la de la cárcel. Pero sucedió lo que era de esperarse: no resistió á las tentaciones del aguardiente, y el camino que á la Argentina había emprendido desde la puerta del juzgado, quedó trunco en una taberna de los arrabales de la ciudad, donde, sin plata y con el pecado, fue descubierto por la policía pocas horas después de haber abierto sus fauces á los vientos de la libertad.

La llegada de un señor Juan Walker Martinez empezó á determinar un cambio desfavorable en nuestra situación: salía este señor á comer á casa de uno de los Ministros del Dictador y se esperaba á veces á tomar el te ¿Qué conversaba con el Ministro? Nadie lo supo; pero el hecho es que nuestra situación cambió: se redoblaron vigilancia y severidad. Ya no se nos permitía pasearnos por el patio y algunas veces ni siquiera salir de las celdas; prohibióse la comunicación de los presos de los altos con los de los bajos; el carcelero hacía oír su voz con más imperio del acostumbrado; los alcaides prescindían de ciertas fórmulas corteses hasta entonces empleadas; hasta los mozos del servicio se permitían mayor número de insolencias y desacatos. El tresillo fue suprimido junto con el ajedrez

y demás juegos de distracción; la lectura de las rarísimas noticias que llegaban tenía que hacerse á hurtadillas, dentro de las celdas. Todo cambió y para que esto sucediera era preciso que hubiese poderosa influencia.

Los alcaides temieron ser descubiertos en sus pequeñas concesiones y procuraban ajustarse á las instrucciones que tenían, de ser inexorables.

Un día me atreví á preguntar á uno de los alcaides por qué se había aumentado la severidad en nuestro tratamiento. «Alguno de Uds. tiene la culpa, me respondió, el Gobierno ha tenido conocimiento de nuestra flojedad y ha trasmitido órdenes terminantes para que se observen con exactitud las instrucciones que tenemos. Yo mismo estoy expuesto á perder mi ocupación si no cumplo con el doloroso deber de tratarlos á todos sin ninguna clase de consideraciones.»

Las palabras del alcaide me convencieron de que entre nosotros había un indiscreto si no un infame.



31 DE ENERO

Sale Francisco Valdés Vergara.—Solicitud de Magalahès.—Stephan en el norte.—Depredaciones.—Julio Lezaeta Rivas nos trae noticias.—Razones del Ministro colombiano.

Francisco Valdés Vergara tenía un hermano en el ministerio y gracias á esta circunstancia y á la de haber permanecido neutral en la contienda, por lo menos aparentemente, obtuvo su libertad sin condición alguna.

«Yo no salgo de aquí sino como he entrado» le habían oído decir muchos de los presos; y cumplió lo dicho: no supo por qué lo habían traído y se fue ignorando cómo lo ponían en libertad. El Dictador debió de convencerse de que Valdés Vergara no había tomado participación alguna en la revolución. Aunque era verdad que tenía un hermano á la sazón secretario de la Escuadra, otro era Ministro del Dictador y tanto podía participar de las ideas del uno como de las del otro ó de las de ninguno, que es lo que me parece mas acertado, pues por lo poco que de Valdés Vergara se me alcanza, sé que no es persona que guste, como tantas otras, de pensar según las inspiraciones de ajeno entendimiento.

La salida de los que habían obtenido libertad incitaba en los otros el deseo de hacer diligencias para salir á su vez. La mayoría de los prisioneros estábamos sufriendo las consecuencias de la exaltación de los verdaderamente comprometidos en la revuelta. Los que de éstos habían llegado á la cárcel disponían de influencias, aun entre sus mismos enemigos políticos, y merced á ellas tornaban á gozar de libertad. Los que carecíamos de estas influencias debíamos esperar con resignación que llegara el desenlace de

la contienda. Era mal visto por todos los compañeros de análoga situación todo esfuerzo en el sentido de salir de la cárcel, aunque cada cual sintiese lo estéril de la permanencia en ella. En esto se veía uno como reflejo de lo que sucede generalmente en la sociedad: se disculpan con facilidad suma los defectos en las personas á quienes ha favorecido la fortuna; la severidad de las sanciones queda para los faltos de dinero. De los que menos poseen es justamente de quienes se exigen mayores sacrificios; y esos que han contribuido con más sufrimientos al triunfo de la causa, porque no han podido dar más de sí, son los olvidados el día de las recompensas. Muchas veces no se les reconoce ni siquiera el derecho de exhibir los títulos adquiridos para exigir de sus copartidarios las consideraciones á que los hacen acreedores sus esfuerzos.

Por donde quiera se oye decir, de labios de aquellos que lo sacrificaron todo, comodidades del hogar y amor de la familia, á la idea patriótica de sus convicciones, cuando llegó la hora de las retribuciones «ese es el pago de Chile», expresión con que se ha eternizado la ingratitud suprema de quienes tienen en su mano el poder de discernir los premios.

Ese que cruza las calles apoyado en muletas con una pierna menos fue soldado defensor de la honra nacional. Cuando sonó la trompa guerrera renunció la ocupación mercantil que le habría horizontes de dicha en porvenir no remoto y se fue á los campamentos á afrontar la metralla enemiga. Allá perdió la pierna y supo la noticia de que el pesar se había llevado la vida de los suyos. Volvió coronado de laureles pero inútil para el trabajo; y ahí le tenéis, cubierto de gloria, sin carrera y sin esperanza, convencido de que el maná no lloverá en el desierto de su vida.

Los compañeros, en tanto, ocupan altos puestos, sanos y salvos; lo entusiasmaron con sus palabras hasta que lo vieron partir. Después le disputaron el prez de la victoria.

Las diligencias de los que carecíamos de relaciones afuera eran nulas, por lo que el que deseaba salir de los que nos hallábamos en estas condiciones no podían apelar á otro recurso que á solicitar la libertad directamente del Ministro de lo Interior ó del Intendente de la Provincia.

Así empezaron á hacerlo algunos, cuidándose de observar cierta reserva para no exponerse á las críticas de los compañeros.

Si respecto de algunos sentíamos este proceder, no por la significación de indignidad que se le daba, sino por el vacío que su ausencia iba á dejar, no sucedía así con otros.

El joven Magalahès, guiado sin duda por el deseo de salir á referir el episodio de su prisión, que, dicho sea de paso, en la cárcel se estaba haciendo en poco viejo, me pidió le redactara una solicitud para enviarla al Ministro de lo Interior.

Lo hice con muy buena voluntad, y si nuestras relaciones hubieran llegado á más estrechas, me habría permitido suprimirle, por vía de buen consejo, muchos *entonces* á su narración favorita sobre el hecho más trascendental de su vida; pero me abstuve de hacerle observación á este respecto, no fuera á tomarla como motivada por otras causas diversas de mi sinceridad y el buen deseo de hacerla menos fastidiosa.

Guzmán Achurra había puesto, por su parte, en campaña á su señora, venida con este objeto de Valparaíso, para conseguir la libertad. Guzmán era de los que hacían falta en la cárcel para conversar y ayudar á pasar el tiempo del mejor modo posible. Por esto hubiéramos deseado muchos fueran infructuosas las deligencias que empezaba á practicar.

Muchos días hacía que nada sabíamos de la menara cómo se desarrollaban afuera los sucesos.

La muerte de Stephan, de la cual había vuelto á hablarse, era falsa; la tenacidad con que se esparcía solo demostraba las pocas simpatías de que gozaba este jefe. Entre las personas que habían venido á visitarnos, algunas de ellas vieron el cadáver y otras contaron las heridas. Tanto así se deseaba la efectividad fuera de la cárcel.

Pero Stephan en lo que menos pensaba por el momento era en dejarse sorprender; al contrario, según carta de Ovalle, recibida por uno de los prisioneros, era Stephan quien sorprendía, no al enemigo armado sino las propiedades de los inermes ciudadanos de aquella población.

Refería la carta este hecho, que reproduzco, para dar idea de la manera cómo hacían la guerra los soldados de la dictadura:

Entre los habitantes de Ovalle había dos caballeros de nacionalidad alemana, uno de ellos naturalizado en Chile. Antes de que estallara la revolución, el que había conservado su nacionalidad orijinaria compró al compatriota naturalizado varias propiedades, por una de esas transaciones frecuentes en personas que quieren cambiar de domicilio.

Pocos momentos después de haber sido desocupado Ovalle por las fuerzas revolucionarias, entró Stephan á la población y tomó posesión de la plaza en nombre del Dictador, con facha igual á la de Núñez de Balboa cuando, espada desnuda, calzado de arrogantes botas y la bandera de su amo, el rey de las Españas, en la mano, declaró de la corona el ancho mar que baña nuestras costas.

Necesitaba animales para su gente y ordenó al punto que fueran tomados de una de las haciendas que habían sido objeto de la venta. El nuevo propietario reclamó contra aquella arbitrariedad que lo despojaba de sus bienes por la sola voluntad del jefe.

—Lo que Ud. reclama no es suyo, sino de fulano, enemigo del gobierno.

El alemán, por contestación, mostró á Stephan las escrituras en que constaba la compra.

—Esa compra es supuesta; así, por lo menos, lo dispongo yo.

E inmediatamente hizo venir al notario y á los firmantes del contrato: O Uds. proceden inmediatamente á extender una escritura, en la cual declaren expresamente que esa compra ha sido simulada, les dijo, ó yo los mando fusilar. Una hora de término para que consulten y resuelvan.

Y sin esperar á que se formularan protestas abandonó la pieza en que había reunido á notario y contratantes.

Perplejos se quedaron estos caballeros, sobre todo el notario, persona de las más respetables á quien, en los muchos años que desempeñaba el oficio, le había ocurrido cosa parecida.

—Yo me quejaré, decía el alemán comprador, al Ministro de mi país por este incalificable abuso. Esto no tiene precedentes.

—La cuestión, decía el otro alemán, es que después de que le

haya cortado la cabeza Stephan, no va á quedar Ud. en muy buena disposición de emprender viaje para entablar su reclamo. Si hubiera modo de comunicarnos por telégrafo con el señor Ministro, santo y bueno; pero sin poder apelar a ese recurso, yo creo que no nos queda más camino que complacer á este señor, quien por lo visto no tiene trazas de prorrogar el término que nos ha dado para elegir entre la escritura y la tumba.

El notario les dijo que se extendería la escritura haciendo constar la circunstancia de la fuerza, pues él tampoco se creía obligado á autorizar un contrato en que no entraba la voluntad de las partes.

Así convenidos, se dispusieron á redactar la escritura.

No la habían concluído aun cuando volvió Stephan á saber qué habían resuelto.

El notario dió lectura á la parte escrita, lo que bastó para que se enfureciera el jefe y casi los fusilara sin esperar á más razones. Su mayor encono era contra el notario; á quien increpó deseos de burlarse de su autoridad.

Vanas fueron las razones aducidas por éste para librarse de la autorización de un acto tan completamente ilegal como el de que se trataba: Stephan mismo dictó la fórmula de la escritura y como él lo quiso quedó protocolizada en los archivos de la notaría.

Agreguemos que la contrariedad experimentada por el notario, hombre sumamente recto, le originó una enfermedad de funestas consecuencias. Las producidas á los alemanes no hay para qué apuntarlas. Stephan hizo de las propiedades lo que á bien tuvo.

Cuando haya pasado la presente contienda, los sucesos relatados originarán probablemente algún reclamo, pues no creo que los alemanes se conformen con la arbitrariedad. Por lo menos, el que perdió sus intereses, verá modo de obtener la indemnización de los perjuicios.

Como se ve—y lo apuntado es auténtico, pues más tarde he tenido ocasión de comprobar la verdad de lo que la carta decía—Stephan no respetó propiedad de nacional, cuando consideraba al propietario enemigo del Gobierno legal, como él llamaba á la dictadura.

Sé de otros jefes que procedieron de una manera semejante;

pero ninguno de ellos llegó hasta ese extremo. Creo que el referido respecto de la escritura es único en su especie.

La carta de Ovalle contenía además otros datos relativos á la manera como se conducían algunos de los oficiales que pertenecían á la división que mandaba Stephan, datos que no reproduzco por respeto al pudor de mis lectores. Baste consignar aquí el hecho de que «no parecían gente civilizada ni cristiana» como dice en uno de sus apartes el autor de la carta.

Todo fue atropellado, todo violado en aquella población, única de la cual nos llegaron noticias: es de suponerse que en otras, por donde pasó aquella división, se procediera de idéntico modo.

Generalmente el soldado refleja en su conducta la moralidad del jefe. Conocidos los antecedentes de Stephan ¿qué podía esperarse de la soldadezca que le obedecía, ni qué de los oficiales sino vejámenes é infamias?

La formación del hombre á imagen y semejanza del creador es metáfora que tiene cabal aplicación en el ejército formado por un jefe.

La cárcel continuaba poblándose con ciudadanos enviados de todas partes, aun las más distantes de la capital, á la cual había ordenado el Dictador se trasladasen todos los prisioneros, para tenerlos más á mano por si llegaba el caso de que se presentara la oportunidad de aplicar la ley del talión de la cual ya se hablaba.

Entre los recién tomados en la capital llegó á la cárcel Julio Lezaeta Rivas, quien fue portador de noticias consoladoras. Tenía Julio por qué estar al corriente de los sucesos: pertenecía á una sociedad de jóvenes resueltos, en su mayor parte abogados, que trabajaban con éxito en la difícil empresa de redactar, imprimir y propagar una de las hojas clandestinas que aparecían en la ciudad, y que de cuando en cuando llegaba como bálsamo hasta el interior de nuestra prisión, con noticias de los últimos acontecimientos.

Refiriónos Julio que la revolución había recibido recientemente cantidad de armas y municiones suficiente para hacer la guerra durante cinco años y aun más, noticia que escuchamos con verdadero júbilo, pues todos estábamos al cabo de que eran preci-

samente armas y municiones lo que hacía falta para dar carácter de invencible á la causa.

Terminada la relación de las noticias, talvez por el entusiasmo exageradas, nos dió el recién llegado, á quienes no la teníamos, idea de lo que era el coronel Canto, jefe de las fuerzas constitucionales. Le conocía íntimamente como amigo y lo respetaba como jefe, como uno de los jefes de mayor pericia y de menos nervios; esto es de aquellos que tienen el valor de la madrugada, que pueden despertar y verse rodeados de asesinos sin que la sorpresa los inmute ó les haga perder la calma impasible con que contemplan la muerte próxima como la cosa más natural, aunque en ella no se haya pensado nunca.

No conocía á Julio; pero confieso que lo envidié, sin que pueda explicarme todavía si fue por la suma facilidad de expresión ó por la galanura que desplegó con todos como cosa habitual de su carácter dulce y de su fina educación.

La conferencia en que le ví por vez primera se verificó en la celda de Brizeño; y, cuando ya terminada, salió de ella, nos quemos algunos haciendo comentarios sobre las noticias que nos había comunicado.

Había asegurado que las armas se habían recibido por la vía de Panamá, lo que nos intrincaba un poco por las dificultades que presentaba esa vía, segun el sentir de personas que la conocían.

Pero Lemus no convenía con dificultades: para él todo era hacedero, siempre que lo hecho ó lo supuesto como tal fuera favorable.

Tampoco aceptaba dificultades el comandante Ramírez, como no fueran las que Balmaceda hallaba para aumentar su ejército y conquistarse alguna opinión.

La visita de un paisano mío me reveló que mi situación podía considerarse como irremediable. Venía con encargo del Ministro de Colombia para decirme cosas que hubiera preferido ignorar siempre, por lo muy dolorosas que son y por lo muy humillantes que aparecen para mi pobre país.

El señor Ministro á semejanza del cónsul de Valparaíso, no podía hacer nada por mí; quiero decir, no podía reclamar mi liber-

tad. Trascribo, aunque me cueste vergüenza, lo que poco más ó menos me dijo el paisano de mi referencia:

«El Ministro está apenado por verte preso; desearía hacer algo para que salieras de la cárcel pero se halla imposibilitado para dar cualquier paso en este sentido. Tiene evidencia de que al presentarse reclamándote, Balmaceda lo haría salir del país inmediatamente, cosa para él casi imposible, pues no cuenta con recursos propios. Su reclamación que no produciría sino el resultado que indico, envolvería una humillación para nuestro país que es preciso evitar, toda vez que Colombia no está, como otras naciones, en condiciones de hacerse respetar. Nos quedaríamos con la dolorosa ofensa. Por otra parte el Ministro ha pensado que á tí no te falta nada en la cárcel; y que, al salir de ella, empeorarías, como que afuera no podrías conseguir trabajo y la vida se te haría por demás difícil.»

Le dejé hablar en este sentido por más de media hora, sin responder una palabra. Cuando concluyó articulé, mal articulado sin duda, un «todo está muy bien», con el cual concluyó la entrevista.

Al volver la espalda para retirarse me quedé contemplándolo. Ese personaje había sido general de uno de los Estados Soberanos de mi país, en tiempos de la federación, había sido diputado y otras cosas más.

No me reí, no podía reirme. El Ministro estaba al nivel del general y mi libertad pendía del pundonoroso Ministro.

Y no es que en realidad se expusiera el Ministro á ser despedido, pues es inaceptable que una indicación hecha por él al de Relaciones Exteriores tuviera tamaña tsascendencia, sino que hubo completo desconocimiento del deber y completo olvido de la dignidad.

Y aunque el Dictador lo hubiera despedido, el temor de que tal cosa pudiera suceder, en ningún caso podría ser parte á descuidar de esa manera la representación del país.

Por supuesto que el general que me llevó el recado agregó—lo que había olvidado decir—que Balmaceda estaba esperando el más insignificante incidente para pedir el retiro del Ministro, porque sabía que en la legación se alojaban revoltosos ó comprometi-

dos en la revolución, cosa que me parece inexacta, pues los mismos cuñados del Ministro no pudieron hallar alojamiento en ella, según supe después.

Ni ellos, que forman una de las familias de mayor influencia política en el país, habrían comprometido á su cuñado, buscando amparo bajo la bandera de Colombia.

A triste, á muy triste condición se ven reducidos los países pobres que acreditan ministros pobres ante naciones fuertes y no los remuneran. Se ven expuestos á que acontezcan cosas como las que acabo de relatar, dado caso que fuera efectiva la imposibilidad de mi reclamo por escasez de recursos del Ministro, que fue en resumidas cuentas lo que saqué en limpio de la entrevista con mi paisano el general.

Y lo particular es que esas naciones son las más empeñadas en hacerse representar, casi siempre por ministros *ad honorem*, que en épocas normales hacen papel inútil y en épocas de guerra otro ridículo.

Más atrás dije que el señor Ministro de Colombia había mandado á decirme que para reclamar mi libertad era menester una petición escrita de mi parte. Las razones que el conspicuo general me trajo, me dieron el convencimiento de que tal funcionario no pensaba ni pensaría en que los vejámenes hechos por la autoridad á sus connacionales debían ser tomados como ofensas irrogadas á la nación que representaba.

Para aumentar mi persuación ó para pintarme con más vivos colores la situación especial del Ministro, el general me refirió esta escena:

Comía días anteriores en la legación; ó para hablar con más propiedad, en casa de la señora suegra del Ministro. La conversación recayó sobre mi humilde persona á propósito de mi prisión.

—Es preciso Carlos—este es su nombre—decía la suegra del Ministro—que hagas algo por ese señor Solano, de quien he oído decir que tiene á su señora enferma. ¿Por qué no reclamas su libertad? Tu conducta es tanto más vituperable cuanto eres, ó por lo menos fuiste amigo íntimo de ese señor. Es preciso ser más leal

ó por lo menos tratar de cumplir mejor con las obligaciones que tu puesto te impone.

La respetable señora hablaba como madre política que hace los gastos de la familia; pero el Ministro se contentó con echarse para atrás y responder:

—Pero, señora, ¿no ve Ud. que yo no tengo conocimiento oficial de la prisión de Solano?

. . . .



1.º DE FEBRERO

Tribunal especial.—Supresión de la justicia ordinaria.—Resultado de una solicitud.—Incidente desagradable.—Tendencias socialistas.—Aumenta ó permanece igual el número de prisioneros.

Según los informes que teníamos el día 29 de enero se había establecido un tribunal militar el cual habría de conocer de nuestras causas. El Dictador nos colocaba fuera de la jurisdicción ordinaria. Esta medida era de esperarse: en primer lugar ninguno de nosotros había cometido delito ni siquiera político, pues á la mayor parte de los que estábamos encerrados, aunque á cometerlo hubieran estado animados, el Dictador no les había dejado tiempo; y en segundo lugar ¿qué juez ordinario se habría atrevido á someternos á juicio después de la perentoria declaración de la Corte Suprema de Justicia que había mandado ponernos á todos en libertad?

Ya hemos dicho que en Valparaíso estaba funcionando un tribunal semejante, cuya jurisdicción se negaron á reconocer los cuatro valerosos jóvenes Palacios, Urrutia, Sanhueza y Paredes. Este desconocimiento determinaba para nosotros la línea de conducta que debíamos observar al respecto y aunque no hubiera habido ejemplo anterior que imitar, ninguno de nosotros estaba dispuesto á contestar á jueces autorizados por sólo un decreto del Dictador para disponer de nuestras vidas. Preferible era esperar la sentencia que el tribunal dictara sin pasar por la humillación de darle con declaraciones y defensas alguna apariencia de legalidad.

¿Cómo someterse, por otra parte, á la voluntad de jueces dispuestos á condenarnos sin oírnos? Todos sabíamos lo ocurrido al abogado don José María Cabezón por haber ido en Valparaíso á

firmar un escrito de defensa en la causa de Frederick y conocíamos cómo se había pronunciado el fallo que lo condenó á diez años de presidio. ¿A qué defenderse uno ante un tribunal semejante á los de la época del terror en Francia? Más digno era cambiar de prisión ó de mundo en silencio.

Suspendía el ánimo que en un país tan adelantado como Chile se hubiesen retrollevado las doctrinas del derecho á los tiempos inquisitoriales. La aplicación del tormento; la investigación de las pruebas sin examen de las personas deponentes; los fallos pronunciados sin oír al acusado; la falta de probidad y de criterio de los jueces, todo revelaba hasta qué punto había descendido el termómetro moral de la dictadura.

La prensa de la capital seguía, no obstante, sosteniendo que S. E. el Presidente de la República no se había salido un punto de la esfera constitucional. Todos esos señores tenían el criterio del redactor de EL ORDEN, de quien ya hemos hecho mención: toda falta tendente á hostilizar á quienes no participaban de la opinión de los sostenedores de la dictadura estaba arreglada á derecho; á los partidarios, completa inmunidad y libertades amplias, aun para decir esas mismas desvergüenzas tan criticadas por ellos y atribuídos con cinismo inaudito al enemigo.

Cosas del tiempo! un pasquín periódico que de tiempo atrás se había venido tolerando, gracias al mismo desprecio que infundía, continuaba publicándose con diferentes nombres, subvencionado por el señor Balmaceda. Había este pasquín alcanzado tal celebridad que, después de haber combatido no el gobierno del señor Balmaceda, sino el honor de su familia, fue durante algún tiempo, poco anterior al levantamiento revolucionario órgano de la palabra oficial, según lo dijo un honorable senador quien lo exhibió en aquella Cámara como prueba fehaciente de lo que sostenía, en oposición con un Ministro de Estado, él que, en virtud de la prueba exhibida, se vió vencido en la discusión.

Si en tiempos de completa normalidad sucedían cosas tan poco honorables para el gobierno del señor Balmaceda ¿qué mucho que en plena dictadura hubieran prensa y nociones de derecho retrogradado tan lastimosamente?

El funcionamiento de los tribunales militares aparejaba una irregularidad completa en presencia de las Cortes tanto Suprema como de Apelaciones, por lo que el Dictador se vió precisado á suspenderlas en sus funciones, como lo hizo por un simple decreto.

La Corte Suprema había permanecido incorruptible y sus decisiones eran una sanción terrible para el Dictador. Había declarado que el ejército no existía legalmente; y por mucha razón que la mayoría de este supremo tribunal tuviese para sus resoluciones, estas eran del todo inconvenientes, pues de respetarlas, la dictadnra no habría podido continuar un solo día en el gobierno del país.

O Corte Suprema ó dictadura. A ese dilema se había llegado desgraciadamente.

La historia de los países que han sido víctimas de gobiernos despóticos no registra caso más extraordinario que el ocurrido en Chile: ningún tirano se había atrevido á suprimir la administranción de justicia, como lo hizo Balmaceda, pero no podía ser de otro modo: Chile debe á la pureza en la administración de esta rama del poder público la reputación de pueblo adelantado de que goza, más que á cualquiera de los otros títulos que tiene para merecer la admiración de los demás países; los fallos de la Corte Suprema tenían que ceñirse estríctamente á la ley, con absoluta prescindencia de los resultados políticos que pudiesen producir, así terminaran con el ejército ó confirmaran el poder absoluto del encargado del ejecutivo. Ya en la cárcel había jueces letrados; de manera que la supresión de las cortes era un grano de arena agregado á la montaña de la arbitrariedad, y no había por qué vacilar en adoptar la medida.

La prensa extranjera se ha ocupado prolijamente de la cuestión de derecho que envuelve el conflicto entre el poder ejecutivo y el legislativo, que ha sido el punto de partida de la revolución. Algún diario ha defendido, acaso asalariadamente, la constitucionalidad de los actos ejecutados por el señor Balmaceda. Han encontrado razones en qué apoyar sus no sabemos interesadas opiniones; pero ¿qué dirán de este conflicto entre el poder judicial y el ejecutivo? ¿Se pretenderá que es constitucional también el decreto de supresión de las cortes de justicia?

Uno de los argumentos aducidos en el exterior y dentro del país

para condenar la legalidad de la revolución estriba en que el antiguo congreso debe expirar el día 1.° de Junio del año en curso (91).

El nuevo congreso nombrado mediante una ridícula forma de elección por el señor Balmaceda, empezó á funcionar antes de la fecha señalada en la Constitución para principiar las anuales sesiones ordinarias.

Si tan observante quería mostrarse de la Constitución el señor Balmaceda, ha debido por lo menos esperar, para convocar su Congreso, esa fecha. Quienes defienden la constitucionalidad de los actos ejecutados por el señor Balmaceda habrán de responder algún día ante la historia, cuando ésta trate de narrar los presentes sucesos, de dónde sacó el Presidente de la República la facultad de convocar congresos constituyentes y la de suprimir en todo el país la administración de justicia. ¿De que dispone la Constitución que todo le es lícito para conservar el orden público? Pues así á cada triquitraque tendremos presidentes como el actual, capaces de privar de la vída á la mitad de los ciudadanos del país y de apoderarse de todos sus bienes en nombre del orden.

Pero los nuevos legisladores; esto es, el mismo señor Balmaceda, debió de comprender que había habido mucho de abuso en la administración cuando se apresuró á dictar una ley por la cual se declaraban legales todos los actos ejecutados que pudieran envolver el defecto de ilegalidad, ley expedida en mayo, con efecto retroactivo, para hacer resaltar más el principio moral que presidió á su expedición.

Más adelante nos ocuparemos del decreto que convocó el Congreso llamado Constituyente; por ahora volvamos á los tribunales militares: su establecimiento requería, como dicho se está, la supresión de las Cortes. La noticia que nos llegó, no de supresión sino de destitución de los señores ministros, dio mucho que hablar á los prisioneros.

—Faltaba ese decreto de destitución de los magistrados para que Balmaceda llegara al pináculo de la gloria, decía uno de los abogados.

—¿Y quién conocerá ahora de los diferentes delicados negocios sometidos á la jurisdicción de los tribunales? preguntaba otro.

—Los militares, respondía un tercero, entre quienes figuran hombres muy entendidos en materia de jurisprudencia.

Y unos con burlas y otros seriamente comentaban el famoso decreto que aun no había llegado á nuestros ojos.

El día debía señalarse por un acontecimiento más singular que la noticia de la supresión de los altos tribunales de justicia: la solicitud del joven Magalahès tuvo en el ministerio favorable resultado: se había accedido á su libertad bajo fianza que se otorgó por $ 5,000. Debió de persuadirse el señor Godoy, jefe del Gabinete, de que la narración de la manera como había sido reducido á prisión el expresado joven no había de ser causa que aumentara notablemente el desprestigio del ministerio, por lo que le permitió salir á elegir en las calles auditorio más numeroso para su episodio. Por demás está agregar que Lezaeta fué instruido de él personalmente por el protagonista, en la tarde del día anterior, última persona á quien lo refirió con todos sus detalles.

Un incidente por demás desagradable vino á turbar la relativa tranquilidad de que gozábamos: la provisión de vino se hacía por medio de suscripción colectada por el ecónomo—que así llamábamos al encargado de la custodia de frutas, conservas, etc.,—entre las personas que estaban en posibilidad de hacer la erogación sin grandes sacrificios. Este ecónomo, de quien adrede no he querido hablar, había dado en la pésima costumbre de hacer, sin manifiesta necesidad, demasiado frecuentes sus exigencias, lo que fué notado por varios de los contribuyentes, quienes, si bien no se negaban á contribuir, exigían más moderación en los gastos.

Prado manifestó terminantemente que el vino suministrado era de pésima calidad y que en lo sucesivo él compraría el que necesitase, en la convicción de que así lo obtendría mejor y más barato, por lo que se negó á dar cuota para la caja común.

La negativa de Prado á contribuir para la provisión general de vino, fue pretexto suficiente para que el ecónomo declarase en la comida que sólo tendrían derecho á tomarlo quienes habían contribuido, declaración que produjo casi un escándalo, pues fué hecha con motivo de una petición para obsequiar á un militar de los más pobres pero más generalmente estimados.

Se supo por este incidente que dicho jefe no había podido contribuir con dinero para la provisión de vino y este solo conocimiento disgustó profundamente á todos los caballeros contribuyentes, quienes hasta entonces habían ignorado la situación pecuniaria de algunos de nosotros ó si habían deseado conocerla era con el objeto de aliviarla en lo posible; pero en ningún caso para autorizar una humillación semejante á la que acababa de sufrir el militar de nuestra referencia.

Matte, Lisboa, Puelma Tupper, etc., etc., protestaron enérgicamente contra el procedimiento del ecónomo; y por continuar en discusión de cosa tan desagradable, dos caballeros casi riñen de hecho, pues uno de ellos se empeñaba tenazmente en que el otro debía haber hecho cesión de todos sus bienes en favor de la causa de la revolución, empeño por demás exagerado que tenía más de comunismo que de justicia.

Estas tendencias comunistas en el interior de la cárcel, donde prácticamente existió al principio comunidad de bienes, no me sorprendieron tanto como las que afuera se sostenían en la prensa.

En los artículos de La Nación se veía que el pensamiento de sus inspiradores era indudablemente, si la prodigalidad no era bastante para mantener en torno de la dictadura algunos pocos adeptos, hacer propaganda de comunismo, á fin de incitar al pueblo á formar coro para exhibir fuerza, sin parar mientes en la moralidad.

Guerra tenaz á la oligarquía era el lema de los papeles que se publicaban; y en cada artículo se registraban los calificativos más apropiados para convencer á los inocentes de que la revolución no tenía más fin que perpetuar en el mando á unos pocos especuladores ansiosos de vivir del ajeno trabajo.

Embozadamente se le dijo al pueblo que el triunfo significaba repartición; que la revolución la hacían los que tenían y que era preciso vencerlos para gozar de sus bienes.

Peor fe no hubo jamás en parte alguna.

Lo peor de todo, que unos cuantos llegaron á creer en la posibilidad de ver realizados estos ofrecimientos y adhirieron á la causa con candor igual á su ignorancia.

Los principios socialistas se abren fácilmente camino en la mente

de aquellos á quienes poco favoreció la fortuna. Quien nada tiene encuentra muy natural la división, siempre que le sea favorable, de la propiedad del que algo posee.

Estos recursos á que apelaba la dictadura síntoma eran de evidente decadencia, porque atestiguaban una lastimosa desconfianza en la fuerza moral, que es la verdadera *alma mater* de todo gobierno y de toda agrupación.

Este pretendido apoyo buscado en el comunismo me hace recordar lo que pasó en una de las repúblicas del norte ahora pocos años: los conservadores se habían alzado en armas contra el poder liberal que presidía la nación; y como no tuviesen bandera política que exhibir para entusiasmar á las masas, apelaron á la iglesia, la cual no en pocas ocasiones ha prestado sus pabellones para proteger y amparar ambiciones.

Sabido es que el fanatismo, causa de la decadencia de España, fue trasmitido con el idioma, á las colonias americanas, como lepra que ha entorpecido el progreso durante muchos años en ellas.

Las guerras civiles en el Ecuador y Colombia han tenido mucho de las antiguas cruzadas. Las doctrinas políticas han buscado por base el catecismo del padre Astete, y esto ha dado margen á encarnizamiento sin igual y á desventuras sin cuento.

Asustados los liberales con el recurso de que echaron mano los conservadores, pensaron seriamente en llamar al pueblo por medio del comunismo; mas no faltó un hombre cuerdo que aconsejara que antes de proceder de manera tan inconveniente, preferible era presenciar el triunfo del partido opuesto, el cual, al fin, tenía por base fuerza moral y propósitos sanos.

Los hechos demostraron que no hubo necesidad de paso tan desorganizador: la mayoría de la opinión, favorable á los liberales, se impuso irresistiblemente y selló su triunfo de una manera espléndida en los campos de batalla.

Las tendencias socialistas de los á láteres de Balmaceda no pasaron en Chile de uno que otro mal urdido artículo en una prensa tan desprestigiada como la causa misma y acaso más.

El pueblo chileno es uno de los más sensatos: no se deja sedu-

cir por falsos halagos ni lo entusiasman causas que no tengan por base el patriotismo.

Bien puede en los momentos en que el triunfo embriaga tanto como el alcohol, cometer desacatos á la propiedad, como resultado de su momentánea ofuscación; pero de seguro que la persecución de la propiedad no será en él móvil de sus acciones como colectividad.

El socialismo no tiene raíces en Chile, por más que en la sociedad no se distingan con verdaderos caracteres sino dos clases, caballero y *roto*, y falte esa clase media acomodada y próspera, trabajadora é industriosa, que en otros países contribuye a mantener en equilibrio los polos sociales.

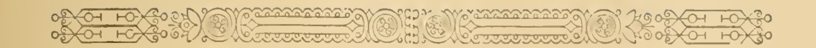
Hablo del socialismo en lo que pudiera llamar su forma práctica y no de los principios científicos que tratan de establecer la marcha compatible del capital y el trabajo en sus múltiples aplicaciones á la producción.

El número de prisioneros no debía disminuir, sino aumentar ó permanecer el mismo. El Dictador se complacía en tener gente en la cárcel para solaz de guardianes, quienes, dicho sea de paso, estaban sacando su vientre de mal año, unos con fingida amabilidad, otros con apariencia de encubrir la entrada de cartas y noticias; todos con arte.

Mientras Manuel Barros Barros permaneció en la cárcel mantuvo á subvención no solo al guardián de nuestro patio sino á los criados que del Restaurant Santiago nos traían la comida. Los papeles clandestinos llegaron á tener precio fabuloso, y los criados se los procuraban á porfía halagados por la espectativa de la remuneración; aun sufrían con paciencia los azotes que más de una vez les propinaron, siempre que les permitieran el negocio.

Lo que los inquietaba é infundía temor era que no les permitiesen la entrada, como sucedió con dos de ellos, quienes es posible que aun no estén conformes con tan arbitraria prohibición.

Decía que el número de los prisioneros no había de disminuir: el joven del cuento de interminable repetición, ó sea Magalhaês fue reemplazado por Fernando Irarrázabal, procedente de Rancagua, de donde vino enviado por el Goberdador al Intendente de Santiago.



2 DE FEBRERO

Susto de un gastrónomo.—Suplemento de La Nación.—Primeros rumores de la toma de Iquique.—Los detalles hacen inverosímil la noticia.—Dos miembros del tribunal militar presentan sus renuncias.

Los redactores de La Nación debían tener perfecto conocimiento de nuestros gustos, tendencias é inclinaciones: cuando no nos regalaban una mentira de esas grandes como templos, se complacían en mortificar á algunos de nuestros compañeros, aunque tales redactores no gozacen inmediatamente de las fruiciones que la mortificación habría de proporcionarles.

Debieron de averiguar cómo gozaba con la comida del Restaurant Santiago al gastrónomo aquel tan parecido á Heliogábalo, pues le prepararon por medio de un suplemento el mayor de los sustos que ha pasado en su vida, superior al que experimentámos todos á la salida del cuartel de policía de Valparaíso, cuando no dábamos un comino por nuestras vidas.

Decía el memorable suplemento que el Gobierno había tomado la muy cuerda resolución de hacernos comer á todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, los frejoles que se sirven á los prisioneros vulgares; agregaba, para paliar la resolución, que las cuentas con el dueño del Restaurant no habían sido arregladas satisfactoriamente.

Cualquiera pudo barruntar por la última parte la falsedad de la primera; pero el suplemento produjo los efectos calculados para su publicación: nuestro gastrónomo, escuchada su lectura, se alarmó notablemente.

En esta ocasión pudimos convencernos de que la fuente principal de la verdadera inspiración es el propio sentimiento. Oradores á lo Castelar ó á lo Isidoro Errázuriz son excepciones determinadas por el genio que anima á esos hombres; discursos de elocuencia conmovedora pronuncia cualquiera que esté poseído de la materia que trata. Larmig sostiene en las *Querellas del vate ciego* que no hay pensamiento grande que no sea hijo de un gran dolor y que los sublimes dolores crearon á los Homeros y á los Cervantes.

Estoy con Larmig; pero tal vez no estuviera de no haber escuchado la disertación hecha por nuestro compañero sobre la arbitrariedad de la disposición adoptada ó próxima á adoptarse por el Gobierno.

Si mal no recuerdo, creo que fue Clemencín quien primero señaló el discurso de don Quijote á los cabreros como rasgo de elocuencia sublime. Yo hubiera querido que el hábil anotador de Cervantes escuchase el pronunciado por nuestro gastrónomo, á ver si no lo había puesto en primer término.

Y tuvo el talento especial de no tomar el asunto como propio; y aquel hombre de pocas palabras y menos luces, nos demostró á los que formábamos su reducido auditorio que si él, nacido en cuna humilde, podía soportar tamaña afrenta, ninguno de nosotros debíamos permitir que el insulto del Dictador llegara hasta comprometer la salud de don Alejo Barrios ni la de Ricardo Matte, personas acostumbradas á la regalía de la mesa y á las comodidades del hogar, delicadas por educación y por temperamento.

Ignoro si sus citas fueron reales ó si se las sugerió el entusiasmo; pero es el caso que nos citó con nombres propios lo ocurrido en Polonia; lo que sucede en el día con los proscriptos á Siberia; cómo los fanáticos de la revolución francesa habían privado de todo menos de alimentos á sus Majestades; y que el feroz Guzmán Blanco en sus inícuas prisiones cuidaba á sus víctimas con escogidos alimentos.

Me fue imposible retener cuanto dijo disparatada ó cuerdamente; mas recuerdo bien que Espejo (Alberto) lo contuvo en sus elocuentes expansiones observándole que todos comeríamos frejoles

menos sus defendidos, pues ellos y otros más tenían cómo hacer, llegado el caso, los milagros de Lavoisier, de quien cuentan que por lucir sus habilidades de eximio químico fabricó en cierta ocasión un jugoso asado de la suela de un zapato.

No faltará quien me diga que esto es falso: yo tampoco lo he creído; pero el no creerlo me parece que no me inhabilita para contarlo ó para repetirlo pues contado está hace mucho tiempo.

El suplemento, como digo, produjo sus efectos: nuestro gastrónomo casi muere de hambre al pensamiento solo de que pudiera llegar el caso de vernos reducidos á frejoles.

Cuando se persuadió de que éramos él y otros más los expuestos á tan vulgar alimento pensó en su casa, en la que el asado, la sopa y el puchero jamás faltaron en su mesa; y entre suspiros y maldiciones lamentaba el estado del país y otras cosas por el estilo.

Fue necesario que el viento trajese desde las rejas de la cárcel hasta la altura de sus narices el apetitoso olor á pescado condimentado en las cocinas de Gage, muy conocido por él, para que saliese de su estupor, calmase sus inquietudes y se persuadiese de que lo del suplemento no era más que una simple broma preparada con ánimo perverso en las oficinas de redacción del mentiroso diario.

El lector habrá notado, si ha tenido espíritu observador, cómo los acontecimientos que se han de cumplir en fuerza de una ley fatal inexplicable, se anuncian generalmente con anticipación poco ó mucho antes de que se verifiquen.

Citaré un solo caso que me viene á mientes tal vez por la importancia que tuvo: la derrota de Nopoleón en Waterloo se supo en Londres antes de que se consumara. Tratando de explicarse este hecho, algunos sostienen que uno de los Rostchild, marchó á escape, cuando ya era seguro el resultado, á negociar los papeles que podían bajar con el desastre.

Es posible que esto haya sucedido; pero existe la creencia de que el hecho se supo antes de que sucediera, y si el caso no fue efectivo en lo referente á Waterloo, se han presentado muchos otros que no dejan duda de la existencia de lo que llamaban los españoles en otro tiempo el correo de las brujas, que algún día

Edison con la electricidad ó Charcot con el hipnotismo y la sugestión habrán de explicarnos satisfactoriamente.

Comentando primero el discurso de que he hablado y luego el susto de quien lo pronunció, andábamos la mayor parte de los prisioneros cuando llegó la noticia de la toma de Iquique por la Escuadra. Procedía del exterior, como llamábamos, no sin razón, los encarcelados, al mundo que no estaba comprendido dentro de las cuatro paredes que nos circundaban, y venía con caracteres que por muy minuciosos nos infundieron sospechas acerca de su verosimilitud.

Iquique se había visto rodeado, según la versión llegada, por fuerzas que lo atacaron por el interior, procedentes de Pisagua y por el mar, por la Escuadra. Se mostraban con pelos y señales los puntos por donde se habían verificado los desembarcos para flanquear la ciudad. Que el batallón tal, al mando de Fulano, desembarcado por Cavancha había ocupado el Club hípico; que el batallón cual mandado por Mengano, desembarcado en el Colorado, había tomado posesión del hospital y uno de los fuertes; que el coronel Canto había completado el éxito con las fuerzas que de Pisagua había traído; que la Escuadra no había tenido necesidad de bombardear, etc., etc. Señalóse el número de muertos y aun se calculaba el de los heridos.

La batalla había sido terrible por lo encarnizada; las fuerzas constitucionales habían flaqueado al principio por su escaso número; pero á la vista de la bandera de la patria enarbolada cerro abajo por la gente al mando del coronel Canto, habían cobrado valor y dado una carga formidable. Aun se dijo que Salinas, el intendente de la provincia, se hallaba preso en una de las naves, lo mismo que los jefes principales de las fuerzas del Dictador.

Todo esto no podía menos que entusiasmarnos; mas debo confesar que el entusiasmo fue efímero: analizada la noticia con mayor detención la hallámos todos tan inverosímil que no vacilámos en desecharla por falsa.

Había dos consideraciones especialísimas que nos inclinaban á ello: las caras de los alcaides, barómetro seguro para muchos de nosotros, y el no haber dispuesto el Dictador que procedieran á

incomunicarnos, lo que sucedía con precisión cuando le llegaba desfavorable noticia, como si los que adentro estábamos tuviésemos alguna participación en sus desastres.

Lo teníamos muy bien sabido: cuando don Vicente Alvarez nos comunicaba haber recibido orden directa del Ministro para aumentar nuestras torturas, era seguro que algo había ocurrido favorable á la causa.

Era entonces cuando el comandante Ramírez hacía estremecer el edificio con un «mejor!» que bien podía haber sido escuchado no digo en la Moneda, hasta donde llegaban las risas de Hübner, sino en el mismo Iquique, donde el estampido de los cañones debía de haber apagado el eco de la voz humana, y entonces cuando todos nos mirábamos con ojos centelleantes que reflejaban la impresión recibida, miradas con que nos comunicábamos el íntimo convencimiento de un triunfo obtenido ó por lo menos de una ventaja alcanzada.

Mucho comentámos la noticia antes de desecharla por falsa y muchos hubieran acariciado la esperanza de su efectividad si Ricardo Matte y don Alejo no nos sacan de dudas, asegurándonos que ninguno de ellos había recibido confirmación del suceso.

Como ellos eran las únicas fuentes de nuestras informaciones fidedignas, á ellos acudíamos cuando queríamos poner en evidencia algún hecho ó persuadirnos de su inexactitud.

El tribunal nombrado por el Dictador para juzgarnos, tribunal que desde hacía días venía funcionando de una manera que nadie sospechaba, pues á su presencia no había comparecido ninguno de los prisioneros, por lo que ignorábamos qué cara tendrían nuestros jueces, paralizó sus penosas tareas por la renuncia que presentaron dos de sus miembros.

Largo sería relatar las opiniones á que dio pie la renuncia.

—Renunciaron porque los otros querían fusilarnos, sin fórmula de juicio y tuvieron ápice de conciencia que determinó en ellos la resolución de no autorizar tantos crímenes.

—Mal informados andan Uds. La renuncia fue presentada porque el Dictador quería á toda costa que los nuevos jueces no pensasen ni obrasen sino en virtud de las inspiraciones que sus Ministros les sugerieran.

—Tampoco. La renuncia no tiene más causa sino la salida de entrambos miembros á hacerse cargo de nuevos batallones recién organizados en el sur.

Y en conjeturas semejantes se perdían momentos que pudiéramos haber consagrado á la lectura ó á hacer cosa más útil, aunque en la cárcel no fuese dable aprovechar el tiempo tan bien como en nuestras casas.

Es evidente que no fue sentimiento de dignidad ni acatamiento á la conciencia lo que determinó la presentación de la renuncia. Dignidad ni conciencia tuvieron nunca los que acompañaron al Dictador. Bajeza sí y mucha para plegarse á sus caprichos.

Si algo de nobleza hubiera habido en la renuncia, los jefes que la presentaron habrían caído inmediatamente en desgracia; como que los tiempos no estaban para deliberar con independencia sino para obedecer con ceguedad.

Balmaceda no habría permitido que persona alguna y mucho menos un militar entrara á examinar los actos de la conciencia propia.

Los militares independientes como Álamos, Ramíres, Gatica, Soto, los Larenas, Bravo etc., estaban haciéndonos compañia ó peleando en el norte por la restauración del derecho.

Y precisamente divagábamos sobre la causa de la renuncia cuando se presentó don Vícente Alvarez, quien nos dejó más perplejos aun con la contestación que nos dió al preguntarle cual era el motivo, por lo menos ostensible, de ella: «Sé que renunciaron; pero ignoro por qué.»

—Pues sabe Ud. tanto como nosotros le dijo Guzmán Achurra, quien estaba envalentonado con las esperanzas de libertad que le había dado su señora, la cual, como hemos dicho, se había puesto en campaña para que le entregaran á su esposo.

Ignorado quedó al fin la causa de la renuncia. Verdad es que no hicimos diligencia para averiguarla, pues el asunto tampoco valía la pena de consagrarle mucho trabajo.

Era suficiente para nosotros saber que dos miembros del tribunal habían renunciado para darnos el gusto de pensar que tal vez las renuncias no habrían sido muy del agrado del Dictador.

———

3 DE FEBRERO

Martín Prats en la mesa discutidora.—Reformas á la obra de la creación.—Deserción de Prats.—Razones que la justifican.—Alarma causada en la ciudad por la situación de los Bancos.—Carta á Eleodoro Bravo y contestación.

Martín Prats Bello había sucedido en la mesa discutidora á Carlos Ríos González con ventaja para los demás comensales y para todos nosotros, pues moderó en mucho el espíritu belicoso de sus compañeros é hizo disminuyeran los acalorados discursos de Hübner y se acortaran las fantásticas relaciones de Brizeño.

A la manera que los académicos de la real de España hacen ó suelen hacer la apología del Excelentísimo á quien suceden en la ingrata tarea de limpiar y dar esplendor á la lengua que nosotros estropeamos, Prats pronunció *sotto voce* una oración sobre los méritos de Ríos González; sino que en esta vez el predecesor no quedó muy bien puesto á los ojos de los demás, pues sirvió de tema al discurso la ingrata deserción de que ya tenía noticia exacta el recién iniciado en ese sanedrín que componía gobiernos y llevaba sus pretensiones hasta corregir la obra sapientísima del autor de todo lo creado.

Y no se crea que hay en esto la menor exageración: Hübner, por ejemplo—y no sé si alguno de los otros—no puede convenir en que tengamos dos ojos en la cara, pues sostiene que para ver lo que hay delante uno solo basta, como lo adreditan los tuertos, y que el otro debería estar en la extremidad del índice de la mano derecha, así para poder mirar en todas direcciones y apercibirnos á los golpes que nos asestan por la espalda, como para poder amenazar

a las pulgas que tienen el talento especial de colocarse precisamente en el punto del espinazo á donde no alcanzan ni aun las manos de los rateros que son, como es sabido, las más largas en la especie humana.

Menos puede convenir en que la pantorrilla esté colocada en la parte posterior de la pierna. Los golpes, dice, cuando á oscuras caminamos los recibe el hueso cubierto por delante por solo la epidermis y son por esta causa tan dolorosos que arrancan lágrimas á los más fuertes. Colocada la pantorrilla en la parte anterior se evitarían estos dolores y los perros se llevarían gran chasco si hincaran sus caninos en el hueso pelado cuando, persiguiéndonos, nos alcanzan para satisfacer sus instintos feroces.

Otras modificaciones de menos importancia hace al cuerpo humano, hasta dejarlo más perfecto que cuando el Señor se entretuvo el sexto día de su obra en amasarlo con el lodo del paraíso.

Martín Prats comparó á Ríos González con los grandes tránsfugas desde Coriolano hasta nuestros días. Cuando llegó en su reposado discurso á Chile, supe muchas cosas que me parecieron inverosímiles; pero de las cuales he tenido ocasión de comprobar su exactitud más tarde y de persuadirme que muchos son lo que no parecen y parecen lo que no son ó por lo menos lo que no han sido.

A vituperar la conducta de Ríos González contribuyeron todos, especialmente los de la mesa de la cual había desertado, y por esto el discurso de Prats fue casi tan aplaudido como si hubiera brotado de labios de don Isidoro Errázuriz.

Yo que ocupaba en otra mesa puesto cercano al de Prats pude oírlo íntegramente y complacerme con sus elegantes períodos. El mismo Chaparro se había quedado en pie detrás de la silla de Prats oyendo la disertación.

Brizeño decía que el príncipe de Talleyrand, apesar de sus impiedades, se había hecho recomendable por su ejemplar fidelidad á la causa que abrazó desde el principio de su célebre carrera.

Hicieron el caso más grave de lo que en realidad era, pues poco importaba en verdad que Ríos González comiera aquí ó allí. No obstante, son muy disculpables estos excesos de celo, si pensamos

que estábamos en una prisión y que sobraba el tiempo para estas expansiones del espíritu.

No debe sorprender que Lisboa se ensayara en las discusiones: germinaba en su cerebro la idea de representar á su departamento en la Cámara, si el triunfo de las armas hacía posible la presentación de su candidatura y los trabajos electorales consiguientes.

Misterios del corazón! Martín Prats, el iniciador de la propaganda contra Ríos González no alcanzó apenas á durar en la mesa discutidora el tiempo suficiente para hacer todos los comentarios á su discurso de recepción: desertó también é ingresó como su antecesor á la capitana á repuntarse con don Alejo Barrios, Matte Pérez y Larraín Plaza.

Verdad sea dicha en disculpa de los desertores: Hübner no los dejaba comer tranquilos: á éste le escondía el pan en un descuido; el otro, al levantarse arrastraba la silla, porque el travieso Carlos Luis se la había atado á la falda del saco; las pelotillas de pan se cruzaban por los aires disparadas por Hübner de esa mesa y Lemus y Alberto Espejo de la nuestra, como medidas de represalias y á veces como proyectiles de guerra declarada, según era el tamaño de ellas y la certeza con que recorrían su camino para llegar al ojo ó las narices del adversario.

Y no es que allí fuéramos todos serios, pues en la cárcel como ya lo he dicho volvimos la mayor parte á las costumbres de colegio, sino que en ocasiones recordaban algunos la gravedad de las funciones que afuera habían desempeñado y en otras el ánimo no se hallaba dispuesto para bromas de niños.

La censura á Martín Prats fue más amarga que la hecha por él á Carlos Ríos: todos los argumentos de que se había valido su facundia quedaron en pie contra su propia persona, aumentados y corregidos por los compañeros.

La sobremesa del almuerzo se prolongó mecho más que de ordinario, así por el asunto de que se trataba como por el número de los que á ella concurrimos.

Ismael Larenas se presentó á protestar enérgicamente de la incibilidad del que había atentado con una pelotilla que tenía las proporciones de un pan entero contra su galoneada cabeza de capitán,

hecho inaudito que no le había ocurrido ni en su vida de colegio ni en la azarosa de los campamentos.

Demostrado perentoriamente que el proyectil no había sido lanzado á su cabeza y que sólo había llegado á ella de rebote del hombro de Arturo Prado, al cual fue directamente dirigida, se dio por terminado el incidente, como diría cualquier secretario de Cámara al redactar el acta de la sesión.

Quien poca parte tomaba á la sazón en estas pequeñas discusiones y comentarios baladíes era Anjel Custodio Espejo, á quien Daudet, Feuillet, Delpit, Zola y Gautier no le daban tiempo sino para pensar los unos en la realidad repugnante de los vicios, los otros en los infinitos pliegues de que esta formado el corazón del hombre.

Abstraído, meditabundo, siempre tenía algún problema que resolver sobre la mayor ó menor competencia de sus autores favoritos. Había hecho llevar á la cárcel lo más moderno de las producciones francesas para empaparse en el espíritu contemporáneo que tiene para él atracción irresistible.

La noticia del día anterior no había, como ya he dicho, tenido su origen en la cárcel. La ciudad entera estuvo á punto de celebrarla como efectiva, según era el empeño de La Nación en desmentirla y en asegurar que en Iquique todo estaba perfectamente tranquilo; que las naves de la Escuadra andaban por el océano sin rumbo definido, ni atreverse á nada por su impotencia y otra infinidad de cosas de que no habrá quien conserve memoria por lo falsas y mal intencionadas.

Una visita que llegó en la tarde nos aseguró que la noticia de la toma de Iquique no había causado tanta alarma como la situación de los Bancos, los cuales atravesaban un período de verdadera angustia, hasta tal punto que en los días anteriores se tenía por inminente una quiebra general. En efecto, el estado del país, la muy poca confianza que ofrecía el gobierno dictatorial, ciertas tendencias reveladas claramente de que se perseguirían los bienes de las personas acomodadas, á semejanza de lo que en otros países ha pasado por causas análogas, determinaron á los acreedores de los Bancos á retirar sus depósitos, determinación cuyos alcances puede

calcular cualquiera, aunque tenga pocos conocimientos en esta clase de negocios.

Recuerdo á propósito un hecho que ocurrió no ha mucho tiempo en uno de los Bancos de Londres, hecho que me sirve para dar idea de lo delicados que son estos negocios bancarios.

En inglés romper y quebrar se dicen de una misma manera. Frente al Banco de mi referencia ocurriósele á una mujer anciana darse tremenda caída cuyos resultados fueron la fractura de la pierna derecha.

Aunque todos estamos de acuerdo en reconocer que el carácter de los hijos de Albión es el más serio, un acontecimiento de esta naturaleza reune número de gente suficiente á impedir el tránsito por la calle.

Quienes pasaron á distancia del suceso oyeron la exclamación que la desgracia ocurrida á la anciana arrancaba á la generalidad; pero entendieron mal la cosa y en vez de llevar á los centros de la gran metrópoli la noticia de que á la anciana se le había roto una pierna, cosa que á nadie le importaba, esparcieron la de que el Banco estaba en quiebra.

Los acreedores acudieron en tropel á las oficinas del Banco á retirar sus depósitos; otro tanto hicieron los tenedores de billetes en solicitud de cambio por metálico: la asistencia de gente en demanda de rápido despacho fue infinitamente mayor que la que había concurrido á la novedad de la desgracia ocurrida á la anciana.

El Banco no estaba preparado para cosa tan extraordinaria. Improviso le exigían más de lo que podía dar.

A las diez de la mañana se había roto la bendita anciana la pierna y á las tres de la tarde se declaró en quiebra el Banco.

Nada tiene pues de extraño que los de Chile se viesen en tamaños apuros, retirados rápidamente los depósitos.

El Dictador comprendió que el hacer quebrar á todas estas instituciones no era cosa que diese prestigio á su poder: vio que la medida se colmaría; y que muchos hasta entonces indiferentes á la situación podrían declararse en contra suya, y dictó un decreto para componer en algo los negocios ó por lo menos para tratar de impedir la quiebra bancaria que habría sido otro grande escándalo para el país.

Dispuso, en consecuencia, prestar á los Bancos de Valparaíso, Nacional de Chile y Mobiliario un míllón y medio de pesos; suspender la incineración de billetes fiscales; acuñar otro millón en moneda divisionaria; hacer una nueva emisión de doce millones; y *por razón de órden público* nombrar interventores fiscales que vigilasen las operaciones bancarias.

Si hubo alguna disposición comentada en la cárcel fue ésta. Opinaron al respecto hasta aquellos que menos entendían del asunto. Sobre larga sería poco provechosa la tarea de narrar los comentarios del famoso decreto, que aumentó la deuda interna de la nación con la misma facilidad que crecían las desgracias de sus habitantes.

Muchos atribuyeron, tal vez con razón, la salida de Francisco Valdés Vergara á lo necesaria que era su presencia, como gerente del Banco de Valparaíso, para arreglar tan intrincados negocios.

El Intendente de la provincia debió de hallar que carecían de fundamento las recomendaciones especiales con que el de Rancagua le había enviado á Fernando Irarrázaval, ó el Ministro del Interior tuvo entre las muchas atenciones que el cargo le imponía momento de conmiseración ó sucedió alguna cosa semejante en las regiones donde la voz del Dictador hacía temblar, porque en la tarde llegó á la cárcel orden de poner en libertad al señor Irarrázaval.

No habíamos tenido ocasión de hablarle durante su corta permanencia entre nosotros; pero la espiábamos para hacerlo, y sólo se presentó cuando se despedía:

—¿Quiere Ud. hacerme el favor de decirme cual fue la causa que motivó su visita á estos recónditos lugares?

—La ignoro.

—Pero á lo menos sabrá Ud. cómo lo ponen en libertad.

—Tampoco.

Así venían y así se iban los que tenían la suerte de irse, sin saber por qué venían é ignorando cómo se iban.

Parecía todo esto suceso de novela escrita por mano poco hábil, en que los personajes aparecen cuando menos se piensa y desaparecen sin que el autor tenga la amabilidad de abrirles la puerta ó precipitarlos por la ventana.

Eramos todos como endriagos de pesadilla que pasan con rapidez suma de un punto á otro sin que pueda nadie darse cuenta de la manera cómo se verifican esas traslaciones, cuando no son instantáneas metamorfosis que convierten gigantes enormes en esclavos sumisos á nuestra voluntad, comparación aproximada, según sucedía fuera de la cárcel con quienes por gigantes se habían tenido y ahora, con padecimientos de atonía, no disponían de más voluntad que la indispensable para cumplir la del tirano.

Cada uno de los que se despedían de la cárcel causaba envidia, especialmente á los que fuera de ella podían prestar servicios importantes en el norte. En el número de los envidiosos figuraban en primer término los militares y entre estos se distinguía Alberto Larenas quien hubiera deseado ser pájaro para alzar el vuelo.

Eleodoro Bravo era otro de los entusiastas que hubiera dado un ojo de la cara por esponer todo el cuerpo en los combates. El Dictador ó mejor dicho los secuaces del Dictador lo habían vejado lo suficiente para que anhelara el momento de poder contribuir al castigo de los villanos.

Eleodoro había recibido recientemente una carta que consideró como un ultraje imperdonable, carta á la cual dio respuesta tan satisfactoria que le valió muchos apretones de manos de parte de sus amigos.

Son éstos documentos curiosos que no es posible dejar de insertar en mi relación para conocimiento de las personas que se dignen leerla.

Antes vaya una explicación: el Dictador carecía de hombres; tenía aun para los puestos más importantes que echar mano de las personas menos competentes; lo que no debe sorprender, pues hasta para nombrar secretarios del Despacho no podía, por falta de personas, hacer elección. Se conformaba con lo que la situación ofrecía, con lo primero que se presentaba.

No fue raro por este motivo ver á los sirvientes ostentando en el kepi galones de capitán, á los cocheros de tenientes y aun á rufianes de ciertas casas de pésima reputación con el uniforme de oficiales; que hasta eso quiso rebajar el Dictador, el buen nombre y el prestigio del mejor ejército de Sud-América.

Uno de éstos, hecho oficial de la noche á la mañana, fue quien escribió á Bravo la carta á que he aludido, la cual rezaba de este modo:

«Señor Eleodoro Bravo.
Pte.

Apreciado teniente.

Lamento que Ud. se encuentre encerrado en ese manicomio, en donde con seguridad no se encuentra muy bien.

Yo he sido nombrado subteniente del cuerpo de Gendarmes y como sé que Ud. ha colgado su espada, le ruego me haga el servicio de vendérmela, pues es lo único que me falta para presentarme á mi cuerpo á pasar revista de comisario mañana.

Con este motivo lo saluda á Ud. su atento y S. S.»

Y venía luego la firma del perillán que por manicomio tenía á la cárcel y probablemente por locos á quienes en ella nos hallábamos encerrados.

Bravo casi muere de rabía con la lectura de esta carta; pero con mejor filosofía tomó el asunto en lo que verdaderamente valía y respondió en estos términos:

«Yo no he colgado mi espada. Balmaceda me ha borrado del escalafón del Ejército, pero los actos de este señor son nulos desde el 1.° de Enero.

Bien pude irse Ud. á ..... y dejarme en paz.

Mi espada puede aun servirme para escarmentar á los infames que tiranizan á mi patria.—*Eleodoro Bravo*».

En los puntos suspensivos puso el valeroso teniente, precedida del artículo, la palabra aquella que inmortalizó Cambronne, según lo afirma Víctor Hugo, por la cual se ha visto este genio acusado de haberse anticipado á Zola en la creación de la escuela realista, tan en boga en el día.

Yo no he querido estamparla, apesar de ser la inseparable compañera de la exclamación entusiasta con que demuestra el roto chileno su amor profundo á la patria.



4 DE FEBRERO

Más prisioneros.—El cura de Casablanca y el diputado Balbontín.—Reuniones en las tardes.—Algo de lo que se conversa.—Llegada de Alejandro Frederick. Lo que refiere.—Brindis del alcaide Jara Quemada.—El señor Rojas en Valparaíso.—Causa principal de algunas prisiones.

¡Más prisioneros! Por lo visto el Dictador tiene el pensamiento de dejar á las poblaciones sin habitantes del sexo masculino. Y vienen de todas las condiciones sociales, de todas las profesiones conocidas.

Enumeremos á los que acaban de llegar á participar de nuestras amarguras: Alejandro Frederick, gerente de una compañía de remolcadores de Valparaíso; Lindorfo Rojas, sacerdote, cura párroco de Casablanca; Teófilo Rojas; Vicente Merino González; Pedro Ríos; Faustino Manríquez; Antonio Campos, pescador; Abraham Riveros, aguador; Emilio Carrasco, grumete; Julio Alfaro, pintor; Pedro Javier Morales; Martín Valdovinos, Secundino Huerta, fletero; Pantaleón Rojas, carpintero; Juan Francisco Astorga; Constancio Flórez; José Luis Barahona, zapatero; Juan Francisco Vergara.

Personas hay que creen á pie juntillas que Dios perdona los pecados más negros cuando á alguno de sus ministros se le hace un servicio; tienen el favor dispensado á los sacerdotes como agua del Jordan que limpia toda culpa; y buscan la ocasión de ostentar su piedad en esta forma que aun que reconocemos por muy humanitaria, le negamos la importancia que tales personas le atribuyen.

Hombres son de carne y hueso los ministros del altar, cortados todos de la misma estofa de que estamos formadas el vulgo de los

hombres: los favores que á ellos se dispensan tienen ó deben tener á los ojos del Altísimo valor igual á los dispensados á los demás.

El diputado Balbontín, aquel que despertó en mí recuerdos tan ingratos, después de haberle visto ayudando á la misa que nos rezó el clérigo Juan de la Cruz Flórez, en cuanto supo que á la prisión había llagado el cura de Casablanca, creyó que el Dictador estaba cometiendo el sacrilegio de acabar con la Iglesia chilena y se vino en el acto á la cárcel á ver en qué podía servir al señor Rojas.

Para él tan amigo de la dictadura, como que ya había protestado de que el acta de la deposición de Balmaceda fuera obra de la mayoría de las Cámaras, pues él siendo diputado no tenía conocimiento del suceso; para él las puertas de la cárcel estaban abiertas á cualquiera hora del día ó de la noche; de manera que no tuvo que hacer ningun esfuerzo, como no fuera el de la propia locomoción, para dar con el señor Rojas.

Facilitaba sus pretensiones el conocimiento perfecto que el Dictador tenía del personaje y la certidumbre, hija de tal conocimiento, de que el famoso diputado no iría al lugar de los detenidos sino por cosas que con la sacristía tuvieran atingencia.

No fue muy larga la conversación entre el señor párroco y el diputado; ni trascribirla nos es dable, pues el señor Rojas guardó al respecto tanta discreción como si hubiese oído en penitencia al visitante.

Pero las paredes de la maldita cárcel tenían más oídos que las de cualquier casa en Iquique, donde no se puede dormir en una manzana entera si hay en ella persona que ronque, gallo que cante, burro que las horas anuncie ó rata que persiga alimentos; y gracias á esa construcción acústica de la cual ya he hecho mención, se supo, con supresión de algunos detalles, el objetivo de la visita y los resultados de ella.

Balbontín, después de hacer méritos de la influencia que tenía y del prestigio de que en la Moneda gozaba, de exagerar su piedad cristiana y de enumerar los buenos servicios que á la religión católica le tenía prestados desde sus mocedades, concluyó por ofrecer al señor Rojas su fianza para ponerlo en libertad, y, según entiendo, su casa para que en ella pasara el resto del tiempo

que el destino tenía señalado para la decisión final de la contienda.

Rechazó el señor Rojas el ofrecimiento en términos corteses y apropiados á las circunstancias, sin que sepamos qué razones daría para determinarse á continuar en la prisión.

Fue Lemus el primero que me dio noticia del rechazo, agregándome que la causa de él no era otra sino la repugnancia invencible del sacerdote á aceptar los servicios de un traidor.

El cura, me decía Lemus, nos ha dado ejemplo de carácter levantado: ha rechazado con loable energía, como acto de bajeza, lo que muchos otros hubieran aceptado como favor inapreciable.

No faltó quien la negativa atribuyera á otras causas de que no haré adrede mención, porque ninguna de ellas honra al diputado y tal vez fueron conjeturadas con ánimo inspirado por la pasión.

El caso efectivo es que Balbontín ofreció al señor Rojas libertarlo bajo su fianza y que el señor Rojas continuó en la cárcel, con gran contentamiento y satisfacción de los que formaban la república del patio núm. 8, al cual ingresó el simpático cura de Casablanca.

Teníamos establecido, como costumbre ya inveterada, reunirnos en la tarde, después de la comida, cerca de la segunda puerta que pone en comunicación con el patio el corredor que separa las celdas de aquél: y nos reuníamos allí porque era ese el lugar elegido por don Alejo y por Ricardo Matte para comentar los sucesos del día.

A estas tertulias no faltaba al principio ninguno: los asientos eran objeto de disputa: generalmente cada cual traía el suyo del comedor para oír más cómodamente la general conversación, siempre entretenida y animada.

Presidía don Alejo, sentado en una silla de brazos, arropados los pies con una manta que le caía desde las rodillas; á un lado, separado regularmente por cuatro ó cinco oyentes, entre los que figuraba José Miguel Lara, para quien habría sido crimen alejarse gran trecho de don Alejo, se sentaba Ricardo, en su silla de viaje, echado hacia atrás, contemplando, cuando callaba, las espirales del humo del puro que subían á lo alto, como esbirros de Balmaceda, para desaparecer como ellos al soplo de la brisa; y esparcidos

sin orden, disputándonos comodidades de vecindad y asiento, los demás prisioneros, como abejas que se desprenden momentáneamente del enjambre para volver á él en otro sitio.

Larraín Plaza, de genio inquieto y de imaginación traviesa, interrumpía de cuando en cuando la conversación para referir una anécdota que escandalizaba á algunos y hacía reir á todos.

No me gustaba oír hablar de política á don Carlos Montt: prefería escucharlo cuando se trataba de campo; entonces se animaba y describía con tal viveza los episodios del fundo de don Fulano, que nos hacía asistir en espíritu á las escenas que nos refería.

Había entre sus protagonistas un *huaso* que pasado algún tiempo más creeré haberlo visto, como creo hoy haber presenciado ahora veinte años muchas cosas que sin duda no presencié. Se verifica en eso uno de los fenómenos más explicados por la filosofía.

Era el tal *huaso* un desalmado que vendaba los ojos á su *manco* favorito; le hincaba en los hijares las enormes espuelas, le hacía llegar al borde de un precipicio, sobre el cual quedaba ligeros segundos, el cuerpo sobre las patas traseras, las delanteras en el aire, mientras daba rápida vuelta, como *clown* de circo, hasta quedar inmóvil y nervioso en posición exactamente contraria á la que había tenido en la carrera, ni más ni menos que si tomáramos la estatua de San Martín y la hiciéramos girar hacia Occidente.

Ignoro si este y otros casos que don Carlos nos refería pueden ser aceptados sin inconveniente alguno ó si debemos quitarles algo, como la venda de los ojos, para dejar que el animalito vea siquiera por donde va y calcule el peligro á que lo espone su ginete por el solo deseo de lucir su docilidad en obedecer al freno.

Menares y Chaparro sostenían haber sido testigos de cosas semejantes y aun más extraordinarias; y á continuación hilvanaban uno con otro diez mil sucesos de otros tantos compadres y compinches.

Al principio, como he dicho, ninguno dejaba de asistir á estas tertulias de la tarde; mas no faltó mal inclinado que distrajera á gran número con el *julepe*, un juego de naipes que nos mantuvo en ruina á todos los jugadores, pues aunque los capitales que en las apuestas se cruzaban eran por demás limitados, al fin de cada sesión los últimos que de ella se levantaban ó nos levantábamos,

sólo nos repartíamos fósforos descabezados, que representaban grandes valores, como el papel del gobierno, con la diferencia que nuestra moneda se depreciaba inmediatamente, tan inmediatamente, que levantada la sesión no había quien diera por un fósforo diez centavos, así representara quince ó más pesos.

Los que jugaban, quienes conversaban paseándose, aquellos que á las últimas claridades del día devoraban los renglones finales del capítulo más importante de la novela que leían, todos suspendimos la tarea á los entusiastas hurras con que era saludado Alejandro Frederick, que había llegado de visita del patio núm. 8, y todos nos fuimos al foco de la habitual tertulia donde acababa de tomar asiento el recién llegado, después de los abrazos de los amigos y de los apretones de manos de los conocidos y por conocer.

Frederick, hermano político de don Jorge Montt, el jefe militar de la revolución, venía de Valparaíso á cumplir los diez años de presidio á que había sido condenado por el tribunal militar de aquel puerto.

Yo que no le conocía lo tomé por un turco y aun llegué á pensar que aquellas salutaciones tan entusiastas eran dirigidas á un gran pachá, representante del gran sultán, que habría llegado á Valparaíso en algún buque de guerra otomano.

En breve me persuadí de mi equivocación y me convencí que lo único turco que traía don Alejandro era el gorro colorado que le cubría la cabeza, del cual se enamoró Lemus con más pasión que de las cachimbas, cuando llegó de ellas la moda hasta nosotros.

Ocupó Frederick asiento inmediato á don Alejo y dió principio en medio de silencio profundo, á la descripción de las peripecias que á bordo de una lancha remolcadora había pasado y de la vida que en las naves se llevaba; del entusiasmo que reinaba, y de las esperanzas fundadísimas de triunfar en poco tiempo.

Todos callámos y abríamos las ventanillas de las narices como queriendo aspirar el olor á buque y á océano que imaginábamos debía llevar en sus vestidos Frederick, por más que ya hiciera tiempo estaba en tierra.

Las peripecias de la lancha son para oírselas referír á él si aun conserva memoria, lo que no pongo en duda, del rato amargo que

le hicieron pasar desde la orilla algunos soldados del Dictador.

Cruzábanse las balas con siniestros silbidos por encima de su cabeza, cuando él acompañado de unos pocos hombres resueltos trataba de llegar á todo vapor á uno de los buques de la Escuadra. ¿Cómo escapó á aquella lluvia de balas? El mismo no puede explicárselo, ni explicarse puede tampoco cómo escaparon de tan grave peligro las demás personas que lo acompañaban.

A bordo había un entusiasmo increíble. El pudo calcularlo porque había asistido á una comida en el Blanco Encalada, amenizada con los acordes de su banda de música, comida en la cual no se habían dicho cosas muy buenas del señor Balmaceda, lo que se comprende perfectamente si consideramos que en aquella nave estaban los jefes principales de la revolución y Enrique Valdés Vergara, el alma de ella, á la sazón secretario de la Escuadra.

De los brindis pronunciados conservaba memoria fresca Alejandro. De ellos solo podremos decir nosotros que debieron de ser verdaderamenie improvisados y originales, como que en la historia chilena hay pocos modelos para casos semejantes, á diferencia de lo que acontece en los entierros, que todos sabemos, cuando á ellos asistimos, lo que con algunas variantes habrán de decir los oradores.

La relación de Frederick, oída sin que la interrumpiera ni la más leve risa de Carlos Luis Hübner, hizo que á la mayor parte se les hiciera la boca agua por estar en la Escuadra.

Angel Custodio Espejo, maldecía la hora en que habiendo podido quedarse á bordo, no lo había hecho, pensando que cuando más apercibido lo intentase, hallaría el camino tan expedito como el 7 de Enero por la tarde.

Siempre me decía Angel Custodio que él había esperado en vano durante su visita hecha á los buques una ligera insinuación para quedarse á bordo; pero que como nadie lo había invitado volvió á tierra con la esperanza de ser mejor recibido la segunda vez.

Desgraciadamente no le dieron tiempo de repetir sus visitas marinas.

Terminada la relación de Frederick dio razón de los compañeros que andaban en las naves: todos gozaban de salud perfecta y estaban

animados por una fe superior á la que tuvo en vida Santa Teresa respecto de la salvación de su alma.

En pos de la visita de Frederick nos dedicamos unos á la lectura; otros al *julepe*, estos al tresillo y aquellos á la *brisca*, cada cual, á pasar el tiempo según sus inclinaciones y gustos en cuanto nos permitían cultivar las primeras y dar rienda á los segundos.

Otro ruido, tan estrepitoso como el formado por la llegada de Frederick vino á llamar nuestra atención.

Al salir del comedor, donde me encontraba, hallé á don Carlos Montt que á él se dirigía.

Mal hecho, me dijo don Carlos, muy mal hecho, porque eso viene á redundar en perjuicio nuéstro. Mañana lo sabe el Intendente y nos aprieta la clavija. Ya verá Ud. que viene la orden de incomunicación, antes que el día.

No tuve necesidad de preguntarle qué significaban sus palabras. Tenía al frente el cuadro vivo que me dio la explicación: Jara Quemada, un vaso de ponche en una mano, arrancaba aplausos á un reducido auditorio. Brindaba por la felicidad de los pueblos latinos; y, arrastrado en su dircurso por frenesí inusitado, sostenía haber aceptado el puesto de alcaide exclusivamente por ponerse á nuestro servicio, como medio eficaz de aliviar nuestros padecimientos; que otro se habría manejado con menos cordura y tal vez con malos modales; pero que él tenía conciencia de habérsenos hecho simpático, porque todas sus acciones iban encaminadas á obtener ese resultado.

Esta parte de la oración del alcaide fue lo que tantos aplausos había merecido.

Me acerqué al grupo que escuchaba y supe que lo del ponche era travesura de Menares, el ecónomo, de Alberto Espejo, Juan Sosa y otros más que habían querido saber los quilates del alcaide como tribuno.

Don Alejo improbó también el ensayo de los traviesos; pero esto no impidió que Arturo del Campo, Navarrete, Carlos Williams, Sosa, Durán y otros pasaran la noche más agradable, merced á la facundia del alcaide, quien estuvo verdaderamente inspirado.

Juzgo al lector que haya tenido la paciencia de acompañarme

hasta aquí, suficientemente instruido del carácter de Tristán Plaza, nuestro primer verdugo en Valparaíso.

A manos de este energúmeno había ido á dar de Casablanca el señor Rojas, cura del lugar, poco tiempo después de haber sido reducido á prisión. Por supuesto que ni el carácter sacerdotal que investía ni la dulzura del propio, fueron parte á que en él se hiciese excepción de la manera como eran tratados los que á aquel antro llamado cuartel de policía tenían la desgracia de llegar.

Privado de comunicación, en calabozo oscuro y tratado como el más peligroso de los rateros, estuvo el señor Rojas mientras permaneció en las prisiones del puerto.

Fue para él fortuna no pequeña que determinara el Dictador su translación á Santiago, donde halló gente civilizada, así entre los alcaides, como entre los que debían ser sus compañeros.

No es poca dicha, en verdad, para un sacerdote, después de verse privado hasta de su breviario, sin otro recurso que la oración y sin más esperanza que el patíbulo, hallarse rodeado de personas cuya estimación es sincera, que procuran por todos los medios posibles ayudar á sobrellevar con paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos.

El Dictador tenía especial cuidado en perseguir á todas las personas que directa ó indirectamente hubieran tenido relación con el señor Montt; y siendo el señor Rojas cura del lugar donde nació el ilustre caudillo de la restauración, era de presumir, según el criterio de los esbirros dictatoriales, que el señor Rojas estuviese en los secretos del plan que amenazaba hundir para siempre hasta el pensamiento del despotismo en el suelo chileno.

Ese fue el fundamento principal de su prisión, de la misma manera que la sentencia de muerte que quiso hacer sancionar el Dictador por sus ministros contra Alejandro Frederick, y su condena á diez años de presidio, tuvieron por motivo capital el estrecho parentesco de la víctima con don Jorge Montt.

---

5 DE FEBRERO

Patriotismo sin mezcla.—Antonio Campo.—Las noticias en las revoluciones. Un doctor monomaniaco.—Se va Manuel Guzmán Achurra.—Disparos á media noche. Alarma que producen.—Don Alejo y un filósofo ateniense.

Las revoluciones tienen á veces, especialmente en los países que más han sido combatidos por ellas, consecuencias más funestas para los vencidos que las guerras internacionales. Los males producidos por la derrota en luchas de naciones se reparten entre todos los habitantes y se hacen más llevaderos, aunque impongan á la vencida humillación irreparable y grandes sacrificios.

La civilización ha morigerado en mucho los discutibles derechos que ha ejercitado en otros tiempos el más fuerte. Entre Cambises que mandó azotar el cadáver de su enemigo, arrancarle la barba y los cabellos y punzarle por todas partes, como si aun sintiese semejantes ultrajes, y la última guerra entre naciones civilizadas media tanta diferencia como años han trascurrido de una á otra época.

No obstante ésto, hemos presenciado en las luchas intestinas de los pueblos á que hemos hecho alusión, ferocidades y horrores comparables únicamente con los ocurridos en aquellos remotos tiempos.

No parece sino que olvidasen los hombres, que así por inhumanos instintos se dejan llevar, que todos pertenecemos á la misma especie y que todos somos hijos de una madre común, para cuya felicidad exponemos la vida y derramamos la sangre.

Son más de temer para una nación los estragos de las revolucio-

nes que los desastres internacionales, pues en la liquidación general, después del triunfo, no aparecen sino pérdidas netas para el país.

La historia nos refiere cómo por causa de una revolución han quedado reducidas á la miseria no solamente familias acomodadas sino instituciones religiosas que disponían de enormes riquezas. La propiedad no ha sido respetada. Ha existido el comunismo oficial en su forma más repugnante y más bárbara.

Que don José Manuel llevaba esas tendencias no habrá quien lo discuta. Su triunfo habría significado la ruina de poderosas familias.

No es, pues, sorprendente que los amenazados invocaran cuantos recursos tenían disponibles para contribuír al éxito de la lucha empeñada contra el tirano. El patriotismo se hermanaba perfectamente con el particular interés de cada cual.

Mas hubo también rasgos de patriotismo puro, sin mezcla de interés ni contemplaciones calculadas en el éxito.

Antonio Campo, pescador de Valparaíso, que había conseguido con esfuerzos extraordinarios, grandes economías é inquebrantable perseverancia reunir después de muchos años de trabajo asíduo una suma de dinero que para él representaba una fortuna, oyó, allá en la choza que con su familia lo albergaba, que un hombre atrevido se había alzado con el poder y humillaba á su patria.

Sintió como aguijón, punzante el anhelo de redención, reunió sus fondos, preparó á sus hijos y con ellos en su bote pescador se dirigió á ofrecer sus servicios á la Escuadra.

—Aquí tienen Uds., para combatir al Dictador, tres soldados más y tanto en dinero, se presentó diciendo á bordo de uno de los buques.

—Sean bienvenidos los soldados, le respondió el jefe de la nave. Cuanto al dinero no es posible aceptárselo. Es una suma que á nosotros nos servirá muy poco y á Ud. mucho.

—Así será; pero esto no vuelve á tierra, como no volveremos ni mis hijos ni yo sino cuando entremos triunfantes.

Fueron vanos los esfuerzos para convencerlo: se le extendió un recibo por la suma, y padre é hijos quedaron incorporados desde aquel momento al ejército constitucional.

Entendemos que Campo fué nombrado para acompañar á Frederick en la desgraciada empresa de buscar agua en la costa y que con él cayó prisionero. Por este motivo se encontraba en la cárcel.

Hicimos en varias ocasiones tentativas de hablarle para que nos refiriera detalles; pero la única vez que conseguimos estar á solas con él se manifestó más impenetrable que esfinge.

Es un hombre alto, enjuto de carnes, ya de alguna edad, revelada exteriormente por las canas del cabello y las arrugas del rostro: es el tipo del abnegado hijo del pueblo, robusto, vigoroso, que no tiene, ni ha conocido más afectos que el de su patria y el de su hogar; que sabe que su bandera es su religión y que por verla inmaculada debe darse, con cuanto se posee, la vida misma.

El rasgo que acabamos de describir pinta bien su carácter.

No iba á pelear por adquirir honores, que á su edad y soldado no cabe más aspiración que rendir la vida como valiente; ni buscaba con su resolución fortuna, pues lo que tenía iba á ofrecerlo tal vez renunciando á la esperanza de recuperarlo, y en su limitada inteligencia no es dable suponer mezquinos cálculos.

Fue por lo que van todos los hijos del pueblo. A ellos en Chile no se les puede decir que la libertad peligra ó que el honor de la patria está amenazado, sin que se vea en todos al instante el sentimiento bélico como nacido al amor infinito que por su tierra tienen.

Esa conciencia íntima del deber para con la patria es precisamente lo que hace invencible al soldado chileno y lo que lo constituye el más aguerrido y valeroso de los sud-americanos.

Campo nos inspiraba á todos, cuando conocimos aunque imperfectamente su historia, un gran respeto, pues eso tiene la abnegación, se impone como la virtud y atrae como la belleza.

Pocos serán los que no conocen la fábula de Fedro, aquella en que un marido pone á prueba la discreción de su mujer y ésta se porta de tal manera que el esposo es llamado á las pocas horas por la primera autoridad eclesiástica para averiguarle lo que ha motivado la alarma en que se halla la ciudad, justamente por lo que de boca en boca iba aumentando aquello que el marido había confiado en la mañana como gran secreto á su cara mitad.

En tiempo de revoluciones se repite diariamente el argumento de la fábula. Recuerdo que en una de las últimas ocurridas en mi país, un viejo doctor monomaníaco salía temprano á buscar á quién darle una falsa noticia, y, una vez logrado su intento, volvía á su casa exclamando desde que pisaba el umbral:

—Vamos á ver si esta tarde la conozco!

—Si conoces á quién, le preguntaba su mujer.

—Pues á quién ha de ser sino á la mentirilla que á Fulano le referí.

—Y ¿qué mentira le referiste?

—Que se habían batido anoche en Usaquén.

Y en la tarde salía el doctor á ver los progresos de la lengua humana, ayudados por los buenos deseos; y regresaba espantado de ellos y tornaba á decirle á la compañera de sus días:

—Imposible, hija, imposible conocerla.

—¿Por qué?

—Imagínate que yo solo dije qne se habían batido; y en el atrio de la Catedral me mostraron los planos de las posiciones ocupadas por ambos ejércitos; me hicieron la descripción de la manera como había principiado el ataque; me enseñaron la lista de muertos y heridos, con especificación, respecto de los últimos, de los que estaban en peligro y de los que no lo estaban; y otros detalles de menor importancia; y lo más particular del caso es que los liberales tienen sus planos y sus listas y los conservadores los suyos; y casi hay un conflicto entre dos políticos por sostener cada uno de ellos que su partido había triunfado. Decididamente, hija, la de hoy ha sido una verdadera bola de nieve. Mañana habrá quien haya estado en el campamento y seguramente aparecerán alcances á los diarios.

Casos semejantes estuvimos á punto de presenciar en la cárcel: algunas visitas que llegaron nos refirieron que el general Urrutia había desembarcado con cuatro mil hombres en Talcahuano, los cuales habían sido repartidos entre ese puerto, Penco y San Vicente; que luego había entrado sin grandes esfuerzos á Concepción; que los trenes—y esto fué efectivo y tal vez el punto de partida de la noticia—sólo llegaban hasta Chillán; y que el Dictador se

apercibía á mandar fuerzas á esta última ciudad para contener la invasión del sur.

Estos decires no produjeron en los bajos del patio tanta impresión como en los altos, donde fueron discutidos calurosamente por todos los hijos del sur que lo habitaban. Daniel Morán, Villarroel, Súnico, Suárez, Navarrete, Sosa, Del Campo, etc. sostenían la probabilidad del movimiento unos y otros su inverosimilitud.

Gabriel Toro, con más cordura que el resto, pedía cuarentena, cosa que mortificaba por extremo á Guillermo Gamboa, quien no ponía en duda que el ilustre general en pocos días más estaría á las puertas de la ciudad triunfante y lleno de gloria.

Es preciso, decía, conocer la opinión en el sur: allí son opositores hasta los árboles y no hablo de los animales porque esos son muy capaces de combatir solos.

No hubo necesidad de poner en cuarentena la noticia; ni sucedió con ella lo que con las del doctor de mi país: quien la había traído pudo venir á recogerla en el mismo estado de su importación, flaca y falsa. No había engordado ni tenido sino momentáneo asentimiento por aquellos que más anhelaban su efectividad,

Bajaba de los altos, á donde el despojo de mi primitiva celda me había confinado, cuando Angel Custodio Espejo me detuvo para decirme:

—Nos vamos á quedar sin quien nos explique las propiedades de la *ergotina* y nos recomiende el uso moderado del *protóxido de hidrógeno,* en las comidas, para evitar los ataques de *lepidia*.

—No entiendo lo que quieres decirme.

—Te creía más avisado. Se nos va Guzmán Achurra. Obtuvo salir con la ciudad por cárcel.

—Lo siento, porque cuando le robaban la cerveza, los del club participábamos de la travesura.

Hallé á Guzmán en el patio con sombrero y más tartamudo que de costumbre, recién rasurado y relucientes las enormes patillas que usa desde que estuvo en Francia, vestido de punta en blanco, como quien se dispone á amorosas conquistas. La simple vista me confirmó lo dicho por Espejo.

Momentos después nos daba el abrazo de despedida con los ojos

húmedos por el sentimiento de abandonarnos. Encariñábamos en la cárcel con facilidad suma. Nada hay que ligue tanto como los sufrimientos experimentados en compañía. Guzmán salió de la cárcel con ese nudo que se atraviesa en la garganta cuando se ausenta la persona amada ó se abre la tierra para dar albergue á algún ser en quien hemos puesto nuestros afectos.

Más que otro alguno sentí yo la salida de Guzmán porque se empeñó desde nuestra llegada en servirme, no directamente á mí, sino por medio de sus relaciones á mi señora, durante la cruel enfermedad á que la habían condenado más que los sufrimientos físicos que sabe sobrellevar con resignación, los morales que le causaban diariamente los caníbales que componían el cuerpo de seguridad de Valparaíso.

Tiene, pues, Guzmán Achurra la culpa de que yo considerara, con egoismo vituperable, el beneficio de su salida á gozar las comodidades de que en su prisión carecía, como una nueva desgracia para mí.

Con Guzmán Achurra salieron otros prisioneros, entre ellos los clérigos del Valle y Ortega.

La nocturna conversación en el comedor estaba animadísima. Se trataba nada menos que de las modificaciones que era preciso introducir á la Constitución á fin de hacer en lo futuro imposibles las dictaduras. Los oradores reformistas se esmeraban en ordenar sus argumentos. Repentinamente enmudecieron los que hablaban y todos nos pusimos en pie como impulsados por fuerza extraña.

Una detonación semejante á una descarga cerrada hirió muestros oídos de modo pavoroso.

Ramón Larraín, que á la sazón se paseaba por el patio, buscando manera de refrescar con las brisas de la noche su acalorada imaginación, llegó precipitadamente á las puertas del comedor á preguntarnos si la habíamos sentido.

Arturo Prado, que ya se había recogido, salió en paños menores, cubierto con una colcha como fantasma fabricado para asustar á niños desobedientes, á asegurarnos que había sonado la hora de los fusilamientos secretos, y que todos debíamos apercibirnos á correr

la misma suerte de los desgraciados que en aquellos precisos momentos rendían su alma á Dios.

El comandante Soto, más experimentado en estos achaques que la generalidad, y especialmente que los médicos, sostenía que la detonación había sido producida por el disparo involuntario de algún recluta.

El comandante Alamos, que hubiera podido corroborar la opinión de su colega, dormía tranquilamente en su celda.

Un nuevo disparo vino á aumentar la confusión. Ya no podíamos creer que fuese obra de la casualidad ó de la impericia de centinelas.

—No hay duda que los fusilamientos han principiado.

—Mañana continuaran con nosotros.

—Es necesario resistir, gritaba Lemus, y cuando vengan por algún compañero, morir todos antes que permitir su salida.

Las suposiciones y conjeturas continuaron largo espacio.

Algunos de nosotros nos dirigimos á la celda de don Alejo, á ver qué pensaba de las descargas.

Cerró el libro en que leía y oyó los pareceres de quienes quisieran exponerlos.

—Opino que deben ir á acostarse porque la hora es avanzada. No crean que haya habido fusilamiento ni cosa que se le parezca. Mañana sabremos cuál ha sido la causa de esas detonaciones.

Es don Alejo hombre que no yerra en sus conceptos, porque jamás pierde la calma: sus juicios son siempre hijos de una rectitud inquebrantable.

Su carácter es semejante al del filósofo griego á quien no pudieron hacer caer en error sus discípulos, por más que prepararan la ocasión con suma habilidad.

Referiré uno de estos casos, ya que el asunto es breve y envuelve provechosa lección.

Entre la casa del filósofo y la cátedra mediaba sitio descampado. Como el día anterior dijiese á sus alumnos que no recordaba haberse equivocado jamás, dentro de la percepción limitada de sus sentidos, los discípulos, deseosos de hacerle confesar que en su aseveración había más pretensión que verdad, colocaron en el sitio que

forzosamente tenía que recorrer, una oveja esquilada por un lado y lanuda por el otro, de manera que sólo la viese por uno de ellos.

Llegó el maestro al aula y los discípulos le preguntaron al instante:

—¿No hallasteis algo que os llamara la atención en vuestro camino?

—¿Sí, una oveja.

—¿Con lana ó sin ella?

—Por el lado que la ví tenía lana.

Miráronse los discípulos sorprendidos y confusos y le refirieron al maestro cómo había salido, contra lo que esperaban, victorioso, pues la tal oveja por el otro lado estaba monda y lironda.

Conocida por nosotros la semejanza de don Alejo con quien tan acertadamente sabía subordinar el juicio á la percepción, acudíamos á él en los casos que nuestra inclinación á exagerarlo todo nos hacía ver temporales en los vasos de agua.

Ricardo Matte no estaba esa noche para opinar: acababa de darle un codillo á Carlos Ríos y se complacía en escuchar la demostración que entre blasfemia y blasfemia trataba de dar el *acodillado*, de que habiendo metido el basto, el otro que les hacía tercio, á su debido tiempo, habría sido *puesta*.

Cesaron los disparos, se apagaron lentamente los ruidos producidos por la alarma y una hora después soñábamos que Godoy, el intemperante Ministro, colgado por el pueblo enfurecido de uno de los faroles del palacio de la Moneda, expiaba su participación en la fratricida contienda.

6 DE FEBRERO

Rectificación respecto al Banco Mobiliario.—El primer levantamiento en Pisagua en favor de la revolución.—Anabalón y Guillermo Talavera.—Spencer, el fotógrafo, saca algunos retratos en grupos.—Moisés Escala participa su salida.—Don Alejandro Vial cambia de patio.—Salen Ricardo H. de Ferrari y Jorge Edwards.

En las oficinas de La Nación, hubo extraordinario conflicto. No sé á cual de los verídicos escritores se le ocurrió en mala hora salir con el tamaño despropósito de que el Banco Mobiliario había recibido parte del empréstito de un millón y medio de pesos concedido solamente á los de Valparaíso y Nacional de Chile, para salir de los amarillos apuros en que el mismísimo Dictador los había puesto.

Don Claudio Vicuña en persona fue á protestar contra tan descabellada aseveración con pretensiones, según nos lo refirió testigo presencial, de que al responsable del *lapsus calamo* ó de la intencional mentira se le castigara con despedirlo del oficio y darle por vía de gratificación alguna añadidura de las puestas en moda por Valdés Calderón.

Opusiéronse los redactores á ese ingrato é inhumano proceder; y, para satisfacer las exigencias de don Claudio, siquiera fuese en parte, ofrecieron estampar una rectificación en grandes letras, de modo que diera á entender al público que el espresado Banco no había recibido cantidad alguna, ni estaba apurado ni sus gerentes ó empleados superiores habían tomado participación ni pensado tomarla, en la cruda guerra que se le movía al Dictador.

La promesa fue cumplida en todas sus partes y don Claudio pudo agregar este nuevo triunfo á los que ya había alcanzado.

15

Pero no era esto lo más notable que traía el diario, sino la confirmación de lo que ya por conducto de Ricardo Matte sabíamos: la toma de Pisagua por la Escuadra. noticia de la más alta trascendencia, pues ella entrañaba la ocupación definitiva de territorio, y desde ese instante se revelaba al porfiado entender de los usurpadores el objetivo del levantamiento, ignorado, á lo menos por lo que de prensa quedaba, con singular obstinación.

El alcaide de la cárcel de Pisagua, que reemplazó después á Jara Quemada, me refirió cómo se había verificado en aquel pueblo el primer pronunciamiento en favor de la revolución.

El Gobernador, á la noticia de haber estallado la guerra civil, se había sobrecogido de espanto: tomaba diariamente las medidas convenientes á fin de asegurar la adhesión de sus gobernados á la causa del orden, como llamaban por entonces la del Dictador sus escasos partidarios. A él, alcaide, le encaricía redoblara su vigilancia, no fueran á sospechar nada los presos y se contaminaran del anhelo de independencia que invadía la atmósfera de toda la República.

Temía el gobernador lo que pudiera pasar dentro de la cárcel, sin caer en la cuenta que fuera de ella se tramaba una verdadera conspiración para deponerlo del mando de su ínsula.

El capitán que mandaba la fuerza de guarnición en la plaza había asegurado al gobernador lealtad á toda prueba; pero el teniente Anabalón no había prometido nada; ni prenda alguna de adhesión había dado Guillermo Talavera, miembro de la Municipalidad del lugar.

Después de conferenciar largamente estos dos caballeros, Anabalón y Talavera; de discutir muy en privado la manera como mejor pudieran contribuír á la restauración del régimen legal en su patria, porque entrambos, con acertadísimo criterio, colocaron las cosas en su verdadero terreno, convinieron en un plan tan atrevido como lo hubiera podido imaginar Lord Cochrane.

El capitán, jefe de la guarnición, que en aquellos momentos representaba el papel más principal, porque disponía de la fuerza, era, como suele decirse, picado de la araña, y ni de pensamiento le había hecho asco en su vida al champaña ni al ponche caliente de oporto.

Y para la cueca era mandado hacer: cuando echaba una cana al

aire aguantaba hasta dos capotes sin que manifestase cansancio, por numerosas que fuesen las *niñas* que á dárselos se convidaban.

Decía que esos ejercicios desarrollaban la musculatura y apercibían para las penosas marchas; y lo decía en descargo de su conciencia y á fin de que sus subalternos vieran que de todos sus actos sabía sacar provecho á su penosa carrera, para él de vastos horizontes y bien fundadas esperanzas, pues si era dado á las travesuras de los célibes, no había conocido el miedo ni los ataques de nervios en las diversas campañas á que ya había asistido; y los galones que llevaba los había adquirido en buena lid, defendiendo el honor de la bandera de su patria.

Por ahí nos le metemos se dijeron Anabalón y Talavera, porque esos son los únicos argumentos irresistibles para el capitán.

Para alejar toda sospecha fue Talavera el encargado de la invitación y la hizo con tanto arte; le ponderó de tal modo los atractivos de la Juanita, una descendiente de los incas que tenía ojos de limeña y salero de andaluza; le pintó con tan vivos colores el encanto de la noche, que el capitán, que para estos asuntos no era tan porfiado como para aplicar la ordenanza, según él la entendía, se dejó convencer; y á eso de las once de la noche estaba, anegado en sudor, en lo fino del primer capote.

Talavera había sido prevenido que el capitán era persona de tan buena cabeza y estaba tan familiarizado con esas funciones de candil gordo, que no era fácil verlo á pocos tragos rendido al imbécil Morfeo, por lo que se había provisto con mucha cautela, en la botica, de una dosis proporcionada del narcótico que los químicos bautizaron con un derivado del dios, para el caso probable de que fueran impotentes el champaña y el ponche.

A las tres de la mañana el capitán no daba muestras ni de haberse *picado:* lo que recibía el estómago se escapaba por los poros, en vez de tomar la dirección de la cabeza, como es lo más común.

La resistencia tenía desesperado á Talavera; tanto, que se decidió á propinarle en una copa de champaña las primeras gotas de morfina. Y después le dio otras y otras, hasta que los párpados cayeron sobre los ojos, como persiana moderna de fierro sobre ventana de almacén.

—Se nos durmió el capitán, niñas, dijo la que mandaba en jefe á aquellas pecadoras, vayan á despertarlo.

—Déjenlo que repose un rato, que bien cansado ha de estar, contestó al punto Talavera. No nos hará mucha falta para continuar la zambra.

Anabalón, que había asistido al bureo en las primeras horas de la noche, estuvo al rayar el día en el lugar de su verificación, á saber de su capitán, después de haber preparado convenientemente la tropa.

—Ahí está ó por lo menos ahí está su cuerpo, pues del alma no respondo si aun se albergue en él; y acercando los labios al oído del teniente, para que Satanás mismo no sorprendiera el secreto, concluyó la respuesta Talavera con estas palabras: «era el caso tan apurado que tal vez se me pasó la mano y le di mucha morfina.»

Talavera pasó aquella madrugada rato muy amargo: la inmovilidad completa del capitán le revelaba un crimen tal vez innecesario; pero el teniente Anabalón lo tranquilizó asegurándole, después de prolijo examen, que el capitán estaba vivo, pero bajo la influencia del poderoso narcótico.

Quedó Talavera custodiándolo y Anabalón fue á ver manera de ordenar la traslación del gobernador al buque de la Escuadra que esperaba en la bahía acontecimientos menos favorables.

Junto con el gobernador quedó prisionero el alcaide.

Cuando el capitán volvió de su profundo sueño supo por boca de su custodio cuanto había pasado. Mucho le sorprendieron los acontecimientos; pero más le sorprendió el haberse visto vencido por el champaña, cosa que en verdad era tan nueva para él como la otra.

Persuadido de que las cosas no tenían remedio por el momento, se resignó á ellas, no sin haber llamado traidor á su segundo y bellaco á su amigo.

De esta suerte fue como el ilustre coronel Canto, cuando llegó á Pisagua, encontró á su disposición el núcleo de su ejército.

En cuanto á mí, decía el alcaide, no tengo de qué quejarme, pues aunque digan que en la Escuadra tratan mal á los prisioneros, puedo certificar que eso no es efectivo, pues no es dable aceptar que en favor mío hicieran excepción.

Ya entrada la tarde se presentó á la cárcel el fotógrafo Spencer, provisto de todos los aparatos de su arte para sacar algunos grupos de los prisioneros.

Los militares sacaron á lucir sus kepís, que desde hacía tiempos tenían relegados á los rincones de las celdas; los civiles anduvimos buscando camisas, no fuera la máquina á excederse en fidelidad; Ismael Larenas consultó con cuanto amigo tropezó cómo quedaría mejor en el retrato, si con el gorro á cuadros que usaba en la prisión ó con el kepís que usaba en la ciudad; Angel Custodio Espejo ensayó en un tocayo de á veinte centavos que anteriormente se había procurado, la manera de impedir que el labio superior le saliera fruncido y la ceja del lado derecho más arriba de su natural posición, como le sucede cuando discute acaloradamente; Brizeño dio una limpiada general á sus gafas; Alberto Espejo se peinó precipitadamente con los dedos, como solía hacerlo allí donde no había hermosura á quien rendir; Chaparro procuró encoger el abdomen, cuyas proporciones habían aumentado como si hubiese pertenecido á puerco en ceba y lustró los zapatos; don Marcos Menares sustituyó la camisa de lana que le daba aspecto de *despachero* italiano por otra de lino y se colgó al chaleco la pesada cadena de oro que lo acompañaba inseparablemente en Valparaíso para presidir la sociedad «Ignacio Domeyko»; en fin, cada cual hacía lo posible por producir en la estampa el mejor efecto.

Después de habernos explicado Spencer lo mucho que había trabajado para ver de obtener permiso de entrar, ordenó la colocación de bancos en el ángulo occidental del patio N.° 8 y suplicó nos arreglásemos en ellos lo mejor que pudiéramos, de forma que salieran por lo menos todas nuestras caras.

En el primer grupo entramos todos los prisioneros, distribuídos como quiso la casualidad que quedásemos. Ramón Larraín y Carlos Montt se encaramaron á las rejas que dan luz á los corredores, para dar mayor apariencia de encarcelamiento á la prisión. Ismael Larenas se decidió por el gorro, porque alguien le observó que en aquellos momentos, borrado del escalafón militar, había perdido el carácter de tal, aunque fuese transitoriamente.

Compusimos el segundo grupo los tomados en Valparaíso, los

que habíamos estrenado la cárcel al día siguiente de sublevada la Escuadra. En este grupo se distinguen mejor las personas: Larraín, el gorro echado atrás, apoyadas las manos sobre el bastón, la mirada atrevida, está en actitud de decir las del lucero del alba á Balmaceda y sus secuaces. El señor Villalobos, cura del Espíritu Santo ocupa el centro: su despejada frente y su mirada dulce revelando están su clara inteligencia y la bondad de su alma; á sus lados, don Alejo Barrios y don Carlos Lyon, quieren como investigar en el futuro, la suerte que la Providencia le tiene señalada á la patria; don Francisco J. Riesco, el cigarrillo de hoja entre el índice y el dedo del corazón de la mano derecha, tiene fijos los ojos en don Alejo, á quien parece decirle: condenados estamos á correr la misma suerte; Frederick ha continuado en su empeño de aparecer como vizir, y para el efecto hizo que Alberto Espejo se sentara al pie de don Francisco Riesco, con las piernas dobladas á la usanza oriental, y que uno de los grumetes que lo acompañaron á la costa se pusiera al suyo para poder apoyar sobre su cabeza la mano derecha; José Miguel Lara, quien por no haber podido ocupar puesto á la diestra de don Alejo, se sentó inmediatamente detrás de él, parece decir á los que lo contemplan: aunque estoy detrás, soy el mismo; quien mire á Ismael Larenas y á Angel Custodio Espejo en ese retrato, dirá que realmente son criminales; tienen facha patibularia; Carlos Ríos González no quiso quitarse el sombrero para dar á entender que acababa de llegar y que por ese motivo no ocupó el puesto que de derecho le correspondía entre Alejo y Pancho, ó entre el primero y Cristóbal, ó entre Cristóbal y Lyon [á don Carlos no lo llamaba por el patronímico para no confundirlo con don Cárlos Montt ó con el señor Walker Martínez, del mismo nombre], y, por haberse quedado con sombrero, más parece *siútico* provinciano de paseo, que personaje de tan encumbradas relaciones; Lemus, el incomparable Lemus, quedó en el retrato como es: franco, bondadoso y bueno en toda la extensión de la palabra; Brizeño tiene cara de revolucionario francés de ahora un siglo.

El tercer grupo lo compusieron todos los tomados en Santiago.

El cuarto, los venidos del sur.

El quinto, los militares.

El sexto los miembros de la prensa. Fue este el más reducido, pues en él solo figuran don Carlos Lyon, director de La Unión de Valparaíso y Moisés Escala, miembro de la redacción del mismo diario; Brizeño, de la redacción de La Patria; Eusebio 2.° Lillo y Teófilo Durán, de La Libertad Electoral de Santiago; Carlos Luis Hübner y Angel Custodio Espejo, corresponsales y colaboradores de diversos diarios; Emilio Espinosa, de El Puchacay de la Florida; Lorenzo Monsalve, de El Imperial de Coronel; y el que esto escribe, que había estado empleado en El Heraldo de Valparaíso.

Terminado el trabajo fotográfico, Moisés Escala nos reunió á varios de sus amigos para decirnos que don Agustín Verdugo, persona influyente de Los Andes, había obtenido de los Ministros del Dictador la aceptación de la fianza por $ 5,000 que para obtener su excarceración había ofrecido. Nos agregó que partiría á Los Andes, ciudad que tomaba por prisión.

Mucho sentimos las complacencias del Dictador, porque con la salida de Moisés iba á quedar cerrado el Club del Progreso, que había progresado mucho desde su fundación.

Grandes fueron los sufrimientos que en la cárcel pasámos, pero al mismo tiempo ¡qué noches tan deliciosas nos proporcionábamos!

Esas conversaciones íntimas en que cada cual gastaba cuanto ingenio tenía para estigmatizar á los opresores de la patria, unos sentados á la proximidad de la mesa que apenas era capaz de contener el exquisito jamón, el pan y dos ó tres vasos; otros en pie, con entreambas manos ocupadas, esperando el turno de hacer más expedito á lo sólido su paso hacia las interioridades del estómago; el difícil arreglo para la brisca, y luego las discusiones á que ella daba pie, pues la mayor parte se habían convertido en fulleros; los ataques triunfales que, cuando nos faltaba, le hacíamos á la cerveza negra de Ricardo Matte, depositada en la celda de Menares, convertida en bodega; el tener que hablar quedo, como si en presencia de un cadáver nos halláramos, para no privar del sueño á los compañeros; todo eso deja huellas imperecederas en la memoria, que reviven causando placer á la vista del compañero que

en la mazmorra fue consuelo ó del objeto que en ella nos prestó utilidad.

Aun en la prisión se comprobó que no es esta vida de sólo lágrimas, como tampoco sucesión de placeres. Alternaron allí, como alternan en el mundo, las penas con los goces; y no porque las primeras fueran infinitamente superiores á los segundos, dejámos de experimentar éstos, aunque rápidamente.

Escala se llevaba un Club, y con él, el cariño de cuantos le conocimos.

No hubiéramos deseado que saliera; pero tampoco debíamos exigirle el sacrificio de quedarse, sacrificio estéril para él, aunque provechoso para nosotros.

Y una vez tomada la resolución y aceptada la fianza, no quiso ni comer con nosotros aquella tarde. Mientras despachábamos esa diligencia él arregló sus cosas; puso en orden sus libros; se vistió con traje de calle, y vino á decirnos adiós, de prisa, como el atolondrado que no quiere pensar en lo que hace.

Don Alejandro Vial estaba mal, muy mal entre nosotros: Carlos Hübner, no obstante el respeto que le inspiraba y Carlos Ríos González, apesar de citarlo con solo el nombre propio como amigo de su predilección, los dos Carlos, digo, le daban unas noches pésimas, que trocaban en más amargos de lo que pudieran haber sido sus días.

Conciliar el sueño en las primeras horas de la noche era para don Alejandro menos que imposible, y por la mañana, mucho menos aun, pues con las primeras luces de la aurora, Jesús Agüero Videla, Roberto de la Cruz, el comandante Soto y Emilio Villarroel, daban principio á la tertulia; el primero sobre historia; el segundo sobre táctica; el tercero sobre campañas; y el cuarto sobre el Intendente de Concepción, á quien no podía olvidar ni en sueños.

De la Cruz, á quien por muy hablador habían traído, no podía callar y hablaba como si á sordos se dirigiese; de manera que hacía retumbar la cárcel como cuando Hübner se reía á duo con Arturo Prado, ó como cuando Ríos González acusaba de chambones á sus compañeros de tresillo después de algún codillo.

Menares había renunciado á la oficiosa empresa de llevar recados, desde cierta noche en que alguno le dijo cosas muy pesadas en desquite de su intrusión en otras, para servir á don Alejandro, á quien la falta de sueño empezaba á sentarle mal.

Agréguese que la disposición de cambiar de celda no había producido resultados que lo favorecieran, por la maldita construcción de la cárcel.

No había mas recurso que cambiar de patio.

Se informó don Alejandro del carácter de los que habitaban el número 8, y cuando supo que era menos belicoso que el de los del número 10, y que las celdas eran más apacibles durante la noche, determinó solicitar, lo que le fue concedido, su traslación inmediata.

Y antes de que Moisés Escala abandonara la cárcel, don Alejandro abandonó nuestro patio por el núm. 8..

Dio este abandono motivo para interminables discusiones: La mayoría lo consideró como una ofensa hecha á la república que habíamos formado, sin fijarse que la continuación del señor Vial allí, donde tan poco se dormía, y tanto se conversaba era para él un sacrificio superior á las fuerzas que su salud le daba.

Menares se manifestó muy arrepentido de haber casi peleado por procurarle silencio, pues esperaba que el señor Vial le agradeciera sus esfuerzos y según daba á entender se había ido sin despedirse.

El Dictador se vio obligado á hacer de la necesidad acto magnánimo: la presencia de los señores Ricardo H. de Ferari y Jorge Edwards, para que pudieran continuar las operaciones del banco Edwards era tan indispensable, que sin solicitud de gracia ni favor, hubo de ponerlos en libertad á fin de que arreglaran los asuntos bancarios. Tuvo eso sí la prudencia de no esponerse mucho y sólo concedió por 15 días la libertad de los dos ilustres prisioneros.



7 DE FEBRERO

Se va Ramón Larraín.—Algunos detalles de su partida.—Grave percance ocurrido á don Carlos Montt.—El guardián y su oficial. Por qué se ofreció Ismael Larenas para reemplazar al ecónomo.—¿Ganámos ó perdimos con la sustitución?

La familia de Larraín Plaza no podía en manera alguna conformarse con la prisión de su deudo: temía con sobrada razón que sobreviniese para él alguna enfermedad. Aunque su espíritu no decaía, pues jamás le faltaba el chiste para animar cualquiera conversación, la parte fisica se resentía notablemente. Acostumbrado á cierto género de vida y á las regalías de una fortuna considerable, el cambio brusco á que lo había condenado el Dictador empezaba á producir sus naturales malos resultados.

No obstante haber manifestado á su señora madre sus deseos de no querer la libertad á costa de una petición ó solicitud hecha á los infames Ministros del usurpador, la señora había obrado por su cuenta y hecho las diligencias del caso para ver libre á su hijo de las perpetuas humillaciones de la prisión y del peligro de contraer seria enfermedad en ella.

El Dictador había conseguido realizar, en parte, con muchos de los prisioneros, la fábula del rey Mido. En efecto, ¿de qué les servía el dinero si no les era posible procurarse los alimentos tales como la salud los demandaba y el médico los prescribía?

En la casa podía prepararse todo de una manera conveniente; pero si el mal humor del alcaide los inclinaba á cumplir con las estrictas órdenes superiores que recibía de Intendente y Ministros

¿quién iba á persuadirlo de que debía alegrar el genio y hacer menos rigurosas las hostilidades de arriba decretadas?

Larraín que conoce el arte de *savoir vivre* y las flaquezas del corazón humano, había tocado más de una vez en lo más sensible de sus pliegues. La parte vulnerable de la humanidad actual, no reside en los talones como en los tiempos de Aquiles, ni las armas que se emplean para vencer se asemejan en nada á las que usaban los héroes de Homero.

Hoy somos todos más sensibles; el progreso humano ha encontrado en sus investigaciones argumentos tan convincentes, que Napoleón los tuvo por irresistibles. Aun decía de ellos que todo consistía en saberlos graduar, según la educación de la persona á quien iban dirigidos.

Larraín sabe todo esto mejor que yo; pero apesar de saberlo y haberlo practicado, se veía expuesto á comer frío y en peligro continuo de enfermar.

Hay personas para quienes la alteración de la hora del almuerzo determina la de la salud; para otras, una comida fiambre sienta tan bien como un vaso de vino con disolución de arsénico.

Todo es cuestión de temperamento y de costumbre: en días anteriores una cena que á la generalidad de los que á ella asistimos nos proporcionó sueño bienhechor, á Arturo Prado le causó una enfermedad, no porque Arturo sea delicado sino porque no estaba el cuerpo para recibir esa noche pesados alimentos. Y digo que no es delicado porque otras noches le ví comer como Chaparro, sin que le aconteciera nada.

Cuestión de temperamento repito; y para probarlo sin dejar la menor duda, habré de referir, aunque me exponga á no ser creído, que el mismo Chaparro se quejó una noche de indigestión.

Aunque Larraín hubiera estado en la cárcel excento de enfermedad, el general decir de que á cualquier desastre experimentado el Dictador se desquitaría con nosotros, bastaba para intranquilizar á madre, esposa y hermanos, quienes prefirieron verlo lejos del país, completamente libre, á tenerlo cerca expuesto á las violencias intempestivas de un Ministro como Godoy.

Y asi, quiso que no quiso Larraín, la señora madre depositó trein-

ta mil pesos en garantía de que su hijo partiría á Europa, mientras el Dictador consumaba la ruina de la República, con tanta energía principiada.

Tres días le fueron concedidos á Larraín para arreglar sus negocios y emprender viaje. Debía permanecer en Europa hasta que se decidiese la contienda, y caso de triunfar Balmaceda, hasta que éste juzgara conveniente permitirle su regreso al país.

Los viajes impensados suelen ser los mas felices; mas el de Larraín no debía contarse en ese número: el estado en que dejaba á su señora y la condición en que quedaba su país, los dos mayores afectos para el hombre, no le permitirían vivir otra vida que la de los recuerdos, ni echar el pensamiento por otros mundos que no fueran los de la patria y el hogar. Emprender un viaje así es un tormento y por esto indudablemente prefería la cárcel; pero los ruegos de una madre y las súplicas de una esposa pueden más que la propia voluntad.

A las siete de la mañana poco más ó menos entró, como heraldo de dicha, primero que las demás personas, la hijita menor de Larraín, de quien ya he dicho que es, lo mismo que su hermanita, la criatura más angelical que conozco.

Papá, gritó en cuanto hubo pasado el umbral de la última reja, papá, vengo á ponerte en libertad. Hablé con Godoy y me dijo que no había inconveniente en que salieras. Vengo á llevarte para nuestra casa.

Agregó en seguida otras cosas para persuadirnos que había sido ella la de la influencia para libertar á su padre.

En pos de la niñita entraron las señoras madre y esposa de Larraín con la orden del Ministro para que se le abrieran las puertas de la prisión.

En quienes produjo lacrimosa impresión la noticia de su libertad fue entre los mozos y guardianes.

Entre los primeros había uno, que por ratero estaba, el cual, próximo á cumplir su condena, fue elegido para que nos sirviera á la mesa y nos hiciera las camas. Este lloró á lágrima viva la partida de Larraín, quien á poder de dádivas y uno que otro consejo lo había convertido paulatinamente en hombre honrado, por lo menos mientras estuvo á nuestro servicio, pues en más de quince días

había respetado la propiedad, hasta el punto de no perderse ni el dinero que olvidado quedaba algunas veces en las celdas.

Y el mozo era perillán consumado y sabía bien á quien le servía. Yo no pude conseguir de él nunca que me sirviese agua. Para mí estaba siempre ocupado, porque nunca pude ser, aunque lo deseara, generoso con él. A Alberto Espejo le sucedió lo mismo. Larraín no tenía necesidad de hablar: el mozo le adivinaba.

Aparte de servirnos como mozo, le ayudaba al guardián, que se las echaba de sastre, en sus costuras.

Y ¡que bien se entendían maestro y oficial!

Un día le ocurrió á don Carlos Montt un percance singular. Le vimos todos en el rigor de la estación con sobretodo abotonado desde arriba hasta abajo.

—Debe estar enfermo, don Carlos.

—El semblante no lo revela; al contrario, parece indicar que se halla en mejor salud que nunca.

—¿Por qué entonces se abriga tan esmeradamente?

Por este estilo fueron las conjeturas á que dio ocasión el sobretodo de don Carlos, allí donde toda cosa llamaba irresistiblemente nuestra atención.

Para salir de dudas fue uno de sus conocidos á inquirir la causa de traje tan opuesto á la canícula.

Aunque el comisionado dio principio por informarse de la salud del señor Montt, éste no recibió bien la inquisición; y, entre indignado y sonriente, colocóse el inseparable puro en la boca; se desabotonó precipitadamente el sobretodo, y dando frente á retaguardia, como diría un militar, enseñó al interlucutor las huellas que el tiempo y la costumbre de sentarse habían impreso en la parte posterior del pantalón que mas contacto tiene con las sillas.

Y luego, erguido de nuevo, pues se había inclinado lo suficiente para que la respuesta fuera mejor comprendida, agregó: «diga Ud. á sus compañeros que ese es el motivo de que ande con sobretodo, y que en lo sucesivo procuren ser menos curiosos. En esta ocasión ha sido por demás indiscreto el interés que se han servido tomar por mi salud.»

David Orellana, que así se llama el sastre que por guardián tenía-

mos, fue encargado por don Carlos para comprar un metro de paño listado, según la moda del día, y de preparar á toda prisa la pieza del vestido que debía reemplazar á la inutilizada por los años.

No creo que don Carlos haya tenido en su vida cosa peor ni mas cara; pero el estreno de los pantalones despertó en otros el deseo de vestir de nuevo.

Arturo Prado, á quien por este respecto hubiera podido tomar Darwin como comprobante de su combatida teoría, fue de los primeros en venir á hacer trato con el guardián:

—Orellana, ¿cuánto costaría un par de pantalones como los de Montt?

—Eso depende de la persona que los encargue, respondió el maestro, y el oficial agregó:

—Sí, pues, doctor, Ud. hará visitas de á un peso y otras de á cinco y otras de á diez, según la calidad del enfermo.

—No, le interrumpió Orellana, según la complicación de la enfermedad.

—Es lo mismo, maestro; los enfermos pobres no saben nada de complicaciones; ó mejor dicho, las enfermedades de los pobres rara vez se complican. Cualquier dolorcito da con su cuerpo en el hoyo y con sus ahorros en los bolsillos del doctor y del cura. Las complicaciones se quedan para los ricos.

Prado, á quien poco le agradó el giro que tomaba la conversación entre aquellos dos remendones, preguntó nuevamente:

—¿Cuánto costarían para mí?

—Eso depende principalmente del precio del paño.

—Eso! dijo el oficial, porque hay metros que importan hasta veinte pesos y otros cuyo valor no llega á cuatro.

Fastidióse Prado con la consideración de que maestro y oficial tenían convenio tácito de dejar campo abierto para hacer en todo las cuentas del gran capitán, y renunció á la idea de estrenar cosa alguna en la cárcel.

Ya ven nuestros lectores cómo se entendían maestro y discípulo, para quienes, como lo he dicho, la partida de Larraín era golpe terrible.

El oficial, o sirviente o ratero aquel, lloró al limpiarle por última

vez los zapatos á Larraín, á quien ya llamaba patrón, á lágrima viva, sin que fuera parte á disminuir su aflixión la propina de despedida.

Cuantiosa la recibió también Orellana. Le sirvió para proveer más ampliamente su bodega; ó, en términos más claros, su negocio.

De días atrás nos había sido prohibida la introducción de vino, no sé si por orden del Ministro, por el Intendente ó por el alcaide; ello es que la prohibición no alcanzó á perjudicarnos, pero favoreció á Orellana, quien, desde, el momento en que tuvo noticia de tal prohibición, se apresuró á establecer clandestina cantina en su celda, en compañía de su ayudante, con quien se disculpaba cuando alguno le pedía fiado.

Se ganaba diez centavos en botella, y como tenía clientela asegurada, de haber continuado la guerra, Orellana habría podido dejar la aguja y el empleo para vivir tranquilamente de sus rentas.

En ocasiones era complaciente, y, por darnos gusto, se exponía á constipados, según afirmaba.

Una noche que con motivo de no recuerdo qué suceso banqueteábamos en el comedor de los altos, se concluyó inopinadamente el burdeos.

Arturo del Campo envió á uno de sus amigos del sur á que le golpeara al guardián para que vendiera lo que tanta falta nos hacía, y á poco rato volvió el emisario con una docena justa de botellas. Refirió que el guardián había refunfuñado un poco, manifestando invencible sueño y mal humor; pero que al ver el billete decenario con que fingía entretenerse mientras contaba las botellas, le habían brillado los ojos y se había sonreído con la sonrisa más amable de la tierra.

Despidióse Larraín de los compañeros, prometiendo volver al día siguiente á decirnos adiós definitivo. Le acompañamos hasta la primera reja, donde cambiámos la últimà venia con el más simpático y chistoso de los enemigos del Dictador.

La salida de Larraín coincidió con la designación de Ismael Larenas para reemplazar á Menares, quien había manifestado no poder continuar á cargo de la despensa, que daba que hacer más de lo que nosotros calculábamos. Menares, en efecto, no tenía un

momento desocupado: en inspeccionar la limpieza del servicio; esto es, en custodiarla, porque como eran rateros los encargados por el guardián de semejantes oficios, platos, vasos y cubiertos se deslizaban con facilidad suma entre el agua sucia que arrojaban ó entre los harapos que los cubrían; en vigilar el arreglo de las mesas para desayuno, almuerzo, once y comida; en preparar ó distribuir las frutas y los helados; en arreglar las cuentas de inversión del dinero que recibía; y en otras cosas de menor monta, se le pasaban las horas á veces con verdadera angustia.

Menares había desempeñado su cargo á satisfacción de todos por un mes; era justo que otro entrase á reemplazarlo. El más á propósito era Ismael Larenas, y él mismo solicitó para sí la pena que otros rehusaban.

Después vimos que su ofrecimiento era interesado. Larenas da tres caídas y otras tantas levantadas por hacer una atención á cualquier señora. Cree firmemente que es imposible ser buen militar si no se une á las dotes que para serlo se exigen, la más fina galantería con las señoras; y rabiaba porque Menares carecía, según su juicio, de la elegancia indispensable para hacer una invitación á las visitas ó para servir un vaso de helados. Su propósito al imponerse las molestias de despensero, no era otro sino poder dejar satisfechas á cuantas señoras llegaban á vernos.

Y desde el punto en que pudo disponer de las frutas y de los helados, se creyó dueño y señor de la prisión y obligado como tal á hacer los honores de la casa.

Desde ese instante no se presentó señora alguna en demanda de prisionero sin que Larenas estuviera listo á ofrecerle el brazo y conducirla á la celda, colmándola de las más finas atenciones.

Quienes lo veían tan galante y tan asiduo le levantaron el falso testimonio de que al despedir á las señoras les decía, para incitarlas á repetir el honor: «la casa de Ud. señora. Sería para nosotros motivo de verdadera complacencia tener la dicha de volver á verla.»

Agregaban los embusteros que las señoras se retiraban sorprendidas de tan extraño ofrecimiento.

Ignoro si los íntimos de Ismael ganámos ó perdimos con el cambio: necesitaría para definir esto la opinión de un facultativo

desapasionado, que me dijera si las frutas son mejor alimento que la carne ó la carne que las frutas.

Lisboa sostenía que habíamos perdido, inclinándose á lo último; pero Chaparro, sin disputa alguna con menor autoridad, apoyaba la ganancia. Prado decía que no era dable resolver el asunto sin conocer la constitución de cada cual; y Víctor Manuel Fernández hacía largas disertaciones basadas en los dientes y en los jugos interiores, para comprobar que el hombre era *polífago*, término que no he hallado en el diccionario, pero cuya etimología da á entender con claridad lo que Fernández quería significar con él.

De estas opiniones la única empírica era la de Chaparro. Me parece que no hay necesidad de indicar el fundamento que tenía, pues el lector dará con él sin grande esfuerzo.

Y no era que Menares nos impidiese comer cuanta fruta se nos antojase, sino que nos parecía que no mediando previa invitación entrábamos á saco la despensa. E Ismael lo primero que hizo al posesionarse de ella, fue poner á nuestra disposición los cestos llenos de brevas, duraznos y peras y las sandías y melones por el suelo esparcidos.

Tuvimos para elegir y para adornar con las más frescas las mesas de nuestras celdas, por sí venía alguna visita.



8 DE FEBRERO

Visitas mal recibidas.—Malaquías Concha recibe demostraciones poco cariñosas. Uno hay que le prohibe la entrada para lo futuro. La vía que recorre es barrida en el acto.—La cama de don Manuel Montt.—Angel Custodio Espejo halla en ella inspiración.—Selva Carlos Montt.

Los estudios de medicina inclinan al materialismo, dijo no recuerdo que médico que así creía en el soplo divino que animó al muñeco de barro formado por Dios á su imagen y semejanza, como en la curación de la lepra. Conozco sinembargo médicos muy estudiosos, en pugna con esa inclinación. Lisboa es uno de ellos: cree en el alma, por más que en sus operaciones quirúrgicas no haya tropezado alguna vez con ella, y aunque no pueda explicarse satisfactoriamente qué se hace en casos de locura, demencia, catalepsia, etc.; cree en ella y hace todo lo posible para la eterna salvación de la muy noble que lo anima.

Cree, también, como ya he tenido ocasión de decirlo, en los preceptos de la Iglesia católica y procura cumplirlos como deber íntimo de conciencia.

Cuando el clérigo Flórez decía misa en su celda, Lisboa se ofreció para ayudarle, de lo que no hubo necesidad, pues otros como Magalhaès, habían sido monaguillos en tiempos anteriores y conocían el oficio mucho mejor que el médico, aunque no tan bien como el diputado Balbontín, quien sin disputa sabe ayudar á misa mejor que discurrir en la Cámara.

Pero si Lisboa no ayudaba, la oía con tan fervorosa devoción que

alcanzó á contagiarme, pues no siempre son los malos ejemplos los que se imitan.

Salía de mi cuotidiano é incómodo baño cuando Lisboa me tomo por el brazo y me dijo:

—¡A misa, descreido!

Para que el ilustrado doctor no me tuviese por hombre de poca fe fui de muy buen grado á ver y oír al señor Rojas, encargado de oficiar aquel domingo.

Terminada la misa recibimos la visita de Ramón Larraín, que venía á cumplir lo prometido de decirnos adiós antes de emprender el penoso camino del ostracismo. Nos alentó á tener resignación, y fe en el triunfo, en su sentir inevitable para la restauración. Habló Larraín en voz ceremoniosa, como inspirado por la verdad, aunque para mí tengo que sus consejos provenían de la holgura con que había pasado la primera noche de su relativa libertad.

Persona tan estimada como Larraín nos causó placer verdadero con su visita, cosa que no sucedió con otros que en pos de él entraron.

Malaquías Concha vino á visitar á Daniel Morán, de quien se decía correligionario político. Mejor le hubiera estado a Malaquías no dar cumplimiento á sus deberes de amigo.

Su presencia indignó más, mucho más que la de Balbontín.

Para no ser indiscreto no diré quiénes me invitaron á buscar pito para silbarlo.

Rehusé la invitación por no avenirse bien esas demostraciones con mi carácter; pero he querido dejar constancia de ella por lo espontánea y general que fue. Cerca de veinte, de los más jóvenes, porfiaron en que debía acompañarlos, como si el demostrar desagrado á Concha por su poco grata presencia hubiese sido cosa de antemano entre ellos pactada.

No bien empezó á bajar el visitante la escala, cuando los silbidos se escaparon de pitos y labios con ruido ensordecedor.

Tuvo Malaquías la pretensión de dirigir la palabra para explicar su conducta; pero de la Cruz que no tiene pelos en la lengua, le dijo en sus barbas.

—Calle el miserable vendido! y sepa que á esta cárcel, ora prisio-

neros. ya visitantes, no ha entrado sino gente digna; y sépalo para que no vuelva más, pues á la otra vez que repita su atrevimiento, los silbidos se trocarán en palos.

—Pero ¿de qué se me acusa?

—Y lo pregunta! De sinvergüenza y de traidor. ¿Se imagina acaso el bribón que ignoramos la cantidad que recibió del ñato Mackenna para engañar á los demócratas y ofrecer el ápoyo de todos ál tiráno?

Dichas estás palabras, de la Cruz volvió la espalda con profundo desprecio.

Lemus, que tiene tanta bondad como cuerpo y fuerza, se quedó á la reja y oyó que Maláquías aseguraba ser opositor de tomo y lomo. Aun dijo que no distaba el día en que hubiera de venir á hacernos compañía.

Lemus lo felicitó por su honradez republicana, más no pude averiguar si lo hizo con sinceridad ó socarronería.

No conocía yo al personaje sino de nombre.

Su visita fue causa de que supiera su historia, por desgracia para él demasiado conocida en el país.

Peor le fue á Malaquías en el patio N.° 8, al cual se encaminó cuando abandonó el nuéstro. Sobre haberlo silbado en él, César Novoa, un verdadero Sansón, ordenó á los mozos del servicio que barrieran el trayecto por el visitante recorrido, no fuera á quedar algo de infamia en aquel departamento purificado por la dignidad y el patriotismo. Y ya en la reja lo despidió con estas palabras: «Canalla, te prohibo volver á este lugar. Si me desobedeces te castigo.»

La prohibición de Novoa fue acatada.

Problema, grave problema, encontré diciendo á Angel Custodio Espejo en su celda, problema que no me ayudan á resolver Daudet, Delpit ni los hermanos Goncourt, con toda su habilidad de novelistas.

—Pero que podemos ayudarte á resolver tus amigos. Explícate.

—Para que me comprendas mejor es preciso que te eches en esa cama.

Colocado yo en ella boca arriba, Angel Custodio continuó:

—La encuentras blanda ¿no es cierto? pues bien, es la misma que ocupó don Manuel Montt, el enérgico Presidente de Chile.

Sobre esa almohada se concibieron los más grandes pensamientos; al abrigo de esas mantas se consolidó el respeto á la autoridad; concluyó el poder militar y se abolieron las revoluciones tan infamemente resucitadas por Balmaceda; ahí, en ese colchón se idearon ferrocarriles, instrucción del pueblo, progreso de la industria, telégrafos, etc., etc.; en una palabra, esa respetable cama sirvió de cuna al engrandecimiento de Chile. Cuando pienso que en ella he dormido me imagino ser yo el padre de la patria. He gozado como un pulpo soñando que á cada vuelta que me daba conseguía una victoria ó surgía un adelanto. Por eso, no por pereza, me verás generalmente durmiendo en ella. Es que vengo á buscar en el reposo inspiración práctica, inspiración que me niegan mis autores favoritos. Si quieres te dejo dormir ahí un rato para que veas que te levantas con perfumes de presidente. Doña Rosario, la ilustre esposa del egregio don Manuel, se la mandó á su hijo Carlos, quien, por tener ya otra, me la cedió á mí. Y aquí está el problema: Carlos se va hoy y me parece deber mío entregarle la cama. Y no sé en qué duerma de hoy en adelante, ni sé si al cambiar de cama podré dormir. Levántate; no quiero dividir contigo un honor concedido exclusivamente á mi persona. Levántate, porque además tienes que ayudarme á salir del conflicto.

Fue el discurso pronunciado con tal rapidez que dudo de la fidelidad de su transcripción; pero estoy cierto de haber conservado el fondo.

Me levanté para complacer á mi amigo y le observé, para tranquilizarlo, que la salida de don Carlos en manera alguna podía significar devolución de la cama.

—Pero no ves que estoy mal con Carlos Montt, pues antes que á tí, quiso desalojarme á mí para ceder mi celda á don Alejandro Vial; y yo tuve que ponerme en mis trece para que no se consumara el despojo y aun tuve que señalarte á tí y á Alberto, como más desgraciados, para que el atropello no tuviese otra consecuencia que tu enojo y el de mi hermano?

Cuando supe de los propios labios de Angel Custodio la participación que había tomado en mi intempestiva traslación á los altos, no

quise ayudarlo ni con mis consejos ni con mi acción. Lo dejé entregado á su propia suerte.

¿Cómo salió del paso? Lo ignoro. Ello es que don Carlos se fue y Angel Custodio siguió disfrutando de la inspiración que hallaba entre las mantas que sirvieron á don Manuel Montt para abrigar su sueño.

Salió don Carlos Montt bajo la fianza de no sé qué senador, constituida por diez mil pesos, con la ciudad por cárcel.

Larraín y Montt habían llegado juntos al calabozo de la policía de Valparaíso, y, por contraste de la suerte, juntos salieron, con horas de intervalo, de la cárcel de Santiago, el primero á recorrer otros mundos; el segundo á habitar en la ciudad, ambos comprometidos á no tomar participación en la revuelta.



9 DE FEBRERO

El Comandante Alamos enfermo.—El tribunal militar queda reintegrado. Causas probables de la lentitud de sus procedimientos.—Una respuesta de Jara Quemada.—Ríos González y el Código Civil.—Toma de Taltal por don José Manuel Vicuña.—Arturo Prado desnudo fuera de su celda.

El aire de la cárcel, aquella falta de vida activa, la nostalgia que se enseñorea en las prisiones, no podían sentar bien á quienes afuera acostumbrados estaban á perpetua locomoción, á la agitada vida de los negocios ó al trabajo contínuo de la profesión, que es lo que constituye la lucha por la vida.

Los médicos atribuían las indigestiones, excepto las que padecía Chaparro, á falta de ejercicio; derivaban de la prisión la causa principal de otros males; nos explicaban frecuentemente la poderosa influencia que tienen las impresiones del espíritu en el funcionamiento de los órganos formados puramente por la materia; el miedo, nos decía Prado, produce descomposición de estómago; que lo diga Balmaceda, quien, según Cortínez, sufre la más incómoda diarrea desde el 7 del mes pasado; la tristeza quita el apetito: ahí está el comandante Soto que á duras penas pasa bocado; la llama del amor lo consume todo: mi compañero Lisboa duró largo tiempo sin asistir á juego ni conversación desde que una hada maravillosa dejó en no sé qué tohalla el perfume de sus labios. Ya verán Uds. que con el tiempo vamos todos á enfermar.

Y aprenderé á recetar, decía yo para mi capote, porque Lisboa me había tomado de lector y me hacía repetirle un mismo capítulo de Trousseau hasta tres veces para digerirlo bien, según decía él, ó para darse ínfulas, según barruntaba yo.

Al principio me alarmaba mucho con estas lecturas, porque sentía en mí los síntomas de las enfermedades descritas por el autor, pero después pensé que esos autores deben de describir los síntomas, como las respuestas en el juego del oráculo atribuído al gran Hecatomphilos, de modo que convengan, para no errar, á creyentes é infieles y á cuantos se tomen la molestia de consultar oráculos y libros.

Lo que aprensión en mí, fue realidad en el simpático comandante Alamos: enfermó gravemente. Lo de la gravedad no es opinión mía, sino de los médicos internos, Lisboa, Prado y Fernández, quienes en cuanto supieron que el Comandante se hallaba mal, se disputaron el deber de servirlo.

Cortínez, el médico externo, declaró que la cosa no era de cuidado, pensando, porsupuesto, halagar con su declaración á Godoy, amo suyo.

¡Qué otra cosa había de decir Cortínez: si hasta para diagnosticar pedía inspiraciones á la Moneda, siempre que el enfermo fuera opositor! . . .

La enfermedad del Comandante hizo que todos pudiéramos apreciar la abnegada virtud del ángel que le dió por compañera el destino.

Consiguió la señora ¿qué no consiguen ellas en los casos extremos? permiso del Ministro ó del Intendente para venir á atender á su marido, y desde el instante en que el permiso le fue otorgado, se convirtió en voluntaria prisionera: á las siete de la mañana estaba en la cárcel, á la cabecera del lecho del enfermo, atendiéndolo con el más solícito cuidado. Sólo abandonaba su puesto para salir en busca de alguno de los médicos ó para retirarse á su casa cuando el sol terminaba su carrera.

Amargos en demasía fueron para la señora de Alamos los días de enfermedad del Comandante: la celda, por demás estrecha, que no dejaba campo para preparar los remedios; la bulla producida por los trajines del día, aunque todos procurásemos ser silenciosos; el calor sofocante de la estación; esas ventanillas que requerían acróbatas para ajustarlas y que siempre quedaban mal ajustadas; la puerta que no podía abrirse sin que Eolo invadiese con toda su turbulenta

comitiva la estancia; los médicos, que nunca estuvieron de acuerdo, como si fuesen miembros de comisión nombrada por el gobierno ó ministros de Balmaceda; la falta de mozos, que jamás tenían tiempo para atender enfermos, aunque les sobrara para jugar al naipe; el médico de la cárcel, que había entablado querella de competencia á los internos: Hübner, que en aquellos días se empeñaba en demostrarnos prácticamente haber transmigrado á su cuerpo el alma de Demócrito; todo contribuía á aumentar las angustias de la bondadosa señora.

Como sucede generalmente con todos los enfermos, el Comandante se sentía *mejorcito* siempre que por él preguntábamos.

No supe, al fin, qué diagnosticaron los médicos; pero debió de ser dolencia aguda, porque un día hallé á Arturo Prado limpiando la jeringuilla de inyecciones de morfina que era el instrumento que más empleaba el distinguido hijo de Hipócrates.

Creo que los otros médicos se opusieron al empleo de la morfina y que por tal oposición se vio libre el Comandante de ser *jeringado* y de contagiarse del *morfomanismo*, esa terrible enfermedad que ha dado tema á los novelistas para asustarnos con los padecimientos de las desgraciadas personas que para calmar sus dolores, la contraen.

El tribunal militar se había integrado con el nombramiento de dos jefes para reemplazar á los que presentaron sus renuncias; mas no dejaba ver mucha actividad en sus procedimientos. Limitaban sus trabajos, según nos lo refería uno de los oficiales de pluma, á enviar notas á los Intendentes y Gobernadores que habían verificado las prisiones, en las cuales pedían la remisión de los documentos que acreditasen la culpabilidad de los detenidos, para tener en qué fundar las sentencias, ya que los Ministros se negaban á seguir los consejos de Tristán Plaza y querían echar sobre sus arbitrariedades algún manto que les diera apariencia de justicia.

Como los Gobernadores procedían por orden de los Intendentes y éstos por instrucciones del Ministro de lo interior, estaban tan al corriente de las causas de la prisión como los miembros del tribunal.

Es posible que la falta de contestación fuese la causa de la lentitud de tales tribunales.

Pongamos un ejemplo: el ministro Vicuña dictó un úkase en los siguientes términos. «El Intendente de Valparaíso procederá inmediatamente á clausurar las imprentas de EL MERCURIO, LA PATRIA y EL HERALDO, reducirá á prisión á los escritores de estos diarios y los enviará á disposición de este Ministerio, cuidando de su completa seguridad.»

Cumplida la orden y muchas veces sustituida por otra la persona del Intendente, éste recibía del tribunal militar una nota que decía poco más ó menos:

«Sírvase su Señoría informar á la mayor brevedad posible sobre las causas que motivaron la prisión de don Fulano, remitido de esa ciudad á la cárcel de ésta el día 8 de Enero del año en curso.

«Su Señoría se dignará remitir para el espedito procedimiento de este tribunal todos los antecedentes relativos al expresado don Fulano.»

¿Qué podía responder el Intendente?

¿Diría que don Fulano se encontraba en la cárcel en virtud de órdenes reservadas del Ministerio de lo Interior? Nó, porque Balmaceda había prohibido, so pena de perder el empleo, á todos sus representantes en las provincias, lo mismo que á los redactores de LA NACIÓN y á los escritores por él asalariados de la prensa extranjera, que dijesen cosa que pudiera aproximarse á la verdad.

¿Diría que no había antecedente ninguno que justificase tal prisión? Nó, porque esa contestación habría sido reveladora de la más punible ineptitud.

No podían los Intendentes responder otra cosa sino que se estaban reuniendo los antecedentes solicitados y que serían remitidos en cuanto estuviesen terminados.

Provenía de estas dificultades que el tribunal no nos hiciese comparecer á su presencia, ni tuviese pensamiento de juzgarnos.

Jara Quemada debía estar impuesto de todas estas dificultades y circunstancias porque nos respondió cuando le preguntámos qué día nos haría llamar el tribunal, con el aire mas sentencioso que pudo dar á su fisonomía.

—Eso no podrá suceder mientras no venga el oficio del señor

Ministro del ramo, porque José Miguel no tomará por sí determición alguna respecto de Uds.

José Miguel era el intendente Alcérreca, de quien nuestro bendito alcaide es hermano político.

La contestación equivalía á decirnos que esperásemos para las calendas griegas; y para darla tan satisfactoriamente, soplaba con coquetería la ceniza del cigarrillo é introducía el pulgar de la mano izquierda en la abertura del chaleco que en el mismo lado da paso al brazo, mientras con los cuatro dedos restantes hacía sonar el compás de un valse sobre el almidón de la camisa.

—¿Te fijaste, me decía Angel Custodio Espejo, en la *fisonosuya* de Jara Quemada? Ese infeliz no hubiera inventado la pólvora; pero de su respuesta y del aire de persuación con que la ha dado, podemos colegir que nuestra permanencia en esta cárcel queda subordinada al desenlase final de la contienda.

—Bien se comprende, decía Ríos González, que lo del tribunal es pura farsa; y sin esperar observación á su sentencia, tornaba á abrir el Código Civil y á leerlo ó estudiarlo, á pasos más largos que los que le permitía el compás de sus piernas, como si se propusiera hermanar lo moral con lo físico.

—¡Qué tipos! continuaba Espejo, ¡qué tipos! Dicen, y tú eres uno de ellos, que Ríos González es persona ilustrada y de talento. ¿Dónde puede haber adquirido la primera y donde puede ocultar el segundo quien tiene el cinismo de sostener que la lectura del Código Civil es la mas entretenida de cuantas ha producido el ingenio humano? Pues Carlos Ríos me sostuvo tamaño despropósito para demostrarme qne perdía mi tiempo mientras persistiese en acompañarme de Zolá, Feuillet ó los hermanos Goncourt, para pasar estas horas interminables de profundo aburrimiento. El que es *tinterillo* apréndase en hora buena de memoria su pesado Código; pero que no nos venga á sostener que su lectura es entretenida, porque ese es disparate que no cabe sino en cabeza de febricitantes ó mentecatos.

—Cada sastre alaba sus agujas, le respondí. Tú estas enamorado de los autores franceses; Alberto Larenas, Puelma Tupper y Mohr dicen que el cálculo infinitesimal es lo mas divertido que existe;

Gatica, Soto y Ramírez tienen la táctica militar por obra de perfección; para el clérigo Flórez es la divina teología; para Hübner el mejor libro conocido, superior á lo que fué el Korán para Omar, es la historia de Chile por don Diego Barros Arana. Toma la opinión de Chaparro y oirás que te dice que superior á todos los conocimientos humanos está el arte de hacer un asado y aderezar una ensalada. «Todo es según el color—del cristal con que se mira.»

—«Como dijo Campoamor—y aunque parezca mentira», para que salga en verso, interrumpió á mi espalda Carlos Palacios, que estaba escuchando nuestra conversación, desde que había principiado, después de la pregunta hecha á Jara Quemada.

—Insisto, continuó Espejo, en que el Código Civil es de las lecturas la más pesada; es como el diccionario de Valbuena ó como las biografías de Ricardo Fernandez Montalva, el Plutarco de la dictadura. Aborrezco por eso al novelista Stendhal; y no lo he leído desde que supe por Zolá, que aparentando desdén por el estilo decía: «Yo leo todas las mañanas una página del Código para tomar el tono».

—Mi tocayo Ríos González, respondió Palacios, ha dicho eso por hacerlo rabiar. El Código Civil no podrá tomarse como lectura distractiva por mucho que el escudriñamiento de sus artículos distraiga nuestra atención; lo que no podemos negar es que su estudio para nosotros es de importancia suma.

—De tanta importancia, decía otro abogado, que su conocimiento perfecto es lo que constituye la bondad del jurisconsulto.

Parece que Espejo se dio por satisfecho con estas explicaciones pués no volvió á poner en duda ni el talento ni la instrucción de Ríos González.

Y volviendo al tema que había originado la discusión convinimos en que lo de los tribunales era pura falsa y que antes que por ellos, seríamos juzgados por el que preside San Miguel en el otro mundo.

Las noticias que nos habían comunicado, llegadas á Ricardo Matte, por los conductos ignorados que tenía establecidos entuciasmaron al comandante Ramírez hasta el punto de arrancarle

mayor número de *mejores* que los muy escasos de los días anteriores.

Veamos el resumen de ellos:

Don Manuel José Vicuña había atacado, con un puñado de valientes armados y dirigidos por él, el cuartel de policía de Taltal. Después de ligero pero reñido combate las fuerzas del cuartel se habían rendido y la plaza estaba en poder de los constitucionales. De los 25 hombres del Buin, que componían la guarnición, unos habían abrazado la causa de la legalidad y el resto había huído.

La acción de don Manuel José Vicuña, tomada como de verdadero arrojo, fue muy aplaudida. Quien conocía á este caballero nos dijo que lo que más sorprendía era que el ataque hubiere sido dirigido por él, pues, agregaba, el señor Vicuña es hombre de alguna edad, y no lo supuse de la energía de que acaba de dar muestra.

La Nación, llegada mucho después de la noticia, aunque más temprano que de costumbre, confirmó lo dicho por Ricardo, porsupuesto que modificándolo á su paladar.

Del piqnete del Buín decía que había abandonado á Taltal para venirse á Antofagasta, á donde habían llegado, operación tan fácil para los redactores del mentiroso diario, como ir de Santiago á San Bernardo; pero difícil para quienes conocíamos el terreno. Entre Taltal y Antofagasta median 75 leguas de médano; y aunque los conquistadores recorrieran mayores trayectos á través de ardientes páramos, lo hicieron despacio y provistos de agua y comestibles, cosa que echaron en olvido los de La Nación, al hacer recorrer á los soldados del Buin esa distancia en pocas horas, como si esos soldados hubiesen estado iniciados en los misterios del chibcha Tomagata, quien poseía, según afirma el obispo Piedrahita. don semejante al de la ubicuidad.

Al señor Vicuña lo ponían de oro y azul: no lo sacaban de vendido, porque esos señores llegaron á convencerse de buena ó mala fe; por lo que á ellos les pasaba, que en los campamentos en que se defendía la ley y el derecho, todo se hacía á poder de dinero.

Lo único nuevo que traía el diario era que Ricardo Saavedra, je-

fe del piquete había sido ascendido á capitán, cosa en verdad poco rara, porque Balmaceda concede ascensos á roso y velloso para aumentar y fortalecer la adhesión de los que le sirven.

En la tarde llegó á manos nuestras un periódico que había empezado á redactarse en el patio núm. 8, bajo la dirección de Cesar Novoa.

En el artículo editorial se desconocía el gobierno de don José Manuel Balmaceda como legítimo; se demostraba la arbitrariedad de sus procedimientos; y se organizaba un nuevo Gobierno, en el cual se nos daba participación á todos los encarcelados.

Por lo visto Novoa quería disputar á la mesa discutidora de nuestro comedor la facultad de deponer presidentes, ahorcar Ministros, proscribir infames y organizar el mundo.

El periódico tuvo poca aceptación, porque los de la mesa nombrada se apresuraron á desprestigiarlo.

Arturo del Campo repartió algunas invitaciones para asistir á su celda á celebrar en la noche la toma de Taltal. Con este objeto había encargado á Villarroel, Navarrete y Gamboa prepararan algunos fiambres y surtieran la jarra, habilitada de ponchera, de buen oporto, con los demás elementos indispensables.

Eleodoro Bravo quedó encargado de la oración épica. Reunidos los invitados en la celda de del Campo celebramos el triunfo como mejor pudimos. Bravo fue muy aplaudido.

Ignoro qué diligencia se le ocurrió hacer en los bajos al invitante; el caso es que bajó y que al pasar por la celda de Arturo Prado, hallóla desocupada, aunque con luz encendida y la ropa del dueño sobre una silla, y tuvo la mala idea de cerrarla. Sabido es que para abrirla se necesitaba no solamente la llave sino la presencia del guardián, quien se levantaba siempre de mal humor para casos de esta naturaleza, que no le proporcionaban utilidad.

Volvió á nuestro lado del Campo, y se cuidó de no referirnos lo de la puerta de la celda de Prado, quien se hallaba en paños menores en la de Lisboa, haciéndole la autopsia á un enorme melón que de regalo le habían traído en el día á éste.

Cuando Prado concluyó la operación en la celda de su colega, y se dispuso á recogerse halló su puerta cerrada.

Cubierto de la sobrecama blanca, que elegía por vestido, en casos de apuro, tuvo que ir á suplicar al guardián, por las benditas almas del purgatorio, viniese á facilitarle los medios de meterse bajo sus mantas.

De mal humor, maldiciendo esta vida, después de infinitos golpes á la puerta y de súplicas infinitas, se levantó Orellana á satisfacer el pedido de Prado, quien no parecía sino que estuviese haciendo el papel de Valentín en la zarzuela LA LEYENDA DEL MONJE.

Pero Orellana no pudo salir: el cerrojo de su celda también había sido corrido y las llaves las tenía adentro.

Por fortuna la cosa era remediable: arrimando á la puerta la mesa que para cortar le servía y colocando sobre la mesa un banco, pudo Orellana, aunque con gran peligro de venir al suelo, pues no es muy buen equilibrista, alcanzar á la reja que sirve para la ventilación de las celdas y descolgar por allí las llaves.

Del Campo no sospechó tanta agilidad en el guardián, ni era de sospecharse, dado el abdomen que ostenta.



10 DE FEBRERO

Los dos Arturos.—Falta de perseverancia. Carlos Toribio Robinet, único propagandista de esta virtud.—Ricardo Matte provee de frutas á los encarcelados.

Siguiendo mi costumbre estuve por la mañana á visitar á Arturo Prado; ó, mejor dicho, á ver si los duraznos de la fecha estaban más dulces que los de la anterior.

—¿Quién sería el bandido de anoche? me dijo antes de responder á mi saludo.

—¿Estás todavía soñando, querido Galeno?

—Se me antoja que si no fuiste tú fue Hübner.

—Acaba de despertarte, porque de otra manera veo que no podemos enterdernos.

—Fuiste tú y vienes haciéndote el *leso*.

Después de porfiar largo rato en hacerme responsable de cosa que ignoraba, concluyó, convencido de mi inocencia, por explicarme lo que había pasado, y agregó:

—Pero yo he de saber quién fue el bandido, y cuando enferme, pues todos estamos condenados á enfermar en esta maldita cárcel, porque no con otro fin nos tiene aquí el Jefe Supremo, sobre quien caigan todas las maldiciones de la presente y las futuras generaciones, cuando enferme, me las ha de pagar. No digo yo que vaya á despacharlo, porque para eso bastaría, si es persona notable, entregárselo á los médicos del Gobierno: pero sí, que lo haré pasar tragos amargos, según la enfermedad, que para todos los tenemos abundantes en el formulario. Cuando pienso que el badulaque quiso hacerme pasar la noche paseándome por los corredores en cal-

zoncillos y camiseta, cubierto solamente con esta delgada sobrecama, tanta rabia me da, que ya quisiera tenerlo enfermo para empezar á ejercitar mi venganza.

Mientras Prado discurría de esta suerte, me había apoderado del cesto en que tan bien arreglados venían los duraznos y empezaba mi cuotidiana tarea.

—Mira, me dijo cuando pelaba el tercero, me obligo á recetarte á tí y á tu familia en cuantas enfermedades ocurran durante cinco años, si me ayudas á averiguar quién fue el bandido que me corrió anoche el cerrojo. Para tí es mucho más fácil que para mí descubrirlo.

La proposición de Prado era muy aceptable, así que le prometí mi cooperación.

Cuando supe que era Arturo del Campo, le di conocimiento de los peligros que lo amenazaban, especialmente si tenía la desdicha de enfermar; y me guardé bien de revelar á Prado que estaba en posesión del secreto. Y como no cumplí lo pactado, tampoco le he exigido que lleve á cabo su promesa.

No porque yo se lo callara dejó Prado de saber quién había sido el autor de la broma. Entiendo que pasada la rabia de los primeros momentos renunció Prado á sus proyectos de venganza, por más que durante algunos días mantuviese á la cabecera de su catre, escrita de su puño y letra, la terrible sentencia que Lamartine pone en labios de Mohamet II: «la venganza envejece, pero no caduca»: La de Prado caducó. Por lo menos yo, que lo averigüé todo, no he tenido noticia de que haya sucedido lo contrario. A lo más que se atrevió el ofendido fue á no volver á tomar participación en los juegos de naipes en que figuraba del Campo, porque, según decía, no le era dable codearse con quien había querido traer á menos la seriedad de su carácter y la gravedad de su profesión.

Del Campo se reía de todas estas cosas; y, en desquite, sostenía que en calzoncillos y camiseta; de día ó de noche; con el bisturí ó la jeringuilla; tomando el pulso ó consultando el diagnóstico con los ángulos de las paredes; en conferencia seria ó en ligera charla; aquel médico había sido, era y sería el más perfecto camastrón; y que al querer dejarlo fuera de su celda lo habia impulsado el pensa-

miento de procurarle una pulmonía, en servicio de su propia clientela, si no conseguía, él, que se preciabá de curarla tán bien, combátir con éxito lá enfermedád.

Si Prado había insinuado la idea, para que fuera trasmitida á quien le enviaba los esquicitos dulces y los sabrosos duraznos, de que eran dos: Hübner y él, quienes gustaban de los primeros; y dos: él y yo, los que nos comíamos los segundos, á fin de que no quedase trunco el apetito, con las frutas que para la generalidad se importaban, sucedía que en vez de aumentar disminuían considerablemente en cantidad y calidad.

A los de fuera les faltó perseverancia, esa gran virtud sobre la cual tan poco se ha escrito tomando su culto como único objetivo. No conozco en Chile quien de ella se haya ocupado, demasiado á la ligera para demostrar los prodigios que con ella se alcanzan, sino á Carlos Toribio Robinet, uno de los escritores más pulcros y elegantes, gran conocedor del idioma y de su índole; pero á quien las ordinarias ocupaciones de su laboriosa vida, las atenciones sociales y los problemas políticos, le distraen todo su tiempo; lo que es gran lástima para las letras patrias.

No sé si durante los ocho eternos meses de dictadura, en que Robinet tuvo que permanecer escondido, huyendo á las persecuciones del tirano, haya ejercitado sus gustos literarios y tenga algo nuevo producido. Es muy posible que sea como lo sospecho, pues Robinet es hombre que sabe aprovechar todos los instantes y sacar utilidad de todas las situaciones.

Decía que á los de fuera les había faltado perseverancia: los helados no nos visitaban con la frecuencia que al principio; las frutas no venían con la selección cuidadosa que en ellas se notó durante los diez primeros días de cárcel. Gran parte de ellas se perdían por magulladas ó por su estado de descomposición.

Se conocía que los amigos de Santiago nos consideraban ya connaturalizados con las privaciones, pues se afanaban poco por disminuirlas ó hacérnoslas menos penosas.

Debieron de persuadirse de la verdad de estos versos de Rafael Núñez, patentizada con su bárbara tiranía en todos los espíritus de la infortunada Colombia:

«El dolor que en el alma halla cabida
Pierde al cabo su espíritu homicida
Dejando de ofender como dolor.....»

Y así como en aquel país, otro tiempo tan altivo y liberal, ya no se sienten no digo los pesares de tan prolongada humillación pero ni siquiera el incesante látigo del amo, así debieron de pensar, quienes á nuestra llegada se apresuraron á servirnos, que las amarguras de nuestra prisión disminuían de intensidad con el transcurso del tiempo.

Ricardo Matte, que todo lo observaba, notó que Lemus se empeñaba en separar cuidadosamente la parte dañada de un durazno, de la comible; fue inmediatamente á la celda de Larenas; vio que lo del durazno de Lemus no era excepción sino regla general; y al punto dio orden al administrador de su fundo para que desde la mañana siguiente remitiése á la cárcel dos cestos de escogidas frutas, de manera que todos, Chaparro inclusive, quedásemos satisfechos.

Incluyo á Chaparro porque así fue, me parece, dada la orden, y para evitarme el trabajo de describir la magnitud de los cestos, pues creo que con la inclusión, el lector podrá calcular muy aproximadamente la capacidad de cada uno de ellos. Debo agregar, para dar mayor facilidad al cálculo, que Chaparro jamás peló una sola breva para hacer bocado: necesitaba por lo menos dos para tomarse el trabajo de abrir la boca. Jamás le ví tomar la sopa sino con el cucharón; aun para dividir el asado usaba el *trinche*, como si el tamaño de los instrumentos aumentase sus placeres heliogabálicos.

—No puedo ver á Chaparro, me decía Alberto Espejo, sin acordarme del cuento de Nene Pulgada, en que figura aquel ogro singular que se comía á los niños.

Quienes no estaban en el secreto no pudieron apreciar la falta de perseverancia de que he hablado, y continuaron en la creencia de que siempre pensaban en nosotros allende los muros de la cárcel. La verdad es que si á muchos les faltó perseverancia, otras formaban sociedades para poner á las familias de los que carecían de recursos al abrigo de la miseria.

Y no sólo se aumentaron las frutas: la mantequilla ordinaria, infimemente mezclada con ingredientes que aumentan su volumen, fue sustituida por la pura y exquisita del fundo de Ricardo.

Los esfuerzos que varias familias hacían para obtener la libertad del señor Villalobos, cura del Espíritu Santo en Valparaíso, se vieron al fin coronados por el éxito. Consiguieron que el Dictador habilitase de cárcel para el virtuoso sacerdote la casa de don Arsenio Salas, mientras preparaba su marcha al extranjero.

Quienes más sintieron esta disposición fueron los del patio núm. 8, ya acostumbrados á la amable compañía del benévolo cura.

Los representantes del Dictador en La Ligua se esmeraban en dejar satisfecho al amo: nadie podía allí manifestar opinión adversa al Excelentísimo sin que al punto fuese castigado. La familia de los señores Lobos, don José Dolores y don Melitón, hermanos, y Hermógenes, hijo del segundo, se habían permitido no solamente comentar las arbitrariedades sino hacer propaganda de adhesión á la buena causa, lo que les valió ser aprisionados y remitidos al lugar destinado á los patriotas verdaderos: ingresaron á la cárcel llenos de satisfacción, como quien es premiado por haber dado cumplimiento á su deber.

---

7 DE FEBRERO

El Dictador pone la Ceniza á la Nación.—Decreto sobre el Congreso Constituyente.—Algunas opiniones.—Ricardo Matte es aplaudido.—Víctor Bianchi Tupper. Es de raza.—Otros prisioneros.

Balmaceda, que todo lo ha atropellado, le disputa al mismísimo Arzobispo, no obstante la inteligencia que parece haber entre los dos, amigos íntimos y cariñosos compadres, (1) el ejercicio de sus funciones, ó por lo menos quiere que le permita ayudarle á recordar á la humanidad que es polvo y en polvo habrá de convertirse.

Parece que el Dictador, en la intimidad de las relaciones que los ligan, hubiese dicho al jefe de la iglesia: Ud. y los suyos encenizarán hoy la frente de los fieles; séame á mí permitido ponerle la ceniza á la nación, como jefe supremo de ella.

Y ved de qué manera realizó el Dictador su pensamiento! Muchos se atrevieron á decir que no fue ceniza sino otra cosa lo que Balmaceda colocó en la frente del país.

Yo, que tenía firme propósito de no intercalar en esta narración documento alguno, para apartarme, siquiera en cosa tan trivial, del modo de escribir libros en el día, no puedo dejar de insertar el famoso decreto del Dictador expedido, hoy, miércoles de ceniza del año de desgracias de 1891, porque tal decreto completa su obra; va buscando con él justificación para sus actos y vindicación para su historia. No lo comentemos aun. Dice así:

«Santiago, 11 de Febrero de 1891.—Considerando:

---

(1) El señor Casanova es padrino de uno de los hijos de Balmaceda.

Que la mayoria del Congreso ha violado la Constitución y se ha levantado en armas contra el Gobierno Constitucional de la República, produciendo las desastrosas consecuencias de la revolución y del trastorno del orden público, atentando contra su propia existencia y disolviéndose de hecho;

Que es deber ineludible del Jefe del Estado procurar eficazmente el restablecimiento del régimen constitucional, no sólo poniendo término á las desgracias que se han producido por la revolución, sino también removiendo las causas originarias del conflicto, á fin de asegurar en lo futuro la estabilidad de las instituciones, la paz interior y el respeto de la nación en el extranjero; y finalmente.

Que no es posible conseguir estos propósitos dentro de las facultades que la Constitución y las leyes han establecido para ejercer el Gobierno en las circunstancias normales y ordinarias, y que, en consecuencia, se hace indispensable el llamamiento del pueblo, como único juez y soberano, para elegir un Congreso Constituyente que regularice el ejercicio de esas facultades, y acuerde las reformas que estime conducentes á ese elevado objeto y dé solución permanente á los conflictos producidos entre los Poderes del Estado,

He acordado y decreto:

Art. 1.° Procédase en todas las provincias y departamentos de la República á la elección de senadores, diputados y municipales.

Art. 2.° Las Cámaras de Senadores y Diputados revestirán el carácter de Congreso Constituyente y podrán reformar la Constitución del Estado en cuanto sea necesario para afianzar el orden público y la seguridad interior, y establecer las atribuciones de los Poderes del Estado de manera que no puedan engendrarse conflictos de atribuciones.

Art. 3.° Las elecciones se verificarán conforme á la ley electoral de 20 de Agosto de 1890, teniendo por base los actuales registros y con las modificaciones que á continuación se expresan:

a) La emisión de sufragios tendrá lugar el último Domingo de Marzo próximo entrante, y la reunión del Congreso el 20 de Abril siguiente;

b) El sistema de votos que se empleará en la elección de sena-

dores, diputados y municipales será el prescrito en el artículo 65 de la ley de 9 de Enero de 1884;

c) Quedan suprimidos los pupitres;

d) Las juntas electorales funcionarán en todos los actos que les encomienda la ley, con el número de vocales que concurran á cada uno de ellos;

e) El Presidente del Tribunal de Cuentas hará las veces de presidente del Senado en todos los casos en que la ley se refiere á él;

f) Cuando falte el primer alcalde, desempeñará sus funciones el segundo; á falta de éste, el tercero, y en su defecto los regidores por el orden de su precedencia.

Art. 4.° La elección de Presidente de la República se hará en todas sus partes en el modo, forma y condiciones establecidas por la Constitución y por la citada ley de 20 de Agosto de de 1890.

Art. 5.° Quedan suspendidos por ahora los efectos de la ley de 12 de Diciembre de 1888, sobre incompatibilidades y de los artículos 2.° y 3.° de la ley de 28 de Agosto de 1890 sobre agregaciones de provincias y departamentos para la elección de diputados y senadores.

Art. 6.° El Ministro del Interior queda encargado de dar cumplimiento al presente decreto y de resolver las dudas que se susciten en su aplicación.

Anótese y publíquese.—Balmaceda.—*Claudio Vicuña.—Domingo Godoy.—Ismael Perez M.—J. Valdés Carrera.—José F. Gana.—G. Mackenna*».

En esos términos quedó redactado el golpe de gracia que pretendió dar Balmaceda á los poderes constitucionales de la República.

Lo más doloroso para quienes tenían exacta ó aproximada percepción de la justicia, era la contemplación de la manera como iban á verificarse aquellas elecciones, vano simulacro del ejercicio de un deber y la más sarcástica burla que jamás se haya hecho á la seriedad de un país.

Marchaba Balmaceda contra la tradición, contra la historia y aun contra la lógica. Un decreto de esta naturaleza se comprende en pos de definitivo triunfo y aunque con él no se persiguiese más

objetivo que aparentar el sometimiento de los actos arbitrarios cometidos al juicio inapelable del pueblo.

Bien se comprende que no era posible el ejercicio del sufragio en medio del humo de los combates y cuando de norte á sur y de oriente á occidente, con ligera excepción de zona reducida, el país estaba ocupado por los soldados del Dictador, las cárceles repletas de ciudadanos y los pueblos á merced de la arbitrariedad.

Aunque en el país no podía engañar á nadie, pues sus mismos esbirros tenían convicción íntima de la inconstitucionalidad del acto, creyó el Dictador necesaria la farsa para hacer aparecer á los ojos de las demás naciones que la revolución era un simple motín sin trascendencia y que el orden estaba asegurado á perpetuidad, como diariamente lo decía La Nación, entonces único órgano oficial.

¡Qué decreto! Suspendía los efectos de las leyes, facultaba la reforma de la Constitución; en una palabra, organizaba una república como la habían pensado Balmaceda y Julio Bañados Espinosa, quien aunque todavía no era el *alter ego* del Dictador, ya figuraba como su más asiduo consejero y su más vehemente instigador.

—Invitemos á Balmaceda á que presida por algunos días la mesa discutidora para que aprenda á organizar bien las cosas, porque ese decreto adolece de grandes errores, dijo Espejo.

—Que venga. Yo me encargo de probarle que la mayor de las estupideces está en darle al presidente del Tribunal de Cuentas las atribuciones que son propias del del Senado, agregó otro.

Y siguieron los comentarios, haciendo pedazos línea por línea el famoso decreto.

Ricardo Matte no creía que la farsa tuviera cumplimiento; la veía demasiado ridícula, no obstante revelar audacia consumada. Y ¿quién, nos decía, se atreverá á asistir á ese Congreso? ¿Quién, que tenga sentido común, querrá hacerse cómplice voluntario de los crímenes que se han cometido y de los que quedan aun por cometerse? Todos habrán de ver que Balmaceda no busca con ese decreto sino personas con quienes compartir su aflictiva responsabilidad. Habrá militares que le sirvan, porque los ascensos seducen y el oro atrae; empleados civiles no le faltarán, porque muchos de ellos para aceptar un destino no entran á examinar la conciencia

sino la utilidad inmediata; pero personas honradas que se presten á una usurpación como la proyectada para sancionar como legales nuestras prisiones, como correctos los escándalos que ha dado, difícil me parece que las halle. Si esas elecciones llegan á verificarse y ese Congreso á reunirse, no lo formarán sino descabellados que no constituirán en resumidas cuentas sino montañas de infamia. Yo me alegro que esto pase, porque mientras mayor sea el número de disparates que se cometan, más se aproximará el desenlace final. Los gobiernos no caen sino cuando cometen barbaridades, cuando marchan contra el sentimiento íntimo de los pueblos, que existe tan perceptiblemente como la conciencia en los individuos, aunque muchos se obstinan en negarlo.

—Bravo! Ricardo, muy bien, dijo Brizeño; pero ya verás que no faltarán *fantoches* en la gran función que nos prepara el Dictador.

—Pueda que los haya, pero insensatos, como he dicho ó *fantoches* como los llamas tú.

—Yo he tenido muchos deseos de ser diputado, dijo otro á quien adrede no menciono, pero declaro que si por inexplicable aberración fuese hoy partidario de Balmaceda y éste me ofreciese el puesto, no lo aceptaría por ningún motivo.

Hübner se retiró á redactar un contra-decreto para someterlo á la discusión de la mesa.

Chaparro llamó aparte á Brizeño para preguntarle qué quería decir eso de constituyente que *salía* en el diario.

Y Brizeño tuvo la paciencia de explicarle, como había tenido la de enseñarle el discurso aquel que pronunció con motivo de los frejoles y que todos habíamos tomado por original.

Brizeño se había constituído en inspirador de Chaparro á trueque de que éste le llevase el desayuno á la cama, para no tener la molestia de levantarse temprano, y evitar los peligros de un resfrío.

Gage, el dueño del Restaurant, debió de convenirse con Balmaceda para hacer algo notable el primer día de cuaresma: nos envió un pescado que levantó protesta general.

Lemus decía que Gage se había empeñado en convertirnos en polvo antes de que nos llegara la hora, con ese pescado que debía haber quedado sobrante desde la cuaresma anterior.

Le mandamos á decir que ese pescado no tenía nada de católico y que la generalidad de encarcelados éramos creyentes fervorosos.

No era explicable la conducta de Gage, porque los días anteriores, cuando podíamos promiscuar, el pescado era de buena calidad y venía fresco; y, ahora cuando la carne nos estaba prohibida, enviaba el artículo de manera que no pudiera pasar ni aun por el gargüero del mismísimo Chaparro.

Las autoridades de Llay-Llay pensaron, ó debieron hacerles pensar, que el cura de la parroquia, don Francisco Javier Lazo, había menester mayor recogimiento en los tiempos santos para elevar sus preces al cielo que el que en su casa disfrutaba, ó lugar más apacible que el tumultuoso pueblo, pues resolvieron enviarlo á una de las celdas de la cárcel para el mejor servicio divino.

Junto con el clérigo Lazo entraron Manuel Francisco Ferrada y Víctor Bianchi Tupper, muy recomendados por el Intendente de Linares, población en que el último desempeñaba el cargo de tesorero fiscal.

Quien lo hereda no lo hurta. Bianchi Tupper es de raza. Ignoro si su padre fue algún gran revolucionario en Italia, su patria; el caso es que los hijos han acreditado independencia de carácter, firmeza de convicciones y ciego acatamiento al deber, para ellos religión.

Alvaro, uno de ellos, fue el que no quiso aceptar el puesto honrosísimo de árbitro chileno en la comisión de límites con la República Argentina, porque su nombramiento envolvía una injusticia de que fue víctima, por odio del tirano, don Diego Barros Arana, el esclarecido y sabio historiador cuyo nombre todos pronuncian con respeto, así en Chile como en toda América y aun en Europa, donde es conocido por sus múltiples trabajos.

De Alvaro fue compañero en trabajos, renuncia y ejemplo de altivez, el capitán Alberto Larenas, de quien ya me he ocupado. Fueron ellos los primeros en hacer comprender á Balmaceda el torcido camino que su obstinación le hacía seguir. De una manera clarísima y para ellos altamente honrosa le pusieron de relieve la injusticia, perjudicial al país, que cometió con uno de los hombres más preclaros de la nación.

El otro hermano de Víctor, Ernesto, debía hallarse después en la horrorosa matanza de «Lo Cañas», de la cual escapó puede decirse que milagrosamente.

De tan ilustre familia, Víctor no podía permanecer indiferente á la suerte de su patria, mucho menos continuar en el ejercicio de un empleo que significaba adhesión á una causa que estaba condenada por su severo juicio.

De la juventud sensata é ilustrada del país; de la gente bien nacida, ninguno hizo armas en favor de la Dictadura: era anhelo general ingresar á la Escuadra y triunfar en defensa del derecho ó morir envueltos en su bandera.

Víctor, poseído como la generalidad de esa juventud, de loco entusiasmo, quiso buscar la manera de ser útil á su país, allí donde sus convicciones lo reclamaban; pero el agente del Dictador en la provincia truncó intempestivamente sus esperanzas, enviándolo á que fuera en la prisión amable y entretenido compañero.

Y entró á ella riéndose, porque el buen humor no lo abandona nunca.



12 DE FEBRERO

Conversación con don Joaquín Délano.—Cómo pasan las cosas en Colombia.—Nueva prisión de don Candelario Reyes.—Cómo proceden en el sur.—Vejámenes y violaciones.—En Colombia están más adelantados.

Todos los días, al pasar de mañana por frente á la celda ocupada por don Joaquín Délano, hallaba á este caballero ya en pie, arrellanado en una silla de viaje, completamente abstraído en alguna lectura.

Su seriedad me mantuvo alejado de él: siempre creí, aunque eran grandes mis deseos de moverle conversación, que pecaba de indiscreto ó imprudente preguntándole cualquier cosa.

Una ligera inclinación de cabeza. y adelante. Eso era todo.

Y tenía deseos de charlar con él, porque todos decían que era de conversación amena y agradable por demás.

Fue don Joaquín, por lo menos durante los primeros días, mártir verdadero.

Entró á la cárcel gravemente enfermo, más que el señor Subercasseaux, aunque menos que don Juan Billa, quienes, después de muchas diligencias habían pasado al hospital. El señor Délano sufrió su enfermedad solo, en silencio, sin recursos médicos. Había elegido una celda en los altos, antes que los prisioneros enviados del sur las ocupasen, y aun conservaba la celda elegida.

Don Alejo indagaba siempre por su salud, enviándole recado especial, cuya contestación nos imponía á todos de los progresos del mal.

El médico de la cárcel había estado á verlo y le había recetado; pero entiendo que el señor Délano rehusó tomar medicamentos, probablemente por la poca confianza que le inspiraban. Le había sido negado permiso para hacer venir un facultativo de su confianza y era natural que esto le diese mala idea, pues si en verdad querían aliviarle sus dolencias, nada más natural que permitirle lo hiciera la persona que por sus conocimientos le inspirase mayor fe.

Pero ¿qué mucho que negaran ésto si habían llevado los esbirros sus pretensiones hasta tratar de impedir que nos enviasen de comer?

Por fortuna para el señor Delano, el mal había amainado y á la sazón se hallaba perfectamente bueno, físicamente por lo menos.

Habían tomado al señor Délano en Limache, donde reside habitualmente y donde es tan estimado y goza de tanto prestigio, que el Dictador consideró como una permanente amenaza á la rápida ejecución de sus órdenes su presencia en el lugar.

Siempre estará mejor en la cárcel que en su casa, había dicho el representante del tirano, y sin parar mientes en su salud, ya quebrantada, lo sorprendió una tarde para remitirlo al día siguiente á Santiago.

Cuando subía del baño para mi celda encontré á don Joaquín fuera de la suya: había cerrado el libro y meditaba.

—Es Ud. madrugador, me dijo.

—Sí señor, y noto que Ud. tiene la misma costumbre.

—Es de las más saludables.

—Y sin embargo, poco observada.

—En su país, donde el calor es intenso, debe estar muy generalizada.

—Mi país tiene todos los climas, que nosotros dividimos en calientes, templados y fríos. En los climas calientes, como lo son los de las costas, los de la hoya hidrográfica del río Magdalena, los de las estensas pampas de Casanare y San Martín, habitadas aun por tribus salvajes, y los de otros puntos, el baño es indispensable; en los templados, en que la temperatura es más variable, el baño constituye verdadera delicia.

—Ud. no pensaría jamás, al venir á Chile, hallarse entre escándalos como los que nos está proporcionando Balmaceda, no obstante gozar Colombia fama de país revolucionario.

—Ojalá fuera sólo la fama. No temo errar al asegurarle que hemos tenido más revoluciones que años de vida independiente; y ¡qué revoluciones! verdaderos incendios que han trocado en estéril el campo naturalmente más fecundo.

—Pero no han tenido dictaduras.

—¡Cómo no! Es verdad que los dictadores han caído, excepción hecha de Núñez, el actual, quien ha descubierto la antítesis del sistema inglés: gobierna sin reinar; han caído, digo, á poco de proclamarse.

—Pero ninguno habrá tenido la crueldad de Balmaceda.

—No sabría responderle. En Colombia se ha proscrito el azote, pero ha quedado sustituído por algo más pavoroso: el asesinato clandestino. El simpático, caballeroso y joven general Ricardo Gaitán, enemigo acérrimo de la actual dictadura, murió envenenado en las prisiones de Panamá. No tuvo Núñez el valor de ahorcarlo como á Prestan y Cocobolo, otras de sus víctimas. Nueva York, México, Venezuela, el Ecuador, el Perú, las Antillas y las repúblicas centro-americanas, llenas están de colombianos proscriptos, quienes no podrán volver á la patria mientras Satanás siga animando ese montón de huesos y de carne podrida que llamamos Rafael Núñez.

—Y ¿cómo ha podido mantenerse firme ese señor en el poder?

—Por el descubrimiento de la antítesis de que le hablo y por otras causas: la firma de Núñez no aparece en los decretos, como no aparecía la del cardenal Portocarrero en las órdenes reales de Carlos el Hechizado. Núñez es presidente titular con derecho á ocupar la silla cuando á bien lo tenga, cuando el maniquí que como vicepresidente lo reemplaza, desobedezca un punto sus perentorias instrucciones. La figura de Núñez no se ve. Sabe él muy bien que de exhibirse expondría su cuerpo á ser blanco de mortales golpes. Las otras causas no residen en él, sino, lo confieso con tristeza, en el partido que gobernó al país desde 1863, año de la penúltima

constitución, hasta el advenimiento definitivo del tirano, ó sea hasta la expedición de la nueva Constitución en 1886.

La indisciplina de ese partido, tal vez favorecida por el sistema federativo, fue, sin disputa alguna, la causa principal de su caída. Todos querían mandar, nadie obedecer: cada presidente de Estado se consideraba con legítimo derecho á serlo de la nación. El gobierno federal fomentaba las revoluciones en los Estados, cuando el presidente no le convenía, y miraba el derrumbamiento de los gobiernos con el más completo estoicismo: la Constitución le prohibía inmiscuirse en los asuntos internos de los Estados; de manera que siempre se contemplaba este singular contraste: las fuerzas de la guardia nacional acuarteladas en la capital de un Estado, y en las calles gobiernistas y opositores matándose. El partido que estas cosas extraordinarias autorizaba, comprendía sus errores, pero nunca pensó en corregirlos. En 64 años de vida independiente tuvimos igual número de revoluciones, ya de un Estado contra la nación, ya en el interior de los Estados. Reinaba la anarquia organizada, como dijo gráficamente un Ministro diplomático de los Estados Unidos. La sangre con tanta frecuencia derramada, la propiedad tan á menudo destruída, engendraron en el pueblo el anhelo vehemente por la paz, la común aspiración á algo estable, que permitiera el ejercicio de la vida y el goce de sus bienes. Rafael Núñez, hombre de talento, vio con claridad la situación y se convenció de que ofreciéndole paz á aquel pueblo, la recibiría como una bendición, ya fuese semejante á la de Varsobia, á la de Persia ó á la de Turquía. Animó con su aliento el espíritu de la reacción en favor de la estabilidad. Durante seis largos años concretó todos los esfuerzos de su inteligencia y de su acción á escribir en diarios y periódicos y á pronunciar en tribunas, parlamentos y conversaciones, con infinita variedad de formas, buscadas en los horizontes vastos de su poderosa inteligencia esta palabra: paz. Y venció al fin, porque satisfacía una necesidad sentida por sus propios enemigos. Mucho se hubiera engrandecido de limitarse á dar paz, pero al dar paz forjó cadenas. Las dictaduras, obra de un solo hombre, caen rápidamente, como cayeron las anteriores en Colombia, como caerá la que en esta cárcel nos tiene; pero cuando son fruto del desenvolvimiento de las leyes

que á las sociedades rigen, cuando aparecen como castigo de faltas ó como corrección de errores cometidos, se truecan en perdurables, adquieren consistencia, proporcionada al tiempo que han durado los yerros, y en ocasiones prolongan su vida más allá de lo lógico, en fuerza de la costumbre de los pueblos.

—¿No exagerará Ud. la frecuencia de las revoluciones que hicieron necesaria la realización de esa palabra que ha determinado el nuevo orden de cosas?

—Absolutamente, señor; tomo el Estado de Panamá, que es el del que han tenido Uds. más noticias, y lo tomo, desde la fecha que indico, desde 1863. El período presidencial en ese Estado era de dos años, según su particular constitución. Pues bien, de 1863 á 1879 fueron derrocados los siguiente presidentes: Amador, Guerrero, Neira, Cervera, Arosemena (Pablo, el mismo que estuvo de ministro en Chile), Correoso y Casorla, ocho por todos, en un trascurso de 16 años; lo que quiere decir que ninguno terminó su período y que hubo en ese solo Estado, durante 16 años, por lo menos ocho revoluciones, á razón de una por período. De esos presidentes violentamente derrocados uno perdió la vida defendiendo su derecho en los campos de batalla; otro murió envenenado en un banquete. En los demas Estados sucedía poco más ó menos lo mismo. Todo se explica si consideramos que cada año se repetía en toda la república la farsa eleccionaria—que durante el trascurso del tiempo mencionado era directa—los años impares para sufragar por Presidente de la República, y Senadores y Representantes, ó Presidente y Representantes, según el Estado (1); los pares para sufragar por Presidente del Estado, Diputados y Ediles, ó viceversa. Cada elección implicaba un sacudimiento, una violenta conmoción, cuando no una lucha. Para combatir la intervención oficial, hoy proclamada allí como régimen moral de gobierno, con cinismo que pone de relieve cuánto hemos retrogradado y á qué abyección nos tienen sometidos; para combatir esa intervención, los ciudadanos luchaban mano á mano con los agentes oficiales, lucha estéril que en ocasiones importaba sacrificios vitales; y la llamo

(1) En algunos Estados los Senadores eran elegidos por las Asambleas.

estéril, porque jamás los resultados correspondían á los esfuerzos. Hubo tiempo de tanta corrupción, que una poderosa fracción de partido tenía este lema: EL QUE ESCRUTA ELIGE. Nada importaba, pues, que los ciudadanos consignaran en las urnas sus votos por determinado candidato, si los encargados de verificar el escrutinio le adjudicaban á otro los sufragios. Pretendieron corregir este abuso que hacía del fundamento de la democracia ludibrio de unos pocos; pero el mal había arraigado tan profundamente que si desaparecía allí donde era cambatido, tornaba á aparecer más vigoroso en otro punto. Vino el desborde y era preciso que alguien calmara aquel mar revuelto, aunque fuera vaciándolo ó ahogando en sus propias aguas los elementos perturbadores. Lo que ha pasado en Colombia es historia vieja en otros países. La anarquía conduce al despotismo: de élla nació el consulado y luego el imperio en Francia; élla engendró á Carrera en Guatemala, á Rosas en la Argentina, á Guzmán Blanco en Venezuela, á Rafael Núñez etc., etc. Todos han caído; pero el último se mantendrá, porque como le digo, descubrió un gran secreto para no chocar con el espíritu del pueblo: dirige sin exhibirse, gobierna sin aparecer. Su poder es algo misterioso como el de las pasiones.

—Y ¿con qué partido gobierna?

—Con ninguno, ó mejor dicho, con todos; pero su fuerza principal está entre los sacristanes.

Interrumpió la conversación Emilio Villarroel, quien se acercó para comunicarme que habían vuelto á reducir á prisión á don Candelario Reyes, á la sazón muy arrepentido de haber aceptado la libertad, porque la concesión de ella sólo había servido para aumentar los vejámenes.

Veamos qué había pasado con este caballero, uno de nuestros primeros compañeros:

En uso de la libertad concedida tomó el señor Reyes el 29 de enero el tren para Talcahuano.

Varios amigos suyos, sabedores de su llegada y de la plausible noticia de haber terminado para él los padecimientos, lo esperaban en la estación para felicitarlo. Como era natural, casi todos ellos deseaban saber cómo era eso de la cárcel de Santiago, quiénes

estaban en ella etc., y para oír mejor la relación que don Candelario prometió hacerles, resolvieron acompañarlo á su casa.

Recorridas las tres primeras cuadras en dirección á su domicilio, Gregorio Díaz, comandante de policía, detuvo á la comitiva é intimó á don Candelario orden de presentarse inmediatamente á la Comandancia General de Armas.

Es verdad, dijo don Candelario, que he debido ir á presentar mis respetos al señor Gobernador y Comandante General de armas antes que pensar en otra cosa. Vamos! añadió dirigiéndose al de la policía, y entrambos tomaron la dirección de la oficina del Gobernador.

—¿Con que Ud., le dijo el funcionario cuando estuvo en su presencia, con que Ud. no bien salido de la cárcel viene á formar aquí asonadas y á turbar la tranquilidad del lugar?

—Cuanto he hecho es acceder á que algunos amigos míos me acompañen á casa. Eso no puede considerarse asonada.

—¡Cómo! ¿Ignora Ud. que ha cometido el grave delito de desobedecimiento al artículo tal, del bando cual, promulgado en tal fecha?

—No hace apenas un cuarto de hora que he llegado y no he tenido la dicha de enterarme de los bandos promulgados por S. S. durante mi forzada ausencia.

—¿Forzada? ¿No sabe Ud. que esa palabra envuelve una ofensa directa al Excelentísimo señor Presidente de la República?

—Tampoco conozco el bando que haya incluído tal palabra entre las ofensas.

—¿Ud. viene á burlarse de mí? Pues sepa que no lo he llamado para eso.

—He venido porque S. S. así lo dispuso, según me lo comunicó el Comandante de policía.

—Pero ha debido presentarse con tono más humilde, como hombre que tiene la vida entre las manos de sus enemigos políticos.

—Creo que no cometiendo falta....

—¡Silencio! Basta ya de irrespetos y de insultos. Comandante! agregó dirigiéndose á Díaz, haga llevar á este atrevido sujeto in-

mediatamente al cuartel. Que le pongan centinela de vista. Ya veremos qué se dispone mañana á su respecto.

—Pero el señor Ministro....

—¡Silencio! repito. A mí nadie me levanta la voz. No hay pero ni Ministro que valga. Al cuartel!.

—Sin embargo....

—¡Al cuartel! Y haciendo una indicación al de la policía, continuó el arreglo de algunos papeles aquel Gobernador.

No había en el cuartel pieza desocupada: tuvo don Candelario que ir á pasar la noche entre los caballos del servicio del cuerpo, bajo la mirada fija, impasible de un centinela, quien recibió la orden de hacer fuego al primer movimiento subversivo del reo.

Si para esto he venido, pensaba don Candelario, mejor me hubiera estado permanecer en la cárcel de Santiago; que allí á lo menos tenía cama y no eran brutos mis compañeros ni salvajes mis custodios.

Al día siguiente, más por seguridad que por otra cosa, el comandante de policía le designó, para que lo ocupara, un cuarto más estrecho que la celda de Santiago, en el cual permaneció don Candelario, privado por completo de comunicación, de alimentos sanos y de toda comodidad, durante ocho días.

Al cabo de ellos el comandante de policía le anunció su libertad bajo estas condiciones: presentarse todos los días á saludar al Comandante de armas; no salir un punto de los límites urbanos de la población; abrir la correspondencia que recibiese en presencia del administrador de correos y leerla en voz alta; y no salir de su casa, por ningún motivo, pasadas las seis de la tarde.

Estas condiciones le fueron impuestas por el Gobernador en persona, quien advirtió además al prisionero que cualquiera contravención á ellas le costaría cincuenta palos y encierro definitivo con grillos.

El administrador de correos, un tal Juan J. Neira, recibió instrucciones para el cumplimiento de lo dispuesto en punto á correspondencia; y obedeció con tanta proligidad, que siempre le evitó á don Candelario la molestía de leer en voz alta las cartas que le eran dirigidas: cuando don Candelario iba por ellas, ya el administrador estaba al corriente de su contenido.

Un día le observó don Candelario que su celo en el cumplimiento del deber le hacía ir más allá de sus facultades, puesto que el Gobernador no le había dado derecho para abrir la correspondencia, sino que le había impuesto la obligación de escuchar su lectura.

Disgustóse el administrador por la observación; reputóla como una falta de respeto, y dio parte de lo ocurrido al Comandante de Armas.

Ya lo haremos entrar en vereda, dijo el Comandante y envió á llamar á don Candelario.

—¿Con que así agradece Ud. los servicios que le prestan? El señor administrador de correos ha querido evitar á Ud. el bochorno de leer en voz alta sus cartas, y con este fin se ha impuesto la molestia de revisarlas, y Ud. en vez de dar las gracias por esta atención lo colma de insultos. Vuelva Ud. al calabozo, señor mío, y aprenda otra vez á recibir con gratitud los favores que se le dispensan.

—Pero. . . . . . .

—Chit! Cansado estoy de decirle que no admito peros.

Y dio en el acto orden para que don Candelario fuese al calabozo. Ya en él, el mismo gobernador Echeverría fue á decirle que por aquella vez quedaba dispensado de los palos y los grillos; pero que á otra falta grave á las autoridades legítimamente constituidas, se duplicarian los palos y se remacharían mejor los grillos.

Don Candelario, á quien la experiencia había convertido en maestro, se inclinó sin desplegar los labios ante el Gobernador, en señal de quedar impuesto.

Al fin va entendiendo ese bribón, dijo el Comandante de Armas al de policía, la manera como debe tratarnos. Póngale pasado mañana en libertad; pero no le permita cama ni más alimentos que un poco de pan; y cuando salga vuelva á prevenirle que no estoy dispuesto á soportar sus insolentes observaciones.

El de la policía cumplió con entera exactitud las órdenes del jefe.

Cuando nos hubimos impuesto tan detalladamente como queda descrito de los abusos con don Candelario cometidos, el señor Délano me dijo:

—¿Suceden peores cosas en su país?

De ser menos serio el estimable señor Délano, me habría reído

á carcajadas, que harto tentado estuve á hacerlo, pero me reprimí y le contesté:

—Allá han progresado mucho. Eso que ha pasado con don Candelario pasaba ahora medio siglo en mi país. Hoy las cosas han cambiado. En primer lugar don Candelario no habría salido de su primera prisión sino para ir á otra peor ó para abandonar este valle de lágrimas y risas. Las cartas no las lee allí el administrador de correos de la oficina receptora sino el de la remisora, y al abrirlas deben usar un procedimiento para no dejar huella de haber dado cumplimiento á las reservadas instrucciones. Lo que aquí se ha hecho en tiempo de guerra, se hace allí en tiempo de paz. Por eso no rompen, como aquí, las cubiertas. A los prisioneros en tiempo de revolución no se les permite saber de sus familias; no se les entregan las cartas que les son dirigidas. Tampoco se toman las autoridades el trabajo de explicar, ni siquiera en la forma en que lo hace el Comandante General de Armas de Talcahuano, los motivos de las prisiones. Suponen en Colombia que los prisioneros deben conocer mejor que las autoridades las causas de las prisiones. Si las ignoran, tanto peor para ellos, porque no las sabrán nunca, por más que las averigüen, en los casos raros en que el prisionero consigue salir de la prisión; que dentro de ella no habrán de intentar hacerlo, pues los carceleros, únicas personas á quienes ven, son mudos: comerse la lengua es la primera de sus obligaciones. Ya ve Ud. que estamos más adelantados; y que lo que pasa aquí es tortas y pan pintado si se compara con lo que pasa allá. Lo que le digo sucedía ahora cinco años, cuando empezó la férrea dictadura de Núñez. Es de suponerse que ahora estén más adelantados todavía. ¡Pobre patria, caída en la abyección cuando la aureola de libertad apenas empezaba á ilumininar sus horizontes! En cinco hemos retrocedido cincuenta años. Con diez más de dictadura, Núñez se habrá empequeñecido porque no gobernará sino pueblos de idiotas. A ese resultado conducirán al país la indisciplina de un partido y la ambición de un hombre...

El señor Délano parecía dudar de mis palabras; pero la historia está ahí, comprobando con su seriedad la exactitud de lo que afirmo.



13 DE FEBRERO

Se arregla cómodamente el baño.—Las bombas del palacio de la Moneda. —Gran susto del Dictador.—Temida conspiración del cuerpo de bomberos.—Se prohibe tocar la campana de incendio.—La obra de Francisco del Campo.—Llegada de don Pedro M. Rivas.—Juiciosas noticias que nos da.

Si en la cárcel me hubieran propuesto trabajar, cuando de ella me viese libre, tres meses de balde á fin de tener un baño cómodo, no habría vacilado un punto en aceptar la propuesta.

Días atrás había intentado levantar una suscripción para comprar una tina y arreglar la cañería del agua, pero mis esfuerzos, tal vez porque de tener buen suceso, no habrían aprovechado de ellos sino muy pocas personas, se estrellaron contra una indiferencia la más completa.

—Á mí me gusta mucho el baño, pero en el mar, donde pueda zabullir y nadar.

—Á mí, de río, para luchar con las corrientes.

—Á mí, tibio, y en punto donde no me dé aire.

—Yo soy tan nervioso que no puedo soportar sino la ducha. Me ha sido imposible entrar al agua lentamente.

Así ó de otros modos parecidos me habían contestado los invitados á suscribirse para adquirir el baño.

Ocurrióseme decirle á Ricardo Matte que el calor era exhorbitante; que nos estábamos asfixiando. Ricardo tomó la indirecta por otro lado y me ofreció cerveza. Le observé que la cerveza si refrescaba un poco aumentaba después la sofocación.

—¿Por qué no te bañas?

—Lo haría de mil amores, siempre que obtuviera licencia para salir; pero esa concesión sólo le ha sido otorgada á un señor del otro patio, y eso de noche, para ir á comer con el candidato ó para tomar el te con él.

—Ya comprendo que no te dejarán salir; pero ¿por qué no te bañas aquí?

—Ahí está el busilis. Porque no hay cómo.

No necesité decir más: en la tarde un maestro pintor barnizaba de nuevo una tina que Jara Quemada había recibido comisión de conseguir; y otro maestro perforaba una pared; y un tercero arreglaba la cañería y el aparato de la lluvia encima del lugar en que había de colocarse la tina.

Tres días después una gran parte de los compañeros habían amoldado sus gustos á la tina ó á la lluvia; y no pensaban en hacer viaje á Valparaíso para bañarse en el mar, ni en luchar con las corrientes de los ríos, ni en encerrarse para darse baños tibios; los nervios de los que sólo podían recibir ducha se habían atemperado tanto que recibían la lluvia tan bien como la ducha y la tina tan bien como la lluvia. Aun pude observar el raro fenómeno de ver cómo se aficionaban á los baños personas refractarias, según me habían dicho, que no podían sino por necesidad emplearlos, cuando el médico los recetaba ó el aseo los imponía.

Contemplaba los preparativos de la tina cuando alcancé á ver que transpasaba los umbrales de la última reja Francisco del Campo, caballero amigo mío, á quien, como al alcaide Álvarez Cevallos, había conocido en Iquique y cultivado con él cordiales relaciones.

Supuse que ingresaba en calidad de prisionero, porque ya teníamos conocimiento de su participación en la tentativa de hacer volar el palacio de la Moneda, según lo decía la prensa, ó en la broma de hacer pasar el mayor de los sustos á Balmaceda, según era realmente lo que había pasado.

Me alegré infinito de la llegada de mi amigo, porque él me referiría con todos sus detalles el asunto de las bombas explosivas y porque, además, su compañía me era mui agradable.

No venía Francisco en calidad de prisionero, como llegué á suponerlo, sino de visita; y se sorprendió verdaderamente cuando le

dije que Martínez, otro de los conocidos en Iquique, me había referido su incorporación al nihilismo y el mal éxito obtenido en la primera experiencia.

—Y ¿cómo ha podido saber nada Martínez?

—De haber yo maliciado que vendrías y que me manifestarías deseos de averiguar qué conducto le llevó la noticia, seguramente se lo habría preguntado.

—No hagas broma del asunto. No ves que así como á los oídos de Martínez puede ir el rumor hasta la policía ó hasta el mismo palacio de la Moneda, y esos señores no entienden de chanzas, mucho menos en las presentes circunstancias?

—Bueno, yo te averiguaré el grado de trascendencia que el asunto haya alcanzado. ¿Tienes entretanto dificultad en referirme detalladamente lo ocurrido?

—Ninguna: pero vamos á tu celda, porque vengo algo cansado.

Instalados en mi celda, me refirió Francisco lo que á continuación verá el lector:

Ricardo Cox Mendez, Darío mi hermano; N. N. (1), en quien tengo tanta confianza como en mi hermano; y yo, nos propusimos ver si llegado el caso extremo de hacer desaparecer al Dictador para libertar al país, la determinación sería practicable, no obstante las guardias que rodean al palacio y la suprema vigilancia en que se mantienen. Aprovecharíamos al mismo tiempo nuestra investigación para dar un buen susto al tirano y á sus comparsas é intrincarlos más de lo que están.

Preparé una sustancia, después de ensayos infinitos, hecha con muchas precauciones en el laboratorio de la Quinta Normal y en el pequeño que tú sabes tengo en mi propia casa, sustancia que tiene la propiedad de inflamarse expontáneamente, sin necesidad de mecha ni fulminante de género alguno. Es un compuesto de súlfuro de carbono, fósforo, azufre y otros ingredientes diabólicos, semejante

(1) El caballero cuyo nombre he querido reemplazar por estas iniciales ocupa un puesto en la honorable Cámara de Diputados, según he sabido, al revisar esta parte. Tal vez no hallaría bien que lo hiciese figurar en esta relación, por la seriedad del carácter que inviste.

al que los antiguos llamaron fuego griego, por la particularidad que tiene de ser combustible aun dentro del agua. Se inflama al contacto del aire; y ya podrás calcular con cuántas dificultades pude preparar cantidad suficiente para una media botella común, tapada por medio de un mecanismo que permitiese la salida del líquido y su consiguiente inflamación treinta minutos después de estar la botella en posición horizontal, de modo que dicho líquido entrase en contacto con la tapa.

Provistos del espantoso elemento nos encaminamos, como gente que va de paseo, á los contornos del palacio á esperar ocasión favorable á nuestro intento.

En el comedor del tirano había varias personas entre las cuales te nombraré al redactor del Padre Padilla para que veas hasta qué punto ha descendido el nivel moral del Dictador.

En la pieza de los bajos del edificio, correspondiente á la que en los altos ocupa el comedor, hay una oficina que según me dicen es parte de las de la Dirección de Contabilidad. Por una de sus ventanas arrojamos el envoltorio y nos quedamos esperando los resultados. Cuando calculamos que ya era tiempo de que empezasen á sentirse los efectos, escabullimos el cuerpo hacia la Alameda no fuera nuestra presencia en aquellos lugares á infundir sospechas.

Supe después que el susto había alcanzado proporciones mayores de las calculadas por nosotros: en cuanto llegó al comedor el olor á azufre, el espanto fué general.

—Estamos sobre un volcan! dijo Bañados Espinosa.

—Va á volar el palacio! gritó otro.

Y todos salieron en tropel del comedor. El humo afuera era más denso y el olor más endiablado.

—Es preciso, dijo el Dictador, impedir que se dé la voz de alarma en el cuartel de bombas. Este es un plan combinado de antemano para apoderarse de la Moneda. Si los bomberos llegan á venir, en vez de ganchos y escaleras y útiles de su oficio, traerán revólveres y puñales.

Un edecán partió rápidamente á prohibir que sonara la campana.

En seguida todos bajaron á examinar la causa de aquel humo y de aquel olor á Satanás.

Notaron que la pieza de la cual se escapaban olor y humo era justamente la que quedaba debajo del comedor.

—De la que nos hemos escapado!...

—¡Grandísimos bribones!

Á estas exclamaciones siguieron otras muchas; pero nadie se atrevía á entrar. como si dentro de la pieza se hubiese abierto una de las puertas que al infierno dan entrada.

Los militares decían que no estaban para exponer su vida en estas averiguaciones; que sus servicios eran más necesarios en el campo de batalla. y que se reservaban para cuando la ocasión llegara.

Todos estaban á poca distancia de la puerta y ninguno se atrevía á entrar. Al fin el redactor del Padre Padilla se aventuró por entre la densidad del humo y el satánico olor.

A poco rato salió con un envoltorio pequeño, en el centro del cual se hallaba el frasco con la composición.

Vinieron en seguida los comentarios. Después de ellos la mayoría se inclinó al parecer de Balmaceda: era plan de los bomberos para tener acceso á la Moneda y asesinar al Dictador y á sus Ministros, inclusive el candidato.

Cuando Francisco terminó su relación le observé que esas alarmas producían generalmente resultados contrarios á los que se buscaban. Sobre todo, que servían de pretexto para perseguir á los ciudadanos y hacerlos víctimas de mayores y más crueles arbitrariedades, sin contar con que era cerrar el camino para cuando debiera ocurrir el caso apurado de apelar á esos medios de desesperada salvación.

—Es que tú no sabes la influencia que tiene el hacer aumentar el miedo al Dictador, y sobre todo el haberle demostrado de una manera tan perentoria la inseguridad en que vive, pues bien hemos podido poner dinamita en vez de fósforo y hacer volar el palacio en vez de producir un susto á sus moradores. Yo me alegro de que hayan creído que era plan de los bomberos, porque esto llevará á la conciencia de los esbirros que la popularidad del Dictador es

más fingimiento que realidad, ó por lo menos que el Dictador reconoce no contar con las simpatías de los bomberos; y esto es mucho, contribuye á dar el tono verdadero á la situación.

—Es muy poco lo ganado si se compara con lo perdido. El susto ha dado pie para que la prensa ponga el grito en el cielo y denuncie crímenes que nadie ha pensado cometer y exhiba al Dictador como próximo mártir de sus convicciones. En el extranjero creerán que la Mano Negra ha aparecido en Chile y que hemos tenido que apelar á las maquinaciones secretas por falta de fe en la justicia de la causa.

—Vas muy léjos. Le das á nuestra investigación un alcance que no tiene. No hace aun diez días que metimos el susto y ya en la calle nadie se acuerda de él. La Nación lo ha considerado tan insignificante que no ha querido tratar del asunto. Los diarios que se han alarmado, Las Noticias y El Orden, no pasan nunca las fronteras; muchas veces no alcanzan á las extremidades de la ciudad.

—Aquí supimos que la casa fronteriza al comedor del palacio había sido allanada y que sus moradores habían sufrido ultrajes por causa del suceso.

—También ha servido de pretexto para que se verifiquen algunas prisiones.

—Eso te acaba de demostrar la inconveniencia del procedimiento. Mucho me alegraría que dieran al fin con el autor principal para tener otro compañero con quien comentar noticias y pasar el tiempo en esta cárcel.

—No me arredraría eso, pero sí que en vez de mandarme á hacerte compañía me enviaran á hacérsela á mis abuelos que reposan tranquilos ya hace algún tiempo en la ciudad del silencio.

—No digo que no lo merecieras por tu imprudencia; y si llegara á suceder lo deploraría.

—La policía desplegó al principio mucha actividad para dar con los culpables. Hoy ya nadie se acuerda de eso. Es historia vieja.

Cuando salimos de mi celda, Alberto Espejo, que me ayudaba á averiguar los sucesos del día, me comunicó que al otro patio había ingresado don Pedro María Rivas, un caballero muy respetable así por su posición social como por la participación que en la política

del país ha tomado siempre, con criterio independiente y aspiraciones nobles.

Estuvo en la tarde el señor Rivas de visita en nuestro patio. Nos describió con juicio muy sensato cuál era la situación verdadera en que se hallaba la revolución. Había escasez de armas y de soldados; abundancia de entusiasmo y de oficiales. Las armas estaban llegando y el ejército se organizaba á toda prisa. La falta de soldados se explicaba por las dificultades de traslación. Iquique estaría muy pronto en poder de la Escuadra, si á la fecha no lo estaba ya. Para tomarlo se contaba con las pocas fuerzas que mandaba en el departamento de Pisagua el coronel Canto; con los trabajadores chilenos de las salitreras, que eran el mayor número; y con el auxilio de la Escuadra. La plaza no podría resistir un ataque combinado por mar y tierra.

La relación del señor Rivas, despojada de las exageraciones con que el entusiasmo de otros ataviaba las noticias que nos llevaban, nos llenó de esperanzas.

El comandante Ramírez estuvo contentísimo; sus exclamaciones debieron de oírse en lo más apartado de la Cañadilla y el Matadero. El señor Rivas le había infundido el convencimiento del trinnfo.

Junto con el apreciable señor Rivas, entró también al otro patio don Federico Scotto. Uno y otro habían sido aprehendidos en Santiago.



14 DE FEBRERO

Ejercicios militares.—Cortínez da la voz de alarma en la Moneda.—Irresistibles tendencias de Bañados Espinosa.—Rumores de proscripción.—Algunos proyectos de los prisioneros.—Don Juan Castellón en la Quiriquina. Su llegada á la cárcel.—Sosa toca la flauta.

Era preciso utilizar nuestro tiempo de alguna manera más provechosa que en frívolas conversaciones y en lecturas de novelas que no dejan sino impresión pasajera.

No sabíamos si andando el tiempo nos facilitaría el destino manera de satisfacer los deseos que á todos nos animaban de ser soldados de la buena causa. Su Majestad la Casualidad, tan caprichosa como Godoy, el Ministro de lo Interior, no había decretado nada respecto de nuestras personas, ni respecto de los acontecimientos; y si habíamos de ser soldados, bueno era apercibirnos á ello de modo de dejar satisfechos á los jefes y bien puesto el honor de la carrera.

Además, nuestros estudios militares no se oponían con nuestras lecturas ni siquiera con nuestras otras distracciones, pues había tiempo para todo.

Determinámos organizar un batallón del cual nombrámos jefes instructores á Eleodoro Bravo y Roberto de la Cruz, que habían sido y aun serían, si los decretos del Dictador no llegaban á tener efectividad, oficiales de línea.

Los instructores tomaron á lo serio el desempeño de su cargo. Bravo se colocó, cuando estuvimos alineados, de modelo para que imitásemos los movimientos ordenados por de la Cruz. En un ins-

tante estuvimos al corriente de los movimientos de cabeza. En los de flanco se equivocaban algunos, lo que producía grandes risas á los espectadores. Suárez salió pésimo recluta: cuando el instructor ordenaba flanco izquierdo, se volvía rápidamente á la derecha, quedando en actitud de besar á Lemus.

Y luego para hacerlo tomar el paso, cuando aprendíamos á marchar, costó triunfo.

Los alcaides miraban con mucha atención nuestros ejercicios; pero á decir verdad, no vieron en ellos cosa que comprometiera su condición de empleados; tomaron los ejercicios como juego, y no pararon mientes en ellos.

Las personas más serias nos improbaron el aprendizaje, fundadas en que había de llegar aquello á oídos del Intendente ó del Ministro y en que seguramente ni uno ni otro verían con buenos ojos nuestra voluntaria conversión en soldados.

Quienes así pensaban tenían razón: los á lateres del tirano, inclinados á ver las cosas muy aumentadas, dieron grande alcance á los ejercicios y buscaron en ellos motivo para atestiguar al Dictador el celo que desplegaban en servirle.

El médico Cortínez había estado en palacio á dar la voz de alarma y obtuvo tal éxito con el discurso que pronunció, que Balmaceda lo tenía ya como candidato para consejero, cuando ocurriera la necesidad de nombrar uno.

Todo llegaba á nuestro conocimiento, hasta estos detalles que en otras circunstancias hubieran carecido de interés. ¿Cómo iba á imaginarse Cortínez que las palabras pronunciadas en la Moneda llegasen hasta la cárcel, ni que algún día quedasen estampadas para recuerdo de su personalidad y recomendación de su carácter?

No es posible transcribir con entera exactitud lo que dijo Cortínez en la Moneda; pero en el fondo estas fueron sus ideas:

«Nos exponemos á serios peligros si Su Excelencia y los señores Ministros continúan permitiendo que el Intendente tolere la amplísima libertad y holgura de que gozan los presos políticos en la cárcel. Actualmente en uno y otro patio se han organizado en batallones á los cuales sólo les faltan armas; quiero decir rifles, porque cada uno tiene su revólver, para entrar en combate. ¿Quién nos

asegura que el día menos pensado uno de esos batallones ya bien disciplinado, ó juntos, en acuerdo, no asalten la guardia, la desarmen, suelten á los presos comunes, cuyo número pasa de cuatrocientos, y hagan una revolución en la misma capital de la República? Serían sometidos, no lo dudo; pero no podríamos gozar de seguridad si sueltan á los presos comunes, que son bandidos avezados al crimen. Eso de permitirles estar constantemente reunidos no solamente los de un mismo patio, sino los de un patio con otros, es ocasionado á funestas consecuencias. Los crímines políticos han surgido generalmente de una reunión. Hay, dice Lambroso, criminalista italiano, en una obra que acaba de publicar, hay uno como encadenamiento epidémico que nace precisamente de la reunión de muchos individuos, sobre todo si están encerrados. Los golpes de cuartel, como lo comprueba la historia, han estallado generalmente después de una reunión, de la celebración de una fiesta, etc. El mismo Lambroso señala muy atinadamente que los golpes de cuartel se han verificado ó han sido más frecuentes cuando el concurso de las multitudes es determinado por un móvil político común. Y esto es fácil creerlo, si examinamos que la revolución actual tiene algo de ese origen. Las reuniones, dice Pugliese, otro criminalista también italiano, producen embriaguez moral: el contacto, el valor que uno siente cuando está acompañado, valor que yo pudiera llamar colectivo, hace perder el sentimiento de la conciencia individual y precipita á la multitud á cometer actos que uno solo no tendría la audacia ni aun el pensamiento de ejecutar. Viene entonces el desencadenamiento de las pasiones más brutales y más feroces: desaparece el hombre civilizado y queda sustituido por el salvaje. Los prisioneros políticos están además en diario contacto con los comunes; y sospecho que ya tienen fraguado su plan. Es preciso que cada prisionero vuelva á su celda y no salga más de ella.»

Julio Bañados Espinosa, que estaba presente, envidioso probablemente de la erudicción del médico Cortínez, sostuvo la tesis contraria respecto á las reuniones:

«Milton, dijo Bañados, queriendo pintar en su PARAÍSO PERDIDO una asamblea de diablos, á los cuales tenía por qué calcular en número infinito, cuenta que para que pudieran caber en el local,

demasiado estenso sin embargo, se habían tenido que transformar en enanos. Esa es la historia del público reunido. Aisladamente cada uno de los que lo forman puede valer mucho; pero en reunión con otros se anula. En esto precisamente he fundado mis teorías respecto al régimen representativo, y por esto he querido dar preponderancia al presidente sobre el parlamento, porque creo que un hombre que tenga la cabeza tan bien organizada como la de Su Excelencia acierta con más seguridad que dos Cámaras. Si los hombres reunidos no desdijeran de lo que son individualmente, carecería de valor aquel antiguo proberbio que dice:

Senatori boni viri, senatus autem mala bestia.

—Hable en español, Julio, le interrumpió Balmaceda.

—Decía, continuó el orador, que no le doy á la reunión de los presos la trascendental importancia que nuestro buen amigo el doctor Cortínez y que para mí tanto monta que estén reunidos como que estén separados.

—Aunque solo se atendiera á las burlas de que hacen objeto á Su Excelencia, respondió Cortínez, eso bastaría para dejarlos á todos en estricta incomunicación, á ver si aisladamente se permiten los irrespetos que en conjunto.

Balmaceda cortó la conversación diciendo que el punto no merecía el debate que ya había principiado y que Bañados se disponía á proseguir; que le comunicaría instrucciones á Alcérreca á fin de que remediase las cosas y previniese cualquier pensamiento subversivo de parte de los presos.

Habíamos adelantado bastante en los primeros ejercicios. Lemus sostuvo no haber perdido el paso en ninguna ocasión y haberse distinguido en la precisión de los movimientos. Su aplicación le valió el ser ascendido á cabo.

Tan persuadido estaba Lemus de sus progresos militares, que en la primera molestia que tuvo después del ejercicio con Ismael Larenas, con quien reñía tres ó cuatro veces al día, la primera ofensa que se le ocurrió fue llamar á Larenas recluta y mal militar, incapaz de soportar las fatigas de las marchas ó de dirigir un ataque.

Un corro formado por varios en el ángulo occidental del patio

llamó nuestra atención, pues por los ademanes de las personas que lo componían dedujimos que se trataba de algo serio.

Discutíase en él el proyecto que, según noticia llegada recientemente, tenía el Dictador de proscribirnos á todos á la República Argentina.

Unos nos asustamos al oír la determinación; otros se rieron de ella; y todos nos dimos á pensar en lo que haríamos llegado el caso de efectividad.

Trascribo algunos de los planes en que con tal motivo se pensó:

Lemus prometió tomar bajo su protección á Martín Prats Bello y á Carlos Ríos González. Trabajaría como peón durante los meses que sus favorecidos hubieran menester para recibirse de abogados y abrir su estudio en Buenos Aires. Conseguido esto, ellos se encargarían á su vez de auxiliar al protector hasta que se perfeccionase como mecánico, á lo que pensaba dedicarse todo el tiempo que durara el ostracismo.

Martín Prats agradeció el ofrecimiento del bondadoso Lemus; pero agregó que no lo aceptaba porque un cuñado suyo ocupaba buena posición en la Argentina y se acogería á su casa mientras preparaba su estudio.

Carlos Ríos aceptó lo propuesto por Lemus y le garantizó dividir con él el fruto de su trabajo en los últimos tiempos, así como él iba á hacer otro tanto durante los primeros, que serían los más amargos sin duda.

Otros pensaban en volver á Chile por Copiapó, en la persuación de que cuando llegásemos á la Argentina ya las provincias del Norte estarían bajo el amparo de los representantes del Congreso y de la legalidad.

Chaparro empezó á buscar socio capitalista para establecer un almacén de frutos chilenos en Mendoza.

Lisboa no residiría en la Argentina: se iría al Brasil á recetar á blancos, negros y mulatos.

Arturo Prado me invitó para hacer una correría por toda la América del Sur. Pensaba viajar como Jacolliot. Yo iría como su secretario á preparar en cada población el mejor departamento del hotel más lujoso para el mejor médico del mundo. Y allí debía

lucir todas mis habilidades apologéticas y todos mis recursos oratorios, para ponderar las maravillas obtenidas con los remedios del sabio. Me encargaría especialmente de poner por los cuernos de la luna la certeza y precisión de las operaciones quirúrquicas y la evidencia de que no había enfermedad sifilítica que á su tratamiento resistiese. Antes que todo era preciso que estudiase el carácter de la población, su grado de cultura, la epidemia reinante, para saber á ciencia cierta en qué ramo debía anunciarlo como especialista. Para el mejor cumplimiento de mi tarea no debía reparar en gastos ni propinas. No descuidar sobre todo la prensa; en élla debía publicar certificados de maravillosas curaciones. sin copiar por supuesto los muy vulgares que inserta en todos los periódicos y almanaques el dueño ó inventor de la Emulsión Scott. Las recomendaciones debían ser originales, nuevas, calculadas para producir impresión. A las grandes ciudades llegaríamos simplemente de visita y nos despojaríamos de los anteojos que solo usaríamos en las poblaciones pequeñas. porque no se concibe un hombre, fuera de su país, entregado contínuamente á arrancar los misterios á la ciencia que no sea corto de vista. Y los secretarios, que de ordinario hacen los oficios de lectores, deben contagiarse de la misma enfermedad. Por término del viaje, y según mi expedición, me llevaría á Europa como intérprete y siempre en calidad de secretario; pero si no desempeñaba bien mis funciones, me pagaría el pasaje de regreso á Chile, si ya estaba pacificado ó á la Argentina, para que allí buscara modo de vivir. El seguiría definitivamente á Europa á disfrutar del dinero con tanto trabajo conseguido.

Los que tenían ó sabían oficio eran los menos alarmados, porque para ejercerlo no había menester permiso de autoridad administrativa ni licencia de Corte alguna.

Bien se conoce, me decía Anjel Custodio Espejo, que en la expedición de las leyes han entrado en todos los países individuos de las profesiones liberales. Si hubieran sido sastres, zapateros, albañiles ó herreros los legisladores, ninguno de los que tales oficios desempeñen en sus países podrían dedicarse á sus labores en países extraños.

Algo debía deducir Espejo de su lectura de novelas, siquiera fuese la tendencia á hacer alarde de espíritu observador.

Salvador Sanfuentes no había echado pie atrás en la empresa, un tanto difícil, de encontrar á don Juan Castellón, uno de los personajes de mayor celebridad así en el sur como en la república entera.

El señor Castellón, miembro del Parlamento y Ministro de Estado en varias ocasiones, gozaba en el sur de merecida popularidad por sus ideas, por su carácter, por su honorabilidad nunca desmentida. Es el jefe del partido radical en aquellas provincias y uno de los hombres más querido por sus copartidarios y más respetado por quienes en ideas le son adversos.

Temió el señor Castellón ser víctima de los ultrajes del Intendente, y para escapar á ellos y para esperar ocasión propicia de incorporarse á la Escuadra, buscó lugar que lo protegiese contra las persecusiones del tirano y facilitase el éxito de sus deseos, en la isla de la Quiriquina, habitada solamente por algunos pescadores.

Quince días permaneció don Juan en su escondite: y ya puede calcularse qué vida llevaría, sin tener con quién cambiar una idea ó con quién conversar, sin distracciones de ninguna especie, teniendo que aceptar para sostener la vida las escasas y mal preparadas comidas de aquellos hombres rústicos, expuesto á la interperie y sin mas comodidades que las de que pudo disponer el hombre primitivo.

Sanfuentes, que como decimos no perdía la esperanza de encontrarlo, en cuanto malició ó tuvo sospecha de que podía hallarse en aquella isla, mandó practicar prolijo examen en todos sus contornos, hasta descubrir á su perseguido.

Comprendiendo luego que la presencia de don Juan en la cárcel de Concepción comprometía la tranquilidad relativa de la población y aun la de la provincia, pues los amigos numerosos del ilustre prisionero no habrían de conformarse con soportar resignados los ultrajes de que se le quisiera hacer víctima, tuvo por cosa acertada y prudente mandarlo incontinenti á la de Santiago.

Todos los prisioneros del sur acudieron presurosos, en cuanto supieron la llegada de don Juan, á ofrecerle sus respetos y servicios

en todo aquello que en una prisión puede ofrecerse, que en verdad es bien poco.

Otro tanto hicimos el resto de los detenidos cuando nos impusimos de la gran talla del hombre que acababa de honrar con su presencia los calabozos del Dictador.

Refiriónos don Juan cómo se había convertido en permanente atalaya durante su estada en la Quiriquina, para descubrir en el vasto horizonte formado por las aguas algún humito que le llevara esperanzas de poder ser útil á su patria, en los precisos momentos en que más se necesitaba de la cooperación de los hombres de bien para derrocar al infame mandatario que había hecho ludibrio de la Constitución y perturbado tan hondamente la sociedad. El día lo sorprendía en las rocas, los ojos fijos en el gran semicírculo que parece juntar las aguas con los cielos; y allí, en la misma posición lo hallaba la noche hásta hora muy avanzada, siempre esperando los reflejos de la luz eléctrica de alguna nave de la Escuadra.

Vana esperanza! Mientras don Juan atalayaba el horizonte con mas insistencia que un enamorado de la edad media las ventanas de su amada, la Escuadra estaba abriendo operaciones sobre los puertos principales de Tarapacá.

Después de los ejercicios militares habíamos notado que lo único que nos faltaba en la cárcel era música. Quienes la cultivaban carecían de instrumentos y no podían, por esta circunstancia, organizar una banda que nos sirviera para celebrar los triunfos de nuestros compañeros y disipar la tristeza de nuestro encierro con dulces armonías.

Sosa oyó nuestras lamentaciones al respecto, y por la noche sacó de sus maletas una flauta ó caramillo, que al fin no se supo lo que era, y nos regaló con registros y cuecas, pues á decir verdad el aficionado había hecho pocos adelantos en el manejo de su instrumento favorito.



15 DE FEBRERO

Las mentiras de La Nación nos hacen sospechar verdades.—Preparativos de recepción.—El guardián quiere propina.—Somos muy visitados.—El Dictador permite que se anuncien los incendios.—Uno ocurrido en la calle del Puente.

La Nación llegó el día anterior demasiado tarde, de manera que no nos fue posible imponernos, en la noche, de su contenido, generalmente mentiroso: pero que aun así, embustero y todo, nos servía para nuestros cálculos y deducciones.

El número que del día 14 llega á nuestras manos nos hace colegir que algo verdaderamente serio para el Dictador ocurre en Iquique. ¿De dónde, si no, sacaba el diario tan manifiesto empeño en persuadir que Tarapacá estaba en completo estado de tranquilidad?

Continúan, según el decir del diario, las naves de la Escuadra, paseando por el ancho océano sin rumbo y sin objeto. No tienen otra aspiración que prolongar el tiempo en que los cuerpos de los jefes se vean colgados de las antenas para escarmiento de traidores y bandidos, que es la sandez más pequeña que obsequian á los prestigiosos marinos, que no han permitido se empañen un punto las glorias con tantos esfuerzos por ellos conquistadas.

Mucho alientan las palabras de La Nación, no obstante la mortificante duda en que nos dejan.

Ricardo Matte no ha tenido la menor noticia. Don Alejo no despliega los labios y conjetura en silencio. Todos presienten algo, sin duda un buen suceso para las armas constitucionales, pero ni aun se atreven á comunicar sus impresiones, como si fueran sueños

favorables y creyesen, á imitación del vulgo, que por referirlos dejan de realizarse.

El comandante Ramírez ha violado ya por tercera vez la prohibición de comunicarse con el otro patio y en él nada ha obtenido de particular.

Y sin embargo el editorial de La Nación revela que algo ha acontecido, algo muy serio que se desprende de sus propios afanes.

Uno que otro visitante que llega habla de vagos rumores que se escuchan por todos los ámbitos de la ciudad, á manera de vaticinios que señalan desastres irreparables para el Dictador.

Como no hay quien asegure algo positivo quedámos en dudas y ansiedad.

Uno de los sacerdotes del otro patio rezó en la rotunda la misa: y al salir de ella los creyentes se distribuyen en grupos más ó menos numerosos que comentan renglón por renglón las aseveraciones del diario unos, y otros forman planes hostiles contra los visitantes.

Dejo uno de los corros comentadores y me acerco á otro á ver de qué se trata.

En este corro se halla César Novoa, quien aprovechando la coyuntura de la misa, ha venido á ponerse de acuerdo con sus compañeros para rechazar de una manera ejemplarizadora á Malaquías Concha, si, como lo anunció, se obstina en repetir el insulto que su presencia en aquellos lugares envuelve.

Novoa está más tartamudo y más turnio que de ordinario. Se conoce que está bajo la influencia de una excitación nerviosa, ocasionada por la espectativa de la futura visita. Habla con mucho trabajo para decir á de la Cruz, Bravo, Espejo y otros, que si Malaquías vuelve á su patio está decidido á cumplir la palabra que al despedirlo le empeñó: lo sacará á puntapiés; ó mejor dicho, á puntapiés le impedirá la entrada. Novoa transigirá con todo; pero con la infame venta de Malaquías jamás.

Yo deploro, agrega, que ese hombre que solo desprecio infunde, me obligue á descender á su nivel para castigarlo; pero ¿qué hace uno con un bandido que lo asalta en calle pública? El más altivo y

digno de los hombres se verá obligado á medir con él sus fuerzas.

Cuando esto dice Novoa, lo interrumpo para observarle que acaso proceden sin un convencimiento íntimo indispensable para decidirse á observar conducta tan enérgica y tan señaladamente hostil.

Mis palabras sientan muy mal en el auditorio; de la Cruz me dice que no debo inmiscuirme en esos asuntos, tan perfectamente conocidos por ellos; y su observación sella mis labios. Me determino á oír y á tomar nota para las memorias que algún día publicaré.

Los del núm. 10 aprueban con decisión lo determinado por Novoa y convienen en observar idéntica conducta: impedirán de cualquier modo la entrada de Malaquías.

Se prepara. pues, algo desagradable, tanto para el presunto visitante como para los prisioneros que no participamos de las ideas de los que tan hostiles se manifiestan.

Y estas proyectadas manifestaciones pueden perjudicarnos, pues cuando menos, servirán de pretexto para que aumenten su saña en contra nuestra las personas que nos tienen bajo su poder.

Lo más prudente sería evitar el recibimiento.

Para el efecto llamo á don Vicente Alvarez y sin expresarle recientes motivos, sino refiriéndome á lo ocurrido ocho días atrás, le indico que en caso de venir el señor Concha sería lo más prudente aconsejarle renunciara al deber de visitar á quienes tiene por correligionarios y amigos.

Don Vicente me promete hacerlo así. Mis indicaciones fueron inútiles ó se cumplieron. porque Malaquías no vino ó si vino prefirió no entrar á que se repitieran escenas desagradables.

Permítaseme apuntar una rara coincidencia: el generoso obsequio de Ricardo Matte, el baño, había quedado tan bien arreglado que nada tenía que envidiar á los de la calle del 21 de Mayo; y sin embargo, el día en que debíamos estrenarlo de la Cruz y yo, los más aficionados, no pudimos bañarnos.

El guardián acompañado de seis mozos, se empeñó en hacer del patio una laguna á poder de baldes que llenaban precisamente con el agua de la tina.

Quisimos hacerle observaciones, pero nos respondió en el tono más altanero que el aumento prodigioso de su capital le permitía, que primero estaba el aseo y la frescura de la cárcel que el regalo de los prisioneros.

Este hombre quiere dos cosas, me dijo de la Cruz, primero, plata; segundo, impedirnos con el lodo que ha formado, la continuación de los ejercicios militares. Le daremos algo para que en lo sucesivo no nos hostilice y cuanto á los ejercicios, los haremos en los corredores.

Poco después estábamos marchando los aficionados.

En la sobremesa del almuerzo una gran mayoría opina que va á tener mal resultado nuestro aprendizaje, porque el alcaide ha dicho que el Intendente estuvo personalmente en su oficina á averiguar si era efectivo que los presos estaban organizados en compañías cuya disciplina progresaba con mejor éxito que en un cuerpo de línea.

El alcaide dio seguridades al Intendente de que la noticia era exagerada y le manifestó que en efecto diez ó doce jóvenes del patio núm. 10 habían estado distrayendo el tiempo en marchas y contramarchas.

Nuestro departamento estuvo más visitado que de ordinario: numerosos grupos de señoras y caballeros entraban á ver á sus parientes y relacionados.

Personajes de alta posición, como los Magistrados de la Corte depuestos por el Dictador, vinieron á saludar á don Juan Castellón, á don Alejo y á Ricardo.

Larenas, el encargado de los honores, estaba felicísimo: se le había presentado la ocasión de lucir sus galanterías. No había descansado en su tarea de preparar platos con frutas para enviar á las señoras que llegaban sino momentáneamente, para salir á recibirlas.

Sanhueza quiso disputarle las prerrogativas de dueño de casa; pero en cuanto supo Ismael que había quien quería rivalizar con él en cortesía, puso uno de los mozos de vigía para que le anunciara la llegada de alguna señora, desde que ésta estuviera en la penúltima reja, de modo que cuando alcanzara la última, pudiera estar él allí para conducirla y evitar así que Sanhueza se llevara los agradecimientos de las visitantes.

Tuve necesidad de ir á mi celda; pero no me pareció prudente entrar porque hallé en ella á la familia de los Espejos con uno de los cuales, Alberto, la ocupaba.

Poco después de retirada la familia encontré á mi compañero de celda llorando como una Magdalena: la entrevista con su distinguida madre y su simpática hermanita había sido muy tierna. Procuré consolarlo como mejor pude; mas al recuerdo de lo mucho que Alberto se reía de mí cuando se me humedecían los ojos si pensaba en mi familia, resolví pagarle en la misma moneda. Mis tentativas de venganza produjeron mejor resultado que mis esfuerzos de consuelo, porque minutos después Alberto se reía de su blandura de corazón, y prometía, otro día que su madre viniese, tener valor para fortalecerla en vez de aumentar sus aflixiones con el llanto.

La cárcel ofrecía un contraste singular: en los corredores y en el patio risas y alegría; en el interior de las celdas llantos y tristeza. Imagen fiel del mundo, me decía, en las calles la algazara y el bullicio; en las casas, los pesares y la amargura; afuera lo que parecemos, adentro lo que somos.

Así como el Dictador se había declarado pontífice máximo para poner la ceniza á la Nación por medio del más célebre de sus decretos, había dispuesto también que las campanas de incendio permaneciesen mudas, por lo menos, mientras duraba la cuaresma, aunque se quemase un barrio entero de la ciudad por falta de anuncio á los bomberos para combatir el fuego.

Atribuían algunos la causa de esta disposición á la broma preparada por Francisco del Campo, que había hecho sospechar al Dictador conatos de asaltos; y fue sin duda manifiesto temor á los miembros de la simpática institución lo que había motivado tan inconveniente determinación.

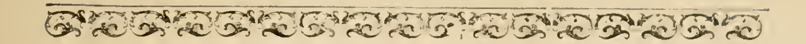
Los contertulios de sobremesa oíamos con placer una disertación que hacía don Francisco J. Riesco sobre música y literatura, cosas que yo no sospechaba conociese tan bien el señor Riesco, cuando nos sorprendió ver cómo el cielo tomaba tintes rojizos, que Brizeño interpretó en el acto por señales de sangre derramada.

La campana del cuartel general de bombas, tocada con previa

aquiescencia de las autoridades y tocada por esto demasiado tarde, nos persuadió de que se trataba de un grande incendio.

Don Vicente Alvarez, que era bombero de no sé que compañía, vino, cuando el incendio estaba ya casi concluído, á decirnos que víctimas de él habían sido varios propietarios de la calle del Puente y que tal incendio había tomado proporciones alarmantes por la demora en dar con oportunidad la señal de alarma.

Arrepentido se manifestó de haber pronunciado las últimas palabras cuando le observamos que el responsable de esas demoras era el Dictador ó el miedo espantoso de que se hallaba poseído.



16 DE FEBRERO

La escarlatina aparece en el patio número 8.—El clima de Chile es opuesto á las dictaduras.—El médico de la cárcel quiere propagar el contagio.—Carta de Ricardo Matte al intendente Alcérreca.—Contestación.—Llegada de fuerzas á Arica.

Nada que cause mayor espanto en un viaje por mar que la aparición de cualquier peste á bordo. Lo primero que á todos los pasajeros les ocurre es aislarse para evitar el contagio. La nave, antes bulliciosa y alegrada por la música de los caballeros y el canto de las damas, se torna en uno como sepulcro movible. Sólo de cuando en cuando pasan á lo largo de los camarotes las siluetas de los oficiales ó de los sirvientes. En el comedor se habla quedo, como si el impenetrable secreto de la muerte impusiera silencio.

Algo semejante pasó entre los prisioneros cuando los médicos internos declararon haber aparecido la escarlatina en el patio número 8. Su primera víctima, el joven Emilio Espinosa, miembro de la prensa del sur.

Lisboa, Prado y Fernández declararon el caso grave, de síntomas que le daban caracteres alarmantes.

Y lo peor, decía Prado, es que se van á cumplir mis pronósticos: todos enfermaremos, porque de cuantos hay conocidos, ningún flagelo más contagioso que el que acaba de visitarnos. Si en la ciudad es tan difícil escapar á sus molestias, ¿qué será en esta maldita cárcel en la cual ni siquiera se renueva el aire?

Fernández se constituyó en médico de cabecera y Lisboa y Prado verificaban juntas para aliviar al atacado y prescribían regímenes para evitar en lo posible el contagio.

Todos pensámos que para esto último no había nada más efectivo que hacer trasladar al enfermo á otra parte, á un hospital ó á un lazareto; mas como esta disposición tenía que autorizarla el Intendente, era preciso activar las diligencias del caso, las cuales se reducían á que el médico informara que efectivamente había aparecido la epidemia; que el caso era grave; y que todos estábamos expuestos á contagio.

Pero el médico de la cárcel declaró, en virtud de órdenes superiores recibidas, exactamente todo lo contrario: una ligera afección que pasaría sin el menor peligro en dos días más; y el pobre Espinosa se quedó en la cárcel.

Se comprendía perfectamente que la aparición de la peste había sido motivo de plácemes para los señores del gobierno dictatorial: era una esperanza de hacer efectivas las aspiraciones y teorías de Tristán Plaza y de evitar á los tribunales militares el penoso deber de dictar sentencias extremas para complacer al Dictador. Desaparecerían además las resistencias de ciertos Ministros á secundar las medidas enérgicas indispensables al afianzamiento del orden.

Chile ha sido tan favorecido por la Providencia que hasta el clima se opone aquí á las dictaduras.

Rafael Núñez, en Colombia, para eliminar á sus enemigos, no ha menester procedimientos vulgares, al alcance de cualquier tiranuelo, que no hacen sino desprestigiar la gran causa que todos los Dictadores dicen representar. Bástale al ilustre bigamo, al hombre providencial, como suelen llamarlo sus adeptos, que los tribunales confinen al enemigo á Nare, punto del Magdalena donde mueren de fiebres hasta las gallinazas y los caimanes, ó que determinen encerrarlo por breve tiempo en Bocachica, prisión que queda á la orilla del mar y bajo su nivel y á la cual filtra constantemente el agua del océano, para que el individuo desaparezca. Es preciso tener una constitución tan vigorosa, capaz de resistir á la influencia de los peores climas y un temple de alma tan grande como los que tuvo el general Ricardo Gaitán, para que llegue el caso de apelar al veneno.

En Chile no se puede decretar la muerte en forma de confinamiento ó de prisión. ¿A qué punto de la república podía mandarnos

el Dictador que no gozásemos de aire el más puro y de temperamento el más agradable? Pensando en esto fue como tuvo la pretensión de impedir que Gage nos enviase de comer, y por este mismo motivo debió de alegrarse infinitamente á la aparición de la peste en la cárcel. Aun debió creer que la Providencia enviaba el flagelo como auxiliar de sus planes, porque es creencia propia de tiranos esa de que Dios está con ellos.

Los médicos internos se atrevieron á decirle al de la cárcel que para la seguridad de los demás prisioneros era indispensable hacer salir cuanto antes al enfermo; pero el médico de la cárcel pensó que precisamente para la mayor seguridad de los prisioneros convenía que el enfermo permaneciese en ella. La diferencia de pareceres tan opuestos consistía en la manera de apreciar la seguridad.

Tuvieron sus momentos de discusión, á la cual puso término el de la cárcel diciendo que los internos eran unos ignorantes y que nada podían saber desde luego que estaban prisioneros, porque según el sentir de este facultativo, prisión y ciencia son cosas que se excluyen.

Los más interesados en la traslación del enfermo eran naturalmente los del mismo patio, en el cual habitaba el señor aquel tan bien relacionado con don Claudio, el candidato. Este señor ofreció hablar del asunto en el primer te á que fuese invitado, seguro de obtener medidas que volvieran la tranquilidad á los alarmados, aunque tales medidas hubieran de tomarse contra el parecer del médico.

No sé qué resultado obtendría este señor. Si me he de atener á lo ocurrido posteriormente, me creo autorizado para afirmar ó que no hizo diligencia alguna ó que las que hizo fueron infructuosas.

Pocos días después el flagelo se había propagado no solamente en ese patio, donde primero apareció, sino en el núm. 10 y aun en la casa del alcaide, quien perdió por esta causa uno de sus hijos.

Con el natural temor de que se cumplieran los pronósticos de Prado, fui comisionado para redactar una solicitud al Intendente, que debíamos firmar todos, á fin de obtener que los enfermos fueran trasladados á otra parte.

Y estaba precisamente en esta tarea, cuando Ricardo Matte entró á la celda y después de manifestar el profundo desagrado que

la conducta del médico de la cárcel y la perversidad de las autoridades le causaban, me dijo que la solicitud iba á ser sometida á trámites y entorpecimientos que no harían sino demorar la traslación de los enfermos, medida que se hacía indispensable inmediatamente.

—Creo, me agregó, que obtendremos mejor resultado y más pronto, con una carta mía para Alcérreca. Escribe; yo te la dictaré.

Le decía Ricardo al Intendente que era inexplicable la indiferencia con que la autoridad veía la invasión de una epidemia tan funesta; que si el pensamiento del Gobierno no era aprovecharse de esa desgraciada circunstancia para decretar la muerte en forma tan repugnante, se hacía necesaria la traslación inmediata de los enfermos al hospital; que en caso de que no se adoptase esa medida con la rapidez que el desarrollo de la epidemia reclamaba, él, Ricardo, lo hacía directamente responsable de las vidas comprometidas por tan inhumano proceder; y en fin, que ponía esos hechos en su conocimiento porque no creía que quien se preciaba de caballero autorizara á sabiendas un modo de obrar tan innoble.

La carta era muy enérgica al mismo tiempo que muy cortés y calculada para que, siquiera fuese por amor propio, el Intendente remediase la situación.

Llamó en seguida Ricardo al alcaide á quien hizo presente la necesidad de que la carta llegase cuanto antes á poder de Alcérreca, por reclamarse en ella medidas cuya postergación era comprometente.

En la tarde vino la contestación de Alcérreca en la cual aseguraba haber ignorado hasta entonces fuese tal el peligro de los detenidos y ofrecía poner inmediato remedio á la situación.

O le hizo efecto el último aparte de la carta de Ricardo ó efectivamente los médicos sólo se entendían con Valdés Calderón, el infame verdugo de la dictadura; pues lo cierto fue que en pos de la contestación vino la orden de que los enfermos fuesen trasladados á San Vicente de Paul.

---

17 DE FEBRERO

Consecuencias de un discurso.—Registro general.—Cómo se ocultan armas y papeles.—Trabajos de don Juan Castellón y Alberto Larenas.—Previsión de Puelma Túpper.—Las armas de que estábamos provistos.—Insistencia de Cortínez.

El discurso de Cortínez en palacio, que á punto estuvo de ofrecer á Bañados Espinosa ocasión para lucir sus habilidades de orador parlamentario y sus conocimientos de literatura y que tan favorable concepto le conquistó al médico en el ánimo del Dictador, porque reveló los desvelos consagrados á su servicio, hizo que el Ministro de lo Interior parara mientes no en la reunión de prisioneros y sus consecuencias, sino en lo de las armas de que, según el médico, estábamos provistos.

Hizo el Ministro llamar al Intendente, y después de manifestarle su sorpresa por el hecho de que cada prisionero tuviese revólver y puñal—lo del puñal fue agregado por el Ministro, pues Cortínez no había visto sino revólveres—le ordenó hiciese practicar una visita minuciosa y tomara como buena presa cuanto en la cárcel pudiera servir de arma ó como elemento bélico.

El Intendente dijo que todo estaba muy bien; pero que era necesario llegar de improviso para que no se escapara aguja, cortaplumas ni bastón; pues en cuanto á revólveres se creía mejor informado que los mismísimos ojos de Cortínez, quien probablemente había confundido las tabaqueras con armas, como era muy capaz de tomar las escobas por fusiles.

Quedó el Intendente encargado de hacer ejecutar la sorpresiva investigación.

Con la debida anticipación nos fue anunciado que el 17 en la primeras horas de la noche seríamos prolijamente registrados.

Para decir verdad, en la cárcel, ó mejor dicho, en el patio núm. 10 no había sino tres revólveres: uno de Alfredo Puelma Túpper, otro de Alberto Larenas y el tercero me parece que de don Juan Castellón.

—En el registro, me dijo Brizeño, van á entrar, con seguridad, los apuntes que llevas. Es preciso ponerlos en salvo, si en verdad tienes pensamiento de perpetuarlos algún día.

—Entiendo que los registradores sólo vendrán á buscar armas.

—Lo que no quiere decir que si encuentran otra cosa que pueda conquistarles favor, dejen de llevársela.

Y como de cualquier modo que hubiera de verificarse el registro, era prudente no exponer el memorandum, Brizeño se hizo cargo de él para buscarle lugar donde no fuese hallado.

No creo que haya habido apuntes que tengan historia semejante á los que me han servido y me están sirviendo para el presente relato.

Brizeño, pensando que la persona de don Juan Castellón sería tratada con mayor miramiento, pidió al señor don Juan los conservase en su celda.

En parte alguna estarían más expuestos, le dijo don Juan, porque de seguro que si examinan papeles, los míos serán los más cuidadosamente registrados; pero ya que Ud. atribuye alguna importancia á los de que me habla, démelos que ya hallaremos modo de conservarlos.

En el lugar común, debió pensar don Juan, hay campo donde ocultarlos, entre la cañería y las tablas que sostienen la superior que sirve de asiento.

Envió don Juan á Alberto Larenas á que estudiara la construcción de la letrina y viese si su plan era practicable.

Bastóle al ingeniero Larenas una simple ojeada para dar buen informe sobre el proyecto: y, como el caso era urgente, entre los dos pusieron por obra su realización.

Destornillador, tenazas, martillo, y demás herramientas indispensables fueron improvisadas por el ingeniero, con mayor pron-

titud de la que empleó el sabio Francisco José de Caldas en fabricar aquellos instrumentos que le sirvieron para determinar la presión atmosférica y hacer sus prodigiosos cálculos.

Alternando entre vigilancia y manejo de herramientas; fingiendo enfermedades de estómago; ora sentándose en el lugar, á la voz del vigilante; ora zafando un tornillo; ora arrancando un clavo, después de algunos esfuerzos ejecutados con circunspección suma, consiguieron dejar la última tabla del lado anterior del cubo que forma la letrina, á semejanza de puerta sin visagras. Terminada esta operación fueron depositados en tan secreto paraje armas y apuntes.

La tabla volvió á quedar colocada como estaba, de manera que no diese lugar á sospechas; y revólveres y papeles fuera de las acechanzas de los visitadores.

Lo que se ve en tiempos de dictaduras!

¿Quién podría imaginar que uno de los hombres más importantes de Chile y uno de los ingenieros más hábiles en su profesión, se encargasen de disputar sus dominios á las ratas para dar alojamiento transitorio á unos revólveres y á unos insignificantes apuntes?

Los que nos habían traído la noticia del próximo registro nos habían prevenido que aquellos prisioneros á quienes se les hallasen armas pasarían á poder de Valdés Calderón; lo que equivalía á decir que serían inhumanamente azotados, como todos los que el infame verdugo había tenido siquiera un momento á su disposición. Este despreciable esbirro no hacía preguntas sin el látigo en la mano ni oía respuesta que no fuese acompañada con los ayes por el tormento arrancados. Nunca se le ocurrió otro medio para averiguar la verdad, calculando que los demás hombres serían de su estofa.

Alfredo Puelma Túpper adoptó un procedimiento más diplomático para que no diesen con su revólver. Llamó al guardián y le dijo:

—¿Guardaría Ud. señor guardián, este revólver en su celda, mientras pasa el registro, tan cuidadosamente como este billete de diez pesos en su bolsillo, mientras una urgente necesidad no lo obligue á sacarlo de él?

—Ud. es medio diablo, don Alfredo. Yo creo que no me faltará cómo dejarlo satisfecho; y aunque no había necesidad del billetito, no por eso dejaré de agradecérselo, respondió el guar-

dián á tiempo que sepultaba el de á diez en el profundo bolsillo derecho del pantalón.

Así apercibidos esperámos se pusiera en práctica el resultado de las observaciones criminalistas de Cortínez.

Pasada la comida anunció el alcaide con voz solemne la entrada de la comisión examinadora compuesta de Juan Solar, ayudante del juzgado del crimen de Polidoro Ojeda, y dos agentes de la policía secreta.

No habían errado en sus cálculos quienes predijeron que el examen sería minucioso y extensivo á papeles etc.

Mientras Juan Solar leía cuanta carta hallaba y cuanto papel descubría, los agentes examinaban cajas, maletas, colchones y almohadas. En almohada ó colchón en que la lana apelmazada ofrecia á trechos mayor resistencia, se practicaba una operación anatómica de manera de poder examinar las interioridades.

Guillermo Gamboa tenía una navaja de chulo madrileño y la escondió en el seno, por si la investigación llegaba á los bolsillos.

Todos los cortaplumas fueron á dar á los cañones de los botines y las navajas de afeitar al fondo de los gorros.

José Miguel Lara conservó en la mano su bastón y sostuvo una larga discusión con uno de los agentes para demostrar que era un *little stick* que á nadie podía causar daño, por lo endeble de su constitución.

No se cuidó la comisión de colocar las cosas donde las encontraron; de manera que cuando, convencida de que no ocultábamos elemento alguno bélico, resolvió retirarse, las camas quedaron deshechas algunas y en pedazos otras.

Carlos Luis Hübner, que también llevaba apuntes de lo que en la prisión ocurría, había tenido el buen acuerdo de entregárselos á su señora, siempre que iba á visitarlo, como medida de mayor seguridad.

En el patio núm. 8 se practicó igual registro con los mismos resultados: los investigadores no hallaron cosa alguna de las denunciadas ni de las supuestas.

Cortínez quedó muy mal con sus denuncios; mas no obstante esto, sostuvo haber visto armas en la cárcel y persistió en sus ideas de

aislamiento para no favorecer con la reunión el temido levantamiento.

—Yo no pongo en duda, decía el Intendente, que el doctor haya visto armas en la cárcel, pero estoy en el caso de decir que no ha podido verlas en manos de los prisioneros. Repito que yo, sin ir á la cárcel, me creo mejor informado que el doctor. Los presos son cuidadosamente examinados en los cuarteles de policía de los puntos de donde proceden, examen que se repite en San Pablo. A la cárcel no ha entrado ninguno sin que antes hayamos adquirido convencimiento pleno de que va inerme.

—Bien puede ser, replicaba Cortínez; pero el señor Intendente parece ignorar que á la cárcel entran personas extrañas todos los días y que éstas, que no tienen por qué ser examinadas, pueden llevar en sus vestidos un parque entero.

—Nadie entra sin mi autorización ó la del señor Ministro. Y bien sabemos nosotros á quiénes concedemos estos permisos. Cuando alguno de los visitantes infunde sospecha, va siempre. aunque lo ignore, acompañado de persona que lo vigile y espíe sus menores movimientos. Tengo todas las tardes cuenta detallada de lo que sucede durante el día en la cárcel, de tal manera que cuando los alcaides me participan lo ocurrido, yo no hago sino comprobar la exactitud. No sólo los prisioneros son vigilados, lo son también los mismos alcaides y guardianes, pues acostumbro tener poca fe en lo que me dicen personas que están interesadas en aparentar que mis ordenes son cumplidas puntualmente. El nombramiento de alcaide supernumerario no ha tenido desde que se verificó otro objetivo. Vi que era indispensable hacer que los empleados se vigilaran mutuamente, estableciendo cierta emulación entre ellos y dejándoles entrever esperanza de mejorar de condición. según el cumplimiento que se diese á mis instrucciones.

Decididamente Cortínez quedó derrotado en esta vez, pues no hizo hincapié sino sobre lo perjudicial y peligroso de las reuniones, aunque estas fueran ya menos temidas por la carencia de armas.

Escaparon al general registro don Ricardo Avendaño y Máximo, su hijo, quienes en la tarde obtuvieron salir en libertad bajo fianza.

———



18 DE FEBRERO

Continúan los ejercicios militares.—Primeras noticias de mi libertad.—Burlas á mi patria.—Auxilios ofrecidos por los Ministros extranjeros.—El embarco de los delegados del Congreso.—Mi presunto destierro.—Responsabilidad de José Miguel Lara.—Cómo recetaban los médicos de la cárcel.

Como los esfuerzos hechos para que se procediera á nuestro aislamiento no tuvieron inmediato resultado, y como la comisión investigadora de armas y elementos bélicos no había hallado cosa alguna que acreditase en nosotros tendencias á revueltas dignas de castigo, continuamos nuestro aprendizaje de soldados con decidido empeño.

En la mañana hicimos ejercicio hasta cansarnos. Ya marchábamos en pelotón como el mejor cuerpo de línea.

En el almuerzo, Mercado, un joven escribiente de la alcaidía que nos prestó muchos servicios, se me acercó misteriosamente para decirme al oído que era muy posible que saliese yo de la cárcel para marchar desterrado á la República Argentina; que, según le había escuchado al alcaide, así se había convenido entre el Ministro de lo Interior y el diplomático de Colombia.

La noticia no fue para mí muy agradable. Si eso era todo lo que había conseguido el Ministro, mejor hubiera sido que continuase en su habitual pereza, indiferencia, temor ó lo que fuese, pues el destierro era en mis circunstancias infinitamente más perjudicial que la cárcel.

No creí que la conversación oída por Mercado se refiriese á mí; pero poco después Montalba, subalcaide, me dijo en la reja que iban á mandarme á la Argentina.

Me convencí entonces de que Godoy me había tomado por millonario y el Ministro de Colombia por fardo, ya que por lo otro no podía tomarme, pues conocía perfectamente mi situación.

Lo raro para mí era que, siendo el destierro un castigo, el Ministro de Colombia lo aceptase, sin pedir fuese antes juzgado con arreglo á las leyes; pero como según podía colegir por lo que del Ministro me había dicho mi paisano el general, me decidí por el momento, caso de ser cierto el destierro, á preferir la prisión, si la magnanimidad de Godoy me permitía optar entre destierro y cárcel.

Mucho y muy cruelmente se burlaron de mí mis compañeros cuando llegó á sus oídos la noticia traída por Mercado.

—¿Es cierto, me preguntaba Hübner, que la Escuadra colombiana llegó á Valgaraiso á reclamar contra los abusos de que te ha hecho víctima Balmaceda?

—¿La Escuadra colombiana? No, decía Prado, lo que llegó á Valparaíso fué el almirante colombiano de caballería de marina. Y dicen que es un gran personaje, que trae una espada en que pueden cabalgar catorce hombres.

—Lo que sí es efectivo, agregaba Durán, es que el Ministro de Colombia le pasó una nota al de Relaciones Esteriores en la cual le dice terminantemente que si no pone en libertad al súbdito de su nación, su gobierno invadirá el territorio chileno con un ejército de caimanes y otro de culebras que ya están preparando.

—Yo me alegro de que ocurra conflicto con los colombianos, decía Lemus, porque lo que resultará de la molestia será que nos quedemos con Panamá, antes que se adueñen del istmo los americanos.

—Pero qué enérgico es tu Ministro, añadía Angel Custodio Espejo. Sin embargo, no me sorprende su energía, al contrario, me la explico perfectamente. ¿No se casó tu Ministro con una hija de don Manuel Montt? Ahí está el busilis. Tu Ministro, que según tú mismo dijiste el otro día, no trajo cama de Colombia, debió de ocupar la en que ahora duermo. Así queda explicado el secreto de su energía.

Angel Custodio refirió en seguida, á quienes estábamos reunidos,

las impresiones que había experimentado en la cárcel con motivo de la posesión en que estaba del lecho del ilustre presidente.

Y terminada la relación continuaron las burlas dirigidas contra mi país, por su pobreza; contra el Ministro, por su decidia; contra mí, por pertenecer al primero y estar bajo el desamparo del segundo.

En ocasiones, cuando estas burlas aumentaban mucho, casi me decidía á aceptar la influencia del estimable é ilustrado caballero don Eduardo Poirier, Ministro del Salvador, quien me había ofrecido hacer respetar mi condición de extranjero.

Creo, me había dicho, que con cualquiera indicación que se le haga al señor Godoy al respecto de Ud. el Gobierno no tendrá inconveniente en ordenar su libertad.

Había rehusado el ofrecimiento porque creía que esas diligencias correspondían al Ministro de mi país, aunque estuviese más pobre que yo y más asustado que el mismo Balmaceda.

Poco después de almuerzo estuvo en la cárcel el señor Poirier, acompañado de Mr. Egan, el Ministro de Estados Unidos.

En cuanto lo vi me acerqué á él y le comuniqué el rumor que había llegado respecto á mi destierro.

Opinó el señor Poirier que el destierro era una pena y que no debía permitir su aplicación el Encargado de Negocios de mi país; me aconsejó le escribiera á este funcionario y le manifestara que no estaba yo dispuesto á aceptar la libertad bajo esas condiciones. Volvió á ofrecerme sus servicios y aun los del señor Egan, quien se hallaba muy dispuesto á prestarlos en cuanto su influencia pudiera ser eficaz. Le repetí mis agradecimientos y mi negativa. De salir yo por influencia diplomática debía ser naturalmente por la del representante de mi nación, y si quien desempeñaba el cargo estaba determinado á no interponerla ó á aceptar las condiciones que Godoy quisiese imponerle, resuelto estaba yo á no salir de la cárcel, por lo menos voluntariamente.

Más adelante verá el lector lo que hubo de positivo respecto á mi destierro.

Dando por cosa real lo de la noticia, le dije á Lara que en breve partiría á la Argentina y que aprovecharía mi estada en Buenos Aires para publicar la relación de nuestros padecimientos.

Persuadido José Miguel de la efectividad de mi destierro, refirióme cómo se había verificado el embarco de los primeros revolucionarios, don Waldo Silva, don Isidoro Errázuriz y don Ramón Barros Luco, que componían la delegación del Congreso, y Enrique Valdés Vergara, que debía ocupar el puesto de secretario general de la Escuadra.

Este hecho, sin disputa alguna uno de los más trascendentales de la revolución, merece ser conocido de nuestros lectores, y por eso lo describimos con los detalles que nuestro estimable amigo José Miguel Lara confió á nuestra memoria.

No he pasado jamás, me decía Lara, noche de mayores angustias. El incidente más insignificante podía tener consecuencias de las más funestas. El plan podía fracasar por la circunstancia más ligera. Don Alejo me había puesto en autos; me había comunicado sus instrucciones de la manera más detallada posible; y sobre mí pesaba aquella noche la mayor de las responsabilidades: si los delegados eran descubiertos y reducidos á prisión, adiós república, adiós restauración, adiós todo. Y ¿qué le diría yo al día siguiente á don Alejo, que en mí había depositado toda su confianza? La imprevisión era un crimen y una torpeza cualquiera el mayor de los delitos. Yo había escogido los lancheros de más confianza; pero en estos casos no puede uno fiarse sino de sí mismo ó de las personas que mandamos, siempre que su vida esté á merced de nuestra voluntad. Los delegados debían venir á la estación del Matadero de Valparaíso, donde está mi casa, á las doce en punto de la noche. El paso de Viña del Mar al Matadero era arriesgado, especialmente la llegada á este último punto que estaba muy vigilado por la policía. La noche era oscura. Los delegados debían venir en coche sin luces; de manera que sólo por el ruído podía yo colegir su llegada. Entre las once y las once y media de la noche me paseaba agitado por el corredor de la casa desde donde veía la multitud de luces de los buques. Aun me parecía distinguir el punto preciso que ocupaban los de nuestra armada. Media hora más y la delegación del Congreso se hallaría en vía de llegar al *Blanco Encalada*; pero en esa media hora podía ocurrir todo lo que la más aguda previsión no obsta á calcular. A preparar la lancha, me dije, y salí de casa en dirección á la orilla

del océano. Todo estaba listo. Sólo faltaban los pasajeros que no demorarían en llegar. Persuadido de que no por falta de lancha ni de hábiles remeros fracasaría el plan, me vine á la estación á esperar á los delegados. En este preciso momento los perros de todo el vecindario se dieron á ladrar como si estuviesen apercibidos á delatarnos. Afortunadamente aquella maldita voz de alarma fué tomada como cosa vulgar y nadie se preocupó de las jaurías. Las doce! y los delegados no parecen. Ha ocurrido alguna novedad, sin duda. Han sido descubiertos en Viña del Mar ó en el tránsito por alguna partida de policía. Y no era posible moverme de allí para salir de dudas. Las doce y cinco minutos! Uno de los lancheros se acerca á mí para decirme que se retiran, pues ya ha pasado la hora convenida y esos señores no vienen. Pero vendrán! le respondo; y cuanto á retirarse, imposible, primero se retiraría el alma de su cuerpo y pasaría lo mismo con sus compañeros. Yo creo que Çolón no fué más enérgico cuando quiso sublevársele la tripulación que yo aquella bendita noche. Por fin se sintió el ruido del coche que se aproximaba velozmente. Respiré con más libertad. Bajó primero Valdés Vergara, quien me preguntó si todo estaba listo. Todo, le dije. En seguida se volvió á sus compañeros del coche para darles la buena noticia. Bajaron en profundo silencio don Isidoro, luego don Ramón y por último don Waldo, y así, en silencio, nos dirigimos á la playa. Adiós, Lara, me dijo Enrique Valdés que fue el último en tomar la lancha, como había sido el primero en bajar del coche, adiós y mil gracias: la patria le agradecerá á Ud. este servicio. Procure hacer saber á don Alejo y á los demás compañeros de Valparaíso el éxito felíz de esta primera evolución. Un minuto después la lancha cortaba las tranquilas olas en dirección al *Blanco*. La ví alejarse con tanta satisfacción como pudo Guillermo Tell sentir al ver alejarse la suya de la costa del lago. La revolución era un hecho. Aquella diminuta lancha, que un momento después perdí de vista, llevaba á los restauradores de la legalidad. Antes de que amaneciera, la noticia estaba en conocimiento de don Alejo y de los demás compañeros.

La sospecha de la participación de Lara en tan delicado y trascendental asunto fue sin duda uno de los motivos para reducirlo á prisión, motivo que al principio ofrecí hacer conocer á mis lectores.

Terminada la relación de Lara, me llamó Lisboa para que leyéramos el tratado de la escarlatina en Trousseaux, su autor predilecto; mas antes de entregarnos á la lectura nos llamó la atención la manera de recetar el médico de la cárcel: uno de los mozos que nos servía se acercó al facultativo para decirle que padecía de la vista; que no obstante tener en apariencia sus ojos buenos y sanos, era el caso que no veía, que apenas alcanzaba á distinguir los objetos.

El médico lo miró un instante y luego volviéndose al practicante le dijo á éste: dele yoduro.

Bonita manera de recetar, me dijo Lisboa, manda dar yoduro sin fórmula de ninguna clase y aun sin determinar la cantidad.

—Y sin saber qué padece el enfermo, agregué. Así yo también podría ser médico.

No habíamos leído aun cuatro páginas de Trousseaux cuando le dije á Lisboa que sentía todos los síntomas de la escarlatina y que si terminaba el capítulo, de seguro que á su terminación estaría en lo álgido de la enfermedad.

Suspende, me dijo Lisboa, eres un necio consumado y muy capaz de enfermarte á la sola impresión que te produce la lectura. Y nada tendría de raro, pues Espinosa sigue mal y el contagio de un patio á otro es muy sencillo.

No obstante las reflexiones que en otra ocasión me había hecho, prometí no continuar mis estudios médicos y concretarme por completo á la historia de don Diego Barros Arana, de la cual iba ya en el cuarto tomo, gracias á la amabilidad de Angel Custodio Espejo y de Alberto Larenas, quienes me prestaban los volúmenes que tenían de ella, el primero para adorno de su biblioteca y el segundo para aumentar el caudal de sus conocimientos.

19 DE FEBRERO

Una conferencia sobre historia con Hübner.—¿Cómo debe escribirse la historia?—Una rata contabulada con el Dictador.—Esfuerzos de Ricardo Matte para fotografiarnos. Consigue sus deseos.—Los fotógrafos Matte y Larenas.—Los grupos.—Salida de prisioneros.

—Esa, me decía Hübner, refiriéndose á la historia de Chile por don Diego Barros Arana, es la mejor obra que se ha escrito de su especie en toda la América.

—No las he leído todas, y ni aun habiéndolas leído me creería juez para decidir á cuál corresponde el primer lugar.

—Lo que acabo de decirte no es opinión exclusivamente mía, sino de personas de mayor competencia.

—Yo ni aun sé cómo debe en definitiva escribirse la historia, si ciñéndose á la narración precisa, detallada y exacta de los acontecimientos, ó analizando los sucesos, estableciendo el vínculo entre las causas y los efectos para sacar de lo pasado lecciones de sabiduría moral y política. ¿Cuál es el papel que corresponde desempeñar al historiador, narrar sencillamente para que el lector deduzca ó deducir con sana lógica para que el lector aprenda?

—Confundes la historia con la filosofía de la historia.

—No las confundo, pero como ambos géneros de composición se reparten el vasto dominio de la historia, para saber cuál ha de llamarse la mejor preciso es determinar cuál presta mayor utilidad.

—El historiador debe ceñirse á la relación verídica de los hechos acaecidos, porque en lo demás el criterio puede desviarse y ser más perjudicial que provechoso. Te citaré un ejemplo, tratado jus-

tamente por uno de los más notables escritores modernos: Monsieur Thiers escribió en 1823 una historia de la revolución, que principió en colaboración con Bodin y concluyó por sí solo. Trataba el autor de popularizarse conciliando el partido republicano, y no vaciló un punto en explicar, más aun, en excusar locuras y crímenes y en rehabilitar á los locos so pretexto de cierta pretendida grandeza en la locura. El libro tuvo éxito prodigioso. Más tarde, incierto M. Thiers del acuerdo entre republicanos y bonapartistas, quiso asegurar á los segundos y publicó su historia del Consulado y del Imperio, en la que hizo aparecer á Napoleón superior á lo que había aparecido en su historia anterior Robespièrre y en la que mostró por el imperio admiración mayor que la mostrada por la república, destruída por el imperio. Esos historiadores filósofos que abarcan entrambos géneros desvían el criterio. El mismo Michelet siguió la corriente de la opinión de la época en que escribió: se declaró partidario devoto de la multitud; y como Thiers había tomado á Robespièrre por héroe, él eligió á Dantón para su apoteosis y lo convirtió en ídolo, y fue más lejos que Thiers. Luis Blanc los superó luego á todos en la glorificación de las locuras y los crímenes y en la admiración de sus autores. Por esto opino que la historia de don Diego es obra modelo en su género. Lord Macaulay compara las dos maneras de escribir historia, muy acertadamente, la una á una carta geográfica; la otra á un paisaje; éste ofrece la comarca á nuestra vista, sin que podamos medir con exactitud las dimensiones, los ángulos ni las distancias; la carta no es obra de imitación ni dice nada á los ojos, pero nos informa con exactitud matemática de las relaciones que tienen los diversos puntos entre sí y es, dice, más útil compañera para el caminante ó el soldado.

—Pero ¿dónde está el historiador que nos haya dicho la verdad, y nada más que la verdad? Plutarco en la *Vida de Pericles* sostiene que es difícil, por no decir imposible, discernir la verdad por la lectura de la historia: escrita después de muchos siglos le faltan documentos; escrita por los contemporáneos es adulterada por el favor ó por el odio y por toda clase de intereses. Si es difícil escribir la historia de tiempos lejanos por falta de documentos, lo es mucho más escribir la de los presentes, por la multiplicidad infinita de docu-

mentos contradictorios publicados diariamente en los periódicos. ¿Podemos creer á Plutarco cuando cuenta que Valerio, en una batalla contra los sabinos les mató trece mil hombres sin perder uno solo de los suyos? ¿Quién nos garantiza la verdad de Diodoro de Sicilia cuando afirma que en una batalla entre los lacedemonios y los arcadios los lacedemonios dieron muerte á diez mil arcadios sin que muriese un solo lacedemonio? Como no hay quien contradiga á estos historiadores no pecamos si asentimos en lo que nos refieren. Pero concretémonos á un punto en que haya habido más de un historiador y por consiguiente más de una opinión. ¿Cómo murió Ciro? Herodoto y Valerio Máximo dicen que fue vencido y muerto por la reina Tomyris, quien colocó su cabeza en un baño de sangre; Ctesias dice que fue muerto de un flechazo, por un indio; Luciano asegura que su hijo lo hizo morir de pesar; y Xenofonte refiere que murió tranquilo y feliz en su lecho. Quien se concreta á referir las cosas simplemente se expone á referir mentiras. Yo tenía grandes deseos de saber qué opinaba don Diego Barros Arana respecto á uno de los problemas más difíciles de historia: si se inclinaba al parecer extraño del conde José de Maîstre, quien sostiene que los pueblos bárbaros, entre los cuales figuran los de América antes del descubrimiento, no son pueblos primitivos y principiantes, sino al contrario los más antiguos y viejos, que han caído en la barbarie por exceso de civilización y sabiduría, ó si estaba con Darwin, quien rebatiendo á aquel respetable papista le hace ver que sólo á fuerza de trabajo, progreso y dolor ha llegado á ser criatura pensadora este animal originario de las selvas á quien llamamos hombre; y después de leer los capítulos que don Diego consagra á la cuestión, he venido á saber que muchos opinan como el conde y muchos, los más, como Darwin; mas el problema queda en pie, de manera que la lectura de esos capítulos apenas contribuyen al esclarecimiento de la verdad por las razones en que van fundados los pareceres y las hipótesis. Don Diego debe tener al respecto su opinión; pero no nos la trasmite. Ha seguido el ejempo de Tito Livio, quien declara á propósito de ciertos hechos que refiere, que no toma sobre sí la responsabilidad de afirmarlos ó refutarlos; que no hace sino repetir lo mismo que la fama ha propalado.

—Y según las razones en que cada cual apoye su creencia tu puedes inclinar la tuya del lado que mejor te plazca.

—Lo que no quiere decir que el historiador haya dejado de renunciar á exhibirnos su criterio propio.

—Siempre en bien del lector, cuando éste no es un timorato como tú, incapaz de aplicar su juicio en cualquier sentido.

Antes de terminar la conversación me enumeró Hübner los preceptos á que debe someterse el historiador, si quiere hacer cosa digna de ser leída. No me sorprendió que tratara mal á los historiadores franceses ni á otros más antiguos que pretendiéron ajustar la historia á sus particulares conveniencias. ¿Qué iba á sorprenderme nada del que tenía por imperfecta y descabellada la obra de Dios? ¡Cuánto más criticables no habían de ser á sus ojos las de los hombres!

Supo Brizeño que su señora debía ir al día siguiente de visita á la cárcel y creyó oportuno aprovechar la ocasión para poner en mayor seguridad los papeles confiados á don Juan Castellón, entre los cuales figuraban lás notás que llevaba yo para hilbanár después la presente relación.

Don Juan creyó también oportuno poner en salvedad tales papeles y se dispuso con su especial bondad á practicar, siempre ayudado de Larenas, una operación semejante á la ejecutada para ocultarlos: había que repetir los trabajos penosos de desclavar tablas para dar con ellos.

Contristado se me presentó en la tarde Brizeño á decirme que todo nuestro trabajo era perdido, porque los papeles no estaban en el lugar donde habían sido colocados.

—Se hará, le dije, un esfuerzo de memoria para reponerlos. Yo tengo aun algunos borradores que pueden servirnos de guía pará rehacer lo desaparecido; pero ¿cómo ha pódido verificarse el extravío?

—Larenas calcula que ha sido alguna ráta que está de acuerdo con el Dictador para impedir que algún día se refieran los abusos que con nosotros ha cometido. Y debe ser rata porque hay evidencia de que persona alguna tenía conócimiento del escondite, excepto los interesados en conservar esos documentos.

Hizo Larenas nuevas investigaciones hasta descubrir en uno como pasadizo de casa de esos roedores parte principal de los papeles, medio destrozados por los dientes de los traviesos animalitos. Se salvaron algunos; el resto debió servir para festín de ratas.

Hubo con los salvados para reconstituir las apuntaciones que habían de servirnos para esta narración, escrita sin tener en cuenta las prescripciones de Hübner.

Días atrás habíasele ocurrido á Ricardo Matte hacer tomar algunas fotografías de los prisioneros del patio núm. 10, en diversos grupos, para conservarlos como un recuerdo de aquella época. Para el efecto había mandado á llamar á Spencer; pero el fotógrafo se negó á lo solicitado, no por capricho, sino porque muy grandes y muy serios fueron los sustos que habia tenido que pasar con motivo de colocar en venta los grupos tomados el día seis.

El Intendente de Santiago habíalo hecho comparecer á su despacho para prevenirle que si persistía en la exhibición y venta de esos monos sería reducido á prisión ó expulsado del país por revolucionario.

Inútil fue que Spencer le arguyera ser ese su negocio y que al tomar esas fotografías lo había hecho con la debida autorización y sin el propósito de ofender en lo más mínimo al señor Godoy ni á persona alguna de las que formaban el Gobierno.

—El caso es, le dijo el Intendente, que sus grupos solo han servido para que donde quiera que se exhiben ó se venden se amontone la gente y obstruya el libre tráfico de las calles. Hoy mismo retira Ud. esas exhibiciones y suspende toda venta, so pena de hacer efectiva mi promesa de enviarlo á acompañar á sus retratados ó á tomar baños á Buenos Aires.

Ante tan perentoria advertencia, Spencer suprimió los grupos de sus vidrieras y la venta de retratos.

Y atemorizado por lo que le había dicho el Intendente envió á decir á Ricardo que dispusiera de él y de todas sus máquinas para cuanto se le ofreciera menos para copiar prisioneros.

Disgustóle á Ricardo lo ocurrido y se propuso ver si el Dictador le prohibía á él también dedicarse á la profesión de fotógrafo, por

lo menos mientras tuviera el pensamiento de sacar los proyectados retratos y de complacernos.

Al efecto mandó llevar de su casa una máquina y los demás elementos necesarios para tomar las pruebas negativas. Las demás operaciones se le encomendarían á cualquier artista de la ciudad.

Cuando el alcaide vio entrar trípodes y cajas á nuestro patio quiso averiguar lo que aquello significaba.

—Es mi teodolito y algunos de mis instrumentos que he hecho venir por temor de que en casa me los descompongan los niños, le dijo Alberto Larenas al curioso alcaide, quien se dio por muy satisfecho con la respuesta.

Convertidos en fotógrafos Ricardo y Larenas, se dispusieron á rivalizar con Spencer en el arte que tantas amarguras había causado al último.

Primero un grupo general de todos los del patio, grupo que fue tomado por Larenas para que el dueño de la fotografía pudiera figurar en él. Julio Sanhueza y Jesus Agüero Videla se treparon á las rejas, como lo habían hecho ya Carlos Montt y Larraín Plaza, cuando Spencer inició los trabajos fotográficos. Y fue tan general el grupo que hasta un niñito de Hübner, cuya familia estaba de visita, quedó estampado en él como prisionero.

Después siguió Ricardo tomando grupos diversos, entre los cuales haré mención del militar en que los dieciseis reclutas aparecemos haciendo ejercicio, al mando de de la Cruz y Bravo.

Bravo no quería incorporarse en éste, so pretexto de que pelotón tan reducido no debía tener sino un solo oficial. Mientras exponía sus razones no quitaba un punto los ojos del kepis de de la Cruz, en el cual se veían los cinco galones del comandante Soto, usados por el subteniente contra expresa prohibición de la ordenanza.

Alguien observó las inquietas miradas de Bravo y lo persuadió de que aunque de la Cruz se pusiera corona de laurel y estrellas no por eso pasaría de subteniente en muchos años.

—¿En muchos años? decía Espejo, el mayor, ya me imagino que han pasado cincuenta y que estamos en el pueblo de de la Cruz. De seguro que para entonces no faltará quien diga al ver entrar á misa una compañía entera de niñas, altas, distinguidas y buenas

mozas, «son las hijas del alférez Cruz», y para entonces nuestro instructor de hoy estará retirado del Ejército y viejo, y achacoso y lelo no habrá pasado de subteniente.

Otro de los grupos notables fue el ideado por Brizeño: nos reunió á Ismael Larenas, los dos Espejos, Palacios, Sanhueza, Bravo, Durán, Lemus, Lillo y á mí; formó un semicírculo con nuestras personas; se colocó en una de sus extremidades en actitud académica, según decía él mismo, las gafas entre el pulgar y el índice de la derecha, un libro cerrado en la izquierda; y empezó á perorar, mientras Larenas arreglaba la máquina.

Palacios le advirtió que suprimiera el discurso, pues ninguna de las palabras saldría en el retrato, y que se conformara con sola la actitud de tribuno ó profesor.

Se disgustó Brizeño con la advertencia, lo que causó risa general; y por este motivo todos salimos riéndonos y además por la posición que adoptó Palacios, quien levantó la mano izquierda á la altura del hombro, extendió los dedos como para tomar en el hueco una esfera, en actitud de persona que quiere medir al cálculo su peso y le imprimió al antebrazo un movimiento como de oscilación perpenticular, posición exactamente igual á la que emplean las personas de las clases ínfimas para hacer ostentación de burla ó de desprecio.

Después de éste se tomaron varios otros grupos, en todos los cuales Lara estuvo felicísimo, pues no hubo quien le disputara el lado derecho de don Alejo.

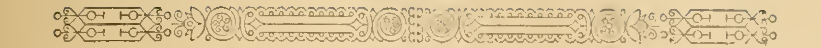
Terminadas las operaciones fotográficas, vimos á Chaparro lustrando los zapatos y cepillando el vestido, en preparativos de decirnos adiós. Acababa de llegar orden de que se le pusiera en libertad.

Chaparro, aquel ciudadano de tan buen estómago y de tan buen corazón, porque para no pecar de solemne injusticia es preciso reconocer que si comía mucho servía más, siempre con diligencia y voluntad en cuanto podía, sin que nunca le fuera exigido, y tal vez ni siquiera agradecido, Chaparro, digo, antes de despedirse hizo profesión de fé política ante todos nosotros. Prometió seguir sirviendo á la causa de sus convicciones en la medida de sus fuerzas; y aun se ofreció, si el destino lo llevaba á Valparaíso, para venir

personalmente á la cárcel cuando las circunstancias exigiesen la rápida comunicación de algo importante.

Junto con Chaparro salió Marcos Menares, el diligente ecónomo del primer mes.

Mucha falta debían hacer uno y otro, pues entrambos se habían puesto, desde su llegada al servicio de todos los prisioneros.



20 DE FEBRERO

Cambio de escena.—¿Qué sucede?—Godoy en afanes.—Medidas de severidad.—Conjeturas.—Imitación de animales.

De mal semblante amanecieron los alcaides; de pésimo humor el guardián. No se les puede dirigir la palabra sin que contesten con más altanería que de ordinario. Es que ha habido serias amonestaciones trasmitidas por grados. Godoy hizo llamar al Intendente y le previno que la tolerancia con los prisioneros comprometía la situación; que el Gobierno se había persuadido de las burlas que en la cárcel se hacían á las disposiciones del Ministerio, cosa que había contrariado sobremanera á Su Excelencia, quien estaba en un estado nervioso más exaltado que el mismo Godoy después de una noche de sus frecuentes y peligrosas intemperancias. El Intendente se trasladó á la alcaidía y amenazó con destituír á los alcaides si no procedían de una manera más enérgica con nosotros.

Cuando supo el Intendente lo de los retratos, estuvo á punto de estallar, porque esa transgresión de sus terminantes disposiciones no era ya solamente una burla sino una grave falta de acatamiento á su suprema autoridad.

La reprensión al Intendente, trasmitida á los alcaides, llegó inmediatamente á los guardianes, últimos empleados que debían soportar resignados el mal humor de todos sus superiores.

Tal era el secreto del general mal humor reinante; pero las verdaderas causas que determinaron al Ministro á proceder contra nosotros no estaban bien claras á nuestros ojos.

—¿Hay tempestad en las alturas? me aventuré á preguntarle á don Vicente, quien, desde la llegada de Jara Quemada no ejercía sino supervigilancia en la cárcel, como si atendiese más al cumplimiento de los deberes de los empleados subalternos que á la mortificación directa de los presos.

—Debe haber algo notable porque el Intendente que rara vez nos honra con su presencia, estuvo muy temprano á formular quejas por nuestras contemplaciones, y al despedirse me dijo que volvería á comunicar órdenes reservadas.

Comprendí, por la respuesta de don Vicente, que él ignoraba también la causa verdadera del desagrado de los señores de gobierno, y busqué á Jara Quemada para ver si él, hermano político del Intendente, estaba mejor informado.

Y en cuanto le repetí la pregunta hecha á don Vicente, me dijo:

—José Miguel ha atribuído—esto se lo digo en reserva—la causa de las amonestaciones al último cernícalo que pilló Godoy, quien estuvo anoche de escándalo en casa de su esposa morganática, vocablo que halló muy á propósito para que el verdadero no revelara en él desacato á la segunda persona del gobierno dictatorial. El mismo José Miguel me refirió que al salir Godoy, ya muy tarde de la mencionada casa, en estado de no poder contar las luces de los faroles con exactitud, tuvo que emprenderla á bastonazos con unos españoles, guardianes del orden, quienes habían desconocido al Ministro y pretendido llevarlo al cuartel por faltas á la policía, y que en un triz estuvo no realizaran sus pensamientos los guardianes, no obstante los gritos del beodo, quien aseguraba ser el Ministro de lo Interior y la segunda persona del Gobierno. «Eso lo dirá Ud. á su tiempo en la comisaría», le respondían los guardianes á cada protesta. Y como hubo necesidad de llamar al oficial, éste reconoció al Ministro y lo acompañó á su casa.

—¿De modo que el señor Ministro es inclinado á esa clase de escándalos?

—En su vida ha hecho otra cosa sino dar motivo para que el vulgo le levante testimonios, á lo que son muy inclinados los rotos, por el placer que experimentan en ver sus vicios reflejados en personas tan encumbradas.

—Y ¿no supo Ud. si los guardianes fueron reprendidos por el desacato? porque es de suponer que tengan la obligación de conocer á los Ministros, especialmente al de lo Interior.

—Como no, fueron castigados severamente, no obstante sostener ellos que los Ministros de Su Majestad Católica jamás se veían en trances semejantes, y que era muy difícil para ellos reconocer en un beodo escandaloso á un Ministro de Estado.

Tampoco estaba muy bien informado Jara Quemada. Después de almuerzo se presentó don Vicente con el último úkase de Godoy en la mano, el cual revelaba no ser la intemperancia del señor Ministro la causa que lo motivaba.

Decía el úkase que en lo sucesivo, y hasta nueva orden, quedaban absolutamente prohibidas las visitas de personas extrañas á la cárcel; que los prisioneros debían permanecer en sus celdas en la incomunicación más estricta, sin poder salir de ellas sino por causa de suprema necesidad y acompañados de un centinela; que para almorzar y comer debían todos concurrir á una hora determinada; en fin, se reglamentaba nuestra vida como en las prisiones de Mazas, con algunas pequeñas diferencias en cuanto á salidas y comunicaciones.

Transmitido el úkase á conocimiento de los prisioneros, todos nos apercibimos á cumplirlo.

Las celdas de don Alejo, Ricardo Matte, el señor Riesco y algunas otras quedaron abiertas, bajo la promesa de sus habitantes de no violar las disposiciones del úkase.

En los corredores se colocaron vigilantes armados, lo mismo que en la escalera de los altos.

—Mejor! decía el comandante Ramírez en la comida, mejor! Tengo íntimo convencimiento de que Balmaceda ha recibido malas noticias del norte. Todo revela que ha sufrido irreparable descalabro.

—No tan mejor, Comandandante, decía Fernández, porque si ha habido algún desastre es seguro que seremos señalados para víctimas de desquite

—Dígame Comandante, preguntaba Alberto Espejo, ¿le dolió mucho la amputación de su brazo derecho?

—No sentí la operación porque me aplicaron cloroformo

—Pues sepa, mi querido Comandante, que para amputarle la cabeza, Balmaceda no tendrá la prudencia de privarlo de sus sentidos. Le harán la operación en pleno día y Ud. será testigo de los preliminares. Lo emplazo para entonces á ver si lo halla todo mejor.

—Lo hallaré, siempre que lleve la persuación de que triunfamos; si no la llevo, sentiré que me den muerte violenta porque como militar he hallado que está más en armonía con el oficio dejar la vida en los campos de batalla.

Los habitantes de las celdas de los altos no recibieron de buen grado la incomunicación estricta. Acostumbrados ya á la interminable charla en el día y á la distracción interminable en la noche, protestaron contra la orden de una manera que privó del sueño á la generalidad.

Sosa, Suárez, Bravo, Súnico, Villarroel y algunos otros se convirtieron en perros; ladraban como jauría enfurecida ó aullaban como en arranques de tristeza profunda. Otro, á quien no nombro por temor de decir una gran verdad, se trocó en burro y se encargó de anunciar las horas por medio de los rebuznos mejor imitados, sin perjuicio de rebuznar cuando á bien lo tenía aunque no fuera por anunciar el tiempo. Arturo del Campo optó por ser gallo y cuando el burro terminaba su rebuzno periódico él entonaba su canto. De vez en cuando producía un sonido gutural que arrancaba protestas á los vecinos como á Gabriel Toro quien le decía:

—No, por Dios, compañero Arturo, ese no es canto de gallo.

—Ya lo sé, respondía del Campo, no trato ahora de cantar, es que le estoy arrastrando el ala á la sultaneta de mi harem, la más donosa de todas.

Se estableció una comunicación entre los altos y los bajos: en estos últimos Prado remedaba al puerco y Hübner maullaba con tanto estrépito como si en realidad fuese gato y estuviese en el mes de Agosto.



21 DE FEBRERO

Insolencia del guardián.—Protestas por las imitaciones de la noche anterior. —Pequeñas concesiones.—Noticias de la toma de Iquique.—Brindis de don Juan Castellón.—Modificación de Lisboa.—Champaña y *cincos* de doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux.—Entusiasmo indescriptible.—La Nación se eclipsa.

Entre seis y siete de la mañana el guardián descorrió los cerrojos de las celdas para que nos dispusiéramos á desayunar.

Luego que hubieron salido de las suyas cinco ó seis de los que calculó responsables del ruido de la noche, tomó facha de bedel escolar y se dispuso á reprender el abuso incalificable de no haberlo dejado dormir durante las horas de reposo.

No una sino varias voces se levantaron para protestar del atrevimiento del insolente guardián, y aun llegó á formarse conato de castigarlo si persistía en hacer uso de la palabra con tan poco respeto.

Como tenía orden severa de no permitirnos la salida sino por causa de necesidad comprobada, se le toleró la tentativa para que no hiciera gala de rigor con los compañeros, pues á los del conato poco les hubiera importado un aumento de hostilidades.

No fue Orellana único en quejarse de la mala noche causada por las imitaciones: en el almuerzo, quienes no habían tomado participación en el bochinche lo vituperaron, al mismo tiempo que los responsables lo aplaudían.

Angel Custodio Espejo dijo que cada cual había procurado elegir, para imitarlo, al animal á que más se parecía, y en apoyo de su observación le preguntaba á Arturo Prado, en tono un tanto socarrón, si no era así la verdad.

Prado sostuvo haber dormido toda la noche sin interrupción y sin sentir ladridos, berreos ni cosa por el estilo.

—Pues á mí, continuó Espejo, me habían asegurado que Ud. era quien había hecho de *chancho*; pero en vista de lo que me dice modifico mi creencia y declaro que hizo de lirón. Lo envidio, doctor, porque yo aspiré á imitar á este último cuadrúpedo y no pude conseguirlo sino cuando ya clareaba el día. Ahora comprendo que si don Manuel Montt cometió algún yerro durante su gobernación, debió ser motivado por alguna noche tan cruel como la que pasé. Dormir fue intento vano; en cuanto cerraba á Delpit y me daba vuelta en la cama, buscando la última más cómoda posición, violento rebuzno ó agudo canto de gallo desterraba de mis párpados el sueño. No habría conseguido mi propósito aunque en verdad me hubiese convertido en lirón.

—Mala noche pasamos todos, decía el comandante Soto, pero hay que reconocer que los perros estuvieron muy bien imitados y en cuanto al asno no diré nada pues quien lo imitó debe ser de la familia ó de la especie, según lo bien que lo hizo.

Convino Jara Quemada en que en vez de permanecer en las celdas que más que tales parecían hornos, nos sentásemos á la puerta de ellas para gozar de aire menos sofocante.

Esta pequeña concesión permitió á Martín Prats y al comandante Soto organizar su juego de ajedrez; á otros leer en compañía y á los más conversar, supremo remedio contra el fastidio que produce la sucesión interminable del tiempo que no es dable aprovechar.

El comandante Ramírez, habitante de los altos, por entonces entregado muy formalmente al estudio de la Táctica, fue uno de los primeros en comprobar ante el guardián necesidad de bajar en busca de útiles de escritorio á la celda de Ismael Larenas.

Fuele concedido el permiso, y cuando regresó vino á nuestra celda, atusándose el espeso bigote, como quien acaba de obtener un triunfo; y dirigiéndose á mi compañero de habitación:

—No le decía, Alberto, que todo iba mejor? Pues sepa que mis cálculos han salido exactísimos. La plaza de Iquique está en nuestro poder. Se sabe que ha habido sérios combates, cuyos detalles son desconocidos; pero lo efectivo es que las fuerzas de Robles y Soto han capitulado.

—¿Cómo ha llegado la noticia?

—Y ¿qué le importa á Ud. eso? Bástele saber que ha llegado y que le respondo de su autenticidad. Es tan efectiva como que el sol salió esta mañana por el oriente.

No sabía más el Comandante, quien, habiéndonos comunicado lo poco que en los bajos había averiguado, siguió recorriendo las celdas con el mismo objeto que á la nuestra lo había conducido.

Discutíamos, ya sentados á la mesa, la probabilidad de la noticia, cuando de la que he llamado discutidora se levantó Brizeño y sirvió á todos los de ese comedor una copa de champaña, de unas botellas que del otro patio acababa de enviar don Pedro María Rivas, con recado de que luego vendría, á pesar de la prohibición vigente, á explicar lo que significaba así la champaña como unas monedas de á cinco centavos que Lara se encargó de repartir entre todos nosotros.

—Se ha obtenido un gran triunfo, dijo don Juan Castellón, poniéndose en pie. En nombre de la República invito á todos mis compañeros á tomar esta copa en celebración de la primera batalla precursora del restablecimiento del régimen constitucional en nuestra amada patria. No tenemos detalles, pero sabemos positivamente que Iquique se ha entregado á los delegados del Congreso.

—Tomémosla con la mirada fija en el norte, donde están nuestras esperanzas y de donde nos viene hoy la luz de libertad, agregó Lisboa.

Puestos todos en pie, con la cara vuelta hácia el punto por Lisboa indicado, apuramos la copa de champaña, en medio de un silencio profundo y de la impresión más agradable de contento, silencio que fue interrumpido por un mejor! del comandante Ramírez, semejante al rugido del león que quiere anunciar su presencia á todos los habitantes de las selvas.

Terminado el solemne brindis vino, como lo había prometido, á

nuestro comedor, don Pedro María Rivas, quien explicó más detalladamente el significado del champaña y las monedas.

Uno y otras habían sido enviados por la respetabilísima matrona doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux, el primero para que celebrásemos la rendición de Iquique; las monedas para que conservásemos el recuerdo del primer triunfo alcanzado por las armas constitucionales.

La señora Vicuña de Subercaseaux quiso ser como la madrina de la legalidad y mandaba por esto repartir los *cuartillos* del nuevo bautismo de la República entre los convidados á él por el Dictador.

El señor Rivas agregó que Robles había perecido en una de las batallas preliminares á la rendición y algunos otros detalles que omito por ser demasiado conocidos.

Los hurras y los vivas llamaron la atención de los alcaides quienes vinieron asustados á restablecer el orden.

¿Pensaron que aquella rendición era precursora de triunfo definitivo para las armas constitucionales?

Tal vez sí y tal vez tuvieron presentimiento de que los encarcelados por Balmaceda podrían llegar al poder con el tiempo, pues sus palabras fueron comedidas y en vez de mandar como les había sido prevenido terminantemente, suplicaron, como la prudencia se lo aconsejaba.

Vano fue que esperáramos La Nación. Los redactores estaban perplejos. ¿Qué sería más acertado, seguir mintiendo ó decir la verdad; proclamar el triunfo ó confesar la derrota? La noticia del desastre desprestigia; pero la mentira sorprendida mata. Lo que se oculta hoy queda descubierto mañana.

Julio Bañados sostenía que debía seguirse mintiendo porque el diario no era órgano oficial y lo que dijese en nada comprometía al Gobierno.

Balmaceda se persuadió de que era inútil buscar en la impostura remedio al descalabro, mayormente cuando estaba convencido de que éste había ya llegado al conocimiento de los contrarios.

Entre vacilaciones y dudas dejaron pasar la noche sin que el diario apareciera.



22 DE FEBRERO

El primer triunfo!—Efectos de la llegada de La Nación.—Víctor Manuel Fernández con la escarlatina.—Discusión entre doctores.—Opiniones interesadas de Fernández.—Su sistema curativo.—Escena de chacales. Grato recuerdo.

La escena imitativa de animales se había repetido, pero solamente durante las primeras horas de la noche. Recogidos todos bajo la grata impresión del primer triunfo de trascendencia, ninguno que no tuviera cosa más seria para el trabajo del pensamiento que remedar animales.

El primer triunfo! Sólo personas pensadoras saben darle la importancia que tiene, sobre todo en una revolución. El primer golpe bien dado decide en un desafío, generalmente, y en esto se parecen desafíos y revoluciones; pero se diferencian en que en los primeros los espectadores inclinan sus simpatías del lado del vencido, mientras que en las segundas la mayoría se pronuncia en favor del vencedor. Nada que influya tanto en la opinión como la victoria. Influye tal vez más que el éxito en el juicio de la historia.

Para la revolución, la toma de Iquique significaba, con la adquisición de la provincia entera de Tarapacá, el establecimiento firme del gobierno y el derecho al reconocimiento, de parte de las naciones extranjeras, á la condición de beligerancia.

Por estos motivos fue extraordinario el entusiasmo entre los prisioneros.

Todos nos levantámos temprano, ansiosos de leer La Nación,

para deducir de lo que dijera cómo había sido recibida en la Moneda la noticia.

No parecía sino que el diario tuviese vergüenza de entrar á la cárcel, pues eran las ocho de la mañana y aun no llegaba.

Al fin entró uno de los hijos del alcaide á repartirlo entre los suscriptores que había conseguido. Formámos corro en torno del primero que lo desdobló. Traía la confirmación de la noticia, en globo, sin muchos detalles. Para nosotros aquello era suficiente.

Lemus arrojó al aire el gorro exclamando: «¡La Nación vale un peso! ¡Viva el ejército constitucional! ¡Somos invencibles! ¡Cayó el tirano!»

No quiso Lemus escuchar la crónica. ¿Qué le importaba á él saber á qué número ascendía el de los borrachos entrados á la policía, ni el de las puñaladas repartidas el día anterior, ni cómo habían representado los artistas del Politeama? La gran noticia estaba confirmada; la confesaban los mismos gobernantes; la pregonaban los esbirros. Eso era suficiente para que Lemus muriese de alegría.

No á todos nos sentó bien la noticia; á Fernández, mi vecino de celda, le descompuso la sangre, pues precipitó en él los síntomas de la escarlatina. Me llamó con el objeto de hacerme saber que había sido él el designado para propagar el flagelo en nuestro patio.

Fui inmediatamente en busca de Lisboa, quien ya se había conquistado fama de ser el mejor médico de los internos y quien, á no dudarlo, la merecía.

Volví al lado del enfermo acompañado del médico nombrado y de Prado, cuya opinión no era despreciable, si consideramos la práctica que tenía, según él mismo afirmaba, en el tratamiento de la epidemia.

Cuando Prado hablaba de sus conocimientos especiales, me acordaba, sin quererlo, del proyectado plan de recorrer la América del Sur y me parecía que ya debía empezar á lucir mis habilidades de secretario.

Así fue que cuando afirmó que Fernández estaba bueno y sano, precisamente porque Lisboa acababa de comprobar que el caso era de escarlatina, me decidí á sostener la opinión del que más tarde podría ser mi patrón en el ostracismo.

Lisboa se reía de mis argumentos y me trató de mentecato por meterme en asuntos tan por encima de mis alcances.

—Y si ocurre, le preguntaba á Prado, allá por Tucumán, Corrientes, Minas Geraès, etc., un caso de contradicción con otro facultativo como el presente, ¿qué papel me corresponde desempeñar? Porque es bueno estar de antemano prevenido.

—¿Y lo preguntas? Pues si eso está claro: dirás que mi contradictor es un imbécil, que no ha maliciado siquiera la gran ciencia de Hipócrates.

La enfermedad se había anunciado en Fernández por hinchazón dolorosa en los pies y una como menuda erupción cutánea en el pecho.

Me valí de este pretexto para decir á Lisboa que no era yo tan mentecato como él sostenía, ó que si lo era, Trousseau tenía la culpa, pues entre los síntomas de escarlatina descritos por su autor favorito no se hallaban esos de hinchazón en los piés y erupción en el pecho.

Te repito que debes callarte! me dijo Lisboa en tono tan formal que no pude menos de obedecer, lo que en mí ya no era difícil, pues apenas había hecho otra cosa desde el 8 de enero y ya me había acostumbrado á ello, ni más ni menos que si fuera militar envejecido en el servicio.

Terminado el examen médico, Prado me llamó á mi celda y me dijo:

—¿Sabes que estoy por creer que no es todo fingimiento en el compañero Fernández?

—¿Por qué?

—Porque de ser fingida la enfermedad, se habría lavado los piés con anticipación.

—O con agua, para exhibirlos más limpios, le respondí.

Cuando Prado se despidió, me quedé pensando en las cosas que sirven á los médicos para guiar su criterio: y sospeché que los golpecitos en el pecho y en la espalda, y el tomarle á uno el pulso y el examinarle párpados y lengua, eran ó debían de ser, en muchos casos, adornos de seriedad.

El hecho de la proximidad del flagelo, hizo que le perdiera yo el

miedo: familiarizé con él de tal modo que, durante los tres primeros días de enfermedad, esto es, mientras estuvo Fernández de vecino, fui su más asiduo compañero.

Decía Fernández que mi conversación era muy entretenida, lo mismo que la de Arturo del Campo. No tenía necesidad de hacer mucho empeño para que le creyéramos, pues del Campo y yo fuimos quienes con mayor despreocupación desafiamos el peligro, si es verdad, como lo sostienen muchos médicos, que las epidemias se trasmiten por contagio.

Como Fernández era médico, determinó aplicarse el régimen que probablemente empleaba con sus enfermos: no comer. Durante los tres días en que le hicimos compañía del Campo y yo, no pasó bocado, y nos aseguraba que mientras estuviese enfermo se mantendría en ayunas.

—Si ese es tu procedimiento con tu clientela, le observaba, será ésta muy reducida, porque se me antoja que la falta absoluta de alimentos há de favorecer el desarrollo de las enfermedades.

—Con mi clientela soy menos riguroso; pero cuando alguno tiene constitución tan fuerte como la mía, le aplico mi admirable procedimiento, que en casos como el presente me ha dado resultados magníficos.

¡Qué profunda indignación nos produjo en la noche la crueldad de los esbirros del tirano!

Terminada la comida hirieron nuestros oídos los ayes más lastimeros, que despertaron general compasión mezclada de rabia por los hechos de que los alcaides nos obligaron á ser testigos.

Con los ayes se oía el monótono sonido del látigo al caer sobre las desnudas carnes de ciertos desgraciados, á quienes por órdenes superiores estaban azotando en uno de los patios vecinos, y se oía también la voz impasible del verdugo encargado de llevar la cuenta. A cada latigazo correspondía á veces un ay! desesperado, á veces un rugido sordo, de esos que se escapan sin desplegar los labios, reveladores de dolor agudísimo.

—Treinta y dos.... treinta y tres.... treinta y cuatro.... treinta y cinco.... decía pausadamente el encargado de llevar la cuenta.

—Miren qué caballero tan delicado de cuero!

—Ese es de raza de gallinas, ¿no ves como deja el pellejo enredado en la *huasca*?

—Dale más arriba ¡hombre! que me salpicas la ropa con la sangre y el sastre me cobra un peso por limpiar cada pieza.

—Vaya el cobarde! berrea como cabro á cada cariño que le hacen.

—Cállate, *leso*, que con sebito caliente ya quedarás en disposición de recibir otra racioncita.

—No sacudas los piés, que eso no te quita el dolor ni disminuye el número.

—Cuarenta y ocho.... cuarenta y nueve.... cincuenta.... cincuenta y uno....

—Je! je! je! je!

—Je! je! je! je!

La escena era de chacales. ¡Qué digo de chacales! Estos matan á su víctima antes de devorarla. Era escena de tenientes de Valdés Calderón y Alejo San Martín. Los chacales son fieras nobles comparadas con esos monstruos. Chacales ni tigres ríen cuando devoran...

La última estridente carcajada nos hizo salir de quicio.

—Orellana, aquí tiene cinco pesos si hace el favor de llamar al alcaide.

—Muchas gracias. No había necesidad del billete pára exigirme el cumplimiento de mi deber. Voy al punto.

Momento después estuvo don Vicente Alvarez en nuestro patio.

—Eso es ignominioso, don Vicente, haga Ud. suspender esos asesinatos. Que sean, por lo menos, ejecutados en otra parte.

—Son rotos y la orden viene de arriba. Qué quieren Uds. que haga?

—Lo que le pedimos: que nos evite oír esas crueldades que avergüenzan.

—Son ordenes superiores.

—Pero no le habrán dichó á Ud. que las ejecute dentro de la cárcel.

—Fuera de ella no tengo autoridad.

Tanto suplicamos que al fin convino don Vicente en mandar

suspender la vapulación, ó en pedir se llevara á efecto en el cuartel de policía ó en otra parte.

Me gusta dar á las cosas el verdadero valor que tienen: ¿A qué ocultar la verdad?

La vapulación se había llevado á efecto como lección objetiva: querían indicarnos prácticamente á lo que estábamos expuestos el día que amaneciera Godoy de peor humor que el actual, despertado por la noticia de la toma de Iquique.

El motivo ostensible de las vapulaciones fue una supuesta tentativa de evasión.

Alguna disculpa habían de dar para ejecutar esos actos condenanados por la civilización.

Pocos momentos después de haber ordenado la suspensión de los azotes, volvió don Vicente á decirle al guardián que corriera los cerrojos en las celdas y que cuidará de que cada prisionero estuviera en la suya.

El guardián dió puntual cumplimiento á la orden: todos fuimos encerrados excepto uno que se ocultó á las investigaciones de Orellana, con el propósito de abrir, mediante una ganzúa de que se había provisto, el mayor número de puertas.

Cuando Orellana se hubo retirado, todos salimos y nos reunimos en el comedor á comentar los sucesos del día, que dieron pasto á la conversación hasta hora muy avanzada de la noche.

Uno de los más gratos recuerdos de la prisión si no el más de todos, fue el que se llevó don Federico Benavente, caballero residente en Angol, á tiempo de estallar la revolución, punto en que había sido hecho prisionero por las autoridades del lugar. Consistía el recuerdo en un ejemplar del grupo general de los detenidos, el cual fue firmado por todos estos, en testimonio del aprecio que se había captado.

Llevó don Federico con el retrato de los presos que ya lo estábamos el día 6 de Febrero, el autógrafo de cada uno de nosotros.



23 DE FEBRERO

Ricardo Matte lee el parte detallado del triunfo.—Solemnidad de la lectura. —Un beso de Brizeño.—Observaciones de Angel Custodio Espejo.—Proyecto de Walker Martínez.—Misión de Frederick.—Entre don Alejo y Frederick.—Opiniones sobre el proyecto y resultados de éste.—Alvaro Lamas.—¡Veintidos días de cuartel!—Sufrimientos.

El guardián encontró todos los cerrojos corridos. de manera que no notó la falsificación de llaves, circunstancia que tuvimos mucho cuidado de ocultarle por las consecuencias que hubiera podido traernos.

Antes de almuerzo, rodeamos á Ricardo Matte, quien procedió á dar lectura al parte detallado de la capitulación de Iquique y de las batallas libradas en el interior, precursoras de este memorable acontecimiento.

La lectura fue hecha en voz solemne y oída sin interrupción, no obstante estar presente el comandante Ramírez, quien en esta vez no pudo hallar mejor que la sangre de hermanos fuera derramada.

Tan extraño se hizo el silencio del comandante que alguno le preguntó:

—¿Por qué Comandante no halla Ud. mejores estas noticias?

—Porque la sangre derramada es la de Abel; es siempre sangre de chilenos, y lo mejor hubiera sido que se consumara el triunfo sin sacrificio de vidas.

Otros no pararon mientes en esta parte luctuosa del suceso ó la consideraron consecuencia necesaria de la revolución. Brizeño tomó

de las manos de Ricardo el papel ya leído y estampó en él un beso, con tal recogimiento como si lo hubiera hecho en la frente de su madre.

Angel Custodio Espejo, el encargado de las observaciones anotó que en las cosas más sérias ha de haber algo cómico; pero hizo quedo la anotación para no dar pie á discusiones y tal vez á desagrados.

Nueva causa para análoga observación ofreció á Espejo un proyecto del señor Walker Martínez: quería este señor que enviáramos á Balmaceda un ejemplar de la fotografía general de prisioneros firmado por todos en su reverso, como el que había llevado en recuerdo don Federico Benavente á su salida de la prisión.

Para el efecto de solicitar nuestras firmas el señor Walker había enviado en comisión á nuestro patio á Alejandro Frederick.

—Pero don Alejandro, le decía don Alejo á Frederick, yo no concibo qué propósito pueda perseguir el señor Walker con este regalo. No pudiendo tomarse como testimonio de simpatía ó de aprecio, será necesario que se le interprete como pesada burla, y, en mi sentir, esto es indigno de hombres serios. Convénzase, don Alejandro, ese retrato nos puede originar innecesarios dolores de cabeza. Nuestra delicada situación requiere que procedamos con cordura, de modo que nuestras acciones no autoricen hostilidades más severas que las que actualmente se emplean con nosotros. Si se busca en el envío del retrato acto patriótico de desprecio, el hecho de firmarlo atestigua que no hemos sabido colocarnos á la altura que tal acto demanda. Ni así sería aceptable el envío, porque tampoco estamos en circunstancias de ofender tan directamente á quien nos tiene al alcance de su venganza, menos aun si se considera la falta de nobleza y de humanidad que el mismo Balmaceda ó sus esbirros, en su nombre, han desplegado.

Insistió Frederick; pero don Alejo no cedió y concluyó por decirle:

—De todos modos, don Alejandro, lo expuesto es simplemente mi manera de pensar, que en forma alguna compromete las opiniones de mis compañeros. Diríjase Ud. á ellos, pues por mi parte es

invariable la resolución que tengo de no autorizar con mi firma el presente que quiere hacer el señor Walker al Dictador.

Frederick, carácter independiente, ya condenado á diez años de presidio, que había visto con impasibilidad tan de cerca la muerte, se había dejado seducir por la idea de agregar un insulto más á las causas que motivaron la sentencia que sobre él pesaba.

Obró con ligereza, en un arranque de vehemente deseo de hacer saber al Dictador que nada le importaban sus sentencias ni sus crueldades.

Pero la discreción de don Alejo lo convenció de su propia ligereza y se retiró á comunicar la negativa obtenida como resultado de su misión.

Vino en persona el señor Walker á nuestro patio, á ver si obtenía mejores resultados. No supe con quien habló; pero se me alcanza que no fue con don Alejo, quien había recibido mal la insinuación. Sé también que no logró convencer á quienes se dirigió ni con el argumento de que los prisioneros del patio número 8 no habían vacilado en colocar sus firmas en el reverso de la fotografia.

No me es dable emitir juicio sobre el alcance que la manifestación á Balmaceda pudiera tener, ni sobre el objetivo que con ella persiguiera el señor Walker.

No conocí sino de vista á este señor en la cárcel y para emitir concepto acertado sería preciso estar al cabo de su carácter especial.

El hecho de haber continuado el señor Walker sus visitas á casa de don Claudio, el candidato; la coincidencia extraña de haber aumentado las medidas de severidad con su llegada á la cárcel; las palabras que al alcaide se le habían escapado, atribuyendo el conocimiento que de su tolerancia tenía el Gobierno á indiscreción de parte de alguno de nosotros: todo esto hizo que mis compañeros manifestaran, en tono de vituperio, que en aquel regalo á Balmaceda no entraba para nada la hidalguía que los detenidos debíamos observar entre nosotros.

—Ha sido un plan mefistofélico, decía Angel Custodio Espejo.

—Hubiérame pedido mi firma, ya le habría hecho comprender que en fuerte planeta fue nacido, decía Lemus cerrando vigorosamente el puño de la derecha.

—Y nos venía con que la manifestación habría de traernos mayores consideraciones, como si con ellas nos trataran alcaides y guardianes, agregaba otro.

Muy á mal fue tomada la proyectada manifestación á Balmaceda: la afearon las personas de mayor seriedad; despertó indignación en el resto, cuando se tuvo conocimiento de ella. Todos estuvimos de acuerdo en que más nos hubiera perjudicado que favorecido.

Y el iniciador de ella quedó á los ojos de la generalidad en pésimo concepto.

El sabio de Calderón que «solo se sustentaba de las yerbas que cogía», preguntándose á sí mismo si habría en el mundo persona más desgraciada que él, halló inmediata respuesta viendo como otro sabio se alimentaba de sus despojos.

Todo es relativo en el mundo.

Bien podíamos nosotros considerarnos felices en la cárcel si contemplábamos las torturas á que fueron condenados quienes cayeron en poder de Valdés Calderón ó quienes fueron á manos de los comandantes de policía de otros lugares.

Veintidos días estuvo Alvaro Lamas en el cuartel de San Pablo, antes de ser enviado á la cárcel.

¡Veintidos días!

¿Sabéis lo que eso significa? Agregad á la tortura física el insulto constante, la burla permanente de los verdugos escogidos entre la hez del pueblo. No tendréis nunca idea aproximada de los sufrimientos morales impuestos á Alvaro Lamas.

Cierta noche, todavía temprano, se escaparon en el jardín de plantas de París, de la jaula que las contenía, las serpientes de Africa y las víboras de los trópicos y penetraron a la pieza del guardián, el cual se disponía, en el preciso momento en que penetraban, á apagar la luz. No tuvo tiempo de ejecutar movimiento alguno: las víboras entraban en posesión del lecho. En las piernas, en los brazos, en el cuello, por donde quiera se le enrroscaron. El más ligero movimiento era la muerte: su salvación, su única salvación estaba en una inmovilidad absoluta. Y le vinieron al desgraciado ganas de tocer, y el estornudo estuvo á punto de dar al traste, en más de una ocasión, con la vida... Así pasó las horas de la no-

che. En la mañana, los compañeros de servicio advirtieron el tormento y consiguieron que serpientes y víboras abandonaran la estancia. No había sido mordido por ninguna; pero el cabello del guardián, mozo de veinte años, había emblanquecido... y el rostro estaba surcado por arrugas que atestiguaban cómo el sufrimiento hace envejecer á sus víctimas más rápidamente que los años.

A Alvaro Lamas no se le tiñeron de blanco los cabellos, á pesar de que en el cuartel de San Pablo no hubo víbora que no disputase á las demás el placer de hincar los dientes en sus carnes, no porque sus padecimientos fueran menores que los del guardián de serpientes, los únicos con los cuales pueden, en nuestro concepto, compararse, sino porque tenía más fe en que pronto terminarían sus torturas y estaba animado por el patriotismo, llama que da aliento para soportar, no digo sufrimientos, sino los más inconcebibles sacrificios.

Tal vez se me juzgue exagerado por la comparación que he hecho de los padecimientos de Lamas con los sufridos por el guardián de serpientes. A quien se sienta inclinado en este sentido, me bastará hacerle presente que para apreciar toda ofensa es indispensable tener en cuenta la educación de la persona que la recibe. Lo que para cierta clase de gentes pudiera pasar inadvertido, para otras es insulto de recordación eterna. Lo he dicho y lo repito: todo es cuestión de temperamento y educación.



24 DE FEBRERO

Se interrumpe la incomunicación con la entrada de doña Esperanza O'Ryan de Brizeño.—Visita de Carlos A. Rodríguez; viene del patio número 8 —Se queda en el nuestro.—Su locura.—Enriquece el lenguaje con permiso de Jorge Heneeus Gana.—Escenas curiosas.—Irregularidades.—Sustitución de alcaides.

Las órdenes de incomunicación se habían cumplido puntualmente. Todas las personas llegadas en los últimos días hasta las puertas de la alcaidía en demanda de permiso para entrar á la cárcel, recibieron de los alcaides la invariable contestación de estar canceladas todas las autorizaciones expedidas y ser necesarias nuevas órdenes.

El Dictador acarició sin duda la esperanza de recuperar la plaza de Iquique, porque empezaron á disminuir las medidas de severidad empleadas con nosotros.

La primera persona que adquirió de nuevo permiso para visitar á su esposo fué la señora doña Esperanza O'Ryan de Brizeño, quien estuvo largo espacio confirmando á su marido las favorables y tan aplaudidas noticias referentes á la entrega de Iquique, á la lamentable muerte del coronel Robles, á la prisión del intendente Salinas y demás detalles de escaramuzas y batallas.

En pos de la señora de Brizeño entraron otros visitantes, quienes se repartieron en patios y pisos.

Los soldados que hacían la custodia dentro de la cárcel fueron retirados y se permitió la comunicación de un patio con otro.

Del número 8 vino de visita al 10 Carlos A. Rodríguez, quien nos entretuvo con la relación de las penalidades que había pasado en el cuartel de policía de Valparaíso.

Carlos salió como correo revolucionario de Valparaíso para traer á Santiago comunicaciones importantes, que debía poner en manos del Comité restaurador que desde principios de Enero funcionaba clandestinamente en la capital.

La policía del puerto tuvo conocimiento de la misión que traía y se puso en actividad para aprehenderlo.

Aunque todo estaba preparado de antemano para que el viaje fuera rápido, en la hacienda de «Las Tablas», á cinco leguas de Valparaíso fue alcanzado Carlos el día 11 de Enero y conducido inmediatamente á Casablanca y de allí, al día siguiente al cuartel de policía de Valparaíso.

Don Guillermo Mercado, coronel peruano, relacionado por paisanaje y amistad con la familia de don Oscar Viel,—quien gozaba de mucha influencia en el gobierno del Dictador, como que más tarde fue intendente de Valparaíso—y amigo también de Mr. Egan, el Plenipotenciario de Estados Unidos, se puso en campaña para obtener la libertad de Carlos, cuando supo que le faltaba hasta el aire en el cuartel donde había sido encerrado; y obtuvo buen éxito en sus diligencias, pues consiguió que el 16 de Febrero fuese puesto en libertad bajo fianza de cárcel segura.

Pero la libertad obtenida fue demasiado efímera: el 22 del mismo mes volvió á ser reducido á prisión por no haber llenado los compromisos adquiridos para poder ponerlo en libertad.

¡Que iba á llenarlos! No lo pensó nunca. Aceptó la libertad para ver modo de ayudar en algo al triunfo de la causa; y si no prestó poderoso contingente fue porque no pudo, mas no porque le faltara voluntad y decisión.

Tantos fueron los padecimientos que en el cuartel de la policía de Valparaíso experimentó que para ver modo de que le tuvieran alguna consideración se fingió loco.

Cierto día en que Plaza amaneció de buen humor y permitió á uno de sus oficiales llegar hasta la puerta del calabozo de Carlos, aprovechó éste tan extraordinaria circunstancia para procurar convencer al dicho oficial de su locura:

«Oiga Ud., señor oficial, le dijo, un pajarillo que hasta aquí viene

á traerme en su piquito perfumes de flores y brisas de libertad, acaba de asegurarme que Ud. es *incrúspido* y persona muy capaz de calcular ahora mismo cuántos ladrillos entraron en la construcción de esa pared que al frente tengo. Necesito el dato para *edisonar* este cuartel. *Incrúspido* y *edisonar* son voces de nueva formación, con las cuales quiero yo, con permiso de don Jorge Huneeus Gana, enriquecer el idioma. Son voces perfectamente formadas, según las reglas filológicas. Sobre el adjetivo puede Ud. pedirle *informancias* —otra voz nueva—al mismo Huneeus Gana, quien se las dará amplias. Cuanto al verbo *edisonar* habré de decirle que viene de raíz sajona y que equivale á dar conocimiento exacto y completo de una cosa cualquiera. Es vocablo derivado de Edison, ese á quien llaman brujo en los Estados Unidos, por los portentosos descubrimientos de trasmitir y conservar la voz humana. «Yo edisono» vale más que «yo aseguro». Edisonar es algo como la perfección. En los tiempos futuros, si los académicos españoles aceptan mi innovación no se dirá «me telegrafían» ni «me telefonean» sino «me edisonan»; y con decir de esta suerte no habrá persona que dude de lo que uno diga, porque será imposible que en una *edisonación* entre mentira. Y hechas estas ligeras explicaciones ya podrá Ud. como *incrúspido* que es, calcular la cantidad de ladrillos de que hablaba al principio. Si Ud. no puede hacer la *calculación*, mándeme á Plaza que él la hará de contado.»

El oficial se quedó breve espacio contemplando al prisionero sin saber qué responder á su exigencia, y cuando una fingida carcajada de éste colmó su admiración, fue presurosamente a poner en conocimiento de su jefe lo ocurrido.

Cayó Plaza en el garlito y ordenó que pusiesen inmediatamente fuera del calabozo al detenido porque consideró que si efectivamente había perdido la razón, no tendría como darse cuenta de sus sufrimientos.

Apenas estuvo Carlos en libertad de recorrer los patios del cuartel, reunió á los corchetes que pudo y les pronunció un largo discurso sobre la abyección en que los veía hundidos, tan contraria á los sentimientos de patriotismo de que siempre había dado prueba el valeroso pueblo chileno.

Este es el loco? preguntaba Plaza cuando supo lo del discurso.. Vaya con su locura á perorarle á las ratas del calabozo, que los soldados de policía no han mantener de quien les enseñe sus deberes, ni les explique cosas de independencia y de política.

Y volvió á encerrarlo y dictó ordenes para que no se le permitiese comer de su casa y para que el aire no fuese tan abundante que pudiera satisfacer cumplidamente la necesidad de los pulmones.

Supo el coronel Mercado cómo martirizaban á su amigo y se empeñó en conseguir su traslación á Santiago, donde suponía con fundamento que á los prisioneros no se les señalaba á cada instante la muerte en forma tan desastrada.

Como Carlos A. Rodríguez procedía de Valparaíso y en el patio número 10 nos hallábamos en mayor número los traídos de aquella población y todos eramos amigos del recién llegado, nos opusimos á que volviese al número 8 é hicimos que el alcaide consintiese en designarle una celda en nuestro patio.

Carlos aumentó de esta suerte el número de ciudadanos de nuestra república.

El discurso de Jara Quemada, tan aplaudido por quienes se lo hicieron pronunciar, tuvo funestas consecuencias así para él como para nosotros; para él, porque fue parte á que perdiera su empleo; para nosotros, porque el sustituto nos salió pésimo: fue aquel Juan Solar, de quien ya he hablado, tipo del tinterillo de mala fe, ó simplemente del tinterillo, porque no habrá país en Sud-América que cuente en su historia uno solo de estos personajes que haya procurado vivir honradamente de lo que sus habilidades le producen.

Además de tinterillo, Juan Solar había sido ayudante de un juzgado del crimen; es decir, la persona encargada de hacer efectivos los abusos principiados por los jueces.

No sorprendan mis palabras sobre el particular. Para explicarlas me basta apuntar solamente esto: no hay en Chile código de procedimiento criminal. Cualquier persona puede permanecer en calidad de detenido en un cuartel de policía uno, dos ó tres años. Es verdad que esa persona puede pedir amparo á la Corte Suprema; pero quienes generalmente se encuentran expuestos á ser víctimas de los abusos de los jueces son gentes ignorantes que nada saben de los

recursos que la legislación pone á su alcance para evitar todo atropello.

Yo he presenciado, con motivo de haber sido empleado en la redacción de diferentes diarios, cómo un individuo condenado en primera instancia á 60 días de cárcel y absuelto en la segunda, ha permanecido durante año y medio encerrado en una cárcel, esperando su absolución.

La prensa ha tratado esta anomalía en diversas ocasiones; se han ofrecido premios á quien redacte mejor un código de enjuiciamiento; no han faltado proyectos presentados á las Cámaras; pero el caso es que hasta ahora no hay una ley á la cual deban los jueces ajustar su modo de proceder en los juicios criminales.

Como no es nuestro ánimo señalar los defectos de que adolece la legislación, volvemos sobre Juan Solar: con papeles bajo el brazo; el mango de la pluma sobre la oreja izquierda; los tacones de los botines señalando polos opuestos; la levita de color indefinible, abierta hácia adelante; en el bolsillo izquierdo del chaleco dos lápices de colores rojo y azul y una goma para borrar tinta y lápiz; en el mismo chaleco un pendiente que sujetaba llaves de reloj y de puertas; el pelo más largo que el de un prisionero de seis meses; las uñas de trabajador de azada; y las maneras de peón que trabaja al día; en esa figura recorrió toda la cárcel, dándonos á todos idea exacta de lo que era y de lo que podía ser.

Al principiar sus funciones le prestámos poca atención, casi lo mirámos con desprecio; pero cuando nos convencimos de que aquel hombre podía influir en nuestra situación de una manera tan directa; y cuando vimos que deplorar el acontecimiento era ofenderlo, nos limitámos á aceptar lo que dispusiera como cosa corriente, como cosa á la cual ya estábamos acostumbrados.



25 DE FEBRERO

Imprentas clandestinas.—Prisión de don Rafael Eyzaguirre, rector del seminario.—Continúa la escarlatina.—Falta de agua.—Doña Mercedes Ignacia Rojas y doña Quiteria Valdés Videla.—Entre Sanhueza y Larenas.

Bastaba la suposición de una falta cualquiera para que los Ministros del Dictador, ó el Dictador mismo, se apresurasen á expedir una de esas órdenes terminantes que debían obedecerse en el acto de ser comunicadas ó dentro del plazo perentorio en ellas prescrito, so pena de quedar á merced de los esbirros, como víctima á sus desenfrenos señalada.

Una de las cosas que más encalabrinaba á los señores del poder era la existencia de esas imprentas clandestinas que á toda hora estaban á sus barbas lanzando hojas noticiosas con las verdades que llegaban, á veces exageradas por la vehemencia de ver á la patria restaurada y á los opresores justamente castigados.

Esas imprentas eran perseguidas con tenacidad tanto como pudo serlo el vellocino de oro de los tiempos antiguos, con la diferencia de que el tal debía ser premio para quien lo descubriera y aquí era el Intendente el que otorgaba el galardón á quienes las denunciaran.

Uno de esos bagabundos de limitadísimos alcances y de ilimitadas desvergüenza y audacia, queriendo salir de penurias ó tener para vicios, se presentó á la intendencia con un secreto de estado que revelar en seguida, de suma importancia para el Gobierno.

Hízole el Intendente comparecer á su presencia para escuchar á

solas lo que pudiera salvar la situación ya angustiada ó que empezaba á angustiarse; y una vez libres de testigos depuso el perillán que él mismo había visto trasladar una imprenta al Seminario, de donde salían profusamente hojas y periódicos.

—¿Y por qué no había dado Ud. antes el denuncio?

—Porque no adquirí la evidencia de que fuese imprenta lo trasladado, hasta que no ví las hojas impresas que se distribuían.

El Intendente, que rara vez perdía por carta de menos, dispuso quedara allí en rehenes el denunciante mientras se averiguaba si era verdadero el denuncio para conceder el galardón, ó si falso, para mandar arrimarle veinticinco palos al farsante.

Alguna de esas imprevistas circunstancias con que el destino suele proteger á los bribones hizo aparecer como probable, ya que no como efectivo el denuncio.

Tal vez el encargado de practicar la averiguación informó, para ostentar mayor celo, que era efectiva la existencia de la imprenta; acaso hubo inteligencia entre denunciante y *comisionado*, para explotar el interés de la autoridad; de cualquier manera que los hechos se cumplieran, fue lo cierto que imprenta no descubrieron pero, sí—y eso hubiera sido en todo caso mui sencillo—á don Rafael Eyzaguirre, rector del Seminario, á quien se le atribuyó la mayor complicidad en lo de las hojas que se publicaban.

Personas muy bien informadas me han asegurado posteriormente que lo del denuncio y consiguiente investigación fue pura invención para justificar de alguna manera la persecución al señor Rector del Seminario, á quien el gobierno dictatorial tenía por qué temer, de dejarlo en el goce tranquilo de su libertad; y que algo habían de suponerle para poder incluirlo en el número de las víctimas.

Bastó imputación semejante para que el Ministro de lo Interior ordenara al señor Eyzaguirre saliera del país dentro de veinte y cuatro horas de término, bajo apercibimiento, como decía Juan Solar, siempre que dictaba alguna orden, de proceder en rebeldía.

Escaso debió de ser el tiempo concedido al señor Eyzaguirre para arreglar sus maletas y decir sus adioses, ó poca la voluntad para obedecer órdenes tan festinadas y tan sin fundamento, pues no pudo ó no quiso moverse de su casa en la forma dispuesta por el Minis-

tro; de manera que cuando éste mando á saber á cuántas leguas de la capital se hallaba ya el señor Eyzaguirre, recibió contestación de que tal señor no había pensado en moverse de su domicilio.

¿Así se me desobedece? dijo Godoy en uno de sus raptos de cólera, demasiado frecuentes. pues será castigado con toda severidad.

Y en el acto mandó que lo trasladasen á la cárcel, á la cual llegó a la una de la mañana, una hora después de cumplido el término fatal que se le había señalado para abandonar la patria.

A Víctor Manuel Fernández le dió ia escarlatina benigna, cualquiera que fuese la opinión de los médicos. Podía conversar y reír y si lo hubiese querido y no hubiese ello estado en oposición con su sistema curativo, habría podido comer; pero a Pedro M. Suárez, la segunda víctima que en nuestro patio hizo, le dió fulminante.

El termómetro de los médicos señalaba, seis horas después de declarada la enfermedad, cuarenta grados, circunstancia que agregada á la pérdida transitoria de la razón, pues le había entrado delirio, puede dar la medida de la manera como prometía desarrollarse el flagelo.

Confieso que cuando tuve conocimiento de semejantes caracteres en la enfermedad me entró miedo, y esquivé pasar por frente á la puerta de la celda de Suárez.

Se visita sin dificultad á un enfermo que habla, así esté en el último periodo del mal que lo aqueja y aunque éste sea contagioso; pero cuando el paciente delira y no conoce á las personas que se le acercan, la cuestión cambia por completo: nos imaginamos la enfermedad más grave y nos sobrecoge mayor temor.

Mientras sacaban á Suárez de la cárcel para trasladarlo al hospital, Villarroel y Súnico se convirtieron en enfermeros y lo atendieron como mejor les fue posible.

Ignoro si fue picardía de Valdés Calderón ó coincidencia rara lo que nos privó del agua cuando más de ella necesitábamos. Hubo tal escasez de este elemento que aun para preparar los remedios al enfermo hizo falta.

A la noticia de que la cañería se había descompuesto ó de que las fuentes se habían secado, los prisioneros sintieron más sed que de ordinario, cosa muy natural de la cual ha debido deducirse el

proverbio de que la prohibición es causa del apetito. En la cárcel no fue la prohibición sino la imposibilidad lo que secó todas las gargantas.

Por falta de agua, hubo gran consumo de limonada, zarzaparrilla y demás bebidas refrescantes, que Orellana tuvo el cuidado de procurarse cuando supo primero que nadie que íbamos á padecer de sequía.

Este Orellana será con el tiempo hombre de fortuna, decía Ismael Larenas, calculando lo que le producía su previsión, que es casi una virtud para las gentes de negocios.

En el tiempo anterior habíamos recibido las cartas que de fuera nos eran dirigidas, sin más tramitación que el haber sido abiertas en la oficina de la alcaidía, en la cual examinaban si traían cosa particular, previsión inútil, pues no habría afuera persona interesada en comunicarnos noticias bastante tonta que las confiara á un papel que con seguridad sería interceptado.

Juan Solar, el nuevo alcaide, hombre muy apegado á las fórmulas, queriendo salvar su responsabilidad en estas violaciones adoptó el sistema de poner, á fuer de auto, en las cubiertas de las cartas esta nota: «Pase á la prefectura de policía.—*Solar.*»

Ahí está, decía Brizeño cuando recibió la primera carta anotada, ahí está retratado de cuerpo entero el tinterillo. Esa sola nota, tan concisa y tan clara, demuestra inequívocamente lo que ha sido y lo que podrá ser en su vida quien la puso.

Brizeño había terminado el arreglo de su celda de una manera que demostraba sus inclinaciones al sibaritismo: cortinas de bayeta azul le daban á la estancia cierto visaje tenue de esos que parecen ideados para incitar al estudio; una cómoda con anaqueles verticales y horizontales le servía para guardar la ropa, los cigarros y algunos libros; una mesita hecha de álamo, como la cómoda, hacía los oficios de diminuto escritorio; la silla aquella de que ya he hablado y el asiento carcelario, convertido en velador, completaban el mueblaje de aquel como retiro donde solíamos reunirnos á charlar con frecuencia ó á jugar alguno de los juegos de nuestra predilección, como brisca ó julepe.

Gracias á estos afanes de comodidad, la celda de Brizeño fue la

mejor arreglada de todas, preparada como para vivir largo tiempo en ella.

Otros tenían alfombras en las suyas; pero ninguno consultó tan bien la comodidad.

Más atrás dije que si á los relacionados de fuera les había faltado perseverancia, otras, las señoras, se habían asociado para atender á las familias de los prisioneros que por causa de la prisión de sus jefes se hallaban pasando necesidades y aun miserias.

Efectivamente, muchas señoras de Santiago, en la persuasión de que la prisión no terminaría tan pronto, se asociaron para proteger á las familias de los prisioneros pobres contra el hambre y la miseria.

Fueron encargadas por las señoras asociadas para tomar las informaciones del caso, la señorita doña Mercedes Ignacia Rojas, á quien ya conocíamos por sus trabajos literarios. y doña Quiteria Valdés Videla.

Juntas entraron á la cárcel y se informaron de que no solamente las familias de algunos prisioneros, sino los prisioneros mismos estaban pasando necesidades. Desde el momento en que tal noticia tuvieron, se esforzaron por aliviar la suerte así de los prisioneros de que hablamos como la de sus familias.

Para los primeros enviaron ropa blanca y profusión de cigarros; á las segundas les hicieron llegar recursos oportunos.

Fuerza es que diga que en lo de la ropa anduvieron poco avisadas, pues de ella sólo aprovecharon el guardián, el oficial del guardián y algunos mozos; ni podía ser de otra manera, pues no habiendo encargado á alguna persona para que hiciera el reparto debido y habiendo ido á parar la ropa á la celda del guardián, ninguno tuvo valor para ir á exigir la participación que por derecho de pobreza le hubiera correspondido.

De los cigarrillos se hizo cargo Julio Sanhueza, quien en esta vez derrotó á Larenas, pues fue quien recibió á las comisionadas, quien les hizo los honores de la casa y quien aceptó las expresiones de gratitud por tan cumplidas atenciones.

Mas no porque en esta ocasión Sanhueza lo venciera, Larenas se dio por derrotado: la segunda en que vinieron las señoras, se

hizo presente y manifestó á las bondadosas comisionadas que él y no otro era el encargado por la voluntad de sus conciudadanos de atender á todos esos detalles que motivaban el voluntario sacrificio que se imponían de ir hasta esa mansión de réprobos á consolar á los afligidos.

—Tomaron preso al doctor Manuel Barros Borgoño.

—Pero eso es aprisionar la salud de todas las familias de Santiago.

—El Dictador se ha propuesto perseguirnos de todas maneras: con el doctor Barros Borgoño entrará á la cárcel la tranquilidad de todo Santiago.

—¿A quién llamarán ahora para los casos extremos, dado caso que ocurran?

Por estos comentarios emitidos por la generalidad de los prisioneros al tenerse noticia de la prisión de tan afamado médico, podrá el lector calcular qué clase de personaje es este doctor y en qué concepto lo tienen quienes necesitan de sus profundos conocimientos. Es quien pronuncia la última palabra en los casos extremos: de sus labios está pendiente la esperanza de las personas que lo llaman. Como médico goza de gran reputación; como caballero de generales simpatías.

La noticia de su prisión causó alarma general, y se comprende fácilmente que con sobrada razón.

Afortunadamente no le había llegado aun su turno y la noticia no era exacta; lo que volvió la tranquilidad especialmente á los prisioneros de Santiago, que fueron quienes más con ella se alarmaron.



26 DE FEBRERO

Al hospital.—Una carta á Ricardo Matte.—Aniversario.—Baquedano no entendió.—Discurso de don Juan Castellón.—Champaña por la agonía.—La botella desocupada.—Llueve.

Suárez amaneció peor. La fiebre no amainaba, no obstante haberle sido aplicados los medicamentos recetados por Lisboa y Prado con entera exactitud. Villarroel había velado toda la noche, convertido en enfermero, para darle cada dos horas las cucharadas prescritas.

La enfermedad se había desarrollado tan violentamente que cuando se trató de trasladarlo al hospital de San Vicente de Paul, tanto Lisboa como Prado manifestaron temores de que no alcanzase á llegar.

El alcaide fue de parecer que debía llevársele á otro patio aislado, si el caso era tan grave que le impidiera la traslación fuera de la cárcel; pero los compañeros del sur se opusieron abiertamente á esta medida. «Al hospital ó con nosotros, aunque perezcamos todos» dijeron al alcaide. Y ante resolución tan fraternal y humanitaria hubo de disponer el alcaide su inmediata traslación á San Vicente.

Bien arropado, en una camilla preparada exprofeso, fue sacado de la celda y colocado en el coche que debía llevarlo al hospital.

La salida en libertad de algún compañero nos causaba generalmente pena profunda, porque en aquella comunidad de sufrimientos uno solo que dejara de experimentarlos causaba vacío. La llevada de Suárez, quien iba tal vez para el otro mundo, nos causó verdadera

tristeza. No era posible ver con indeferencia que un compañero que lo había sido de pesares, joven y simpático, nos dejase acaso para siempre.

La compasión que despertó su enfermedad no fue mundana, sino sentida realmente. Esa exclamación vulgar de «pobre Suárez» pronunciada por casi todos los encarcelados no fue fórmula vana con que se disfrazan pensamientos que no se tienen: llegó á los labios nacida del corazón, como que no iba enderezada a engañar á nadie, porque allí nadie tenía necesidad de engañar á su prójimo, como sucede de ordinario en las relaciones del mundo.

Muchos del sur hubieran deseado acompañarlo al hospital para prodigarle sus cuidados; pero aquello no era posible: el Dictador ni sus esbirros comprendían estos sentimientos elevados de humanidad y habrían interpretado toda manifestación en este sentido como conato de subversión.

Si á nosotros, que sólo conocimos á Suárez en la cárcel, nos causó tanta pena su desgracia ¿qué no sería á quienes anteriormente habían sido amigos de su intimidad y compañeros de tiempos felices?

La permanencia de Fernández y Suárez en la cárcel sirvió de comprobante á la teoría médica que sostiene la propagación de las epidemias por contagio: Neira y Súnico sucedieron á Fernández y Suárez en el mantenimiento del mal dentro de la cárcel: enfermaron también, pero con caracteres que no causaron grande alarma, pues en ellos fue como broma lo que en los otros hizo temer por sus vidas.

Y como el flagelo en estos últimos fue benigno, nadie pensó en que debían ser separados y antes bien los médicos opinaron que la epidemia tenía tendencias á desaparecer.

Desaparecieron las preocupaciones de la enfermedad con una carta que recibió Ricardo Matte quien nos llamó para leérnosla, lo que hizo, previa advertencia de no garantizar algunas de las noticias que contenía, pues á él le había sido remitida con ciertas reservas.

Como muestra de que el entusiasmo seduce y de que generalmente se cumplen, aunque sea en parte solamente, las experiencias de aquel doctor monomaníaco de mi tierra, á quien ya he hecho referencia, y también para que los lectores conozcan el especial len-

guaje usado á menudo en la trasmisión clandestina de noticias, séame permitido insertar íntegramente este documento. Decía de esta suerte:

«26 de Febrero.—Han sido presos el 1.° y 2.° jefes del 8.° de línea: al 2.° le han puesto una barra de grillos.—Se ha mandado disolver el regimiento de artillería.—Se ha sorprendido un acta firmada por 135 oficiales comprometiéndose con Velásquez.—En Iquique se firmó capitulación para la entrega de la plaza con armas, cañones y caballerías: firmaron Salinas, Soto, Montt, Molina, almirante, y cónsul inglés.—La Escuadra se comprometió á traer á Valparaíso los heridos y gente que no quiera servir bajo las banderas del ejército restaurador.—Todos los soldados y algunos oficiales han reconocido la causa del Congreso.—El *Amazonas*, acompañado de un buque inglés y de la *Esmeralda*, trae los heridos y oficiales.—El Gobierno no quiere que pase de Coquimbo.—A Salinas lo han destituido por no haber destruído las salitreras.—Se dice que el choclón gobiernista se abrirá el 1.° de Marzo con elementos de Claudio Vicuña.—Se esperan noticias de *Condell*, *Lynch* y *Pilcomayo*. Ninguno de los soldados que están en el hospital de San Vicente ha querido reincorporarse á sus batallones.»

Tal era textualmente la carta que recibió Ricardo: En ella se puede ver cómo al lado de las noticias aproximadamente ciertas que en lo tocante á Iquique y traída de heridos contenía, venía adornada con otros estampadas sin duda alguna por el entusiasmo de las personas que las trasmitían, como esas de la prisión de los jefes del 8.°, la disolución del regimiento de Artillería y el compromiso de los 135 oficiales con Velásquez. Se puede ver por la localidad á que se refieren las noticias, dónde está lo efectivo y en qué parte lo agregado, como si quienes las trasmitieron se hubieran dicho: «ya que del norte las tenemos buenas, pongamos de nuestra cosecha algo relativo á la ciudad, que no está bien que allá en Iquique hagan tantas cosas y aquí en Santiago nos estemos todos tan quietos.»

El 26 de Febrero es fecha notable: un año atrás, en 1890, los más esclarecidos políticos del país, viendo dibujarse en los horizontes de la pátria la silueta de la Dictadura, ofrecieron al general Baquedano, recién llegado á la sazón de Europa, uno de los ban-

quetes más suntuosos, con el objeto de decirle de una manera indirecta que el benemérito general en jefe no acertó á comprender nunca: «la patria está amenazada de peligros graves; vuestro prestigio como jefe del Ejército puede conjurar la catástrofe que la amenaza. Todos los que estamos aquí reunidos secundaremos vuestros esfuerzos. Levantad vuestro patriotismo á la altura de vuestra fama merecida. Habéis llegado en ocasión propicia de salvar al país. Sois el hombre designado para tan grande empresa. Acometedla.»

A ese banquete concurrió cuanto tiene el país de notable; tuvieron en él asiento todos los que más tarde debían restaurar el imperio de la ley en la nación por medio de las armas y de la dolorosa revolución.

¡Cuántas lágrimas, cuántas desgracias, la inversión de cuántos millones no se hubieran evitado de haber tenido oídos en aquella solemnísima ocasión el ilustre jefe del ejército chileno!

El Gobierno cooperó en aquella ocasión á hacer más palpable el sentido de aquella manifestación por medio de un hecho pequeñísimo que puso en relieve el pensamiento de los anfitriones: no quiso que las bandas de música concurriesen á solemnizar el acto; y tuvo que venir de Valparaiso el Orfeón Municipal.

. . . .

No encaja bien en esta relación el hablar de cosas semejantes. Las recuerdo porque don Juan Castellón, al terminar la comida en la cárcel, pronunció con motivo de ser el día aniversario de aquel banquete, un discurso elocuente en el cual dijo que un año atrás todos los ánimos sobrecogidos del natural temor que causa el presentimiento de futuras desgracias, veían con dolor la proximidad de una profunda perturbación social y política y que en la fecha en que hablaba todos asistían complacidos á la agonía de la dictadura, apesar de costar la restauración sacrificios sin cuento y dolorosa pero necesaria lucha.

Hizo don Juan destapar champaña y nos invitó á todos á tomar una copa en homenaje al aniversario que quiso conmemorar y al placer que todos debíamos experimentar en presencia de los estertores de la dictadura.

Muy solemne fue el brindis de don Juan; tan solemne como lo

requería la fecha que con él se conmemoraba, fecha en que todos señalaron el punto negro de la historia que á poder de esfuerzos se iba disipando.

Brizeño pidió una de las botellas de champaña destapada para hacerla forrar con pepas de sandía—operación que ejecutaban á maravilla algunos de los presos comunes de un patio contiguo—y poder así conservarla como recuerdo de aquel aniversario conmemorado en una prisión y de aquel discurso famoso que conmovió profundamente á todos los que lo escuchámos.

Bravo! muy bien! dijo el comandante Ramírez cuando el señor don Juan hubo terminado su corta pero elocuentísima oración; y poniéndose en pié apuró el champaña con un placer que se reflejaba en los ojos.

Como don Juan había dado el ejemplo todos nos levantámos para revestir de mayor solemnidad la conmemoración de la fecha, y más que la conmemoración de la fecha, la agonía—esa fue su palabra—de la Dictadura.

La naturaleza nos acompañaba con alguna manifestación siempre que teníamos triunfo que celebrar ó algún motivo de alegría: aquella noche llovió con fuerza, apesar de estar en el rigor del verano, como si se empeñase en refrescar los ánimos exaltados ó purificar el aire de la invasión de los microbios que nos amenazaba.



27 DE FEBRERO

Partida de Alvaro Lamas.—Anuncios de libertad.—Trabajos de Alberto Espejo.—Autógrafos.—El tribunal militar empieza á funcionar.—Se va don Rafael Eyzaguirre.—Otro alcaide.

La lluvia de la noche se prolongó, aunque con menor fuerza, hasta bien entrado el día, que amaneció triste.

Alvaro Lamas vino del patio número 8 á decir adiós á los diversos amigos que en el nuéstro tenía: el Ministro Godoy quiso señalar fin á los padecimientos de este caballero, disponiendo que marchase desterrado á la República Argentina. Aparte de decir adiós á los amigos de cárcel, venía á recoger la carta de Alberto Larenas para don Octavio Pico, que ya en otra parte he insertado, y otras de recomendación que los del número 10 le habían ofrecido para algunos personajes de Buenos Aires, ciudad en la cual pensaba fijar su residencia, mientras la suerte disponía cosa mejor.

Mercado, el mismo joven que me había traído la noticia de mi destierro y que aprovechaba siempre la hora del almuerzo para revelar los secretos, me enseñó una nota del Intendente al alcaide en la cual le ordenaba me pusiese en libertad, sin condición alguna.

Tarde venía la disposición, cuando los médicos de Valparaíso habían conseguido librar de la muerte á mi señora, quien se hallaba convaleciente y cuando mi salida no tenía, como antes, un objetivo urgente; pero aunque tarde, me dispuse á gozar de los beneficios de la libertad, primer don del individuo.

Como lo de salir á respirar otros aires era cosa efectiva, antes de que me comunicaran oficialmente la disposición de la autoridad me

apresuré á poner en orden mis papeles, única cosa que en la cárcel poseía.

Quiso Brizeño, con el pensamiento de escribir por su parte algunas memorias sobre la prisión, conservar copia de mis apuntes, y como eran un poco largos, Alberto Espejo y yo consagramos el día á compulsar tales documentos.

Alberto, á quien el carácter especial que lo distingue le impide permanecer una hora en la misma posición, estuvo contraído con tanta paciencia á la escritura que así Brizeño como yo lo declaramos persona capaz de vencer, mediante la fuerza de voluntad, las más grandes dificultades de cualquiera empresa.

Eres joven de pro, le decía Brizeño; y, con el tiempo, si te dominas como hoy, llegarás no solamente á adquirir dinero sino gran nombradía. Hoy has escrito como un Tostado y esta noche dormirás mejor; cuando en la vida trabajes como dependiente de almacén italiano, verás qué grata satisfacción se experimenta con las horas de descanso, qué bien se duerme y con qué apetito se come.

Siguió Brizeño en larga disertación sobre el tema de que el trabajo es una bendición de la providencia de Dios y en tono edificante para persuadir á Alberto de que debía tenerlo como una religión; y en lo mejor del discurso se hallaba cuando las cortinas de la celda, levantadas de improviso por una mano de fuera, dieron paso al señor aquél de las visitas á don Claudio y del regalo fotográfico á Balmaceda.

Ese señor se había equivocado de celda, y en medio de la confusión que todo error produce naturalmente, le tendió la mano á Brizeño quien no pudo negarse á aceptarla; pero en cuanto el equivocado pidió excusas y abandonó la celda, corrió Brizeño á la aljofaina y se lavó las manos con jabón y se las restregó con escobillas é hizo diez demostraciones más para darnos á entender el desagrado que le había causado aquel encuentro y el escozor que le había producido aquel involuntario apretón de manos.

Pero esta circunstancia no impidió que continuase en la disertación sobre el trabajo, encaminada á convertir á Espejo, quien, dicho sea en honor de la verdad, no había menester tantas recomendaciones ni discursos para dar fin á la obra principiada de sacar

copia fiel de todos los apuntes, con el objeto de facilitar á Brizeño la presunta tarea de narrar por su parte los acontecimientos.

Terminadas las copias y ordenados convenientemente los papeles se me ocurrió la idea de conservar como un recuerdo de mis compañeros de prisión los autógrafos de todos ellos. Con este objeto me dirigí primeramente á don Alejo para encabezar con la suya las demás firmas.

Debió de pensar don Alejo que mi exigencia tenía diverso fin del que me proponía, porque se negó rotundamente á firmar y se disculpó con que aquella firma podría traerle algún compromiso que era bueno evitar.

Me pareció que exageraba mucho don Alejo la fama de discreto de que goza, y aunque la negativa me contrarió un poco, me dirigí á don Juan Castellón, con el ánimo de llevar adelante mi propósito.

Conversaba don Juan en el comedor cón Ricardo Matte y don Francisco J. Riesco cuando me acerqué á solicitar su firma. Don Juan, Ricardo y el señor Riesco pensaron en esta ocasión de diverso modo que don Alejo, y con las firmas de los tres encabecé los autógrafos de los prisioneros políticos que aun conservo y conservaré como recuerdo de la cárcel.

Como hubiese yo puesto en la portada de las hojas «Autógrafos de los prisioneros políticos. Revolución de 1891», el señor Riesco hizo que cambiara la palabra *Revolución* por la de *Restauración* que conceptuó más precisa que la otra para dar á entender lo que estaba ocurriendo en el país.

Las señoras comisionadas para atender á las familias de los prisioneros, doña Mercedes Ignacia Rojas y doña Quiteria Valdés Videla repitieron su visita: trajeron para los encarcelados frutas escogidas y cigarrillos de la mejor calidad. Venían además con algunas noticias del norte que no inserto porque carecían de interés.

La única digna de mencionarse fue la que llegó relativa á las naves chilenas surtas en la bahía de Buenos Aires: el Ministro diplomático de Chile en la Argentina, don Guillermo Matta, había tenido el buen acuerdo de invitar á su mesa á los jefes de aquellas naves, para afianzar más eficazmente su adhesión á la causa del Dictador.

Los chilenos residentes en aquella capital hallaron, en la reunión provocada por el banquete, ocasión propicia para tomarse esos buques y no vacilaron en intentar la empresa.

No obtuvo ella el éxito deseado; pero se consiguió hacer palpable que de venir aquellos buques á aguas chilenas no sería sino para seguir el noble ejemplo de sus compañeros.

El tribunal militar hizo sentir por vez primera su existencia y dio señales de su actividad, cosa que nos sorprendió pues era ya creencia general la de que aquellos jueces no se reunían sino para ocuparse de sus personales intereses, por las dificultades que presentaba la tarea de axaminar delitos que no existían y sentenciar á personas inocentes, aun en conformidad á las disposiciones del día.

Don Santiago Pholammer, hermano materno de los Bianchi Túpper, recibió orden de comparecer ante el tribunal. No nos fue posible averiguar lo que pasó entre reo y jueces, pero no debió de ser cosa de mucha importancia porque de ello no se habló en la prisión.

Parece que los atropellos de que fue víctima don Rafael Eyzaguirre, rector del Seminario, hicieron que el Arzobispo interviniera en el asunto y pidiera á su compadre Balmaceda la libertad del prisionero, quien debía estar presente para recibir á sus discípulos. Muchos decían que la intervención del Arzobispo había sido determinada por la necesidad de la presencia del señor rector en su Seminario más que por inclinación á reclamar el cumplimiento de la justicia ó por deber.

El señor Arzobispo había visto con ojos indiferentes las desgracias de la patria y aun muchas personás sostenían que más le importaba á él la suerte de su compadre que la de la república misma.

Aunque es hecho exacto que Arzobispo y Dictador estaban ligados por estrecha é íntima amistad, no sería dable asegurar, como lo hicieron muchos indiscretos, que hicieran causa común, por más que en realidad Su Ilustrísima no diese motivo alguno que pudiera interpretarse como hostil á las pretensiones del usurpador.

El señor Eyzaguirre salió de la cárcel, pero como el delito de que se le acusaba podía repetirse de seguir permaneciendo en la capital, se le concedieron ocho días para recibir á sus discípulos y

para indicar el lugar del país á dónde quisiese trasladarse mientras pasaba el chubasco. Se le previno también que la elección del lugar de retiro no debía hacerse en población cercana á Santiago, sino distante, que fuera compatible con la tranquilidad del Dictador, seriamente amenazada, á juicio de las autoridades, con la presencia del señor Eyzaguirre en la capital.

Poca confianza debían inspirar los alcaides supernumerarios al Intendente ó al Ministro de lo Interior, pues los cambiaban con más frecuencia de la exigida por la necesidad. Juan Solar, que reemplazó á Jara Quemada, fue á su vez reemplazado por don Zacarías, aquel alcaide de Pisagua que me refirió las primeras operaciones de sublevación llevadas á cabo por el entonces teniente Anavalón y Guillermo Talavera.

Le pregunté á don Vicente cuál era la causa de tan frecuentes cambios y me respondió que Jara Quemada no servía para el oficio por su falta de seriedad y su escasez de figura y que Juan Solar había salido pésimo por su exceso de intemperancia y mala fe.

No sé en qué clase de negociaciones entró Solar con los prisioneros comunes ó qué escándalo promovió, para que don Vicente se viera obligado á romper con él, á reducirlo á detención y á pedir al Ministro lo depusiera en el acto.

Don Zacarías era un tipo originalísimo, más serio que Jara Quemada y menos malo que Solar. Había errado la vocación, pues Dios quiso alojar en su cuerpo alma de sacristán, según lo demostraban su figura y sus alcances intelectuales, y él se había esforzado en marchar contra su sino, echando plantas de guerrero y hombre fuerte, capaz de contener la sublevación de 500 bandidos con sola su presencia.

Sí, don Zacarías vino al mundo destinado á ejercer el oficio de pedir para las ánimas en la puerta de la iglesia y de ayudar á cantar responsos; pero se empeñó, como digo, en contrariar á la naturaleza y sólo pedía para sí en el interior de las cárceles.

El *chauchero* lo llamaban algunos prisioneros, por la facilidad con que se obtenía de él, mediante la propina de una chaucha, el servicio que se le exigiese. Se conformaba el hombre con poco, lo que era muy conveniente para los prisioneros y hacía maldecir y

renegar á Orellana, acostumbrado desde nuestra llegada á tener por unidad en sus cuentas el billete de á cinco pesos. ni más ni menos que si hubiera nacido en Inglaterra.

Manuel Barros Barros, seguido después por Larraín Plaza y algunos otros, fue el responsable de esta pésima costumbre del guardián, insoportable para quienes no disponíamos de fortuna.

Era de ver. cuando la propina no alcanzaba á su unidad, el desprecio con que contemplaba de arriba á abajo á quien la daba. Y eran de escucharse las conversaciones que tenía, cuando se presentaba caso semejante, con el bribón que de ayudante le servía.

Don Zacarías reducía sus aspiraciones á términos más limitados; y por eso solía decir el guardián que ese viejo hermafrodita ó Mari-Cruz no era afortunadamente sastre, pues de haberlo sido ya estuviera desprestigiado y por el suelo el arte noble de vestir á los semejantes.



28 DE FEBRERO

Me notifican mi libertad.—Llega don Teodocio Cuadros.—Jefes indignos.—Suerte de un coronel vendido.—«Ignoro quienes triunfaremos».—Banquete de despedida.

Fue precisamente don Zacarías quien muy temprano me comunicó oficialmente la posibilidad de salir libre cuando á bien lo tuviera, de conformidad con órdenes superiores últimamente recibidas.

—¿Sin condición alguna? le pregunté.

—Por lo menos en las instrucciones que tengo no figura condición.

Afuera entonces, dije para mí, y me dispuse á despedirme de mis amigos, que ya lo eran todos los prisioneros del mismo patio.

Deja para mañana tu salida, para mañana que es primero de marzo, me dijeron aquellos á quienes primero me dirigí para poner la inutilidad de mi persona, fuera de la cárcel, á sus órdenes.

No me explicaba el interés que pudieran tener en que permaneciera un día más en la cárcel; y como insistiera en mi determinación de abandonarla inmediatamente, Durán y Brizeño, comisionados por el resto, me dijeron que el empeño en que no saliera hasta el día siguiente era porque me tenían preparado un banquete de despedida que se verificaría en la noche.

Nunca, desde que abandoné la tierra natal, había sido yo objeto de manifestación tan cariñosa.

¿Con qué era verdad que allí, dentro de esas mazmorras, se quedaban personas de cuya estimación no podía dudar?

Mas no anticipemos los sucesos, y continuemos la narración sin que el grato recuerdo venga á festinar los hechos.

Determiné quedarme hasta el 1.° de marzo y halagué mi vanidad pensando que mi salida no era un pretexto para divertirse, sino la diversión un tributo de amistad sincera.

Mi permanencia me permitió ver cómo se fue, ántes que yo, don Joaquín Délano y cómo llegó don Teodocio Cuadros, senador por la provincia de Coquimbo. Mal habían tratado al señor don Teodocio en su traslación de la Serena á la cárcel, pues lo habían obligado á hacer el viaje á caballo, á marchas penosas que parecían interminables, así por las distancias recorridas como por los vejámenes de que fue víctima durante ellas.

Los alcaides nos mostraron los nuevos billetes de la emisión de doce millones en que les habían pagado sus sueldos. Don Zacarías estaba feliz con el primer dinero recibido en la capital. Era hombre que se enamoraba de esos papeles, no obstante la predilección con que miraba las *chauchas*.

No todos sentían aumentar su adhesión al Dictador al contacto del dinero: en Rancagua, según supimos, un ciudadano á quien se quiso obligar á ser soldado de la dictadura, prefirió, antes que pasar por lo que á sus ojos era grande humillación, poner fin á sus días. Reclutado como la generalidad de los que figuraban en el ejército dictatorial, se negó á hacer los ejercicios necesarios para ser soldado de disciplina. La negativa fue causa de que el capitán ordenase su castigo; y antes de que este se consumara, aquel recluta en quien nadie supuso tanta energía, resolvió entregar su alma á Dios, primero que su cuerpo á la vara del cabo.

Y no era éste caso aislado: ya se habían presentado otros análogos que hubieran podido servir á cualquier filósofo para deducir con sana lógica que la popularidad de Balmaceda no era tanta como la pregonaban sus adeptos.

El Dictador perdía cada hora terreno: algunos de los militares en quienes tenía mayor confianza estaban en inteligencia con los revolucionarios, espiando la hora de traicionarlo, esa es la palabra, que no vacilo en estamparla aunque tenga convicción de que será mal recibida.

Se comprende que un oficial subalterno de ideas adversas á la dictadura continuase en su puesto mientras se le presentaba la oca-

sión de ir al que le señalaban sus convicciones, toda vez que las renuncias eran castigadas como delito y dadas las dificultades, la casi imposibilidad de poner el contingente de su apoyo al servicio de la causa constitucional; pero esos jefes de alta graduación que juraban en la mañana adhesión incondicional á Balmaceda é iban por la noche á dar cuenta del pensamiento de su Jefe Supremo á la Junta Ejecutiva de la revolución que se reunía clandestinamente en la capital; esos jefes que abrazaban á Su Excelencia y lo felicitaban por sus triunfos y luego besaban los pies de los revolucionarios y les aseguraban éxito, esos jefes, digamos la verdad, son indignos de figurar en el noble y leal ejército de Chile.

Preguntado cierto día Gabriel Álamos por qué en vez de renunciar el 1.° de Enero no había esperado el desarrollo de los acontecimientos, determinación que le hubiera permitido servir más eficazmente á la causa del derecho, respondió:

—Mi permanencia en el ejército un minuto después de haberse convertido, á mi juicio, en Dictador el Presidente, habría significado que aceptaba la usurpación, que convenía en ella y que le prestaría mi apoyo.

—Pero Ud. ha podido esperar instrucciones de la Junta Ejecutiva, ponerse á sus órdenes....

—La Junta pudo tener facultades omnímodas para hacer la guerra lealmente; pero no creo que pudiera expedir patentes de Judas. Hasta allá no llega ni el poder de Dios. No habrá tribunal sobre la tierra que pueda autorizar actos de infamia. El código militar, que es el código del honor, prohibe transigir con la más leve falta de lealtad ó de hidalguía. El jefe que jura defender una causa está obligado moralmente á sostenerla hasta verla triunfante ó hasta caer envuelto en su bandera.

El Comandante Álamos tiene á nuestro modo de ver criterio acertado y exacto conocimiento del pundonor militar.

La simple consideración de que cualquier persona sensata tiene derecho para pensar que sea el que fuere el resultado de la lucha armada, los militares que sirven á Balmaceda y están en inteligencia con la revolución habrán de quedar siempre bien puestos y que tal vez buscando esto sirven á los dos bandos, es motivo suficiente pa-

ra que, quien tenga ideas claras de hidalguía, rechace con altivez toda proposición tendente á desempeñar el doble papel de amigo de ambas causas.

El general Mosquera, un general colombiano de mucha celebridad, recibió la víspera de una batalla decisiva un parlamentario del campamento enemigo. Era un jóven capitán que venía á negociar la venta del coronel de su cuerpo.

El General no podía desechar el ofrecimiento: se convino en un ascenso y diez mil pesos en dinero. Se peleó la batalla en la cual quedó victorioso el ejército del General, merced al poderoso contingente que á su lado prestó con denuedo el coronel vendido, quien durante la noche había cambiado de campamento con tanta facilidad como se cambia de camisa.

El General era hombre de cumplir su palabra: á la mañana siguiente del combate el coronel fue dado á reconocer en el ejército como general de brigada y el Comisario pagador recibió orden de poner á su disposición los diez mil pesos.

Concedido el premio ó los premios, hizo llamar el General al Coronel á su tienda de campaña.

—General, le dijo, entrambos hemos cumplido lo prometido. Ud. me ayudó á vencer y yo he recompensado su valor con un ascenso y su adhesión con diez mil pesos. Disponga de ellos porque es llegado el momento de castigar su infamia.

—Pero, mi General, si Ud. me ha ascendido para rebajarme....

—No lo rebajaré, morirá Ud. con su grado de General de brigada.

El consejo de guerra que juzgó á aquel infortunado coronel se había reunido al amanecer y había condenado á la última pena al traidor.

Y no hubo poder humano que hiciera suspender la sentencia: el nuevo general fue fusilado á las 12 del día.

Los diez mil pesos, entregados religiosamente á su familia.

Poco después del fusilamiento se paseaba el general Mosquera, las manos atrás, meneando la cabeza, á lo largo de su tienda, ocupada por algunos jefes, repitiendo estas palabras:

«Sin él no hubiera vencido; pero era imposible, imposible perdo-

narle su traición. Mañana me habría vendido á mí. ¡Desgraciado! era imposible perdonarlo.»

No fueron solamente esos pocos militares quienes estuvieron al sol que más calienta: empleados civiles hubo que observaron la misma vituperable conducta.

Un joven escritor, empleado en el Ministerio de Industria y Obras Públicas, que goza fama de original, respondió á un amigo que le preguntaba de qué lado creía que se inclinara la victoria, de esta suerte:

«Ignoro quiénes triunfaremos.»

El desvergonzado se contaba entre los victoriosos, cualesquiera fueran ellos.

Y, efectivamente, triunfó con los constitucionales como hubiera triunfado con Balmaceda; pero no sin que sobre él ejerciese la gente digna la más terrible de las sanciones: fue expulsado del Club de la Unión, en cuyos salones se reune la flor y nata de la sociedad santiaguina.

«Como no me expulsen de la Moneda» . . . fue lo que contestó cuando supo que le estaba vedada la entrada al Club y que le estaba prohibido hombrearse con la gente de honor.

Y trabajó con empeño para que de la Moneda no le echaran: provisto de un certificado á la amistad arrancado, demostró haber sido tan constitucional como el mismo general Canto: y siguió escribiendo en la LIBERTAD ELECTORAL con tanta gracia como había escrito en la NACIÓN y continuó en la Moneda sin dejar de percibir uno solo de sus sueldos.

Cito el caso como ejemplo y para que se vea que de todo hay en la viña del Señor y que no todos los jóvenes calzaban en dignidad los puntos de Álvaro Bianchi Tupper, Alberto Larenas, Salvador y Ramón Allende Castro, Carlos Luis Hübner, Angel Custodio Espejo, Julio Sanhueza y muchos más cuyos nombres se me escapan.

Llegó la noche, por mí anhelada para verme obsequiado por mis amigos con el banquete, voz que en la cárcel aplicábamos á lo que en la ciudad no hubiera podido llamarse cena ni aun abusando mucho de la exageración.

Eran anfitriones é invitados los dos Larenas, Alberto é Ismael; Brizeño, Durán, los dos Espejos, Lisboa, Palacios, Bravo y Lemus.

Honor inmerecido que recordaré con gratitud me dispensaron con sus discursos Lisboa, Brizeño, Durán, Bravo y Alberto Espejo.

La fiesta se prolongó por cerca de cuatro horas en los bajos del patio; y cuando me despedí de mis amigos y me dirigí á los altos, acompañado de Durán, Bravo y los Espejos, Arturo del Campo nos invitó á su celda y en ella conversámos y brindámos hasta muy tarde de la noche.

Fue el último bríndis de los bajos el de mi estimado amigo Carlos A. Rodríguez, quien vino á pedir una copa por mí y quien pronunció un discurso como suele, lleno de elocuencia y abundante en sentimientos los más nobles.

En los altos hubo una curiosa discusión. Alguno propuso un bríndis por las señoras de los prisioneros; pero del Campo se levantó en el acto para protestar diciendo que aquello no era propio.

—Eso no me impedirá, dijo Bravo, que yo invite á mis amigos á tomar á la salud de la señora de del Campo.

Y pronunció en seguida una verdadera oración sobre los méritos indisputables y universalmente reconocidos de la mujer chilena como hija, como esposa y como madre.

No creo que Bravo se haya sentido alguna vez mejor inspirado, como es evidente que nunca será con mayor entusiasmo aplaudido.



AFUERA

Mi salida de la cárcel.—En la Intendencia.—En el Ministerio de lo Interior. —En la Legación de Colombia.—Visitas á la cárcel.—Mi sustituto.—En el portal.—En la penitenciaría.—Don Augusto Matte.—Suerte de algunos prisioneros.—La bandera de la libertad política.

A las 7 de la mañana ya estaba yo en la reja esperando al alcaide para que comunicara á la guardia la orden de dejarme el paso libre.

Quise salir temprano para evitar los abrazos de despedida, que no me sentía con valor de soportar sin conmoverme.

A poco rato el famoso don Zacarías comunicó la orden y salí en libertad. David, un hijo de don Vicente Alvarez, buscó coche que me condujera á casa de mis paisanos Izasas, quienes me habían ofrecido alojamiento mientras podía trasladarme á Valparaíso ó me arreglaba de alguna manera en Santiago.

Grande fue mi sorpresa, infinita mi alegría, cuando, en vez de alguna de las señoritas de la familia, salió á recibirme mi señora llegada el día anterior de Valparaíso, muy extenuada por la dolorosa y prolongada enfermedad que había pasado á causa de mi prisión y de las noticias que la policía del puerto le hizo llegar; pero al fin sana y salva.

Fue efímero el placer, pues no bien me informé de su salud, un oficial de la 8.ª comisaría me comunicaba orden de presentarme en la Intendencia.

Para no alarmar á mi señora, pretexté un olvido de documentos en la cárcel y me dispuse á acompañar al oficial.

—¿Es Ud. el preso político don José M. Solano?, me dijo el señor Alcérreca cuando estuve en su presencia.

—Servidor de Su Señoría.

—Tiene Ud. 24 horas de término para marchar desterrado á la República Argentina.

—El alcaide de la cárcel me advirtió que yo saldría sin condición alguna. De otra manera, á estar á mi elección, no habría salido de la prisión.

Le referí detalladamente al Intendente cuáles eran mis circunstancias; le dije lo que para mí significaba el destierro á un país desconocido; le describí los sufrimientos de mi señora, los personales míos, los que nos esperaban si se consumaba el destierro; y terminé por suplicarle me mandase de nuevo á la cárcel, si la permanencia en la ciudad de un ser tan inofensivo como yo podía inquietar de alguna manera al Gobierno.

El señor Alcérreca me oyó con paciencia, y cuando hube terminado me respondió:

—Es disposición del Ministro de lo Interior, que no está en mis manos modificar sino cumplir. Cuanto puedo hacer por Ud. es darle una tarjeta mía á fin de que pueda hablar con el Ministro, quien, enterado por Ud. de lo mismo que á mí me ha dicho, no ponga en duda que suspenderá la orden.

Escribió el señor Alcérreca la tarjeta, y con ella, á hora oportuna, me dirigí al Ministerio.

Los guardianes del palacio se obstinaron en negarme la entrada, pero cuando dije que iba de parte del señor Intendente, que tenía asuntos serios que comunicar al señor Ministro y cuando mostré la tarjeta, fui conducido en el acto al despacho del Ministro.

No bien hube manifestado á Su Señoría quién era y mi condición de prisionero político, condenado á destierro, levantóse lleno de furia el Ministro y me ordenó que saliera en el acto de su despacho antes de que me hiciera sacar «á patadas», esa fue su palabra.

Aun le estoy viendo de pie, nervioso, trémulo, señalándome con el índice la puerta de salida.

No se si estaría ebrio, pero si no lo estaba, lo había estado sin

duda la noche anterior y yo fui aquel día víctima de su última intemperancia.

Escabullí el cuerpo rápidamente y salí del palacio como si tuviera alas en los pies.

Mi situación no podía ser más grave. Pensé que de ser solo, tanto se me hubiera dado que me desterrasen á la Argentina, como que me hubieran mandado á habitar con los selenitas; pero ¿qué iba á ser de mi señora en caso de llevarse á efecto el destierro?

En este trance será en el que quieras ó no quieras habrás de servirme, noble Ministro de Colombia, pensé para mí, y me encaminé á la Legación.

Comprimí el botón de la campanilla durante ligeros segundos y esperé un rato; volví á comprimirlo por un minuto y esperé; vuelta á apretarlo y vuelta á esperar; decidí últimamente mantener el dedo sobre el botón todo el tiempo que fuese necesario para hacerme oír, aunque la casa fuese un panteón.

En esa posición me halló una señora que pasaba de una á otra habitación por el corredor fronterizo á la puerta.

Otra persona del sexo femenino vino á advertirme que la campanilla estaba descompuesta y á preguntarme qué se me ofrecía.

—¿Está el señor Sáenz?

—El Excelentísimo señor Ministro, querrá Ud. decir.

—Tanto monta. ¿Está el Excelentísimo señor Ministro? (1)

Mi interlocutora sin responder á mi pregunta, orgullosa de la rectificación que me había obligado á hacer, me volvió la espalda y se dirigió al interior de las habitaciones.

Mal me inicié, sin duda, por una imprevisión de mi parte; pero ¿cómo iba yo á pensar que Sáenz, mi compañero de claustro en la Universidad, mi compañero de Legación en la vida social, mi amigo íntimo de veinte años, se hubiera contagiado de los caprichos de los inícuos opresores de mi patria?

En estas conjeturas estaba cuando volvió mi interlocutora.

(1) Carlos Sáenz Echeverría es simplemente Encargado de Negocios de Colombia; pero ha seguido la costumbre de su padrino, el infame tirano de mi patria, Rafael Núñez, y gusta de hacerse dar este tratamiento de Excelentísimo señor.

—¿De parte de quien busca al Excelentísimo señor Ministro?

—De parte mía, José María Solano, colombiano.

Al oír mi nombre Carlitos va á saltar de alegría, dije para mi sayo, y mi interlocutora va á tenerme por otro señor Excelentísimo cuando vea cómo nos abrazamos, pues la indiferencia del Ministro habrá de terminar con la visita del amigo.

Me quedé esperando ver salir á Sáenz con la cara risueña de otros tiempos..... me quedé esperando, porque no fue Sáenz quien salió, sino la misma persona de la rectificación, quien puso fin á mis esperanzas de esta suerte:

—El Excelentísimo señor Ministro no recibe, y menos á colombianos.

Y dichas estas palabras, se entró para no volver á salir más.

Digno Ministro del actual Gobierno de Colombia! Digno ahijado del corrompido Núñez!

Igual contestación recibió don Vicente Holguín, hermano de don Carlos, vice-presidente, en ejercicio del poder, de la República de Colombia, otro día que, encontrándose de paso en Santiago, fue á visitarlo acompañado del estimable joven colombiano don Ignacio Iragorri, quien me refirió el caso.

Pensé en el acto en dirigirme al Ministerio de Relaciones Exteriores de mi país para darle cuenta de lo que ocurría; de la manera como su representante en Chile y su cónsul en Valparaíso cumplían los deberes que les impone, más que el Derecho de Gentes, la humanidad; pero, ¿á qué alimentar vanas esperanzas?

Los colombianos que miramos con horror la infame camarilla de explotadores y pícaros que se han adueñado del poder de nuestro infortunado país, más querido cuanto más desgraciado y más llorado cuanto más á la abyección sometido, no habremos de alcanzar justicia ni habremos de conseguir ser oídos.

El modo como procede el Encargado de Negocios de Colombia en Chile es la caricatura de la manera como procede allá el Gobierno.

Para que se me oyera habría sido necesario que me declarara partidario del nuevo oprobioso orden de cosas allá establecido y que hubiera escrito en favor de Rafael Núñez; y eso no lo haré yo

jamás, aunque andando el tiempo llegue á necesitarlo tanto como Sáenz, para hacerme llamar Excelentísimo y para......

Basta! quédense tranquilos, en cuanto se lo permita la conciencia, los merodeadores de mi patria; siga disfrutando del tratamiento el Encargado de Negocios de Colombia; y continuemos nuestra relación.

Como el Ministro no recibía y mucho menos á colombianos me dirigí nuevamente á la oficina del Intendente.

Volvió á recibirme bien, con amabilidad, porque seguramente había influído en su ánimo la narración detallada que le hice de mis muchas desventuras.

—Siento, me dijo, que el señor Ministro lo haya recibido tan mal; pero no se afane. Yo hablaré con él y me prometo arreglar favorablemente el negocio. Váyase á su casa y no piense en viaje. Vuelva á mi despacho pasado mañana.

Me retiré consolado. Si el señor Alcérreca no conseguía nada del Ministro hablaría con el señor Poirier y con el señor Egan y ellos obtendrían la suspensión de la orden.

No hubo necesidad de la influencia de estos caballeros, pues cuando volví al despacho del Intendente me dijo que quedaba con la ciudad por cárcel, sin más obligación que salir lo menos posible, sobre todo al centro de la ciudad.

Presenté al señor Alcérreca mis agradecimientos y me retiré realmente reconocido por lo que en mi favor había obtenido.

La cárcel se agrandó para mí; y como tenía escasas relaciones en la ciudad pude cumplir perfectamente con la obligación exigida por el Intendente. Nada tenía que hacer en el centro; de manera que si salía de casa era para ir á visitar á mis amigos de la cárcel, cuando me permitían entrar, ó á saber de ellos, en el caso contrario.

El portador de mis razones para el interior de la cárcel era invariablemente Mercado, el escribiente de la alcaidía, á quien siempre hallé en la mejor disposición de servirnos á todos.

En la primera visita que hice á mis compañeros, éstos no quisieron que los dejase hasta después de la comida.

Cuando fuimos á la mesa quise ocupar mi antiguo asiento, pero

otro se me había anticipado: me había sucedido en él Guillermo Portales, á quien me presentaron en el acto y tuve inmenso gusto en conocer, porque es uno de los jóvenes más honorables de la sociedad, que se ha conquistado una posición brillante gracias á su juicio y á su clara inteligencia.

Guillermo había conseguido irse al norte, á incorporarse en el ejército, escondido en un vapor de la carrera; pero le dio por bajar á tierra en Coquimbo, y fue allí conocido, reducido á prisión y enviado á la cárcel.

Los compañeros estaban muy contentos con él; y, ¿cómo no habían de estarlo si habían mejorado notablemente con la sustitución?

Terminada la comida, como hubiese en ella referido la feliz llegada de mi señora, Ismael Larenas, ese modelo de fineza y buena educación, quiso atestiguarme que su galantería no era originaria de la cárcel, y me preparó un pequeño cesto con toda clase de frutas para que le llevara de regalo á mi esposa, quien las agradeció mucho por la procedencia carcelaria que tenían.

Muy agradable para mí hubiera sido el cumplir la condición de no salir al centro, si las necesidades ordinarias de la vida me lo hubieran permitido.

Y digo que hubiera sido muy agradable, porque siempre que salía era para presenciar un atropello ó algún abuso ó para llevar á casa alguna mala noticia.

Un día presencié cómo condujeron prisioneras al cuartel de policía á unas de las señoritas más distinguidas de la sociedad, porque llevaban en el traje una cinta roja, que se popularizó como distintivo de la revolución.

Siempre me tocaba presenciar escenas dolorosas, ya me paseara por las calles, ya fuese á la alcaidía ó á la cárcel.

La ciudad estaba bajo el imperio del terror: nadie podía conversar en voz alta; no se permitían grupos de más de dos personas: cuando había tres ó cuando á uno de los infinitos espías de que disponía el Dictador se le antojaba que había tres ó más de tres en reunión, todos iban al cuartel.

Y qué manera de conducirlos! Y qué insolentes eran los oficiales de policía y los oficiales del ejército dictatorial!

Una ocasión me hallaba en la extremidad occidental del portal Fernández Concha en compañía de Francisco del Campo, á tiempo que pasaban los muchachos vendedores de diarios voceando El Recluta, inmundo pasquín sucesor de El Padre Padilla.

Compróle Francisco y se dispuso á leerlo, mas al ver sus columnas consagradas á burlarse del fucilamiento, verificado el día anterior, de dos sargentos del Esmeralda que pretendieron sublevar el cuerpo en Batuco, arrugó el periódico nerviosamente entre las manos y exclamó: «Asesinos! no contentos con la perpetración del crímen se burlan hoy de sus víctimas'»

El entonces coronel Federico Valenzuela que á nuestra espalda estaba tomó para sí la exclamación y respondió á ella:

—Haga silencio el perro revolucionario. Yo fui presidente del consejo de guerra que condenó á muerte á esos bandidos.

—Lo que quiere decir que es Ud. un miserable y que fue presidente de asesinos.

Bastó lo dicho para que el coronel empuñara la mano y tratara de descargarla en la mejilla de Francisco; pero éste, antes de que el Coronel ejecutara el movimiento, le hizo pedazos el bastón en la cabeza.

En rapto de ciega cólera el Coronel desnudó la espada, y la hubiera hundido hasta la empuñadura en el cuerpo de mi amigo de no impedírselo un doctor Guzmán, quien sujetó al Coronel.

Los movimientos habían sido rápidos; pero más rápidos en reunirse anduvieron los agentes de policía así secreta como uniformada.

No parecía sino que hubieran brotado de la tierra á disputarse al criminal; y éste lo tomó de un brazo, y aquél del otro, y el de más allá de una pierna y el que no pudo lograr miembro del cuerpo se conformó con la falda de la levita ó un pedazo del bastón.

En peso, como llevan á su hotel en algunas ciudades á Sara Bernhard después de un triunfo en la escena, llevaron á Francisco al cuartel de policía, con la sola diferencia que á la actriz se la disputan para aclamarla y á mi amigo se lo disputaron para insultarlo.

Cerca de un mes duró preso en el cuartel y escapó a los azotes gracias á la intervención de Aristides Zañartu, entonces ministro de Estado y amigo personal de Francisco.

Desde entonces limité mis paseos á la cárcel. á donde iba á saber cuotidianamente de mis compañeros y á la casa de Arturo Prado, quien, desde que salió con el domicilio de su hermano, el doctor Absalón, por cárcel, se enojaba conmigo cuando no lo acompañaba á almorzar ó á comer.

Casi pusimos con Arturo en práctica, en la ciudad, lo que en la cárcel habíamos pensado hacer en el ostracismo, pues cuando le permitieron recetar á sus enfermos, siempre iba yo dentro de su coche llevando los instrumentos de cirugía; y cuando recetaba, desempeñaba mi papel de secretario.

A medida que el tiempo avanzaba hacíase más difícil para el Dictador la situación.

Para remediarla había echado Balmaceda por la vía de las medidas extremas, que generalmente producen resultados adversos al fin que con ellas se persigue.

La traslación de algunos prisioneros á la penitenciaría indignó profundamente á la sociedad, porque esa medida iba encaminada á aumentar innecesariamente los sufrimientos de los presos.

El 28 de marzo fueron llevados á aquella monótona y apartada prisión don Juan Castellón, don Alejandro Vial, don Alejo Barrios, don Francisco Javier Riesco y don Juan Walker Martínez, los cuatro primeros, so pretexto de impedir un levantamiento en Santiago, motivo por el cual, agregado á otros que surgieron posteriormente, consintió el Dictador en que estos cuatro caballeros marchasen desterrados á Europa.

El 7 de Mayo fueron trasladados á la misma penitenciaría los caballeros siguientes: Ricardo Matte Pérez, Salvador Donoso, Carlos Lyon, Pedro María Rivas, Martín Prats Bello, Carlos Luis Hübner, Vicente Grez, Santiago Mundt, Julio Sanhueza, Carlos Bories, Francisco A. Pinto, Valentín Letelier, Julio Fredes, Manuel Barros Grez y Carlos Ríos González.

Arturo Prado, con quien, como de costumbre, almorcé ese día, me dió la noticia de la traslación. Imposible que no fuera yo á presenciar la salida de los compañeros y de los que no lo fueron míos,

por haber llegado después de mi partida: fuime de visita á casa de don Vicente, quien me confirmó lo que Prado me había dicho y me agregó que la traslación iba á causar á los designados gran sorpresa porque ninguno de ellos la sospechaba siquiera.

Como el gobierno no estaba muy holgado de recursos, no obstante la emisión de los doce millones, quiso hacer economías y dispuso que los quince de la nómina inserta se acomodaran en tres coches, cinco en cada uno.

Don Carlos Bories que quiso subir el último á uno de ellos, halló tan gordos á quienes ya dentro estaban que no pudo caber materialmente.

—Se irá Ud. en el pescante, le dijo el jefe de la guardia.

—¿En el pescante? Nunca! primero á pie.

Insistió el de la guardia, pero el señor Bories se obstinó en lo dicho, alegando que la orden no era de trasladarlo en el pescante sino de trasladarlo simplemente y que esto podía verificarse de cualquier manera, en coche, en globo, en asno ó á pie.

El de la guardia determinó entonces ordenar y el señor Bories, para no verse obligado á obedecer se introdujo al coche y tomó asiento en las rodillas de don Carlos Lyon, quien soportó el peso con resignación, exclamando: «Vuelvo nuevamente á ser papá, pero nunca pensé serlo de hijos tan grandes.»

A Ricardo Matte le pasó cosa análoga: por bien educado quiso subir el último al coche y se halló sin asiento. Como había presenciado parte de la escena anterior, no queriendo incomodar á nadie, subió al pescante, no sin haber antes protestado hacer responsable de la enfermedad que pudiera contraer al Intendente de la provincia.

No contrajo resfrío ni enfermedad porque el cochero, más humanitario que las autoridades, en cuanto á su lado lo tuvo, le dijo:

—Patroncito, mi manta está limpiecita, es casi nueva, úsela sin temor.

—Gracias, respondió Ricardo, eres hombre de mejor corazón que esas gentes del gobierno.

Hasta allí nos llevó el señor Balmaceda, hasta ver á caballeros que disponen no de uno sino de varios millones, protegidos por los cocheros del servicio público.

Acomodados en los coches entonaron en coro la Canción Nacional, cuando se pusieron en movimiento.

En la penitenciaría fueron recibidos con teas encendidas que llevaban los guardianes. Era menester mucha luz, no fuera á escabullirse alguno.

Como es reglamentario en aquella prisión, á todos se les exigió hicieran entrega del dinero que llevaban, y todos dieron cumplimiento al reglamento, excepto Vicente Grez, quien dijo al encargado de la recolección:

—Desde que entré á la cárcel hice compañía de fondos con Julio Sanhueza. ¿Quiere Ud. decirme cuánto dio Julio?

—Siete centavos y medio.

—Exactamente, cinco centavos le corresponden á él y los dos y medio á mí. Ese es todo nuestro capital.

Esa noche durmieron reunidos, sin desvestirse, en colchones de hojas de maíz, de los destinados á los presidiarios.

Ya se habían tendido sobre aquellos inmundos colchones cuando el jefe de los guardianes vino á ofrecerles charqui. Don Daniel Barros Grez consideró como una ofensa el ofrecimiento y protestó contra él. Los demás aceptaron, en previsión de lo que pudiera acontecer.

A la mañana siguiente Ricardo Matte llamó al superintendente de la penitenciaría:

—Supongo que hoy nos retratarán y que nuestros retratos irán á aumentar la galería de criminales.

—No, señor, porque Uds. son prisioneros políticos.

—Pero á esta prisión no puede entrar nadie sin que con él dejen de cumplirse las disposiciones reglamentarias que la rigen.

—Así será, señor, pero yo no he recibido orden de retratarlos.

—¿De manera que Ud. espera siempre que le ordenen el cumplimiento de su deber?

—En casos como el presente en que mi deber no está bien claro, sí señor.

Ya que hablo de Ricardo bueno es hacer saber que el Dictador quiso castigar en él, además de la altivez é independencia de que en toda circunstancia dio muestra, el apoyo que en Europa estaba

prestando á la causa de la legalidad su hermano don Augusto, á quien se debe, más que á los mismos generales que combatieron en los campos de batalla, más que á los delegados del Congreso que fueron á afrontar la muerte ora entre la explosión de los torpedos, ora entre la metralla del ejército dictatorial, el triunfo definitivo del derecho sobre la usurpación; de la ley sobre el abuso.

El país sabe muy bien que fue don Augusto Matte, secundado eficazmente por el señor don Agustín Ross, quien preparó en Europa y envió á Chile los elementos más indispensables para vencer, pues no se ha presentado el primer ejemplo en la historia en que la justicia inerme triunfe sobre el abuso armado.

Fue don Augusto, siempre ayudado del señor Ross, quien prestigió la restauración en los países extranjeros y quien con una actividad extraordinaria y una diplomacia invencible, entorpeció los planes del Dictador y burló sus designios.

Todos estamos persuadidos de que sin su contingente poderoso el triunfo habría sido imposible.

El mismo día fueron puestos los 15 prisioneros en estricta incomunicación; cada uno en la celda que le fue señalada. No se les permitió reunirse para conversar, ni aun que llevaran libros para leer, de manera que durante aquellos interminables días y aquellas noches interminables y tristes sólo tuvieron por compañero el dolor y por amigo el recuerdo.

De haberse prolongado por mucho tiempo la prisión, la incertidumbre, allí á donde no llegaba jamás una noticia, el aislamiento y las torturas, habrían hecho perder la vida ó la razón á todos esos patriotas, honra del país.

Todos sufrieron horriblemente, excepción hecha de Carlos Ríos González, quien persuadido, por estas medidas de hostilidad, de su propia grandeza, estaba muy satisfecho de que el Dictador se la hubiese también reconocido.

Parte de los que á la penitenciaría fueron, muchos compañeros de carcel y otros que á ella entraron después de mi salida, marcharon al norte, por disposición del Dictador y engrosaron el ejército constitucional.

De quienes fueron al norte, algunos como Lemus, aquel modelo

de amigos que fue después modelo de oficiales, rindieron la vida en los campos de batalla; otros, como Angel Custodio Espejo, quedaron inválidos; pero la mayor parte volvieron al hogar coronados de laureles, orgullosos de haber cumplido su deber como ciudadanos y de haber hecho tremolar para siempre en el palacio de la Moneda la bandera de la libertad política.

FIN

REOS POLITICOS DURANTE LA DICTADURA



Lista de los ciudadanos que estuvieron en la cárcel de Santiago durante la Dictadura, en calidad de reos políticos.

A

Alamos Gabriel
Alfaro Julio
Astorga Juan Francisco
Alvarez Alberto
Arrate José Luis
Adriazola Guillermo
Adriazola Ricardo
Adriazola Aralio
Araya Escón Juan
Avendaño Máximo
Avendaño Ricardo
Alamos Ildefonso
Araya P. Pedro
Astorga Lorenzo
Argomedo Julio
Alamos Simón
Alemparte González Emilio
Amunátegui Manuel
Agüero Videla Jesús
Aninat Serrano Jorge

B

Brizeño B. Ramón
Billa Juan B.
Barrios Alejo
Barros Manuel
Banker Alberto
Beytía Ramón A.
Barahona José Luis
Bianchi Túpper Víctor
Barahona Javier
Barros Barros Manuel
Bravo Eleodoro
Bergen Carlos
Benavente Federico
Bories Carlos
Bulnes Gonzalo
Barahona José María
Braga Antonio
Blanco Francisco
Barceló Lira Luis
Bartiba Ortiz Adolfo

Bordalí José
Bahamondes Enrique
Bello Donoso Luis
Belmar Francisco S.
Barros Grez Daniel

C

Cabezón José M.
Chaparro Manuel J.
Campo Arturo del
Carrasco Alejandro
Cruz Roberto de la
Cornich P. Antonio
Campos Antonio
Carrasco Emilio
Castellón Juan
Cuadros Teodocio
Carvajal Enrique
Calderón Pedro
Cifuentes Ramón
Cortés Jofré José
Concha Ricardo
Contreras Pedro José
Caviédez Eloy T.
Caviédez Nicasio 2.°
Castro Víctor Wenceslao
Cabrera Juan de D.
Caroca José
Castillo Arturo
Contreras Abraham
Carvacho Valentín
Cerda Pedro
Carvacho Isaías
Canto Cleto
Cavada Ramón
Concha S. Carlos
Concha S. Daniel
Carrrera Pinto Luis
Castro Salvador
Cavada Arturo
Coello Juan
Cerda Guillermo

D

Délano Joaquín
Durán Teófilo
Devotto Hircano José
Donoso Salvador
Donoso Castro Eduardo
Dalançon Gustavo
Depassier Bonifacio
Délano Roberto
Dalançon Roberto
Dinator Emilio
Disalvo Francisco
Dávila L. Benjamín

E

Espejo Alberto
Espejo Anjel C.
Escala Moisés
Edwards Eduardo
Edwards Jorge
Egaña Mariano

Eyzaguirre Rafael
Egaña Rafael
Espinosa Emilio
Elgueta Manuel
Edwards Benjamín
Espínola Ignacio

F

Fuentes Ramón
Figueroa Teodosio
Frederick Alejandro
Fierro José Joaquín del
Flores Constantino
Funes Enrique
Ferrada Manuel
Fernández Eduardo
Fernández Carlos
Fernández Manuel Salustio
Fernández José Alejo
Fierro Miguel Felipe del
Fredes Julio
Fierro Narciso
Feliú Gana Guillermo
Feliú Daniel
Fuenzalida Germán
Fredes Ortiz Ramón
Frigolet Salvadar
Fuentes David
Franco Desiderio
Flores Manuel de la C.
Fernández Víctor M.
Fierro Domingo
Ferrari Ricardo H. de
Fernández Daniel
Figueroa Exequiel 2.°

G

Guzmán Manuel A.
Guerrero Eduardo
González Antonio
Gómez Luciano
Garín Guillermo.
Gutiérrez Belisario
Guzmán Eulogio
García Eloy
Goldeberg Federico Guillermo
García Tomás
Gatica Carlos
Gandarillas Adrián 2.°
García Bartolomé
Guevara Benjamín Luis
Grez Vicente
Gacitúa Julio
González E. Alberto
García Eleodoro
Gutiérrez Vásquez Benjamín
Gómez C. Alfredo
García L. Manuel

H

Hübner Carlos Luis
Holley Gustavo A.
Huerta Secundino
Huerta Agustín

Herrera Santiago
Horeau Luis
Hurtado José M.
Humeres Luis A.
Herrera Anjel A.
Hopffemblat Julio

I

Irarrázaval Fernando
Infante Luis
Inzunza José

J

Jiménez Eduardo
Jara Víctor D.

L

Lara Miguel
Lemus Horacio
Larraín Plaza Ramón
Larenas Ismael
Lisboa Genaro
Lillo Eusebio 2.°
Lezaeta Rivas Julio
Lobos Melitón
Lobos José D.
Lobos Hermógenes
Larenas Alberto
Lazo Errázuriz Javier
Lamas Alvaro
Lezaeta Rivas Luis
Lira Julio
Losier Juan B.
León Carlos
Lyon Carlos
Lira Carlos
Letelier Valentín
Larraín Claro Carlos
Lazo Tadeo
Letelier Alejandro
Lamas Aurelio
Lira Alberto
Larraín Alcalde Bernardo
Leighton Francisco S.
Lira Ossa Carlos
Leiva Juan
Lyon Horacio
León Luco César

M

Magalhaès Juan
Menares Marcos
Montt Carlos
Morán Daniel
Mackay W. Daniel
Manriquez Faustino
Montt Amador 2.°
Monge Vergara Joaquín
Martínez Juan G.
Molina Alfredo
Morales Angel
Manríquez José

Morales Pedro J.
Mundt Santiago
Medina Leonardo
Morales Angelino
Matus José Tomás
Montt Enrique
Matte Pérez Ricardo
Mhor Alberto
Monsalve Lorenzo
Merino Juan P.
Muñoz Jacinto
Matte Domingo P.
Möller Pedro E.
Molina Evaristo
Maluenda Tomás
Moreno Julio
Muñoz P. Manuel
Múñoz Acario
Meneses Napoleón
Mayer Germán
Muñoz Rodolfo
Moreno Braulio
Montt Ramón
Mesa Demetrio

N

Neira Ricardo
Navarrete Daniel
Neut Jorge
Nercasseaux Morán Enrique
Novoa César
Novoa Carlos

O

Ortega José Miguel
Ortúzar Daniel
Ostornol Juan E.
Ovalle Enrique
Oyarzún Angel C.
Ovalle Misael
Ovalle Samuel
Ovalle Roberto
Ovalle Gabriel

P

Prado Arturo
Polhammer Santiago
Prado Lalislado
Portales Guillermo
Préndes Pedro Nolasco
Pinto Francisco Antonio
Puelma Túpper Alfredo
Paredes Bernardo
Palacios Z. Carlos A.
Passi García Ricardo
Padilla Tiburcio
Prieto Rodolfo
Pacheco José Ramón
Pantoja Froilán 2.º
Page Alfredo
Polloni Santiago
Pinto J. Federico
Palma Alejo

Puelma H. Ramón
Prats Bello Martín
Poisson Bruno
Prado Absalón

Q

Quiroga A. Ismenar

R

Riesco Javier Francisco
Reyes Candelario
Rojas Lindorfo
Rojas Teófilo
Ríos Pedro
Riveros Abraham
Rojas Pantaleón
Rodríguez Ricardo
Rivas Pedro Maria
Rodríguez Carlos Alberto
Rojas Ricardo
Rojas Sotomayor Luis
Ríos Gonzálcz Carlos
Ramírez Daniel Cruz
Rodríguez Zenón
Riquelme Vicente
Ríos González Rodolfo
Rodríguez Zorobabel
Rojo Demetrio
Ramírez Buenaventura
Rodríguez Exequiel
Rogers Carlos
Reed Gustavo
Rodríguez Ojeda Ambrosio
Rivas Vicuña Francisco
Ríos González Matías
Rojas Pizarro Toribio
Retamales Fidel
Rivera Desiderio
Richard Enrique
Rodríguez del Rio David
Rocuant Enrique
Reyes Rafael
Rosse Baldomero
Rodríguez Aníbal
Rodríguez Simón

S

Solano José María
Subercaseaux V. Antonio
Suárez Pedro N.
Soza Juan
Simón Belisario
Súnico Daniel
Solar Moisés
Scotto Federico 2.°
Salas Benjamín
Silva Clodomiro
Silva Nicanor
Salinas Letelier José
San Martín Juan B.
Sánchez Parmenón
Soto Gumecindo 2.°
San Martín Juan A.
Sanhueza Julio
Salas Olano Eduardo

Solar Avaria Fermín
Salas David
Santapán Exequiel
Sepúlveda Néstor
Salas Antonio
Santa Cruz Vicente
Sotomayor Onofre
Sotomayor José Francisco
Soto D. Miguel
Santibáñez Pedro
Sage Cárlos
Soto Nicolas
Silva García Luis
Salas Errázuriz Juan
Sanhueza Enrique
Soto Francisco Javier

T

Trumbull Eduardo
Tardón Ureta Emilio
Toro Gabriel
Torres Belisario
Toro Lorca Alberto

U

Urrutia Rozas Ignacio
Urrutia Miguel
Urrutia Fidel
Unganach Julio
Urrutia José Eliseo

V

Villarroel Emilio
Vial Alejandro
Valle Delfín del
Valdés Vergara Francisco
Valdovino Martín
Valazé José 2.°
Vergara Juan Francisco
Vicencio Agustín
Valdés Abel
Vásquez Santiago
Vergara Alberto
Villagrán Pedro
Villanueva Juan Pablo
Vergara Juan Francisco
Vallejo Octavio
Villaroel Martín
Vallejo Benito 2.°
Vergara Juan de D.
Vergara Correa Diego
Viscontti Aníbal
Vergara Correa José
Vivanco Ignacio
Vargas Eleodoro
Vicencio Baldomero
Villalobos Cristóbal

W

Walker M. Juan
Witte Otto
Williams Cárlos 2.°

Z

Zamora Manuel
Zañartu Florencio
Zúñiga Federico
Zúñiga Eujenio
Zamorano Antolín

Reos políticos que estuvieron detenidos en el cuartel de policía, bajo la inmediata vijilancia de Ramón Valdés Calderón (1).

Barahona José María
Campo Francisco del
Campo Dario del
Caviédez Nicasio 2.°
Espinosa Ismael
Fernández José Alejo
Gandarillas Adrián 2.°
Gargari Miguel A.
Gómez Demetrio T.
Guzmán Camilo
Gutiérrez Manuel D.
Herrera Manuel A.
Lamas Alvaro
López Eduardo
Marchán P. Juan de D.
Mejía Manuel J.
Medina Enrique
Muñoz Francisco
Olivares Martín W. 2.°
Osorio Santiago
Pozo Tristán
Pozo Isidro
Pozo Domingo
Rodríguez Godofredo
Romero Pedro
Sapiaíns Maximiano
Velásquez José Luis
Vergara Juan Francisco.

(1) No ha sido posible adquirir completa esta lista por haber hecho desaparecer, los mismos empleados de la Dictadura, el archivo en que debiera contenerse. Algunos de los que en ella figuran fueron trasladados á la cárcel.

ÍNDICE


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 04 19 10 013 5